Siglos y hombres

Iósif Griguléwich

Luchadores por la libertad de América Latina

Editorial Progreso

Siglos y hombres

Iósif GriguléVich

Luchadores por la libertad de América Latina

Editorial Progreso
Moscú

Traducido del ruso por *Ana Clavijo*
Redacción literaria: *Sara González*

Григулевич И. Р.
БОРЦЫ ЗА СВОБОДУ ЛАТИНСКОЙ АМЕРИКИ
На испанском языке

© Editorial Progreso, 1988

Impreso en la URSS

Г $\frac{0506000000—346}{014(01)—88}$ 150—88

ISBN 5-01-000632-4

INTRODUCCION

Los hombres hacen la historia. Es un hecho conocido por todos. Pero amamos y honramos especialmente a los primeros en izar la bandera de la libertad y la justicia, sin respetar su vida en aras del triunfo de estos nobles ideales. Porque la historia de la humanidad sería gris e inexpresiva sin gente valerosa, siempre dispuesta a morir por la felicidad del pueblo.

Grandes pensadores del pasado, desde hace ya mucho, intentaron desentrañar "el secreto de la conducta" de individuos de este tipo. El conocido escritor ruso Antón Chéjov afirmaba, en 1888, que se trata de documentos vivos que muestran a la sociedad que, además de los seres dedicados a la corrupción pretendiendo negar la ciencia, y a la mentira por un pedazo de pan, "existen igualmente hombres de otro tipo, hechos para la hazaña, convencidos y conscientes de defender una causa... Siempre ha ocurrido que cuanto más cerca se encuentra el hombre a la verdad, es más sencillo y comprensible".

Son especialmente abundantes en tales caracteres humanos los momentos críticos del desarrollo de la sociedad, durante los movimientos de masas por la renovación del mundo, los períodos de las revoluciones.

Son ricos en hombres así, ejemplares, en el pasado y el presente, todos los continentes, y en particular América Latina, cuyos pueblos desde hace mucho luchan por la justicia y la libertad: Sus héroes son dispares por su carácter, cultura, costumbres y conducta. No obstante, los une algo común: su amor por los que sufren, los trabajadores; su repudio hacia los acaudalados, ricachones, opresores extranjeros —europeos o yanquis—; su fideli-

dad a los ideales de la libertad e independencia y la disposición a entregar la vida por ellos.

Ignoramos muchos detalles de la historia del continente latinoamericano antes de su descubrimiento por Cristóbal Colón a fines del siglo XV. Seguramente tuvo no pocos luchadores destacados por los intereses del pueblo. Conocemos numerosos nombres de caudillos indios, que opusieron valerosa resistencia a los conquistadores españoles, como Cuautémoc en México, Caupolicán en Chile y muchos otros. Se granjeó los laureles de humanista y de primer luchador contra el colonialismo el gran español Bartolomé de Las Casas, quien desenmascarara con osadía, ya en el siglo XVI, los crímenes de los colonizadores. Durante el período colonial los indios se rebelaban por todas partes contra los opresores españoles. Fueron ellos los primeros luchadores contra el colonialismo. La insurrección de Túpac Amaru en el siglo XVIII socavó las bases de la dominación española en las colonias de América. Los negros esclavos lucharon asimismo contra sus avasalladores en Brasil, Venezuela, Haití, Cuba. En Brasil tenían incluso su república: Palmares. En reiteradas ocasiones los criollos se levantaron contra el dominio español. En la Nueva Granada, en el siglo XVIII, se tomaron el poder por un plazo breve. Mas sólo durante la Guerra de la Independencia, a principios del siglo XIX, estos tres torrentes se fundieron en uno solo logrando vencer a los colonizadores.

Es evidente la imposibilidad de escribir en detalle sobre todos los héroes: se necesitarían los esfuerzos de más de un autor e incluso de más de una generación. Nos tuvimos que limitar a los nombres más típicos, en especial a los que la historia mejor ha conservado.

Algunos lectores podrían preguntarse si vale la pena indagar en un pasado lejano hablando de hombres y movimientos de los siglos XVIII-XIX. En nuestra opinión, esto es necesario, ya que entre el pasado y el presente existen vínculos que permiten ahondar más en los procesos actuales, comprenderlos mejor, descubrir sus resortes secretos. El pasado y el presente forman un todo indisoluble, que constituye un proceso único, aunque complejo y contradictorio. El actual movimiento revolucionario en América Latina se inspira en las hazañas y realizaciones de los revolucionarios del pasado. No es casual que muchas personalidades revolucionarias de hoy día consideren que

la actual lucha antimperialista es "la segunda edición de la Guerra de la Independencia" de principios del siglo pasado. El heroico pasado revive actualmente en los combates contra el imperialismo estadounidense. Fidel Castro y otros líderes de la Revolución Cubana son herederos directos de los gloriosos luchadores por la independencia de Cuba del siglo XIX. El mismo cuadro se observa en otros países donde los revolucionarios se apoyan tanto en las viejas tradiciones de la lucha por la libertad, como en la experiencia revolucionaria moderna.

Los reaccionarios tratan de apropiarse el pasado revolucionario. Los tiranos, servidores del imperialismo, aspiran a utilizar la herencia ideológica de las personalidades progresistas del pasado castrando su esencia revolucionaria y presentándose como sus continuadores. Los propios imperialistas estadounidenses no escatiman elogios para los héroes del pasado, contraponiéndolos a los actuales jefes revolucionarios, aunque los patriotas del siglo pasado veían en los gobernantes de los EE.UU. no tanto a sus aliados como a sus adversarios, de los cuales partía para Latinoamérica un peligro no menor que el de los colonizadores europeos.

¿De qué sirven, por ejemplo, las peroratas de la Casa Blanca en defensa de los derechos humanos, la democracia y otros valores similares, si quienes efectivamente se pronuncian en apoyo de estos valores son víctimas de los asesinos dirigidos por la propia administración estadounidense?

Veamos otra particularidad de nuestro trabajo: escribimos sólo sobre personalidades que ya no se encuentran entre nosotros. La mayoría aplastante de los protagonistas de nuestro libro pereció en la lucha. Esto no significa que glorifiquemos el carácter de sacrificio de los revolucionarios, o que nuestros héroes fueron escogidos teniendo en cuenta esta circunstancia. Su muerte en el combate es testimonio de las agudas contradicciones características de América Latina tanto en el pasado como en el presente. De su muerte son responsables los colonizadores, los que por todos los medios tratan de hacer que América Latina permanezca débil, atrasada, impotente, para dominarla con más facilidad.

Las biografías que ofrecemos a su atención testimonian el hecho de que, por mucho que el imperialismo y la

reacción intenten frenar el desarrollo histórico, pese a los crímenes que cometan tratando de impedir el desenvolvimiento del proceso revolucionario, la lucha de los pueblos por sus intereses proseguirá, la ola de la indignación popular crecerá, el puesto de los combatientes caídos lo ocuparán nuevos héroes.

Ya se ve la luz al final del túnel, ya apunta el día de la nueva vida también en América Latina. Superando enormes dificultades, las fuerzas antimperialistas obtienen victorias en diferentes repúblicas de ese continente mártir. Y ahora podemos hablar no sólo de las víctimas del imperialismo, no sólo de los héroes caídos en la lucha contra el poderoso y pérfido enemigo, sino asimismo de los constructores de la nueva vida, de los héroes del trabajo, de los internacionalistas que ayudan a otros pueblos a vencer toda clase de dificultades. Son dignos del mismo respeto quienes abrían el camino, combatían contra el enemigo en las barricadas, en las montañas, o en la selva, los que cayeron por el triunfo de la causa que ellos continúan.

El eco de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia en 1917 y la doctrina de V.I. Lenin llegaron hasta los pueblos de América Latina, indicándoles el camino para superar sus desgracias y dificultades. A partir del Gran Octubre, en casi todas las repúblicas de ese continente surgen partidos comunistas, los trabajadores enarbolan la bandera del socialismo. La lucha de los pueblos por su liberación entra en una nueva etapa. Los obreros se incorporan a la lucha liberadora. Esto le comunica no sólo claridad y madurez ideológica, sino igualmente una mayor firmeza y carácter consecutivo. ¿Cabe asombrarse, entonces, de que los enemigos de los pueblos dirijan el terror en primer término contra los comunistas?

Por mucho que el imperialismo y sus cómplices, "los gorilas", intenten en la actualidad reprimir a los patriotas, no logran hacerlo, ya que los luchadores por la libertad son inmortales. Los comunistas, los socialistas, los demócratas y, en general, todos los revolucionarios confirman nuestra tesis con su hazaña. Escribimos sobre personas de distintas opiniones y concepciones filosóficas del mundo. Los nombres de estos héroes son bien conocidos por los soviéticos, sus trabajos fundamentales están editados en ruso y son leídos con gran interés. A muchos de ellos se les erigieron monumentos en nuestra tierra. Es difícil encontrar a un historiador soviético eminente que no les dedicara artículo o libro. Utilizamos estos trabajos en nuestra labor y nos complace expresar reconocimiento público a nuestros antecesores.

Es arduo y glorioso el camino de los pueblos hacia la independencia y liberación de toda opresión. Con frecuencia, se avanza hacia ellas a tientas, reconociendo y superando con dificultad los obstáculos. Mas al final del largo camino espera a los luchadores la máxima recompensa: la victoria. Ellos lo saben y por eso están siempre dispuestos a entregar su vida.

Muchos patriotas, revolucionarios, comunistas perecieron en la lucha por el futuro mejor de sus pueblos. Su sacrificio no fue vano, dio unos brotes magníficos. La revolución liberadora, antimperialista, la disposición a unirse a la lucha, y las mismas acciones ya no pertenecen a un futuro lejano, son realidad en América Latina.

CONTINENTE DESCONOCIDO

América Latina es una denominación convencional. Entró en uso a principios del presente siglo como contraposición a EE.UU., o América anglo-sajona. Antes se denominaba Hispanoamérica, América del Sur, Indoamérica. Pero ninguno de estos nombres corresponde por completo a sus características, ya que en el plano étnico la integran distintas nacionalidades y razas. Viven allí indígenas, negros, blancos, mestizos, mulatos de diferentes grados, chinos, japoneses, etc. Existe, además, la particularidad de que en algunas repúblicas predomina la población indígena y negra; en otras, los procedentes de Europa, Asia y sus descendientes; en los terceros está representado todo el espectro racial.

Latinoamérica es heterogénea asimismo en lo que atañe al idioma. En la mayoría de las repúblicas el idioma español es oficial, sin embargo, existen naciones bilingües. En Paraguay, junto con el español, es reconocido el guaraní; en el Perú, el quechua. En Brasil se habla el portugués, en Haití, el francés. En las antiguas colonias de Inglaterra y Holanda situadas en el mar Caribe (Guyana, Belice, Granada, Surinam, etc.), se habla el inglés y el holandés. Existen aun colonias francesas, en particular Guayana, la antigua cárcel de trabajos forzados adonde fueron desterrados el protagonista de la novela de Víctor Hugo *Los miserables* Jean Valjean, los comuneros de París y otras personas inocentes. Todo ello forma América Latina.

¿Qué representaba América Latina en los tiempos de la colonia, quién la poblaba, cómo se dirigía, cuál fue la causa de los movimientos de liberación que la envolvieron en la segunda mitad del siglo XVIII, qué impulsó también después de ello a los pueblos a luchar por sus derechos? Desde hace tiempo los investigadores tratan de responder a estas preguntas en numerosos trabajos, de los cuales existen bastantes en ruso. Mas, de todos modos, contestaremos brevemente a ellas en las páginas de nuestro libro.

El desarrollo histórico de América Latina transcurrió de manera distinta. Si la mayoría de los países se liberó del dominio español en el primer cuarto del siglo XIX, Cuba lo hizo sólo a principios del siglo XX, mientras que Puerto Rico hasta el día de hoy está ocupado por EE.UU. Al mismo tiempo, Panamá fue proclamada república sólo en 1903. México, después de conquistar la independencia, durante poco tiempo fue imperio, en cambio Brasil, lo fue durante casi todo el siglo XIX. Guayana y Belice, así como los dominios ingleses en el mar Caribe, obtuvieron libertad sólo en nuestros tiempos. Aunque la esclavitud fue abolida con la independencia, en realidad siguió existiendo en la mayoría de las repúblicas hasta mediados, y en Cuba, Puerto Rico y Brasil, casi hasta finales del siglo XIX.

Este continente es igualmente disímil por las dimensiones del territorio y la población de los Estados que lo componen: hay "gigantes" y "pigmeos". Por ejemplo, Brasil, con un territorio de 8.512 mil kilómetros cuadrados y sus 120 millones de habitantes, y Panamá, con 77,08 mil kilómetros cuadrados y una población de unos 3 millones.

El relieve también es diferente en cada país. Las montañas alternan con la sabana o la pampa donde los pastores —gauchos (en el sur del continente) o llaneros (en el norte)— representan un grupo especial. Aquí mismo corren los enormes ríos: el Orinoco, el Amazonas, el Río de la Plata, el Paraná...

La composición religiosa de la población es igualmente muy diversa. Antes de la independencia todo el continente se consideraba católico. Las tribus indígenas conservan aún sus antiguas creencias, y en países tradicionalmente católicos como Brasil (¡el país católico

más grande del mundo!) están ampliamente difundidos el "espiritismo", y los diferentes cultos africanos. Cerca del 20% de la población del continente profesa el protestantismo y otros cultos cristianos, que tuvieron origen en EE.UU.

América fue descubierta a fines del siglo XV por Cristóbal Colón, navegante genovés que estaba al servicio de la Corona española. Posteriormente se lanzaron allí los españoles, que conquistaron el Nuevo Mundo. España esclavizó a las tribus y Estados indígenas estableciendo un cruel régimen colonial. Una parte de los nativos (declarados "libres" por la Corona española en el siglo XVI) laboraba en las minas, otros eran siervos en las enormes encomiendas —haciendas—, con la particularidad de que el encomendero sólo podía venderlos junto con la hacienda. Parte de los indígenas permanecían libres. Teniendo en cuenta las distancias y las condiciones de la época, la Corona española recurrió a la astucia, concediendo derechos y privilegios (fueros) a la nobleza indígena y tratando de neutralizarla. Derechos especiales recibió la Iglesia católica, en cuyas manos quedaron enormes valores materiales. Los españoles crearon en las colonias un sistema de control y de juzgados. El Nuevo Mundo fue dividido en virreinatos, gobiernos, capitanías, etc.

En el transcurso de varios siglos la monarquía feudal española sacaba de sus dominios ganancias máximas con inversiones mínimas. Con el consentimiento del rey, gobernaba las colonias el Consejo de las Indias (así se denominaban las colonias españolas en el Nuevo Mundo) que designaba a los virreyes y a otros altos funcionarios coloniales, a los obispos, jefes militares, jueces; dictaba leyes coloniales que reglamentaban casi toda la vida de los habitantes de las colonias. Por su actividad el Consejo recordaba una gigantesca máquina, de la cual fluían en torrente interminable las más diversas indicaciones y disposiciones: durante los años de la colonia fueron editadas más de cien mil. Muchas llegaban a los dominios españoles con un retraso de más de un año, y otras se archivaban. Cuando estas disposiciones no correspondían a los intereses de la administración colonial se utilizaba la fórmula "¡Obedezco mas no cumplo!" que daba pie para exigir su revisión. Pero eso se refería sólo a asuntos de segundo orden, porque si se trataba de los intereses del rey, el desobediente podía ser destituido del cargo y repatriado, con grilletes en los pies, en las bodegas de un galeón español (buque de guerra grande).

Los principales cargos administrativos y eclesiásticos en las colonias eran desempeñados, en general, por españoles, quienes con frecuencia los compraban. De esta manera, cualquier funcionario esperaba, mediante dádivas y otras maquinaciones, durante su estadía en las colonias, no sólo recuperar el dinero invertido en la compra de su cargo, sino también reunir un gran capital, después de lo cual regresaba a España o se quedaba en el Nuevo Mundo donde compraba tierras y otros bienes inmuebles viviendo con grandes comodidades.

Los criollos, descendientes de españoles, nacidos en las colonias, frecuentemente de sangre mezclada, no eran admitidos en cargos directivos, y esto suscitaba en ellos descontento y antipatía hacia España y sus autoridades.

La economía colonial se basaba en la explotación ilimitada del trabajo indígena; en el saqueo y engaño de millones de nativos. En un nivel todavía más bajo se encontraban los negros esclavos, a los cuales empezaron a importar para trabajar en las plantaciones, especialmente en zonas donde la población indígena se había extinguido o no existía.

Los principales centros coloniales fueron: México, capital del virreinato de Nueva España, en el norte; Lima, capital del virreinato del Perú, en el Sur. En esas dos regiones existían antes de la conquista las formaciones estatales más desarrolladas, los "imperios", como los llamaban los españoles, y estaban concentradas grandes masas de nativos.

Además, tanto en México como en Perú se encontraban las minas más ricas de metales preciosos —oro y plata—, principales objetos de codicia de los colonizadores españoles. Con el tiempo empezaron a adquirir gran importancia económica y estratégica otras regiones: la Nueva Granada con centro en Bogotá, donde se desarrollaba la agricultura; Buenos Aires, donde se desarrolló la ganadería, y Guatemala, donde se empezaron a extraer metales preciosos. Estas regiones recibieron en el siglo XVIII el status de virreinatos.

Los cabildos (municipalidades) existían, al igual que en España, en todas las ciudades coloniales. Al principio,

su papel era limitado, mas a medida que crecía la influencia de los criollos, aumentaba la de los cabildos que, en los años de la Guerra de la Independencia, se convirtieron en puntos de apoyo de los patriotas. En la segunda mitad del siglo XVIII, debido al crecimiento de la burguesía y el fortalecimiento de las posiciones del así llamado absolutismo ilustrado, se realizaron algunas leves reformas en el vetusto edificio colonial. Entre ellas señalaremos la abolición de la encomienda, el permiso para el comercio entre algunas regiones de las Indias y con los puertos de España, la prohibición de la Orden de los Jesuitas. Pero estos cambios no podían detener el impetuoso desarrollo del movimiento en pro de la independencia.

España tenía el monopolio del comercio en sus colonias, a las que sólo ella podía exportar mercancías de fabricación europea, además a precios que establecía arbitrariamente. En el siglo XVIII, cuando la industria española estaba en completa decadencia, no podía abastecer a las colonias de productos necesarios; tampoco se hallaba en condiciones de adquirir lo que aquí se producía. La crisis comercial condujo a que las autoridades locales no sólo consintieran, sino que contribuyeran a la importación y exportación secretas de algunas mercancías, en otras palabras, al contrabando. Esto era inevitable porque se trataba sencillamente de no morir de hambre. La historia de los tiempos de la colonia está llena de relatos románticos sobre contrabandistas que constituyen una especie de reverso de la historia oficial de la época colonial.

Aun antes de que Pedro Alvares Cabral, el navegante portugués, descubriera el litoral de Brasil, Portugal y España sostenían una intensa lucha por el derecho a poseer el nuevo mundo, no cristiano. Es cierto que los problemas litigiosos entre ambos Estados no se limitaban al de los nuevos descubrimientos. Esos países estaban divididos por una vieja enemistad cuyas raíces se remontaban al medievo. En la lucha por la independencia los portugueses trataban de asegurar para sí la ayuda de los ingleses. Evidentemente a Inglaterra no le convenía el fortalecimiento de España a costa de Portugal, Estado al que, por lo general, ayudaba a cambio de privilegios comerciales y concesiones. Gracias a ello, y a los constantes conflictos entre los propios españoles, a los ataques

de Francia a España y a la incesante lucha contra los moros, enemigo común, en el siglo XV, los portugueses lograron crear y fortalecer su propio Estado. En aquella época era el más pobre, en comparación con sus vecinos, y nadie sospechaba que pasados varios años se convertiría en una gran potencia mundial.

Las constantes discordias feudales; los permanentes choques fronterizos; la cercanía de Africa, continente desconocido que atraía por sus riquezas secretas y tesoros ocultos; la misma situación geográfica del país que se encontraba de cara al océano Atlántico; el fanatismo religioso y el mesianismo; el ansia de enriquecimiento fácil y de hazañas de caballeros indigentes contribuyeron a crear una atmósfera que permitió a los portugueses hacer sus primeros grandes descubrimientos geográficos. A principios del siglo XV, desembarcan en Africa y se apoderan de Ceuta; luego descubren y conquistan la isla de Madeira, los archipiélagos de las Canarias y las Azores. Esto amplió las expectativas de conquistas de zonas más ricas, y los hizo prepararse más seriamente. El príncipe Enrique, llamado "El Navegante", fue el inspirador y principal organizador de las primeras expediciones portuguesas. Bajo su dirección se creó la escuela de astrónomos, se trazaban mapas, se estudiaba la experiencia de navegación de otros, se hacían planes fantásticos para las futuras marchas y conquistas.

He aquí por qué, cuando España —que observaba atentamente los éxitos de los portugueses—, decidió probar fortuna organizando la primera expedición de Colón que concluyó con el descubrimiento de las nuevas tierras, Portugal demandó su parte.

España no deseaba entrar en conflicto con los portugueses y, al mismo tiempo, trataba de engañarlos, por ello logró del Papa Alejandro VI (Borgia) una bula (1493), según la cual todas las tierras que se encontraban al occidente del meridiano convencional trazado a cien millas de las islas de Cabo Verde, serían de dominio español, y las tierras ubicadas al oriente de esta línea, serían portuguesas. Sin embargo, Portugal no aceptó esta división y, según el Tratado de Tordecillas (1494), España accedió a trasladar el meridiano unas 270 millas más al occidente con la esperanza de que, al oriente de él, no hubiera más tierras, fuera de los ya conocidos

archipiélagos de las Azores y de las Canarias. Seis años más tarde, Cabral descubrió Brasil demostrando la equivocación de los españoles.

La oposición de Francia, y luego de Inglaterra, a la repartición de las nuevas tierras entre dos reyes ibéricos les obligó a atenerse al tratado aprobado, a pesar del descontento de los portugueses quienes consideraban que Brasil era un territorio infecundo e inútil en comparación con el fabuloso Perú y el no menos rico México. Sin embargo, el descubrimiento hecho por Vasco da Gama del camino a la India, permitió a los portugueses fortalecerse en el Asia Sureste y apoderarse de parte de los incontables tesoros del Oriente que no cedían por su valor a las minas de oro y plata conquistadas por los españoles en el continente americano. Sólo cuando los ingleses y los holandeses les quitaron sus posesiones en el Oriente, los portugueses se interesaron verdaderamente por su "infecunda" colonia de Brasil. Pero esto ocurriría 160 años después de su descubrimiento.

Caracterizan este período los intentos de los países —que quedaron al margen del Tratado de Tordecillas—, de apoderarse por la fuerza de las armas de Brasil. Considerando con razón a Portugal como un rival menos peligroso que España, primero Francia y luego Holanda intentaron, en reiteradas ocasiones, adueñarse de Brasil. Son especialmente significativas dos de estas tentativas. La primera fue la conquista por los franceses de Río de Janeiro, donde se mantuvieron 5 años (1555-1560). La lucha contra los atacantes y piratas franceses, que operaban a lo largo de la costa brasileña, duró todo el siglo XVI.

Un intento más serio de arrebatar Brasil a los portugueses fue emprendido por los "cocheros del mar", los holandeses, que se diferenciaban de los ingleses, —ladrones o perros del mar— sólo por el apodo, mas no por sus costumbres; ocuparon todo el noreste de Brasil, al que retuvieron durante 24 años (1630-1654).

La irrupción de los holandeses en Brasil coincidió con la pérdida por Portugal de su independencia política y su unión a la Corona española. En el siglo XVI aquel pequeño país se convirtió en un gigante con cabeza de alfiler: le faltaba gente para custodiar y administrar sus incontables dominios allende el océano, para proteger

sus fronteras, tras las cuales operaban sus adversarios dispuestos a desplazarlo en cualquier momento.

Sin embargo, los reyes portugueses soñaban con nuevas conquistas, sometiendo a sus enemigos jurados, los paganos moros. El oro del Oriente se invertía en la organización de nuevas expediciones dirigidas al Africa. Las armas, los comestibles, la ropa, los objetos de lujo, todo se importaba a cambio de este oro. Pero nada pudo prevenir el fracaso que se avecinaba y que se materializó en los años 70 del siglo XVI con todas las características de una tragedia shakespeareana.

En 1572 en Lisboa tuvo lugar un terremoto, que liquidó toda la flota portuguesa concentrada en el puerto; luego sigue una epidemia de cólera, que ocasiona la muerte a unas 80 mil personas. Varios años más tarde, en un combate contra los moros, en Alcazarquivir (Africa), muere el rey Sebastián, sin dejar heredero, así como todo el ejército portugués integrado por miles de personas. Con ello termina el período imperial de Portugal. En aquellos años perdió dos tercios de su población, cuyo número se redujo de 1,5 millones de personas a 500 mil. Tres años más tarde, las tropas de Felipe II ocuparon Portugal, sin encontrar resistencia alguna, anexándolo a la Corona española para los siguientes 80 años. Sin embargo, en aquel entonces, España no logró apoderarse de Brasil.

Al volver de nuevo al seno de Portugal, Brasil se constituyó otra vez en virreinato dividido en capitanías y dirigido por funcionarios portugueses. En el siglo XVIII en Brasil se emprendieron tentativas de reformas, que no pudieron limar las contradicciones. Después del Tratado de Methuen (1703) Inglaterra obtuvo acceso a Brasil. Respecto a otras partes del Nuevo Mundo, las potencias mencionadas lograron apoderarse sólo de algunas islas en la cuenca del Caribe, desde donde Inglaterra, en particular, trataba de atacar, en primer lugar, a Nicaragua considerándola el eslabón más débil del imperio español y aspiraba a obtener así acceso al océano Pacífico. Inglaterra apoyaba las aspiraciones separatistas de los criollos (denominados caboclos en Brasil). Sin embargo, la Gran Revolución Francesa introdujo cambios sustanciales en la situación. A principios del siglo XIX Inglaterra trató de adueñarse de Buenos Aires, desplazando a España; mas cuando aquella fue

derrotada, la misma España se rebeló contra los ocupantes franceses. Londres prefirió la alianza con ella. Poco después se sublevó la colonia francesa de Santo Domingo (actual Haití), y le siguió toda Hispanoamérica. Así comenzó la Guerra de la Independencia que terminó en 1826 expulsando a los españoles del continente. Mas bajo su poder siguieron Cuba y Puerto Rico que durante todo el siglo XIX lucharon para liberarse.

Cuando los franceses conquistaron la Península Ibérica a principios del siglo XIX, la corte real portuguesa se fugó a Brasil donde permaneció hasta la derrota de Napoleón. Poco después el rey Juan VI regresó a Lisboa, y Brasil fue proclamado imperio que existió hasta 1889.

El desarrollo de las repúblicas independientes de América Latina transcurrió bajo el signo de los intentos de las grandes potencias de hacerse dueñas de ellas. La que tuvo peor suerte fue México, contra la cual EE.UU. inició una guerra y ocupó gran parte de su territorio. Luego Napoleón III soñó con ocupar ese antiguo país enviando a sus "zouaves". El emperador francés logró conquistar tierras en el Norte de África y en Indochina, mas la aventura mexicana terminó para él con un fracaso completo. Su protegido, el emperador Maximiliano, fue fusilado por sentencia del tribunal mexicano, y sus cómplices franceses huyeron vergonzosamente del país.

A comienzos del siglo XX México se convirtió en escenario de la revolución más profunda en el continente. Estados Unidos envió en reiteradas ocasiones sus tropas para reprimir a los rebeldes mexicanos, mas salió derrotado, como Napoleón III.

Después de que Hispanoamérica obtuvo su independencia, el pueblo cubano debió luchar casi durante cien años por su libertad. El siglo XIX se caracterizó por las guerras y sublevaciones de los partidarios de la independencia cubana. El enorme ejército español, de casi 200 mil hombres, no pudo vencerlos. Cuando la derrota de España se hizo evidente, EE.UU. intervinieron y ocuparon Cuba durante varios años.

Después de la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia la situación en América Latina se agudizó bruscamente. Resultó que el movimiento obrero, a la cabeza de la lucha antimperialista, vio

en el marxismo-leninismo un orientador seguro, que permitía liberar verdaderamente estos países de la opresión de explotadores tanto nacionales como extranjeros. Los años 20 se caracterizan por la gran influencia que ejercía en los trabajadores de todas partes la Internacional Comunista. Tal fue el camino seguido por muchos fundadores de los partidos comunistas en América Latina, en quienes los adversarios centraron en primer término la represión, encarcelándolos, torturándolos y asesinándolos. Con la victoria de la Revolución Cubana en 1959, el movimiento obrero continental entró en una etapa superior de lucha. ¡Qué no hicieron los enemigos para sofocarla, para acabar con sus jefes!

La Casa Blanca afirma que la Unión Soviética y su aliado —la Cuba socialista— se entrometen en los asuntos de Latinoamérica, lo cual obliga a Estados Unidos —a quien no le agrada el comunismo— a oponer resistencia a las "pérfidas" maniobras de los rusos y los cubanos.

Esas suposiciones no tienen fundamento. El comunismo echó raíces en América Latina no debido a las "maniobras de los maliciosos rusos", sino porque EE.UU., desde el siglo pasado, se ha entrometido en reiteradas ocasiones en los asuntos internos de estos países, y en este siglo despliega allí la política del dólar, "del gran garrote", de la intervención armada. Los monopolios estadounidenses se han apoderado en esa región de territorios enormes, subordinado la economía local a sus intereses, sacado de América Latina enormes ganancias, han impuesto a sus criaturas: tiranos de toda laya. EE.UU. ha seguido esta política tanto antes como después de la Revolución de Octubre. No fueron "los agentes soviéticos" quienes introdujeron el comunismo en América Latina, los propios imperialistas le abrieron las puertas, ya que los pueblos vieron en el comunismo y en el antimperialismo, el único camino certero que permitía liberar a sus países del yugo local y extranjero.

No obstante, EE.UU. sigue justificando sus intervenciones con los mismos argumentos. A finales de 1983, so pretexto de "ingerencia de los rusos y los cubanos", se adueñó de Granada, país independiente y soberano con una población de tan sólo 110 mil personas. Mas, cosa significativa: los yanquis no encontraron en la isla a ningún ruso, y los 24 cubanos muertos por ellos

¿acaso pueden servir para justificar una fechoría tan abominable?

Ahora Washington trata de poner de rodillas a la Nicaragua sandinista. Mañana le tocará el turno a otra república... Pero hagan lo que hagan los yanquis contra los pueblos rebeldes, aplicando métodos e "instrucciones" pérfidos y amenazadores respecto a ellos, la CIA, el Pentágono y otros servicios norteamericanos similares, nunca lograrán vencerlos.

Esa es la ley de la historia y el fondo de nuestro relato.

TUPAC AMARU: EL GRAN REBELDE

En vísperas

En 1780 Hispanoamérica fue sacudida por la rebelión de los indígenas peruanos al mando de José Gabriel Condorcanqui, quien tomara el nombre de un jefe nativo Túpac Amaru. A diferencia del primero, a Condorcanqui lo llaman Túpac Amaru II. Rebeliones indígenas habían tenido lugar en las colonias españolas también antes, pero nunca hubo una intervención de carácter tan masivo contra los colonizadores, ni la población autóctona declaró tan resueltamente su derecho a la existencia independiente.

En la rebelión de Túpac Amaru II, que se extendió a la mayor parte de las colonias españolas en Suramérica, participaron decenas de miles de indígenas, negros, criollos e incluso españoles. Túpac Amaru no era un desconocido, ni un analfabeto, como lo presentan algunos autores extranjeros, sino una personalidad progresista de su época, que conocía bien el arte militar. La rebelión, a pesar de ser aplastada por los españoles, dejó una profunda huella en la memoria del pueblo, siendo una especie de preludio a la Guerra de la Independencia que envolvió a la América española en 1810. Túpac Amaru II, a quien llaman "el gran rebelde", se considera hoy día héroe nacional del Perú.

La intervención de Túpac Amaru no se puede considerar acontecimiento casual, fue el resultado de la conquista y del sistema de opresión, arbitrariedad y falta de derechos establecidos por españoles en sus dominios.

Después de subyugar a fuego y espada, en la primera mitad del siglo XVI, las poblaciones indígenas y ocupar sus tierras, los conquistadores pudieron obtener enormes

ganancias aplastando la resistencia de los nativos. Testimonio de lo que significaba para éstos la conquista y la ocupación española es el siguiente hecho: cuando comenzó la conquista, en el territorio del Perú vivían de 6 a 10 millones de indígenas, y a fines del siglo XVIII, su número disminuyó en un 80 por ciento, aproximadamente.

En el siglo XVIII la situación empeoró debido a que España, que antes figuró entre las potencias más importantes, empezó a decaer. Los pilares del régimen monárquico en Europa Occidental eran socavados por la creciente fuerza de la nueva clase social: la burguesía. Sus ideólogos —los ilustradores y enciclopedistas franceses— sometían a una crítica implacable el viejo orden. Sus trabajos penetraron también en la América española.

España trató de solucionar sus problemas explotando cada vez más sus colonias. Las reformas de Carlos III (1759-1788) en el espíritu del absolutismo ilustrado no hicieron sino tratar de renovar la fachada colonial, sin destruirla. El fardo de los impuestos, que recaía sobre los habitantes de las colonias, creció motivando la protesta de diferentes grupos de la población. Los habitantes de Asunción, Bogotá y otros centros coloniales se sublevaban contra la política de las autoridades "malas". Se hicieron más frecuentes los motines indígenas que eran aplastados despiadadamente por los españoles.

El científico español Antonio de Ulloa, quien visitara Suramérica a mediados del siglo XVIII, junto con Jorge Juan, escribía en sus *Noticias secretas* que "los indios son verdaderos esclavos en estos países, se consideran felices los que tienen un solo amo".

Los ánimos antiespañoles crecieron considerablemente cuando comenzó la Guerra de la Independencia de las colonias inglesas en Norteamérica (1775-1783), apoyada por España, que deseaba debilitar a su eterno adversario: Inglaterra. Todo esto, en conjunto, provocó una profunda crisis en Hispanoamérica, una de cuyas manifestaciones importantes fue la rebelión de Túpac Amaru II.

Por la fe de bautismo sabemos que su nombre era José Gabriel Condorcanqui Noguera; nació el día de San José el 19 de marzo de 1738 (según otros datos, de 1740) en el pueblo de Surimana (provincia o corregimiento de Tinta, hoy Cocos), situado cerca de la antigua ciudad de Cuzco a mitad del camino entre Lima y

Buenos Aires. Su padre era Miguel Condorcanqui y del Campo, su madre: Rosa Noguera. José Gabriel procedía del último gobernador de los incas, Túpac Amaru I, ejecutado por orden del virrey de Toledo en 1572. La hija del ejecutado, Juana Pilcohuaco, se casó con Diego Felipe Condorcanqui. Entre los antepasados de José Gabriel hubo criollos. Su abuelo era oficialmente reconocido como descendiente directo de Túpac Amaru. Según las leyes españolas tenía derecho a llevar espada y puñal, montar y ser propietario de caballos.

Por ser el hijo mayor, José Gabriel heredó del padre tanto el título de cacique (así se llamaban los jefes indígenas), como el cacicazgo, o sea, los poblados de Pampamarca y Surimana. El cacique era la persona más rica e influyente en la comunidad nativa y se consideraba ayudante del representante local del virrey —el corregidor o gobernador provincial—. Los corregidores tenían fama de ser canallas y ladrones empedernidos, sometían a la población local a una explotación monstruosa y eran especialmente crueles con los indígenas. Es evidente que para ello contaban con el apoyo de los caciques que intervenían como intermediarios entre el poder real y la población autóctona que se pronunciaba cada vez más resueltamente contra los esclavizadores. En Madrid estaban enterados del creciente descontento en las colonias y enviaban allí, para imponer orden, a los visitadores generales o inspectores con amplios poderes y con la indicación de seguir cobrando los mismos impuestos, a toda costa, a favor del tesoro real. Los visitadores no eran mejores que los corregidores.

Condorcanqui quedó huérfano a temprana edad, estudió en Cuzco, en el colegio de la nobleza indígena (caciques) San Francisco de Borja y, según algunos datos, incluso frecuentó la universidad de San Marcos en Lima. Dominaba los idiomas español, quechua, sabía latín; leyó *Comentarios Reales de los Incas* de Garcilaso de la Vega, conocía bien el drama popular indio *Apu-Olontay*.

En 1760 José Gabriel se casó con Micaela Bastidas, una nativa de Pampamarca, con la cual tuvo tres hijos.

Se conserva el retrato oral del joven Condorcanqui, hecho por el criollo Pablo Astete: de mediana estatura, delgado, con rasgos físicos típicamente indígenas: nariz aguileña, ojos vivos y negros, y tez mucho más clara

que la de su raza. Habitualmente vestía chaleco, pantalón corto de terciopelo negro, medias de seda a la rodilla y zapatos con hebillas de oro; un sombrero español de castor y una chaqueta de brocado dorado, prendas bastante costosas, accesibles sólo a los ricos. Sobre los hombros echaba el tradicional hunco, túnica de lana en la cual tenía bordado con hilo dorado el escudo de los lejanos antepasados. Su largo cabello caía con esmerado cuidado sobre las espaldas: rasgo distintivo de la aristocracia india. Según Pablo Astete, los Condorcanqui fueron respetados en todas las capas de la sociedad. Un cronista anónimo del siglo XVIII lo describía, así: su rostro tenía algo majestuoso, era severo por naturaleza, y la sonrisa lo iluminaba raras veces. Su alma parecía dedicarse siempre a la autocontemplación... ocupada siempre de los grandes planes.

1. Túpac Amaru
(Condorcanqui J.G.)

En 1750 el monje franciscano Calixto San José Túpac Amaru, quien también descendiera de los caciques incas, presentó personalmente en Madrid una queja al rey sobre la situación calamitosa de los indígenas. Como resultado de esta queja el franciscano fue encerrado en un convento de Granada (España), donde murió.

No obstante, varios caciques seguían mandando al rey y a las autoridades españolas quejas semejantes. José Gabriel no fue una excepción, y al parecer, en un principio creyó en la justicia de la Corona española.

En 1776 se trasladó a Lima, capital del Perú, como representante de varias comunidades y poblados indígenas de la província de Tinta, con el objetivo de liberar a dicha provincia de la obligación de suministrar mano de obra para las minas de Potosí. Se propuso entregar la petición correspondiente al propio virrey Manuel de Guirior. La presentó el 18 de diciembre de 1777 y en ella Condorcanqui dibuja el lúgubre cuadro de la despedida de los indios mitayos de sus familiares: sabiendo que iban a morir o no regresarían a sus tierras natales, vendían sus chozas y sus bienes, y así, con un mitayo se iba del poblado toda la familia. Condorcanqui comprendía que los industriales utilizaban la condición de semiesclavo, semifeudal del campesino indígena para obtener altas ganancias. Después, ya durante la sublevación, Túpac Amaru desenmascararía, en reiteradas ocasiones, en sus exhortaciones a las autoridades españolas, las acciones antipopulares de los funcionarios españoles. No es casual que llamaban a su movimiento revolución contra los corregidores.

Areche, gobernador de Lima en aquella época, ordenó a José Gabriel abandonar la ciudad. De todos modos, la estadía en la "capital de los reyes" le sirvió. Se enteró del comienzo de la revolución en las colonias inglesas de Norteamérica, estableció relaciones útiles. Y aunque decía que iría a Madrid para seguir defendiendo a su pueblo ante el Consejo de las Indias, en realidad, se dedicó a preparar la insurrección armada contra el dominio español.

El comienzo

Al parecer, desde mucho antes Condorcanqui planeaba su acción. La hora de actuar llegó el 4 de noviembre de 1780. Aprovechando una gran recepción en honor del cumpleaños del rey, a la cual asistía, entre otras autoridades locales, el corregidor de la provincia de Tinta —Antonio Arriaga—, lo toma preso y hace que ordene a los jefes indios de todos los confines de la provincia

presentarse a disposición de Túpac Amaru para un asunto importante. Cuando los jefes indios se reunieron en Tungasuca, el 10 de noviembre Arriaga fue ejecutado en público por sus crímenes. Una semana después Túpac Amaru logró una victoria sobre los españoles que le opusieron resistencia, en el combate junto al pueblo de Sangarará. La sublevación prendió con nueva fuerza. Condorcanqui llamó a la población a arrestar a los corregidores, juzgarlos y ejecutarlos. Afirmó que el rey español le había dado poderes para obrar de esta manera, y que sólo se pronunciaba en contra de los malos servidores del monarca. Insistía especialmente en que no tenía ánimos hostiles hacia la fe católica. Ese era un antiguo truco al que recurrieron en más de una ocasión los jefes rebeldes tanto en América como en Europa. Al mismo tiempo, firmaba: "José Gabriel Túpac Amaru, el Inca", lo cual denotaba cierta independencia respecto a las autoridades españolas.

Este jefe inca no se decidió, como le aconsejaba su esposa Micaela, a atacar Cuzco, que podía tomarse sin gran dificultad, lo cual fortalecería sus posiciones. En vez de ello, regresó al sur, hacia el Alto Perú (actual Bolivia) que desde 1776 formaba parte del virreinato del Río de la Plata, con la esperanza de levantar a la población nativa a la lucha contra los españoles.

Pronto Túpac Amaru cruzó la frontera que separaba los virreinatos del Perú y el de La Plata, salió al lago Titicaca, situado a una altura de casi 4.000 metros. Recibido por doquier con entusiasmo por la población, Condorcanqui destituía a los funcionarios españoles, designando indígenas en su lugar. Implantó la pena de muerte por el robo y la borrachera. Los corregidores, la nobleza local y el ejército real huían presas del pánico sin atreverse a oponer resistencia a la victoriosa marcha de los rebeldes. Durante toda esta marcha el Inca liberó 24 provincias. Su ejército crecía rápidamente y pronto superó 90 mil hombres. Mas los acontecimientos dieron un viraje inesperado. El virrey del Río de la Plata Juan José de Vértiz y Salcedo, al enterarse de la insurrección indígena, envió a sus soldados a reprimirlos y fijó una recompensa por la captura de su jefe. Túpac Amaru se dirigió a Cuzco, perdiendo 45 días que los españoles utilizaron para organizar su defensa. Estos no sólo recibieron refuerzos des-

de Lima, sino que lograron atraer para luchar contra los insurrectos a los nativos y a algunos caciques, entre ellos al influyente Mateo Pumaccahua.

Túpac Amaru esperaba que los partidarios del rey le entregarían Cuzco sin combate. Ello explica sus mensajes a los cercados exhortándolos a rendir las armas. Después de una serie de choques sangrientos el jefe indio llegó a la conclusión de que no podría tomar la ciudad, levantó el sitio y regresó a sus lugares natales.

En pos suyo los españoles enviaron ejércitos de Cuzco. En abril de 1781, en las colinas de Checacupe, cerca de Sangarará y Tinta, se libró el último combate. Los rebeldes fueron derrotados, su jefe retrocedió y el 7 de abril fue arrestado.

El desenlace

Los españoles ordenaron ahorcar a 67 partidarios de Túpac Amaru y colocar sus cabezas en estacas a lo largo del camino para atemorizar a la población. Se oyeron los hachazos en las plazas y en los caminos del Perú, indicios de un implacable ensañamiento.

El 15 de mayo, el visitador José Antonio de Areche dictó la siguiente sentencia: el tribunal "condena a José Gabriel Túpac Amaru, a ser llevado a la plaza principal y pública de esta ciudad, arrastrado hasta el lugar del suplicio, donde presenciará la ejecución de su mujer, Micaela Bastidas, sus hijos Hipólito y Fernando Túpac Amaru, su tío, Francisco Túpac Amaru, su cuñado Antonio Bastidas y algunos de los principales capitanes o ayudantes de su inicua y perversa intención o proyecto..."

El 18 de mayo de 1781 se dio a los encarcelados una muerte horrible.

El verdugo trató de cortar la lengua a Micaela Bastidas, pero ella oponía tanta resistencia que sólo logró hacerlo después de su muerte. Su cuello era tan delgado que "la garrota" (anillo de hierro atado a la rueda) no le hizo daño, entonces el verdugo la mató a golpes.

Luego le tocó el turno a Túpac Amaru. Primero le arrancaron la lengua, luego lo echaron boca abajo. A Túpac Amaru lo ataron de brazos y piernas a las sillas de cuatro caballos a los que los jinetes hicieron

correr en direcciones distintas, pero resultó imposible desgarrarlo. Sólo entonces Areche, quien observara la ejecución desde la ventana del colegio jesuita, dio la orden de decapitarlo.

El cuerpo de Túpac Amaru lo llevaron al cadalso y le cortaron los brazos y las piernas, lo mismo hicieron con los cuerpos de otros ejecutados. Entre los que observaban la ejecución se encontraba, engrillado, Fernando, el hijo menor del Inca, de 12 años. Lo obligaron a ver la agonía de sus padres. Al pequeño, a quien los jueces del rey le perdonaron "generosamente" la vida, lo hicieron pasar al pie de la horca y lo condenaron al destierro perpetuo.

Los cuerpos destrozados de Túpac Amaru y de Micaela fueron expuestos en la cima del monte Picchu, desde el cual hacía poco el jefe indio había atacado a Cuzco; luego sus cadáveres fueron quemados y sus cenizas lanzadas al viento. Por orden especial, más de 30 ciudades y poblados peruanos fueron "engalanados" —para infundir temor— con brazos, piernas y la cabeza del Inca y de sus partidarios. La cabeza de Túpac Amaru fue expuesta "a la salida al camino más animado" en Tinta; uno de sus brazos, en Tungasuca, "donde era cacique"; el otro, en la capital de la provincia de Carabaya, etc.

"Esta represión salvaje provocó la insurreción de los indios —escribía William Foster—, que tuvieron sitiada La Paz durante 109 días. Al fin y al cabo la insurrección fue aplastada. Esa guerra civil duró dos años y costó la vida a 80 mil personas".

A las cárceles españolas fueron llevados 29 partidarios de Túpac Amaru, 18 murieron durante el trayecto, entre ellos Mariano, un hijo de Túpac Amaru. Fernando falleció en Madrid a la edad de 30 años. Sólo uno de los condenados vivió hasta la victoria de los patriotas —el medio hermano del rebelde —Juan Bautista—, quien en 1822, a la edad de 80 años, después de 40 años de encarcelamiento, logró llegar a Buenos Aires.

El 15 de mayo de 1825, Juan Bautista Túpac Amaru dirigió una carta al gran caudillo de la Guerra de la Independencia, Simón Bolívar, señalando que su hermano, José Gabriel, fecundó con su sangre la tierra peruana, de la cual el gran Bolívar recogió una rica cosecha.

La insurrección de Túpac Amaru dejó una profunda huella en la memoria del pueblo, y hasta el día de hoy

su nombre goza de amor y respeto en toda Latinoamérica. Algunos autores clericales afirman que el clero, en particular los jesuitas, supuestamente, para vengarse de la disolución de su orden en 1767, apoyaban la insurrección del jefe indio, y que la iglesia católica se pronunció junto con los nativos en contra de los colonizadores e incluso aseveran que el movimiento de Túpac Amaru fue una "revolución de los curas".

Los historiadores clericales tratan de confirmar su tesis con el siguiente argumento: el jesuita español Juan de Mariana (1536-1623), justificó en sus obras, desde el punto de vista religioso y moral, el derrocamiento del poder real "indigno", e incluso el asesinato de un rey "indigno". De ello se deduce que la doctrina de Mariana sirvió de fundamento ideológico para la insurrección de Túpac Amaru. Sin embargo, tal deducción está destinada a un lector ignorante, ya que el jesuita exhortaba al asesinato de los monarcas que se pronunciaban en contra del catolicismo. La verdad es que los eclesiásticos no sólo no apoyaban a Túpac Amaru, sino que contribuían por todos los medios a su derrota. Boleslao Lewin, el autor de una monografía sobre Túpac Amaru, no encontró la presencia de sacerdotes entre los insurrectos, en cambio sí los encontró encabezando muchos de los destacamentos punitivos de los colonizadores.

Juan Manuel Moscoso, obispo de Cuzco, fue el inspirador ideológico de las acciones efectuadas por las autoridades españolas para aplastar la insurrección de Túpac Amaru. Excomulgó y maldijo al jefe inca y a sus correligionarios. Los representantes del rey utilizaron el clero en labores de espionaje, para obtener información sobre los insurrectos. B. Lewin aduce el ejemplo del cura de Tungasuca, a quien la Junta Extraordinaria —encabezada por el visitador Areche y encargada de aplastar la sublevación—, encomendó enterarse e informarle del número de hombres, armas, municiones y, en general, de todo lo referente a la fuerza militar de Túpac Amaru. En particular, cuáles eran sus ideas, intenciones y planes militares; qué súbditos españoles se encontraban con él y quiénes eran sus agentes en las ciudades de Lima, en Cuzco y en otros lugares. Se podría escribir infinitamente, afirma B. Lewin, sobre la actividad de los curas como jefes militares, espías, etc. El obispo Moscoso creó y dirigió una organización de espionaje, integrada por curas,

contra los insurrectos. Después del aplastamiento de la insurrección, la Corona española, en recompensa, lo nombró arzobispo de Granada.

La captura de Túpac Amaru y su ejecución provocaron una ola de entusiasmo entre los jerarcas eclesiásticos. Sebastián Malvar y Pinto, obispo de Buenos Aires, escribía en su mensaje a los creyentes del 26 de junio de 1781: "¿Y qué vasallo fiel no se alegrará del arresto de ese rebelde? ¿Qué español verdadero no concibe en su pecho una excesiva alegría, por noticia tan plausible? ¿Qué cristiano no se empeñará en tributar a Dios los más rendidos obsequios por habernos concedido un beneficio tan grande? Sí, amados hijos, este suceso es digno de todos nuestros votos y de las más fervientes oraciones. El amor que debemos al rey y a la religión que profesamos, exige que exaltemos nuestros corazones con alabanzas y cánticos".

Después de aplastar la insurrección de Túpac Amaru los colonizadores liquidaron la institución de los corregidores, tan odiada por la población local. Fueron sustituidos por los intendentes que en realidad siguieron la misma política de saqueo y explotación a la población nativa. No sólo en Perú, sino en toda América española se prohibían el uso de ropa y lengua indígenas, así como toda manifestación de costumbres y otras formas de vida distintas de las españolas.

Los indígenas que habían colaborado en la represión del levantamiento de Túpac Amaru, recibieron títulos militares, puestos y recompensas en metálico. El destino de algunos de ellos fue trágico. Por ejemplo, Mateo Pumaccahua se unió en 1814 a los patriotas, mas al año siguiente fue capturado por los españoles, ahorcado y descuartizado.

La insurrección de Túpac Amaru causó una profunda impresión en los contemporáneos; exhaltó la imaginación de las generaciones posteriores. Su nombre se convirtió en brillante símbolo de la sublevación contra el régimen español. En caso de éxito, su movimiento podría significar para Hispanoamérica lo que significó para el mundo la toma de la Bastilia y la revolución norteamericana. Los rivales de España, en particular Inglaterra, manifestaron gran interés por el motín de Túpac Amaru.

A fines del siglo XVIII llegó a manos de Francisco de

Miranda uno de los documentos de Túpac Amaru: el proyecto de decreto que pensaba publicar después de la toma de Cuzco. Miranda entregó el documento al primer ministro inglés William Pitt como prueba de que la lucha por la independencia tenía en las colonias una larga historia. El propio Miranda consideraba que la América Española independiente sería encabezada por un Inca supremo. Los mismos planes gestaba el general José de San Marrán al liberar el Perú. Llamaban "Tupamaru" a Artigas, fundador del Uruguay, donde en nuestro tiempo se creó la organización radical "Tupamaros", cuyos miembros eran perseguidos sin tregua por la dictadura militar...

En la memoria del pueblo...

La insurrección de Túpac Amaru quedará en la memoria del pueblo como una página gloriosa y heroica de la lucha de los indígenas por sus derechos. Estos aún no han logrado conquistar su libertad. Al respecto José Martí afirmaba que mientras el indio no se mueva, América no andará bien. Sólo en 1968, el gobierno patriótico del Perú declaró a Túpac Amaru Héroe nacional. El llamamiento de Túpac Amaru: ¡Campesino! ¡El amo no se enriquecerá más con tu pobreza!, se convirtió en *leitmotiv* de la reforma agraria radical que realizaba este mismo gobierno. En mayo de 1975 la lengua quechua fue declarada, al lado del español, lengua nacional del Perú. En 1980 en América Latina se conmemoró ampliamente el 200 aniversario de la histórica insurrección de Túpac Amaru.

¿Quiénes fueron los protagonistas principales de este importante movimiento? Fueron los indios de todos los niveles. Mal organizados y mal armados en comparación con los españoles, con un programa impreciso, lucharon como pudieron por la libertad, por el derecho a la vida pisoteados por los colonizadores. Tuvieron el apoyo de las personas más progresistas de otros estamentos. Mas ellos no podían vencer entonces, como tampoco pudieron hacerlo en la Rusia zarista las sublevaciones campesinas encabezadas por Bolótnikov, Razin, Pugachov. Fueron los primeros reflejos de los futuros incendios que poco después envolvieron a las colonias y que

siguen desencadenándose en este continente "en llamas" hasta el día de hoy.

En la Unión Soviética, sobre Túpac Amaru II, su insurrección y muerte escribieron en reiteradas ocasiones V. Miroshevski, S. Sózina, Yu. Zubritski, Yu. Gávrikov, P. Samárkina y muchos otros. Libros, folletos y artículos están dedicados a Condorcanqui. El pueblo soviético siente simpatía hacia el jefe indio, quien fue primero en declarar el derecho de su pueblo a una existencia independiente.

TIRADENTES, ADELANTADO DE LA INDEPENDENCIA DE BRASIL

Allende el océano

Brasil —colonia americana del Portugal— se desarrolló lentamente. En su territorio no había civilizaciones indígenas avanzadas. La población aborígen, relativamente poco numerosa, se encontraba en los estadios tempranos del desarrollo socioeconómico, oponía una decidida resistencia a los esclavizadores portugueses que creaban destacamentos especiales —bandeirantes— para la caza de indios y su venta como esclavos. Eran valorados especialmente por su fuerza y resistencia los indios guaraní del Paraguay, donde dominaban entonces los jesuitas. En reiteradas ocasiones Portugal trató de apoderarse del Paraguay, creando una situación tensa en sus fronteras.

Sólo en el siglo XVII fueron descubiertas las minas de diamantes y de oro en la capitanía brasileña de Minas Gerais. Luego llegó la época de la caña de azúcar, del café, de las plantaciones de banano. Ya en el siglo XVIII Brasil trató de conquistar la Banda Oriental (Uruguay) para tener una salida a la desembocadura del río La Plata. Esto permitiría a brasileños y portugueses controlar las vías comerciales que se dirigían al centro del continente, al lejano y fabulosamente rico Perú, que atraía desde hacía mucho a los colonizadores lusitanos. Para fines del siglo XVIII la población de Brasil representaba un abigarrado conglomerado de pueblos y razas. De 3.250 mil personas que vivían en el país 1.500 mil eran negros y mulatos, 600 mil, indios, y más de 1 millón, "blancos".

Además, los "blancos" y los "de color" se contraponían unos a otros como los explotadores y los explo-

tados: las diferencias de clase adquirían, al parecer, una encarnación palpable en la diferencia del color de la piel.

En la parte superior de la jerarquía social en la colonia se encontraban los portugueses, nativos de la metrópoli (reinóes), que monopolizaban en Brasil el poder administrativo, religioso y militar. Enorgulleciéndose desmedidamente de su procedencia europea, estos retoños de las familias nobles arruinadas adoptaban una actitud de desprecio no sólo hacia los "de color," sino también hacia los blancos que nacieron en las colonias tratándolos como a personas de segunda categoría. Los nativos blancos de la colonia eran, principalmente, funcionarios, terratenientes, curas de segunda categoría, oficiales de grados inferiores, comerciantes y personas de profesiones libres.

Las capas intermedias de la población las constituían los mestizos (caboclos o mamelucos), descendientes de blancos e indios; los mulatos, descendientes de blancos y negros.

En los peldaños inferiores de la jerarquía social se hallaban los indios y los cafusos, descendientes de los indios y de los negros, y en el nivel inferior estaban los negros esclavos.

Aunque el desarrollo de Brasil tenía sus rasgos originales, en lo fundamental seguía los mismos caminos que en las colonias españolas. Sin embargo, algo distinguía a Brasil de los dominios castellanos: estaba más estrechamente vinculado con el mundo exterior, lo cual sucedía gracias a Inglaterra. Portugal veía en Inglaterra el contrapeso de España, cuyos monarcas no olvidaban que habían poseído Lisboa en los siglos XVI y XVII y siempre estaban dispuestos a regresar. El vínculo con Inglaterra dejó su impronta en Portugal y, por ende, en Brasil. En Lisboa, con el rey José I, se estableció el absolutismo ilustrado. El primer ministro, marqués de Pombal (1755-1777) fue la primera personalidad del gobierno que prohibió la orden jesuita (1759). Con Pombal, el Portugal se convirtió en uno de los países más avanzados en Europa. Se editaban allí no sólo libros anticlericales, sino, igualmente, obras de los enciclopedistas franceses, trabajos sobre la revolución inglesa y otras obras

similares, que, como es natural, penetraron asimismo en Brasil. Y aunque después de la muerte de Pombal la reacción hizo su reaparición, no pudo hacer volver al país a los tiempos antiguos, de antes de Pombal. Noticias sobre los acontecimientos en el mundo seguían llegando a Portugal y Brasil, incluso sobre la rebelión de Túpac Amaru en el Perú, la guerra de las colonias inglesas de América por la independencia, luego sobre la revolución francesa que sacudió hasta los cimientos el mundo occidental.

Estas novedades fueron una especie de semilla que dieron los primeros y tímidos brotes de la independencia brasileña. Su precursor, jefe de la conspiración denominada "Inconfidencia mineira" (complot en la capitanía de Minas Gerais) fue el poco conocido brasileño, Joaquín de Silva Xavier, quien entrara en la historia con el sonoro nombre de Tiradentes que, traducido del portugués, significa Sacamuelas.

La conspiración

Tiradentes, hijo de padres portugueses, nació en 1748 en la capitanía de Minas Gerais. Su padre era Domingo da Silva dos Santos; la madre, Antonia da Encarnacão Xavier; tenía varios hermanos. En aquella época Minas Gerais se consideraba la capitanía más rica y poblada de Brasil. Tenía más de 400 mil habitantes. Allí se explotaban minas de oro y diamantes. Encabezaba la capitanía el gobernador nombrado desde Lisboa, cuyo principal objetivo era sacar de aquellas tierras la mayor cantidad de medios posible. Sus habitantes pagaban anualmente al tesoro, por concepto de impuestos, 68 arrobas de oro (I arroba: 15 kilogramos de oro). Cuando allí se extraían cerca de mil arrobas de oro al año, este impuesto no era muy pesado, mas cuando la extracción de oro decreció, la capitanía no estaba en condiciones de soportar esta carga. En 1783 Minas Gerais debía al tesoro 384 arrobas de oro. Para obtenerlas, la reina María I de Portugal (1777-1816) declaró la "derrama" en la capitanía, lo cual daba derecho al gobernador de cobrar las deudas acudiendo a la violencia incluida la confiscación y venta de los inmuebles

de los deudores. Durante esa época muchos habitantes ricos perdieron sus fincas y esclavos, así como otros bienes. Mas incluso actuando de manera tan arbitraria, los portugueses no lograban reunir la suma necesaria. Los habitantes de la capitanía esperaban con horror la realización de la nueva "derrama" temiendo quedar sin el último pedazo de pan.

Las autoridades portuguesas ataron a Brasil con una red de prohibiciones absurdas y pesadas: impedían producir mercancías que importaba la metrópoli, los habitantes no podían transladarse libremente de una capitanía a otra, ni intercambiar mercancías. Al mismo tiempo, los portugueses trataban de endosarles sus elevados gastos, en particular respecto a la manutención del ejército que desempeñaba gran papel en la vida de la sociedad colonial. Lisboa concedía títulos de coronel y teniente coronel a los habitantes más ricos de Brasil, y éstos, en agradecimiento, tenían la obligación de crear unidades de dragones, armarlos y equiparlos por su cuenta, además mantenerlos, es decir, pagarles de su bolsillo el salario y hacer otros gastos. De esta manera, por ostentar el título de coronel y tener el derecho de llevar un uniforme pomposo que recordaba el abigarrado plumaje del papagayo, los ricachones brasileños debían desembolsar sumas cuantiosas. Esto, naturalmente, era una considerable ayuda para el tesoro portugués, pero, al mismo tiempo, el ejército creado de esta manera colocaba el dominio lusitano en dependencia de la buena voluntad de los coroneles de la colonia.

Los funcionarios portugueses saqueaban sin escrúpulo a los brasileños, mataban a los rebeldes, a los pobres, a los adversarios potenciales. Cabe señalar la existencia en Brasil de gran número de esclavos que constituían la mayoría de la población, en quienes sus dueños, como regla, descargaban su enfado. En la segunda mitad del siglo XVIII en Brasil, particularmente, en la capitanía de Minas Gerais, crecían, como hongos después de la lluvia, las bandas de esclavos tránsfugas o simples bandidos que asaltaban no sólo a los caminantes solitarios, sino a los poblados indefensos y a las ciudades de provincia.

Estas fueron las condiciones en las que creció y tomó plena conciencia Tiradentes. Al principio trabajó

de comerciante, de arriero de mulas llevando mercancías por la provincia de Minas. Desde edad temprana sintió interés por curar enfermedades, y en especial el dolor de muelas. Por entonces se podían contar con los dedos los médicos en Brasil, por ejemplo, en Río de Janeiro había dos, y de dentistas ni se hablaba. De las curaciones se ocupaban los peluqueros, quienes atendían a sus clientes poniéndoles sanguijuelas o haciéndoles sangrías, incluso a los que tenían dolor de muelas. Tiradentes no sólo era un "sacamuelas", sino que aliviaba los sufrimientos de sus pacientes con pomadas y aguas de hierbas.

Después de que Tiradentes perdió sus mulas, trató de dedicarse a la extracción de diamantes, mas tampoco consiguió éxito. Al fin y al cabo se vio obligado a entrar al servicio de los portugueses, como dragón, en expediciones militares. Los constantes desplazamientos dentro de la capitanía, el servicio en distintas ciudades, incluida la capital colonial —Río de Janeiro— le permitía ver palmariamente las llagas sociales del país y hacer muchos amigos en las diferentes capas de la sociedad. Tenía buena reputación entre sus jefes, a quienes curaba toda clase de males, ascendía rápidamente, llegó a ser cabo e incluso mereció el agradecimiento, por escrito, de la reina por su valor y audacia manifestados durante el cumplimiento del deber.

Tiradentes sabía leer y escribir, e incluso durante un tiempo se le preparaba para ingresar en un seminario eclesiástico donde estudiaban sus dos hermanos mayores. Sabía latín y francés, caso extraño en Brasil colonial.

¿Cuáles eran sus lecturas favoritas? Durante el gobierno de la reina María I, no se admitía en la colonia ninguna literatura, excepto libros eclesiásticos y de culinaria. Sin embargo, en tiempos de Pombal, aún no lejanos, reinaban otros usos. Muchos curas ostentaban su librepensamiento, y de Lisboa llegaban a Brasil libros en los que se desenmascaraban las ferocidades del orden jesuita, llegaban obras de Voltaire y de otros pensadores franceses que destronaban a las autoridades eclesiásticas. Tiradentes seguramente leyó estas obras.

En todo caso, su amigo y partidario el poeta Clau-

dio Manuel da Costa, tenía una biblioteca de 388 volúmenes, entre otros los mencionados, cifra enorme para aquella época. Por influencia de sus lecturas, de la experiencia personal, de la actitud de sus compatriotas y de los acontecimientos en el mundo Tiradentes concluyó que no sólo era posible, sino necesario luchar por la independencia de Brasil. Estaba convencido de que la población local lo apoyaría, máxime cuando el número de descontentos ante la política de saqueo aplicada por los funcionarios portugueses crecía incesantemente.

En tiempos de Pombal empezaron a viajar al Portugal e ingresar en la famosa Universidad de Coimbra los brasileños jóvenes más capaces y prometedores. En los años 80 del siglo XVIII en dicha Universidad había 9 jóvenes sólo de la provincia de Minas Gerais, y algunos lograban incluso ingresar en establecimientos de enseñanza superior de Francia. En Montpellier, por ejemplo, estudiaban medicina dos jóvenes de esta misma capitanía: Jose Joaquim da Maia y Domingos Vidal de Barbosa. El primero, de gran talento y ex alumno de un seminario, procedía de la familia de un sencillo albañil; influido por la revolución norteamericana decidió dedicarse a la lucha por liberar a Brasil del dominio portugués. Si las colonias inglesas en Norteamérica, razonaba, se liberaron del opresor tan poderoso como John Bule, con más razón Brasil podría quitarse el yugo del pequeño y débil Portugal que durante casi tres decenios era un parásito de su enorme cuerpo.

Maia dirigió una carta fervorosa a Thomas Jefferson, uno de los líderes de la revolución norteamericana, entonces embajador de Estados Unidos en Francia, pidiendo audiencia. En ella escribía: "Soy brasileño. Usted sabrá que mi patria gime en una esclavitud odiosa. Con Vuestra gloriosa independencia, nuestra situación se vuelve cada vez más inaguantable, ya que los bárbaros portugueses, temiendo que sigamos su ejemplo, no desprecian ningún medio para hacernos aun más infelices. Sabiendo que estos usurpadores no piensan en otra cosa que no sea la opresión, pese a las leyes de la naturaleza y la humanidad, decidimos seguir su ejemplo y, rompiendo las cadenas, hacer renacer nuestra libertad casi liquidada por la fuerza, único sostén del poder europeo en América".

Jefferson aceptó escuchar al joven brasileño. Este, deseando producir en su interlocutor buena impresión, se hizo pasar por participante de una conspiración antiportuguesa que supuestamente existía en Brasil y pidió a Jefferson ayudar a los participantes con dinero, armas y otros medios. Jefferson escuchó atentamente al joven patriota. "El embajador dio a entender —escribe el historiador brasileño Rosha Pombo— que los norteamericanos no estaban dispuestos a aconsejar a los brasileños entrar en guerra con Portugal, metrópoli con la que trataban de conservar una especial amistad e incluso poco antes habían concertado un acuerdo comercial. Sin embargo, pese a todo, según el embajador, los brasileños podían estar seguros de que, en Estados Unidos, la revolución en aras de liberar Brasil suscitaría interés y simpatía y que el cálculo de ventajas considerables atraerían a dicho país a mucha gente dispuesta a prestarle ayuda. Incluso podrían ir oficiales impulsados por los motivos más nobles. En cuanto a los ciudadanos norteamericanos, gozan del derecho de salida libre sin el previo permiso de su gobierno, y pueden ir a cualquier país."

Aunque la respuesta de Jefferson desilusionó a Maia, en su conversación con su compatriota Barbosa, le aseguró que EE.UU. estaban dispuestos a prestar apoyo activo a los patriotas brasileños. Lo mismo repitió en Lisboa al futuro ingeniero Jóse Alvarez Maciel, quien cursaba estudios en Coimbra. Maciel era oriundo de Vila Rica, como se llamaba entonces la capital de la capitanía Minas, era cuñado del teniente coronel Francisco de Paula Freire de Andrade, en cuyas tropas Tiradentes servía de cabo. Alumno destacado del químico Vandelli, famoso en Portugal, Maciel participó, con otros compañeros, en el lanzamiento del aeróstato en 1784.

Maia murió en Lisboa poco antes del plazo fijado de su regreso a Brasil. Los testamentarios políticos de Maia fueron Maciel y Barbosa. El primero en regresar al Brasil fue Maciel. Camino de la patria visitó Inglaterra, donde compró muchos libros sediciosos, incluida la Constitución de EE.UU. que llevó a Río de Janeiro, donde desembarcó en agosto de 1788. Llamamos la atención del lector sobre esa fecha: nos separa sólo un año de la Gran Revolución Francesa.

Tiradentes también se encontraba en Río. ¿A qué se

dedicaba? Hacía algo más de un año había solicitado a Lisboa permiso para construir en Río de Janeiro el alcantarillado, unas bodegas en el puerto y un molino. Al parecer esa idea la tenía desde antes de encabezar la conspiración antiportuguesa. Ahora se encontraba en Río, supuestamente en espera de respuesta. En realidad, con este pretexto tan decente, establecía las relaciones necesarias para los conspiradores y preparaba la base para la sublevación de los patriotas en la capital.

En la cancillería del virrey, conde Luis de Vasconcelos de Souza, Tiradentes se enteró de que Maciel había llegado a Río, además procedente de Inglaterra, y se apresuró a encontrarse con él. Este le habló de la entrevista de su compatriota Maia con Jefferson, quien, al parecer, prometió prestar ayuda a los patriotas brasileños, partidarios de la independencia. Esto significaba que los conspiradores no estaban solos, que podían contar con el apoyo de la única república en el mundo en aquella época: ¡Estados Unidos!

Al regresar a Vila Rica, Tiradentes se entrevistó con Barbosa, otro ex estudiante y compañero de Maia en la Universidad de Montpellier, quien confirmó lo dicho por Maciel. El canónigo portugués Luis Vieira da Silva, partidario de Tiradentes, tradujo rápidamente la Constitución de EE.UU., traída por Maciel. Así, los conspiradores tenían en sus manos un documento político que podía orientarlos en su futura actividad.

En junio de 1788 empezó a desempeñar en Vila Rica su cargo de gobernador Luis Antonio Furtado de Mendoza, vizconde de Barbacena, sobrino del virrey Vasconcelos. Inició la represión, prohibió abrir nuevas fábricas, aumentó los impuestos, amenazó con repetir "la derrama", lo cual arruinaría a muchos habitantes locales cuyos ingresos disminuían bruscamente debido al agotamiento de las minas de oro y diamantes. Tiradentes decidió explotar sus temores. Atrajo a la sublevación a personas destacadas de Vila Rica, entre ellas, al coronel José Aires Gómez, al ex juez y a otras. Francisco de Paula Freire de Andrade, comandante de dragones en la capitanía, accedió a ser dirigente militar de la organización. Tiradentes, alma del grupo, logró incorporar en la "inconfidencia", a cerca de cien personas.

Entre ellos se encontraban los poetas Gonzaga y Peixoto. Este último se casó con doña Bárbara Alidora

Guillermina da Silveira, cuyo nombre entró en la historia como ejemplo de moral, y en memoria de la desgracia que le tocó en suerte.

En sus reuniones los miembros del grupo de Tiradentes discutían cuestiones diversas: aspectos militares de la empresa, proyectos de liberación de los esclavos, etc. Se aprobaron el escudo con la figura del buen genio que rompía las cadenas y la bandera de la república integrada por tres triángulos que simbolizarían a los blancos, a los negros y a los mulatos, y con la inscripción tomada de Virgilio, en latín: "Libertas quae sera tamen" ("¡Libertad, aunque tardía!).

Los confabuladores estaban seguros de que en cuanto sonara el llamamiento a la lucha por la independencia, Francia y Estados Unidos les ayudarían.

Según sus planes, proclamarían la república cuya capital sería San Juan del Rey; en Vila Rica proyectaban fundar una universidad. Se confiscarían todas las propiedades del tesoro entregándolas al fondo del Estado, y declararían nulas todas las deudas de los tributarios. Preveían abrir acceso libre a la zona de las minas y liberar de impuestos la producción de las lavaderas de oro. Crearían empresas para producir todo tipo de artículos que hasta entonces se importaban de la metrópoli. Reconocían el derecho para un seguro estatal especial a los padres que tenían más de cinco hijos. Pensaban asimismo eliminar la esclavitud dentro de determinados límites y abrirían escuelas para la ilustración del pueblo.

A comienzos de 1789, en la finca Cruzeiro, residencia de Freire de Andrade, elaboraron un detallado plan de la rebelión, según el cual cada uno de los participantes desempeñaría un papel. Decidieron empezar las acciones el día en que las autoridades declarasen la "derrama", el cobro total de los impuestos.

El día acordado todos los miembros de la organización debían presentarse en Vila Rica y, allí, esperar la señal para intervenir de Tiradentes, quien exigió para sí "el principal papel y el mayor riesgo". Al aparecer, de noche, con un grupo de sus partidarios en las calles de Vila Rica, Tiradentes debía despertar a los habitantes con los gritos "¡Viva la libertad!". Entonces el coronel F. de Andrade reuniría el ejército y lo transladaría con rapidez supuestamente para aplastar la insurrección, mas, en realidad, se uniría "al pueblo insurrecto". Los jefes de la conspiración

cifraban en Andrade esperanzas especiales considerando que su participación aseguraba el éxito de toda la empresa.

Andrade, sin iniciar ninguna acción resuelta y maniobrando hábilmente, debía esperar la noticia sobre el arresto del gobernador Barbacena, a quien tenían que ver los miembros de la organización encargados especialmente de ello. Al recibir esta noticia, Andrade, en presencia de las tropas, debía preguntar a los sublevados: "¿Qué quieren ustedes?" y, al oír su respuesta "Queremos la libertad", diría a los soldados que esta exigencia era tan justa que no se podía oponer a ella.

Después del paso de las tropas al lado de los insurrectos, el poder en Vila Rica, según los planes de los "inconfidentes", debía pasar a manos del gobierno provisional creado por ellos, cuya composición había sido aprobada de antemano.

El gobierno proclamaría de inmediato la república y publicaría un manifiesto exhortando a la población a ponerse de parte del nuevo poder, que preveía aplicar la pena de muerte a quienes opusieran resistencia. A continuación se declararía que nadie tenía que pagar deudas por concepto de impuestos, y que el dinero del tesoro real sería utilizado para remunerar al ejército.

Luego se preveía movilizar a la población a ingresar en el ejército republicano, con la particularidad de que todas personas quienes ingresaran tenían la obligación de jurar fidelidad a la república. Al sargento mayor L.V. de Toledo Piza le fue encomendado, después del comienzo de la insurrección, proteger el camino entre Río de Janeiro y Vila Rica, donde debería organizar una emboscada para oponer resistencia a cualquier destacamento de tropas que pretendiera aplastar la resurrección.

El plan de la insurrección, aprobado en Cruzeiro, era muy detallado y describía con precisión las tareas de la organización en conjunto y de cada uno de sus miembros por separado. No es difícil advertir que una de las bases del plan fue la idea de Tiradentes sobre la insurrección popular, apoyada por el ejército, y otra base fue la idea de Gonzaga de organizar la insurrección local, dentro de los límites de la sola capitanía de Minas Gerais. Dicho plan fue, de esta manera, producto del compromiso político y estratégico entre dos corrientes.

Entre tanto, Tiradentes, con el acuerdo de Barbacena,

se fue a Río por dos meses, supuestamente para adelantar los asuntos relacionados con la construcción del alcantarillado y de otras obras.

Represión

Durante la estadía de Tiradentes en Río tuvieron lugar los acontecimientos que condujeron al descubrimiento de la conspiración y al arresto de sus participantes. Todo esto comenzó porque uno de ellos, el sargento mayor Luis Vaz de Toledo Piza trató de atraer al grupo al comerciante portugués el coronel Joaquim Silveiras dos Reies, cuyos negocios iban mal debido a los grandes impuestos que debía pagar al tesoro. El sargento intentó asustarlo con la inminente "derrama" esperando que así lo obligaría a unirse a la conspiración. Mas el portugués razonó de otra manera: decidió utilizar de inmediato la información sobre la conspiración como pago para que le perdonasen sus deudas al tesoro. Dicho en otras palabras, denunciar a los conspiradores con la esperanza de obtener la gratitud de las autoridades. Haciéndose pasar por partidario de la sublevación, Dos Reies averiguó a través del sargento los nombres de sus dirigentes y se apresuró a hacer la denuncia al gobernador Barbacena. Esto ocurrió el 15 de marzo de 1789.

Al tener noticias sobre la planeada conspiración el gobernador envió a Dos Reies a Río, donde estaba Tiradentes, con un comunicado urgente para su tío, el virrey Vasconcelos. Al mismo tiempo, Barbacena dio la orden de vigilar a los participantes de la conspiración en Vila Rica y se apresuró a declarar públicamente que no habría la "derrama" que se esperaba.

El virrey Vasconcelos, al enterarse por Dos Reies de los acontecimientos, ordenó a los espías vigilar cada paso de Tiradentes, para revelar sus relaciones. Este presintió lo que ocurría y, después de consultar con sus partidarios, decidió dar un paso audaz: se presentó ante el virrey y le declaró su protesta decidida contra la vigilancia afirmando que él era un súbdito leal de la reina, de quien nada debían sospechar.

El virrey le dio una respuesta confusa. Cuando comprendio que sus asuntos andaban mal, Tiradentes pasó a la clandestinidad. Al enterarse de su desaparición, el asustado Vasconcelos empezó a arrestar a los sospechosos,

quienes fueron torturados durante los interrogatorios. El cura Ignacio Nogueira de Lima no soportó las torturas y dio la dirección donde se hallaba escondido Tiradentes. Este fue capturado inmediatamente. Los conspiradores prisioneros fueron enviados a las casamatas en las islas Cobras y Villegaignon en la bahía de Guanabara que baña las costas de Río de Janeiro. Tiradentes fue interrogado once veces. Al principio, negaba haber participado en la conspiración, y después, cuando las autoridades conocieron de los nombres de todos los patriotas, afirmó que sólo él era culpable de la "sublevación". Tiradentes se portó con dignidad durante la vista de la causa, no delató a nadie ni se arrepintió de nada. Era verdaderamente un hombre valeroso, un patriota firme, inconmovible en sus principios.

¿Y qué ocurría en Vila Rica, la entonces capital del estado Minas Gerais? Los patriotas se enteraron pronto que alguien los había delatado ante el gobernador, lo cual creó confusión entre ellos. El jefe militar de la conspiración el coronel Andrade se apresuró a confesar al marqués de Barbacena su arrepentimiento dando toda serie de detalles sobre el grupo. Para entonces tanto Barbacena como Vasconcelos tenían acumuladas varias denuncias de los conspiradores. Hubo también denuncias anónimas contra el propio Barbacena acusándolo de simpatizar con los conspiradores, e incluso contra el traidor Silveiras. El 17 de mayo de 1789 Barbacena ordenó arrestar a todos los conspiradores que conocía. Se arrestó a 32 conspiradores, muchos de ellos no aguantaron las torturas.

Gonzaga, como jurista que conocía bien todos los procedimientos casuísticos y las maniobras de la justicia portuguesa, se defendía magistralmente evitando con ingenio las trampas que le ponían los jueces de instrucción, y destrozando las acusaciones que le hacían.

Claudio Manuel da Costa, de 60 años, el mismo que tenía una gran biblioteca de libros prohibidos, se ahorcó en la cárcel. Domingos Vidal de Barbosa culpaba de todo a Maciel, su compañero de estudios en Coimbra. Otros contaron todo lo que sabían. Muchos afirmaron que Tiradentes fue el alma de la conspiración, lo que ni él mismo negó.

Las noticias sobre el descubrimiento del grupo de inconformes provocaron gran confusión en Lisboa. Era una época de zozobra, los tronos y los altares se tambaleaban por doquier; la Revolución Francesa amenazaba, cual tormenta, con arrancar de raíces el viejo orden en Europa; el temor reinaba en los palacios y en las iglesias. En Lisboa, la sombra del marqués de Pombal permanecía, cual fantasma, ante los ojos de la reina María I. La indecisión y las dudas se apoderaron de la soberana y de sus consejeros. Antes de resolver la suerte de los conspiradores, revocaron al virrey Vasconcelos, y designaron en su lugar al conde Rezende, quien posteriormente dirigió la vista de la causa y la represión de los sublevados. Ordenó trasladar las tropas de Río a Vila Rica, y la guarnición de ésta ciudad, a la capital; Rezende creía que así sería más seguro.

El juicio de Tiradentes y sus compañeros tuvo lugar sólo tres años después de su arresto.

En la noche del 16 al 17 de abril de 1792 once conspiradores fueron trasladados a la cárcel general. Los jueces reunidos gastaron todo el día 18 de abril y gran parte de la noche en la formulación de la sentencia. La mañana del jueves, 19 de abril, llegó a la cárcel el secretario del juzgado. En presencia de todos los reunidos, en profundo silencio, con solemnidad y sin prisa, leyó la sentencia.

A Joaquín José de Silva Xavier (Tiradentes) se le acusó de ser un criminal, "jefe" del movimiento revolucionario, condenado a la pena de muerte en la horca, después de lo cual su cabeza debía ser enviada a Vila Rica y expuesta en un alto poste en la plaza de la ciudad, mientras que el cuerpo debía ser descuartizado, y sus partes, exhibirse en los lugares donde el acusado había pronunciado sus "criminales" discursos camino de Minas. Su casa en Vila Rica sería demolida y en el lugar donde se encontraba debían echar sal para que allí no creciera nada; además se colocaría un poste que recordara las atrocidades del abominable criminal y el castigo que había merecido. Los bienes del malhechor serían confiscados, y sus hijos y nietos, difamados.

Francisco de Paula Freire de Andrade y otras cinco personas estaban condenadas a la misma pena, mas sin ser descuartizadas. Cuatro acusados serían ahorcados, pero, según la sentencia, sin causar daño a sus cuerpos ni demoler sus casas, mas confiscando sus bienes y difamando a sus hijos y nietos. Un castigo análogo mereció

Claudio Manuel da Costa, quien, como sabemos, prefirió suicidarse. Tomás Antonio Gonzaga y cuatro personas más fueron condenados al destierro perpetuo, confiscándoseles todos sus bienes.

Los demás acusados fueron condenados a un corto destierro. A dos personas el tribunal las condenó a las galeras y al castigo corporal con látigo, no por participar en la conspiración, sino por emitir falsos testimonios. De este modo, 14 personas fueron sentenciadas a la pena de muerte; 8, al destierro perpetuo en Africa; 2, al destierro de dos años; 2, a las galeras, por 10 años, y 7, absueltas.

El 21 de abril de 1792 tuvo lugar la ejecución de Tiradentes en Río. Los portugueses festejaron ese día. En una de las plazas de la capital, se construyó una horca gigantesca, 24 peldaños conducían a la plataforma superior. Según los portugueses, la altura de la construcción testimoniaba la magnitud del crimen cometido por Tiradentes, culpable de la conspiración contra la reina. Los habitantes fueron reunidos para presenciar la ejecución. Estaban también presentes los soldados vistiendo uniforme de gala, el clero, el virrey, sus funcionarios, los jueces, los notables locales.

Tiradentes fue llevado en arapos por las calles de la ciudad con una cuerda al cuello, cuyo cabo lo tenía el verdugo. Más de tres horas se gastaron en esta marcha. Antes de la ejecución un monje pronunció el correspondiente sermón, en el cual lo maldijo y excomulgó. No obstante, ni el furioso sermón, ni el dramático montaje de la ejecución produjeron mayor impresión en el condenado. Subió al patíbulo con la frente en alto, y fue ahorcado. Inmediatamente el verdugo le cortó la cabeza, la echó en un saco de cuero con sal, y descuartizó su cuerpo. Luego sus restos fueron quemados y las cenizas, echadas al mar. Aquella misma noche en el palacio del virrey tuvo lugar una pomposa recepción acompañada de bailes y derroche de comida. Los portugueses estaban jubilosos, porque se liberaron de Tiradentes, su enemigo más peligroso...

Mientras la oficialidad de la ciudad de Río se dedicaba a la fiesta, un destacamento de dragones llevó la cabeza del ejecutado a Vila Rica, donde fue exhibida, para atemorizar a los habitantes, en una jaula de hierro ajustada a un alto poste.

Así terminó la vida de Tiradentes, quien, en el año de la Revolución Francesa, se proponía liberar a Brasil, su patria, del dominio portugués.

Tiradentes y sus compatriotas, a diferencia de los patriotas de la América española, no combatieron con las armas en la mano por sus ideales. El arresto inesperado y el juicio les impidieron realizar sus planes. Sin embargo, la impronta que dejaron en la historia no es menos significativa que la de sus hermanos hispanoamericanos. Sin Tiradentes, el primero en entregar su vida por la idea de la independencia de Brasil, los acontecimientos posteriores habrían sido mucho más arduos. El dio ejemplo, y fue seguido por otras generaciones de patriotas.

Siempre es difícil ser los primeros, con frecuencia, sufren la derrota. Mas la hoguera prendida por ellos no se apaga, sino que paulatinamente aumenta, su brillante llama atrae a nuevos y nuevos luchadores. Llega el momento en que su causa triunfa, y entonces los agradecidos descendientes rinden tributo de respeto y veneración a los que encendieron la primera chispa de este fuego vivificador.

Así ocurrió a Tiradentes. Al ejecutarlo con abominable crueldad, los portugueses esperaban fortalecer su dominio en Brasil. Mas la realidad refutó pronto sus esperanzas. En 1798 las autoridades descubrieron una gran conspiración republicana en Bahía, que llegó más lejos que la de los "inconfidentes". Además de las consignas republicanas los conspiradores exigían abolir la esclavitud y decretar la igualdad de derechos para los de "color" con los blancos. A fines del siglo XVIII — comienzos del XIX se creó en Brasil la sociedad secreta "Areopag Itambé" cuyo objetivo era luchar por la independencia del país.

Pasaron varios años, y en 1822 Brasil proclamó su independencia. No era la independencia con la que soñara Tiradentes. Mas su causa la continuaron otros luchadores, en particular Giuseppe Garibaldi, quien luchara allí por implantar la república y halló en Brasil a su bella esposa Anita. La lucha por la justicia proseguía, y aún no cesa en el Brasil de hoy...

Las autoridades coloniales hicieron todo lo posible para que se olvidara el nombre de Tiradentes. Con este fin cambiaron hasta el nombre de Vila Rica ("Villa rica") por el de Ouro-Prêto ("Oro rojo"). Mas sus esfuerzos eran vanos. Ahora la reacción utiliza el nombre de

Tiradentes para sus objetivos. Basta decir que se dio su nombre a una cárcel en San Paulo donde hasta hacía poco padecían los luchadores por la libertad. Las fuerzas progresistas tratan de resistir a las maniobras de la reacción: abrieron el museo de los "inconfidentes" en Ouro-Prêto. En esa ciudad están enterrados muchos partidarios de Tiradentes, cuyos restos fueron llevados incluso de Angola y Mozambique. Frente a la antigua cárcel se levanta ahora un monumento a Tiradentes; lo mismo en Río de Janeiro, en el lugar de su ejecución, y en muchas otras ciudades y poblados brasileños. Su nombre lo llevan parques y avenidas. Todos los años, el 21 de abril, el país celebra el día de su heroica muerte.

Los brasileños no olvidaron a su glorioso sacamuelas...

TOUSSAINT L'OUVERTURE, AUTOR DE LA INDEPENDENCIA DE HAITI

En julio de 1801, en la colonia francesa de Santo Domingo en la isla caribeña de La Española (hoy Haití) fue proclamada solemnemente la Constitución. Confirmaba ésta la abolición de la esclavitud y la igualdad de derechos de todos los ciudadanos ante la ley. El general Toussaint L'Ouverture fue nombrado gobernador natalicio de Santo Domingo.

La personalidad de este destacado revolucionario de raza negra, dirigente de la sublevación de los esclavos en Santo Domingo y de la lucha por su liberación, durante ya siglo y medio atrae la atención de todos los hombres progresistas que rinden tributo a la memoria a quienes sacrificaron la vida en aras de la libertad.

La existencia de Toussaint L'Ouverture está estrechamente ligada a la historia política y económica de Santo Domingo en el límite de los siglos XVIII-XIX. ¿Qué fuerza llevó al antiguo esclavo Toussaint, quien ni siquiera poseía apellido propio, a las filas de las personalidades que ocuparon un lugar importante en la historia? Esta fuerza fue la Revolución Francesa de 1789, que provocó en su colonia allende el océano —Santo Domingo— una gran revolución, como resultado de la cual no sólo el propio Toussaint obtuvo los derechos de ciudadano, sino, que su patria —Haití— fue el segundo país independiente, después de EE.UU., en el continente americano, la primera república negra en el mundo, el primer Estado donde fue abolida la esclavitud y la trata de esclavos.

Recordemos que Estados Unidos de América, después de la independencia, no sólo no prohibieron la esclavitud, sino que siguieron defendiendo esta bochornosa institu-

ción tanto por la fuerza como con argumentos "ideológicos". La posesión y trata de esclavos fueron reconocidas en los dominios españoles, portugueses e ingleses. Nadie censuró la legalidad de esas nefastas maquinaciones en Asia, Africa y América.

Haití fue descubierta en 1492 por Cristóbal Colón durante su primera expedición. Precisamente esta isla, a la que dieron el nombre de La Española, se convirtió en la primera base de los españoles en el Nuevo Mundo. Aquí, Bartolomé, el hermano de Cristóbal Colón, fundó en 1496 la ciudad de Santo Domingo, llamada así en honor de San Doménico, que con el tiempo se transformó en la capital de la colonia española homónima.

En la parte occidental de La Española, llena de colinas y poco accesible, empezaron a fortalecerse los franceses, fundando allí sus poblados. En el siglo XVII, aprovechando que La Española había perdido en muchos aspectos su importancia política y económica, los franceses decidieron crear allí su colonia, llamándola Saint Domingue. España se vio obligada a conceder oficialmente a Francia la parte oeste de la isla.

Los franceses empezaron a llevar esclavos de Africa, a cultivar el cacao, el café, la caña de azúcar, el índigo, importándolos a la metrópoli. Aventureros de toda laya crearon en la colonia francesa un verdadero mercado de "mercancía viva". De allí partían a todos los países del continente americano miles de negros traídos a la fuerza desde la costa de Africa. La situación de los esclavos en Santo Domingo, según muchos contemporáneos, era una de las más penosas en todas las Indias Occidentales.

Para fines del siglo XVIII, en un plazo de tiempo relativamente corto —cien años— Santo Domingo se había convertido en una riquísima colonia francesa donde había cerca de 8.500 plantaciones; su población llegó a medio millón de habitantes. En el primer peldaño de la escala social se encontraban los blancos (cerca de 30 mil personas), más abajo los mulatos y negros libres, los así llamados "affranchi" (puestos en libertad), y en la parte baja, más de 400 mil esclavos africanos.

Entre los primeros se destacaban los "grandes blancos", terratenientes y plantadores que, como regla, no vivían en Santo Domingo (los llamaban precisamente "ausentistas"), sino en París, y tenían administradores

para sus bienes en la colonia. Con ellos rivalizaban por su influencia los funcionarios locales. Más bajo en la escala (pero mucho más arriba que los mulatos y en especial que los negros libres) se encontraban los "pequeños blancos", los tendedores, los pequeños comerciantes, los artesanos y otros trabajadores o simplemente los pobres, habitantes de los tugurios urbanos.

Santo Domingo se supeditaba al Ministerio de la flota naval, con sede en París, que nombraba a su gobernador, vinculado a las esferas militar y civil. No existía ninguna autogestión, como en las colonias inglesas, ni municipalidades, como en las españolas; esta situación suscitaba el descontento de sus habitantes, en primer término, de la cumbre blanca que pretendía al papel dirigente.

Entre los "affranchi" había gente de distinto color de piel: la jerarquía socio-racial de la colonia contaba con más de 100 matices, aunque la mayoría era mulata. Los "affranchi", con frecuencia eran dueños de plantaciones, y constituían un grupo muy influyente. Poseían 1/3 de las tierras y 1/4 de los esclavos. En el siglo XVII se les prohibía a los "affranchi" llevar armas, vestir igual que los blancos, sentarse a su lado en la iglesia o en el teatro, salir a la calle al oscurecer. Aunque el *Código Negro* real *(Reglamento policíaco de las islas)*, publicado en 1685, los igualaba en derechos con los blancos, en la práctica, estos últimos miraban a los de color y a los negros con desprecio y por todos los medios trataban de limitar su influencia.

Los negros esclavos pertenecían por completo al dueño, y eran víctimas de su arbitrariedad. En 1670 Ludovico XIV declaró plena libertad para la trata de esclavos. Sin embargo, temiendo que en la colonia su número superase de manera amenazadora el de blancos, París dictaba reglas que prohibían a los blancos tener más de 30 esclavos en la isla. Esto condujo a que allí su explotación adquiriera formas especialmente crueles: se consideraba que era mejor obligarlos a trabajar hasta la muerte mientras fuesen jóvenes y fuertes, que después tener gastos para su manutención en la vejez. Por esa razón, raras veces vivían más de 30 años. Anualmente, se importaban al país de 20 a 30 mil esclavos africanos.

Los esclavos oponían resistencia a la crueldad de los dueños por medios diferentes: conservaban las costumbres africanas, la antigua religión, huían a los bosques donde

formaban sus propios poblados y vivían en libertad ("marunos") y libraban una guerra de guerrillas contra los esclavistas. Los "marunos" eran perseguidos por patrullas a caballo, en mayoría de los casos integradas por negros libres, enviados por los dueños con el fin de agudizar las contradicciones entre los "affranchi" y los esclavos. Las insurrecciones de estos últimos contra los plantadores sacudieron la colonia en más de una ocasión: en el siglo XVII (1679 y 1691) fueron descubiertas dos grandes conspiraciones y en el siglo XVIII, antes de la Revolución Francesa, hubo cinco intentos de insurrección. Una resonancia especialmente grande obtuvo la rebelión de 1758, encabezada por la esclava Macandal, quien fue acusada de intentar el envenenamiento en masa de los plantadores.

Alejo Carpentier, conocido escritor cubano, especialista en cultura de los países de la Cuenca del Caribe, escribía que si el movimiento liberador de los negros esclavos en América se representa como una lamparilla eléctrica que prende en el momento de la insurrección, alumbraría ininterrumpidamente, comenzando por la época cuando los negros esclavos se traían al Hemisferio Occidental.

El viajero ruso Fiódor Karzhavin (1745-1812), quien visitara Santo Domingo en 1782, dejó una descripción interesante de la ciudad de Cap Français, entonces capital de la colonia: la bahía está protegida por sólidas fortificaciones, mas la ciudad no es fuerte. Está dividida en veintinueve calles estrechas y angostas, empedradas sólo en la mitad. Entre otras cosas, tiene muchos edificios de piedra hermosos, y cinco mil habitantes blancos, mas, con los de color, la población llega a cuarenta mil. Había más de ciento cincuenta molinos de azúcar y fábricas.

La colonia de Santo Domingo, relativamente pequeña, proporcionaba a la metrópoli ganancias enormes. Veamos algunas cifras que se aducían en la Asamblea Nacional en París durante los debates sobre el destino de la colonia en los años de la revolución. Anualmente la colonia vendía y compraba artículos extranjeros por una suma de 600 millones de francos, en el comercio con ella estaban ocupados 500 barcos distintos y 20 mil marineros (según otros datos: 700 barcos y 80 mil marineros). Se daban igualmente otras cifras: en su totalidad, la colonia proporcionaba trabajo a 5 millones de franceses; anualmente exportaba a la metrópoli productos por más de 250 millones de francos, de los cuales Francia revendía 2/3 a otros países obteniendo no pocas ganancias.

La Gran Revolución

La Revolución Francesa de 1789 ejerció una influencia determinante en Santo Domingo. Desde hacía tiempo la burguesía aspiraba al poder. Los ideólogos de la Revolución —los grandes ilustradores del siglo XVIII— socavaron considerablemente el edificio de la monarquía absoluta, debilitaron la influencia del principal aliado del despotismo real —la iglesia católica—, logrando disolver la fatal orden de los jesuitas. Sin embargo, no pensaban en la verdadera igualdad para los hombres de piel de diverso color, ninguno de ellos exigía liberar las colonias. Esto sirvió de impulso para todos los descontentos con el régimen, que empezaron a manifestar una actividad cada vez mayor. En febrero de 1788 surgió en París la "Sociedad de Amigos de Piel Negra", fundada por Brissot de Warville; miembros de ella fueron más tarde las personalidades más destacadas de la revolución: Mirabeau, Danton, Robespierre, Gregoire, La Fayette, Sieyès, Condorcet. La Sociedad exigía la igualdad de derechos para los "affranchi" y los blancos. En julio del mismo año "los grandes blancos" que vivían en la capital de Francia formaron un Comité colonial exigiendo que sus representantes pudieran participar en las sesiones de los Estados Generales.

El 14 de julio de 1789 cayó la Bastilia. La reunión de diputados del tercer estamento se proclamó Asamblea Nacional. El 26 de agosto fue aprobada la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano. El artículo I de la Declaración proclamaba que todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Pero el documento se refería sólo a la población blanca, ratificaba que el derecho de propiedad era sagrado e intocable, por consiguiente, si los esclavos eran propiedad de los plantadores, no se podía ni hablarse de su liberación.

En septiembre, la Asamblea Nacional reconoció el derecho de Santo Domingo a la autogestión: se creaba

la asamblea colonial integrada y elegida exclusivamente por blancos. Santo Domingo obtuvo asimismo el derecho a enviar a la Asamblea Nacional, a París, a sus diputados, también sólo blancos. De esta manera, la élite en la colonia podía celebrar la victoria: se le confirió un poder ilimitado.

Sin embargo, los hombres de color libres empezaron a hablar más alto de sus intereses. Exigían igualdad con los blancos. En París su representante Julien Raymond, la "Sociedad de Amigos de Piel Negra" y sus partidarios pedían a la Asamblea Nacional: reconocer que la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano se extendía igualmente a ellos.

En octubre de 1790 estalló en Santo Domingo la insurrección en defensa de los derechos de los "affranchi" encabezada por los mulatos Vicente Augier, quien recibiera instrucción en París, y Jean-Baptiste Chavannet. El levantamiento fue cruelmente aplastado; sus dirigentes sometidos a intensas torturas y empalados, mientras que 22 otros participantes de la insurrección fueron ahorcados.

La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano encontró una furiosa resistencia por parte de los plantadores blancos de Santo Domingo. Se ensañaban de manera atroz contra los esclavos negros que consideraban la Declaración como abolición de la esclavitud.

Las tropas francesas en Santo Domingo, antes subordinadas a París, se pusieron de lado de los plantadores locales y, en esencia, se rebelaron contra la metrópoli. Se planteó entonces la pregunta: ¿cómo conservar en Santo Domingo el dominio francés? El 15 de mayo de 1791 la Asamblea Constituyente de Francia promulgó un decreto que concedía derecho de ciudadanía a las personas de color nacidas de padres libres. Mas este decreto no satisfacía a la mayoría negra.

En agosto de 1791 una nueva sublevación de esclavos en Santo Domingo dio comienzo a la lucha armada que durante muchos años libraron los negros por sus derechos. El dirigente de los insurrectos, Bukman, originario de Jamaica, pronto pereció en un combate; por disposición de autoridades locales su cabeza fue cortada del cuerpo y, puesta en una pica, la expusieron para atemorizar a la población negra. Varios participantes en la insurrección fueron descuartizados. Restos del ejército negro encabezado por Jean François y Biassou se escondieron en la selva, y luego se les unió Toussaint, quien pronto llegó a ser dirigente militar de los insurrectos. Así, aparece por primera vez en la historia la persona con cuyo nombre está indisolublemente ligada la lucha del pueblo haitiano por la liberación y la creación de un Estado independiente.

Toussaint L'Ouverture

Sabemos poco de su vida antes de que participara en la lucha liberadora. François Dominique Toussaint nació en 1743 en una gran plantación denominada "Breda", cerca de la actual capital del país Port-au-Prince. Como su nacimiento fue el día de todos los santos, le agregaron a su nombre el de Toussaint. Sus padres eran esclavos y él debería serlo durante toda su vida. Toussaint nació en la colonia en la segunda generación. Algunas fuentes afirman que su abuelo era jefe de la tribu Aranda de Dahomey. Su padre, Prince Gauginou, trabajó de cochero y vivió 84 años (cosa rara entre los esclavos, que morían a causa del intenso trabajo, superior a sus fuerzas, como ya hemos dicho, cerca de los 30 años).

Desde la infancia, Toussaint manifestó gran interés por la lectura y las ciencias. Su padrino, Pierre Baptiste, negro libre, trabajaba de enfermero en un hospital, y le enseñó al pequeño francés y latín. Cuando niño, vio en la plaza de Port-au-Prince la ejecución de Macandal, la jefe de la insurreción de los negros, quien, condenada al auto de fe, se escapó de manos de los verdugos y, envuelta en llamas, se echó a correr; la alcanzaron y la echaron de nuevo a la hoguera. Este terrible episodio se grabó para siempre en su memoria.

Debido a sus capacidades especiales, pronto Toussaint llegó a ser uno de los allegados del gerente de la plantación Bayu de Liberta (el dueño de la plantación Poel pertenecía a los "ausentistas"). Durante algún tiempo, Toussaint fue cochero; cuando cumplió 34 años, era persona de confianza del gerente, quien en 1777 le dio la libertad. Al parecer, cuando comenzó el movimiento de liberación en Santo Domingo, Toussaint disponía de una elevada suma de francos.

Su servicio a disposición del gerente exigía de Toussaint talento especial. Debía serle fiel y obediente, anticipar

todos sus deseos y, al mismo tiempo, manifestar ingenio en las relaciones con los esclavos. Es decir, para mantener su posición tenía que revelar astucia tanto en sus relaciones con el patrón como con sus paisanos. Parece que dominaba bien este arte, lo cual le sirvió mucho en los años de la lucha por la liberación. Al mismo tiempo, Toussaint era consciente de que la mayoría de los esclavos tenía un nivel cultural bajo y que su bienestar dependía en grado considerable de los conocimientos, capacidad y del capital de los blancos.

A la edad de 40 años Toussaint se casó con Susana, una linda negra de 35 años. Tuvieron cuatro hijos: Plácido, el primogénito, dos años después nació Isaac, luego dos niñas.

Entre tanto, en Francia, la Asamblea Constituyente, al enterarse de la insurrección en Santo Domingo, abolió su decreto del 15 de mayo. Pero esto no hizo sino complicar la situación en la colonia. Los comisarios llegados de París no consiguieron ponerse de acuerdo con la población libre, ni aplastar la insurrección de los esclavos que se iba extendiendo.

En mayo de 1793, los insurrectos, cuyas fuerzas principales se encontraban cerca de la frontera española de Santo Domingo, aceptaron la propuesta de las autoridades españolas y pasaron a su servicio a fin de participar en la guerra de España contra Francia, que había empezado en marzo. Se les prometió que después de la guerra todos los soldados —antiguos esclavos— serían reconocidos libres.

Los españoles confirieron a Toussaint el título de general, lo condecoraron con las órdenes españolas y pronto sus tropas liberaron la parte central del país. Cabe subrayar que Toussaint no desplegó una política de represión contra los habitantes blancos de la colonia, por lo que muchos de ellos se le rendían gustosos.

Mientras tanto en Francia la revolución avanzaba impetuosamente. Ludovico XVI fue ejecutado. La Asamblea Legislativa, preocupada por la guerra civil en Santo Domingo, envió tres comisarios encabezados por el jacobino Santonacs. Los representantes de Francia no pudieron resolver la tarea que tenían planteada de reprimir a los negros, y ello significaba que pronto la isla quedaría en manos de los enemigos de la Francia revolucionaria: los españoles y los ingleses. Para atraer a los negros Santonacs, por su propia cuenta, anunció, a partir del 29

de agosto de 1793, la abolición de la esclavitud y la liberación plena e inmediata de los esclavos. La Convención de París, controlada por los jacobinos, el 4 de febrero de 1794, confirmó esta decisión concediendo libertad a todos los esclavos de las colonias francesas.

General Toussaint L'Ouverture

Toussaint se puso de lado de los franceses. Sus correligionarios Jean François y Biassou se quedaron con los españoles. Al poco tiempo, con la ayuda de Toussaint, las tropas francesas encabezadas por el general Etienne Laveau intervinieron contra los ingleses que salieron de Jamaica y desembarcaron en Santo Domingo en septiembre de 1793 con el fin de ocupar la isla y restablecer la esclavitud. Los destacamentos unidos de Toussaint y de los franceses les obligaron a retirarse a los puertos del occidente y del sur de la isla. Luego Toussaint y sus tropas hicieron a los españoles retirarse y abandonar el territorio del Santo Domingo francés. Por el acuerdo concluido en Basilea en julio

de 1795, España cedía a la República Francesa toda la parte española de la isla.

Toussaint también ayudó a las tropas francesas a aplastar las sublevaciones de los mulatos que aspiraban a obtener los privilegios respecto a los esclavos liberados. Cuando, en marzo de 1796, los mulatos insurrectos encabezados por Villat tomaron preso al general Laveau, comandante de las tropas francesas en la isla, Toussaint lo liberó. Los destacamentos de Toussaint entraron en la capital de la colonia: Cap Français; recibió el grado de general de división y fue nombrado ayudante del gobernador general. Su influencia creció de manera extraordinaria.

Posiblemente fue entonces cuando Toussaint agregó a su nombre otro —el de L'Ouverture—, que significa "revelación", "descubridor", teniendo en cuenta que abría a su pueblo el camino de la libertad y la independencia.

En aquellos años Francia vivió acontecimientos muy importantes. Cayó la dictadura jacobina; empezó a reinar la reacción termidoriana; en octubre de 1795 el Directorio llegó a sustituir a la Convención termidoriana; llegó el dominio de la "nueva burguesía". El 18 Brumario (9 de noviembre de 1799) Napoleón Bonaparte dio golpe de Estado y comenzó el período del Consulado, en esencia, de la dictadura militar de Napoleón, el primer Cónsul.

En Santo Domingo Toussaint seguía cobrando fuerza: fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas armadas locales. Su prestigio entre los negros era inquebrantable. En otoño de 1796, Santonacs y Laveau se dirigieron a París como representantes de Santo Domingo en el Consejo de Ancianos y en el Consejo de los Quinientos. Para adormecer la desconfianza de los franceses, Toussaint envió con ellos a sus hijos: Plácido, de 16 años, y a Isaac, de 14, a estudiar en la metrópoli.

Las principales fuerzas de Toussaint luchaban en este momento contra los ingleses que aun quedaban en la isla. El 1 de octubre de 1798, de 15 mil soldados ingleses enviados a conquistar Santo Domingo, se salvaron sólo 1 mil; Maitland, quien dirigió la expedición, se entregó a Toussaint y firmó un acuerdo de paz. De esta manera, en Santo Domingo no quedó un solo ocupante, un solo esclavo, un solo esclavista.

En 1801 Toussaint proclamó la Constitución, que

reconocía y afirmaba legislativamente el principio de la sagrada e intangible propiedad privada, principio básico que determinaba las relaciones sociales burguesas. Toussaint L'Ouverture fue declarado gobernador vitalicio de Santo Domingo con el derecho de nombrar a su sucesor; era, además, comandante en jefe. Respondía por la seguridad interior y exterior del país, podía relacionarse directamente con la metrópoli para solucionar cualquier asunto que afectara los intereses de la colonia. Le pertenecía la iniciativa legislativa, firmaba las leyes, nombraba a todos los funcionarios civiles y a los jefes de las unidades militares, era el censor principal. En la Asamblea Central, órgano legislativo, según la Constitución de 1801, entraban representantes de cada departamento.

Dueño de la isla

¿Qué objetivos se proponía lograr Toussaint? ¿El poder? Convirtiéndose en dueño ilimitado de la isla, lo alcanzó. Mas no le inquietaba el propio poder, sino el destino de los esclavos liberados. Santo Domingo era una riquísima colonia de la monarquía de Francia, cuando su economía se basaba en el trabajo de los esclavos. Toussaint consideraba que la liberación de los negros no significaba en absoluto la decadencia económica. Si lograba demostrar que los negros libres podían asegurar un nivel de ingresos similar al que reportaban los esclavos, asestaría un golpe mortal a los partidarios de la esclavitud quienes afirmaban que ésta era una necesidad económica, que su abolición provocaría el fracaso y la ruina del país.

Según Toussaint, la base de la economía de Santo Domingo la constituían las plantaciones, donde los negros debían seguir trabajando, pero ya como gente libre, recibiendo salario. Los blancos, los mulatos y los negros debían colaborar unos con otros. A pesar de la proclamación de la independencia de Haití los negros no pudieron superar inmediatamente las consecuencias del dominio de varios siglos de los blancos. El Estado controlaba a diario a los plantadores y los administradores de las plantaciones a través de sus comisarios. La ley prohibía de la manera más terminante los castigos corporales. Se aplicaban penas rigurosas por cometer abusos, robar o maltratar a los trabajadores. Toussaint se entera-

ba de todos los detalles, vigilaba atentamente que el negro liberado no fuera convertido de nuevo en esclavo; a su residencia podía llegar cualquier persona a presentar una queja.

Sin embargo, la situación interna en el país no era estable. Los blancos, los mulatos y los negros, a los que Toussaint trataba de unir y convencer de que colaborasen entre ellos en aras del bien de todos, mantenían una actitud de recelo entre sí. Cada uno deseaba ser superior a sus rivales y todos se manifestaban descontentos con Toussaint.

Ha llegado el momento de describir algunos rasgos de Toussaint L'Ouverture. Era de estatura mediana, enjuto. Muy parco en la comida: almorzaba con un vaso de agua, un banano, dos o tres batatas; no fumaba; dormía máximo cuatro horas diarias. Tenía cinco secretarios a los que dictaba todos los días centenares de respuestas a las cartas y a distintos documentos. Gastó todos sus bienes en la solución de problemas de Santo Domingo. Pese a los altos títulos, nunca recibió del tesoro los salarios que le correspondían. Se ocupaba mucho de los asuntos militares. Tenía excelentes memoria, fuerza, agilidad, era magnífico jinete. Podemos señalar también algunos de sus rasgos negativos: era muy desconfiado, astuto, con un hipertrofiado amor propio, concedía gran valor a las manifestaciones de halago, se consideraba el primero entre los negros. Siendo autodidacta, desconocía muchas cosas. ¿Mas qué significan estas debilidades, estos pequeños defectos en comparación con la hazaña de su vida? Toussaint L'Ouverture quedó en la memoria del pueblo como jefe nacional.

Santo Domingo seguía vinculado a Francia, pues en el mercado de la metrópoli vendía sus mercancías y Francia podía protegerlo de los enemigos exteriores: en primer término de España e Inglaterra y, posiblemente, de EE.UU. Estos factores de política exterior determinaron en gran parte que Toussaint no promoviera consignas de independencia. Lo principal para él, como dirigente del movimiento de los negros, era sobrevivir, conservar sus posiciones, hacer funcionar con éxito el nuevo sistema surgido en la isla como resultado de las transformaciones revolucionarias.

Recordemos una vez más: Toussaint encabezó el primer Estado negro libre en el mundo. Santo Domingo

estaba rodeado de países esclavistas: EE.UU., Inglaterra, España, Portugal y sus dominios. No podía dejar de tomar eso en cuenta. Incluso EE.UU., que poco antes realizaran una revolución liberadora, "no sentían entusiasmo —como escribe el historiador norteamericano F. J. Tyson— ante el surgimiento de repúblicas hermanas en el Hemisferio Occidental, en especial si eran dirigidas por los negros. Haití se vio obligado a esperar el reconocimiento oficial norteamericano hasta 1862. Ya en 1791 George Washington llamaba a prestar toda la ayuda posible a Francia para "aplastar la insurrección de los negros, que sembraba confusión, en Santo Domingo". Ocho años más tarde el preocupado Thomas Jefferson llamaría a Toussaint y a sus correligionarios "caníbales de la terrible república". Otros destacados norteamericanos expresaban rechazo semejante hacia la revolución haitiana y, con este motivo, llamaban a observar con atención la conducta de la población negra de EE.UU.

En contra de la revolución en la isla actuaban la Inglaterra colonialista y la España monárquica, cuyas tropas fueron derrotadas por el ejército de Toussaint. Mas su principal enemigo, como lo mostraron los acontecimientos posteriores, se encontraba allende el océano, en París. Su nombre era Napoleón.

Toussaint y Napoleón

Al proclamar la constitución de Santo Domingo, Toussaint la envió para su aprobación formal al Primer cónsul de la República Francesa. Aquel se consideraba igual a Bonaparte: en su isla era un gobernante omnipotente, al igual que Bonaparte en Francia. Por ello no fue casual que se le diera el nombre de "cónsul negro". Mas en respuesta, Bonaparte mandó una expedición punitiva, y desde que leyó la constitución, Napoleón expuso su pérfido plan. Dijo: "Es una ofensa para Francia, lucharemos... En la correspondencia oficial afirmaremos que en nuestras colonias no existe esclavitud. Yo, como el Primer cónsul, en mi respuesta a Toussaint L'Ouverture, trataré de ponerlo a nuestro lado. Pero lo que debemos conseguir es, en primer lugar, restablecer por completo la situación antigua de los negros; en segundo lugar, sustituir con

precaución, imperceptiblemente, a todos los jefes negros".

Para Napoleón, quién aspiraba a conquistas coloniales, el restablecimiento del dominio francés en Santo Domingo resultó ser una de las principales acciones políticas exteriores del Consulado. Su propia política interior, que se apoyaba en la gran burguesía, hacía inevitable esta actitud hacia Toussaint.

Sin embargo, los esclavos liberados estaban dispuestos a defender su libertad. Ya en 1797 Toussaint expresaba la seguridad de que Francia no se cubriría de oprobio restableciendo la esclavitud, mas si lo hacía de todos modos, agregaba amenazador el jefe negro, esto equivaldría a la tentativa de realizar lo imposible: "Supimos arriesgar nuestras vidas en aras de la libertad y sabremos morir por ella heroicamente".

Entre las personas que rodeaban a Napoleón no había unidad de criterios respecto al envío de la expedición a Santo Domingo y al restablecimiento de la esclavitud. Si damos crédito a las memorias de sus consejeros más íntimos, Fouché y Talleyrand, escritas después de la derrota no sólo de la expedición a dicha colonia, sino del mismo Napoleón, incluso ellos, que evidentemente tenían mala intención respecto a Toussaint, se expresaron en contra del plan, lo cual no impidió que el Primer cónsul tomara medidas inmediatas para su realización.

Napoleón empezó a preparar febrilmente la expedición a Santo Domingo. La encabezó uno de los jefes militares más capaces de Francia, el general Victor Emmanuel Leclerc, casado con la hermana de Napoleón, Paulina Bonaparte, quien lo acompañó a la isla. Leclerc recibió de Napoleón instrucciones secretas: debía atraer por todos los medios a los franceses, jefes del ejército de Toussaint, luego arrestarlo a él, deportarlo a Francia, después desarmar a los antiguos esclavos y, finalmente, restablecer la esclavitud. Sin embargo, esto sólo era fácil de hacer en el papel...

Sobre el número de integrantes de la expedición de Leclerc se aducen distintas cifras. Formada en varios puertos franceses, constaba de 23 mil soldados del ejército regular francés, reforzado en Santo Domingo con voluntarios blancos y mulatos. Posteriormente, se enviaron desde la metrópoli tropas complementarias. En su totalidad, el ejército terrestre contaba con 43 mil soldados. El ejército regular incluía 600 jinetes y 900 artilleros.

La flota poseía, además, una potente artillería y consistía en 76 barcos de línea, corvetas, fragatas y buques de carga. Participaban también cuatro buques de línea, fragatas y una bricbarca españoles, tres buques de línea y una fragata holandeses.

A esta armada Toussaint podía contraponer sólo 18 mil soldados dispersos en muchos lugares de Santo Domingo.

En febrero de 1802 el cuerpo de expediciones de Leclerc intentó desembarcar en Cap Français, pero encontró una encarnizada resistencia. Los defensores prefirieron incendiar la ciudad, antes de entregarla al enemigo. El general Henri Christoph, quien mandaba la guarnición local, escribía más tarde: "Del centro de la civilización mundial se abalanzó sobre nosotros una horda de salvajes con el fin de exterminar al pueblo inocente y pacífico. Tenían la frescura de exigir que fueran nuevamente esclavos suyos las personas que se alcanzaron la gloria mediante sus brillantes logros en la esfera militar y civil. Jueces dignos y excelentes, jefes militares cuyos cuerpos conservaban las cicatrices de muchas heridas, y cuya sangre había sido vertida por Francia y por la libertad, a todos ellos les esperaba una sola cosa: ¡ la esclavitud!".

Al vencer la resistencia, los franceses irrumpieron en las calles de Cap. En 10 días se apoderaron de casi todo el litoral, pero a qué precio... Leclerc terminaba su primer informe a Napoleón con las siguientes palabras: "Ellos no retroceden, y cuando van a la muerte, cantan. Mande refuerzos". Más adelante, Leclerc se quejaba: "Para darle una idea de mis pérdidas, diré que el 7° regimiento de línea llegó aquí con 1.395 personas; hoy quedan 83 soldados medio enfermos y 107 en el hospital. Los demás perecieron. Cuando desembarcó el 11° regimiento de infantería ligera tenía 1.900 personas; hoy tiene 163 soldados aptos para el servicio y 200 en el hospital. El 71° regimiento de línea, que al principio constaba de mil personas, tiene ahora 17 y en el hospital 107... Imagínese mi situación en este país donde desde hace 10 años se ha desencadenado la guerra civil y los insurgentes saben que los queremos convertir en esclavos".

Por tres meses Toussaint y sus partidarios opusieron heroica resistencia a los franceses. El jefe negro esperaba

que los franceses tratarían de conquistar todo Santo Domingo y por la fuerza decidir el litigio a su favor. Tomaba medidas de prevención especiales: como podía, armaba a su ejército, lo entrenaba, nombraba para los puestos de mando a los oficiales más capaces que se habían destacado en los combates. No obstante, la supremacía militar de los franceses y la traición de algunos generales de Toussaint lo hicieron rendir las armas. En mayo, se entregó, logrando de los franceses la promesa de conservar a los oficiales negros sus títulos y confirmar la libertad de los negros.

Un mes después Leclerc invitó a Toussaint a una reunión para seguir las negociaciones, y cuando éste llegó, lo arrestó y lo envió engrillado, en un barco, a Francia con la recomendación de encerrarlo en una de las fortalezas alejadas del mar para evitar su fuga y el regreso a Santo Domingo. Al mismo tiempo, en otro barco fue enviada a Francia toda su familia.

Napoleón encerró a Toussaint en una oscura y húmeda casamata de la fortaleza medieval de Joux en los montes Jura.

Al principio Napoleón pensaba organizar un proceso contra Toussaint acusándolo de desobediencia, sublevación y deseo de separarse de Francia, y exigió que Leclerc le enviara documentos que probaran sus acciones "ilegales". Mas el general no pudo cumplir la petición del Primer cónsul: no encontró ningún "documento" para el proceso. De otra parte, el proceso judicial y el pronunciamiento de la sentencia a Toussaint podrían empeorar la situación en la colonia, de por sí compleja. A ello se agregaron los temores de Napoleón de que la ejecución de Toussaint suscitase desórdenes también en Francia, donde el "cónsul negro" era considerado un verdadero revolucionario.

El 7 de abril de 1803 el comandante de la fortaleza Joux comunicó al ministro naval: "Ciudadano ministro, hoy he encontrado muerto a Toussaint. A las 11 de la mañana, cuando le han traído la comida, estaba sentado, encorvado, junto al fuego". En vísperas Toussaint estaba sangrando por la boca, pero no se le prestó ayuda médica. En general, durante su estadía en Joux nunca fue asistido por un médico.

Toussaint fue enterrado, se sobrentiende, sin ningún tipo de honores, allí mismo, en Joux.

El dirigente de la lucha por la liberación de Haití no dejó descendientes directos: cuando él aún estaba vivo, los franceses exterminaron a toda su familia.

La lucha continúa

Era difícil suponer que al ser sacado Toussaint del escenario histórico, los negros de su patria se quitaran el yugo de los colonizadores, sin embargo, el mismo líder negro no pensaba así. En efecto, su arresto, deportación y muerte en Francia, el terror desencadenado por Leclerc en la isla no sólo no aportaron victoria a los franceses, sino que la hicieron imposible. La situación de los colonizadores se hizo especialmente difícil cuando la población se enteró de que en Guadalupe los franceses habían restablecido la esclavitud, pues sabían que en Santo Domingo había que esperar lo mismo.

En vano Napoleón enviaba refuerzos a Leclerc; les aguardaba el mismo destino que al ejército de su cuñado. Se mandó incluso un destacamento de 5 mil polacos al mando del general Yablonski, del que regresaron con vida a Europa sólo 30 oficiales y 300 soldados; 400 fueron tomados prisioneros y se quedaron en Santo Domingo, los demás perecieron.

Ahora dirigían la guerra contra los franceses Jean-Jacques Dessalines y Alexandre Petion, dos generales negros que habían servido a Toussaint. Cuanto más se ensañaban los invasores quemando ciudades, fusilando presos, ahorcando, torturando a la población civil, más crecía la resistencia. De otra parte, la fiebre amarilla diezmaba las tropas francesas. Los soldados exigían el regreso a casa, mientras que las fuerzas de los luchadores por la libertad y la independencia iban creciendo. Su consigna era el llamamiento "¡Victoria o muerte!"

En noviembre de 1802 murió Leclerc de fiebre amarilla. Después de exterminar a casi 60 mil habitantes de Santo Domingo, de perder 20 generales y 1500 oficiales, los franceses fueron abatidos el 27 de noviembre de 1803 en la batalla decisiva junto a Vertières. Después de ello los lamentables restos de su antaño amenazadora armada intentaron regresar a Francia. De 43 mil soldados enviados por Napoleón a conquistar la isla murieron 35 mil. En la travesía,

la flota francesa, con 8 mil soldados enfermos, fue hecha prisionera por los ingleses. Francia sufrió una derrota completa.

El 31 de diciembre de 1803 en Cap Français, donde ya no quedaban soldados franceses, fue publicada el acta de independencia de Santo Domingo, firmada por

J.-J. Dessalines

todos los generales del ejército liberador: 10 negros y 23 mulatos, encabezados por Jean-Jacques Dessalines, quien se convirtiera en primer presidente del nuevo Estado llamado Haití. La declaración rezaba: "La independencia de Santo Domingo está proclamada. Restableciendo nuestra dignidad originaria aseguramos nuestros derechos; juramos no entregarlos a ninguna fuerza en la tierra. El terrible velo de los prejuicios está hecho pedazos. Así será para siempre y mal las pasará el que trate de unir estos sangrientos harapos".

Así se hicieròn realidad los sueños sagrados de Toussaint L'Ouverture un año después de su muerte.

En Santo Domingo Napoleón sufrió su primera derrota seria. Deportado a la isla de Santa Elena, según su médico Las Casas, lamentó profundamente haber tratado de implantar de nuevo, por la fuerza, la esclavitud en Haití: "Tengo que culparme yo mismo de este intento durante mi consulado. El plan de dominar a Santo Domingo fue

un gran error. Debí contentarme con gobernar a Santo Domingo a través de Toussaint".

En 1804 el territorio de Santo Domingo estaba asolado por la casi ininterrumpida guerra de 14 años; su población se había reducido aproximadamente a un tercio.

Presidente de Haití Alexandre Petion

Mas, de todos modos, la creación de la primera república negra independiente en el Hemisferio Occidental, la abolición por su propio pueblo de la esclavitud, estimulaban el desarrollo de la lucha liberadora en las colonias españolas y portuguesas.

Posteriormente, el presidente de Haití Alexandre Petion, apodado el "Padre de Buen Corazón" prestaría ayuda sustancial a Simón Bolívar en la lucha de las colonias españolas por la independencia.

A mediados del siglo XIX el nombre de Toussaint se transformó en símbolo de los abolicionistas norteamericanos. Así, uno de ellos, Wendell Phillips, en un discurso dedicado a Toussaint, decía: "Yo lo llamaría Napoleón, mas Napoleón creó el imperio incumpliendo la jura de la bandera y derramando ríos de sangre. En cambio, Toussaint siempre cumplía su palabra. Su gran consigna, a la que siempre había sido fiel, era: "¡Ninguna represión!". Yo lo llamaría Cromwell, más éste fue sólo un soldado,

y el Estado creado por él se fue con él a la tumba. Lo llamaría Washington, pero, a pesar de ser un gran hombre, este terrateniente de Virginia tenía esclavos. En cambio, Toussaint prefirió perder el poder que permitir la trata de esclavos".

En la memoria del pueblo haitiano Toussaint L'Ouverture quedaría siempre como jefe de la lucha por la emancipación de los esclavos, fundador del Estado haitiano independiente.

"Si Toussaint sigue conservando su grandeza —escribe Roger Dorsinville— es porque la exigencia de la libertad que él había despertado, permanece escrita en las banderas de sus conciudadanos." El famoso poeta chileno Pablo Neruda dedicó a Toussaint L'Ouverture el siguiente poema:

"Haití, de su dulzura enmarañada,
extrae pétalos patéticos,
rectitud de jardines, edificios
de la grandeza, arrulla
el mar como un abuelo oscuro
su antigua dignidad de piel y espacio.
Toussaint L'Ouverture anuda
la vegetal soberanía,
la majestad encadenada,
la sorda voz de los tambores
y ataca, cierra el paso, sufre,
ordena, expulsa, desafía,
como un monarca natural,
hasta que en la red tenebrosa
cae y lo llevan por los mares
arrastrado y atropellado
como el regreso de su raza,
tirado a la muerte secreta,
de las sentinas y los sótanos.
Pero en la Isla arden las peñas,
hablan las ramas escondidas,
se transmiten las esperanzas,
surgen los muros del baluarte.
La libertad es bosque tuyo,
oscuro hermano, preserva
tu memoria de sufrimientos
y que los héroes pasados
custodien tu mágica espuma.

En la plaza principal de la capital haitiana hay un monumento con esta inscripción:

El general Toussaint L'Ouverture
1743-1803
Liberador de los negros de Haití

El obelisco recuerda que la primera república negra en el mundo no ha dicho aun su última palabra...

FRANCISCO DE MIRANDA: EL PRECURSOR

El 28 de marzo de 1750, en Caracas (Venezuela), en la familia de un comerciante de telas, oriundo de las islas Canarias, nació Sebastián Francisco de Miranda, quien entró en la historia como precursor de la independencia hispanoamericana.

Miranda era una de aquellas personas felices, cuya vida parecía prepararlo especialmente para cumplir una misión histórica. A pesar de haber nacido en la lejana colonia, hace una brillante carrera militar en las filas del ejército español. Participa en la lucha de la independencia de las colonias inglesas en América, en las guerras de la Francia revolucionaria; se granjea la simpatía de los gobiernos de Inglaterra, Rusia y Estados Unidos, encabeza la primera expedición liberadora a la América Española en 1806. Si se agrega a ello el conocimiento de muchos idiomas, el encanto personal, su pasión por la lectura y la música, su curiosidad insaciable, sus dones literarios, su extraordinario valor, no asombra que haya sido precisamente él, Francisco de Miranda, quien hubiera desempeñado como nadie el papel de embajador plenipotenciario de los pueblos y las ciudades de la América Hispana, como él mismo se llamaba. Ese fue, realmente, su cargo durante su estadía fuera de Venezuela.

A Miranda le tocó en suerte vivir en la época de grandes transformaciones revolucionarias que abrieran a la burguesía progresista el camino al poder y que dieran un poderoso impulso al surgimiento de muchos Estados, al desarrollo de la economía, del progreso técnico y la cultura. Miranda fue el resultado de la época revolucionaria, su protagonista más activo, respiraba su atmósfera, pertenecía a ella y no se concebía fuera del mundo de sus ideas, esperanzas y realizaciones. Y cuando llegó la hora de la prueba suprema y cayó en manos de sus enemigos jurados —las autoridades españolas, que le prometían la vida y la libertad a cambio de que renunciara a la revolución y la lucha por la independencia de las colonias—, Miranda, hijo fiel del rebelde siglo XVIII, rechazó indignado estas promesas y prefirió no doblegarse y morir que vivir de rodillas. Su vida tuvo un final verdaderamente shakespeareano que coronaba la extraordinaria existencia, llena de colisiones dramáticas, de este admirable caraqueño.

Las tranquilas colonias

Cuando nació Francisco de Miranda nada parecía augurar las tormentas históricas y sociales por las que pasarían América y Europa, ni el papel que desempeñaría en ellas el caraqueño. Se creía entonces que el viejo orden monárquico-feudal que dominaba en España y en sus colonias era sólido e inquebrantable, casi eterno. Lo protegía la todopoderosa Iglesia que enviaba a los heterodoxos a la hoguera, les imponía incontables sufrimientos terrenales y los amenazaba con castigos celestiales.

La Bastilia en París, "La Carraca" en Cádiz, la "Tower" en Londres y otros lugares similares donde se torturaba a los rebeldes funcionaban "correctamente", asegurando el orden y la tranquilidad a las personas coronadas y a la aristocracia. La revolución inglesa que resonara hacía casi cien años, a muchos parecía un episodio casual, que nunca se repetiría ni en Inglaterra ni, menos aún, en otros países.

Venezuela, o, como la llamaban entonces, Costa de Tierra Firme, constituía una circunscripción militar (capitanía), parte del virreinato de la Nueva Granada. Era una región rica, aunque débilmente poblada, donde en la segunda mitad del siglo XVIII vivía sólo un millón de personas. Su economía estaba controlada por varias decenas de familias criollas ricas llamadas "mantuanas", ya que según la costumbre, sólo las mujeres de estas familias tenían derecho de llevar mantillas españolas. Se les daba también, en broma, el nombre de "los grandes del cacao" porque poseían plantaciones

Francisco de Miranda

de este producto, cuya demanda en Europa y, por ende, los ingresos por concepto de su venta, eran muy elevados. En manos de los "mantuanos" estaban concentradas las ricas granjas ganaderas, las plantaciones de café e índigo, la extracción de metales preciosos. Tenían a su servicio miles de esclavos negros.

El comercio, en cambio, se encontraba en manos de los españoles: el mayorista, de la compañía monopolista guipuzcoana; el minorista, principalmente en las de personas procedentes de las islas Canarias. Los criollos permanecían en constante enemistad con los españoles y los canarios, considerando que éstos los privaban de ingresos legítimos rebajando los precios a sus productos e inflando los de artículos importados.

Las autoridades coloniales españolas trataban de asegurarse el apoyo de los "mantuanos" concediéndoles derechos y privilegios (fueros) especiales, en vista de la situación geográfica de Venezuela, en las costas del mar Caribe, en cuyas islas se instalaron los tradicionales enemigos y rivales de España: Inglaterra, Francia y Holanda. Los piratas y corsarios de estos países atacaban cerca de las costas venezolanas barcos españoles, saqueaban ciudades porteñas o se dedicaban al contra-

bando en tiempos de paz con el apoyo de los propios criollos. En Venezuela existía siempre el peligro de intervención extranjera. Por eso las autoridades españolas locales preferían no agudizar innecesariamente las relaciones con los criollos, ya que sin su apoyo y colaboración era difícil garantizar la seguridad de estas tierras.

Este sistema funcionó más o menos bien hasta los años 80 del siglo XVIII, después se empezó a agrietar. Al principio se sublevaron los indígenas peruanos, luego los habitantes de la Nueva Granada y de otras colonias. Los españoles lograron aplastar estos movimientos.

Precisamente por esa época Francisco de Miranda termina sus estudios en la Universidad de Caracas y se dirige a Madrid, donde entra como oficial en el ejército español. Primero combate en Africa, más tarde aparece en Cuba como ayudante de Juan Manuel Cajigal, gobernador de la isla, y participa en combates contra los ingleses en Florida, porque España interviene como aliada de las colonias inglesas sublevadas en América. Recibe entonces un título militar bastante elevado: teniente coronel. Se le considera sospechoso de realizar acciones hostiles contra España, en 1783 abandona Cuba y huye a EE.UU. Desde aquella época comienza su actividad de emigrado a favor de la independencia de las colonias españolas, que se prolongaría por casi 30 años. En EE.UU. Miranda sostiene negociaciones con los líderes políticos más destacados en busca de ayuda para organizar una expedición armada a las colonias españolas en América. No tiene éxito y se va para Europa. Desde febrero de 1785 viaja por Inglaterra, Holanda, Prusia, Italia y otros países europeos, se encuentra con estadistas tratando de convencerlos de contribuir a la liberación de Hispanoamérica.

En Rusia

En octubre de 1786 Miranda llega a Constantinopla. Después de recibir las recomendaciones del embajador ruso local Ya. Bulgákov, entra a Rusia a través de Jersón. Pronto allí es presentado a G. Potiomkin-Tavrícheski, favorito de Catalina II, por el napolitano I. M. de Ribas, ayudante de este último, quien hablaba español y con el cual pronto el caraqueño entabló amistad. De Ribas prestó no pocos servicios a Miranda,

entre otros, le facilitó dinero. Pero, naturalmente, la causa principal que moviera a Potiomkin a prestar atención a Miranda, fue el deseo de obtener informaciones fidedignas sobre las colonias españolas en América, a cuyas fronteras norteñas se acercaron entonces los comerciantes rusos, dedicados a la caza de animales de piel fina, avanzando a lo largo del litoral del Pacífico en América.

En 1784, tres años antes de la llegada de Miranda a Rusia, el comerciante Shélejov fundó un poblado ruso en la isla de Kadiak, cerca de Alaska. Este y otros mercaderes rusos pensaban seguir al sur, hacia California. Los españoles, aún antes, empezaron a desplazarse hacia el norte ocupando en 1768-1769 Alta California y siguiendo su avance hacia el norte. En 1779 alcanzaron el 59° de latitud norte, considerando todas las tierras al sur de esta línea propiedad de la Corona española.

Catalina II y Potiomkin observaban atentamente esos acontecimientos. A fines de 1786, la emperatriz recibió al comerciante Gólikov, socio de Shélejov, quien le informara sobre la actividad de los rusos en la región de Alaska y más al sur. El relato produjo una impresión tan grande en la emperatriz, que ordenó equipar y enviar al Pacífico un destacamento de buques de guerra al mando del capitán Mulovski "para proteger nuestro derecho sobre las tierras descubiertas por navegantes rusos". Y en la primavera de 1787, dio la orden de mandar en ayuda de Mulovski tres buques de guerra más. Considerando que para proteger sus dominios americanos España tenía en el Pacífico sólo cuatro buques de línea y cuatro fragatas, la flota enviada por Catalina testimoniaba sus serios propósitos de hacer que España respetara los derechos de Rusia en esta zona.

Los intereses de España y de Rusia chocaban entonces no sólo en América, sino también en Europa. España, unida a Francia por un acuerdo de aliados y siguiendo su ejemplo, se oponía por todos los medios a los planes de Rusia de desplazar a Turquía de sus dominios europeos. El viaje de Catalina II a Crimea se interpretaba por muchos como un signo de que Rusia se preparaba para una nueva guerra contra Turquía. En este caso, Francia, y con ella España, intervendrían a favor de Turquía contra Rusia.

Miranda aparece en Rusia en pleno auge de estos

acontecimientos. Lo acompaña la fama de ser una persona que posee muchos vínculos en las colonias españolas y capaz, si no de liberar estas colonias, por lo menos de producir dolor de cabeza a la corte madrileña. No es casual, como informaban desde Madrid, París y Londres los embajadores rusos, que el gobierno español tratara de cazar, con particular interés, a Miranda en toda Europa.

En tales condiciones Miranda representó un verdadero hallazgo para el gobierno ruso. He aquí por qué primero Potiomkin y luego Catalina II lo recibían con extraordinaria amabilidad y, a la vista de todos, en especial de los embajadores de Francia y España, lo hacían objeto de atenciones poco comunes para su rango y posición real.

El 5 de enero, después del pomposo baile con que fue celebrado el nuevo año de 1787, Miranda parte con Potiomkin de Jersón a Crimea. Los acompaña un gran séquito. Miranda viaja en la carroza del príncipe conversando con él en francés sobre los temas más variados. Potiomkin le habla sobre las distintas campañas bélicas en las cuales participó, sobre la historia de Rusia y analiza la política de las grandes potencias en Europa. Miranda, en cambio, comparte sus impresiones sobre EE.UU., Inglaterra, Prusia y otros países y, naturalmente, describe las fabulosas riquezas de las colonias españolas a las que obtendría acceso una potencia lo suficientemente perspicaz que prestara ayuda a los criollos en la lucha por la independencia.

El viaje dura 16 días. Potiomkin, sin abandonar a Miranda, visita Perekop, Simferópol, Bajchisarái, Inkermán, Sebastópol. De allí van a Karasubazar, luego regresan, a través del Viejo Crimea y Perekop, a Jersón.

Después de una breve estadía en Jersón, Potiomkin invita a Miranda a acompañarlo a Kíev, adonde llegaría Catalina II. Por supuesto, Miranda acepta la invitación, aunque su situación no es nada fácil. Potiomkin, a pesar de que lo trata con especial atención, nada dice acerca del apoyo que puede dar Rusia al movimiento liberador en las colonias españolas. Todo esto lo tiene que decidir la emperatriz ante quien Miranda será presentado en Kíev.

Mientras tanto, los bolsillos del caraqueño están vacíos, y aunque tiene aseguradas la alimentación y la residencia, sus trajes se deterioraron y sólo le quedaba uno de civil. ¡Con él no podría presentarse ante la empera-

triz! Miranda solicita ayuda a Kórsakov, comandante de plaza de Jersón, quien le da gustoso 300 rublos.

En Kremenchug, donde se detienen Potiomkin y su séquito, de paso para Kíev, Miranda, a quien todos llaman "conde", encarga a un costurero de la localidad hacerle un uniforme de coronel español con galones dorados. Esto le cuesta 200 rublos. Los demás se van en un pomposo sombrero con plumaje y una espada con empuñadura dorada. Al señalarlo en su diario, Miranda agrega que en Kremenchug le presentaron, en una de las recepciones, al general mayor M. Kutúzov (el futuro vencedor de Napoleón, quien agredió a Rusia en 1812), poseedor de profundos conocimientos de la ciencia militar.

El caraqueño tiene una alta opinión de los jefes militares rusos, de la combatividad de su ejército, en reiteradas ocasiones destaca en su diario cualidades del soldado ruso como la valentía, la resistencia y el ingenio. Mas el criollo, amante de la libertad, advierte que este soldado es un ser dependiente, un siervo, víctima de la arbitrariedad de los oficiales. De ello escribe en su diario: "...Instruyen a los soldados sin otro maestro o mentor que el palo, siempre pronto a caer sobre la espalda del soldado que no aprende y no hace lo que le ordenan... Los soldados raramente comen nada que no sea pan y algunas verduras".

Mientras le hacen en Kremenchug su traje, Miranda participa en las revistas de tropas y visita a las autoridades locales. Potiomkin se apresura a Kíev, y el 7 de febrero, llega el caraqueño.

Kíev está adornado de manera festiva en honor de Catalina II, las calles principales han sido iluminadas. Junto con la emperatriz llegaron la nobleza de la Corte y los embajadores de las potencias extranjeras. De toda la región vinieron aristócratas y terratenientes. Cerca de Kíev, en Kánev, se instaló Poniatowski, el último rey de Polonia. El ayudante de Potiomkin presenta a Miranda a los allegados de la emperatriz; a sus favoritos del pasado y del presente; al príncipe Bezborodko, quien se ocupaba de negocios extranjeros; al conde Shuválov, ministro de la Corte, al general-mariscal de campo Rumiántsev, a los embajadores de Inglaterra, Prusia y Francia. El encargado de negocios de España, debido a su enfermedad, no pudo acompañar a la emperatriz en su viaje y se quedó en

Petersburgo, lo cual libró a Miranda del encuentro con él, pero sólo provisionalmente.

Por fin, el 14 de febrero de 1787, el "conde" Miranda fue presentado por Potiomkin a Catalina II, quien lo preguntara en detalle sobre la situación en las colonias españolas y luego lo invitara a su mesa. La zarina tenía entonces 58 años, y Miranda, según testimonios de los allegados de la emperatriz, produjo en ella una impresión positiva. A. Bezborodko escribía a un amigo que la presencia del venezolano "sinceramente afligido por los infortunios y vejaciones de su tierra, ha sido grata no sólo al príncipe (Potiomkin), sino también a la Soberana".

Después del primer encuentro con Catalina II siguieron otros. Miranda era invitado a todas las recepciones, banquetes, ceremonias solemnes con motivo de la estadía de la emperatriz en Kíev. "Aunque Miranda no tenía acceso a los aposentos privados de la Emperatriz —informaba a Viena el embajador austríaco Kobenzl—ha vivido en estrecho contacto con todos nosotros (los diplomáticos que acompañaban a Catalina II.—*I. G.*) y con la Corte. Es hombre de vastos conocimientos y habla con libertad sobre todo, en particular contra el gobierno español."

En un principio Catalina II le ofreció a Miranda la posibilidad de que se quedara en Rusia.

—Lo podrán llevar a España donde la inquisición le privaría de la vida— le decía la emperatriz al caraqueño.

El historiador soviético V. Miroshevski, quien estudió distintos documentos concernientes a la estadía de Miranda en Rusia, planteó que, en 1787, el gobierno ruso se proponía enviarlo con una de las expediciones rusas a la región septentrional del Pacífico. Entonces, apoyándose en Kamchatka, Miranda podría emprender la liberación de las colonias españolas de la esclavitud colonial.

Sin embargo, Miranda no aceptó la propuesta de Catalina II. ¿Por qué? Lo más probable es que no quiso convertirse en uno de los siervos de origen extranjero al servicio de los nobles rusos que, como el coronel De Ribas, ayudante de Potiomkin, se transformaban en obedientes ejecutores de los caprichos de sus poderosos protectores.

Miranda solicitó a la emperatriz 10 mil rublos oro para preparar la insurrección contra los españoles y dar indicaciones a los embajadores rusos en el extranjero para que le prestaran apoyo en caso de necesidad.

Catalina II aceptó sus peticiones. ¿Acaso la actuación de Miranda bajo la protección de la zarina no era un golpe a la altanería de las cortes madrileña y francesa, que trataban de obstaculizar con insistencia la expansión rusa tanto en el sur de Europa como en el sur de América?

El 22 de marzo, Catalina II, junto con Potiomkin, salió de Kíev a Crimea. Miranda permaneció en la ciudad hasta principios de mayo. Hizo una visita al rey Poniatowski en Kánev, participó en innumerables bailes, recepciones, comidas y veladas. Por todas partes era objeto de atención, la nobleza local consideraba un honor la visita del famoso huésped extranjero con quien simpatizaba la propia emperatriz.

Mas el 2 de mayo, después de recibir de sus amigos de Kíev un gran número de cartas de recomendación para personas influyentes en Moscú y Petersburgo, el venezolano partió hacia Moscú en su propio carruaje, que había comprado de ocasión. Su camino pasa por Nezhin, Oriol, Tula. El 11 de mayo Miranda entra en Moscú. El cochero dirige a sus caballos al centro de la ciudad, al palacio de Rumiántsev; ahí se alojará Miranda. En Moscú reciben al caraqueño con una hospitalidad genuinamente rusa. Tiene a su disposición el palacio, los sirvientes, el tiro. En su honor se organiza una recepción a la cual asiste toda la nobleza moscovita. Las invitaciones para las recepciones que recibe Miranda llegan a montones.

Miranda estuvo en Moscú un mes. Mas nuevamente su carruaje se unce a un par de caballos bayos. El "conde" extranjero se despide de sus amigos moscovitas y se dirige a Petersburgo, donde se celebrarán los encuentros finales con la emperatriz y sus consejeros.

El 14 de junio de 1787, pasando Nóvgorod, el caraqueño llega a la capital de Rusia; allí se instala en el palacio del general Levashov, a quien conoció en Kíev.

Ni la emperatriz ni su corte habían regresado aun. De los miembros del gobierno se encontraba aquí sólo el vicecanciller Ostermann. Este saluda al "conde" Miranda y lo lleva a Gátchina, presentándolo al príncipe Pablo. Considerándose gran conocedor del arte militar, durante varias horas Pablo conversa con el caraqueño sobre las sutilezas de este arte.

Continúan las recepciones, las comidas y los bailes en

las casas de la nobleza capitalina; Francisco de Miranda, vestido con el uniforme del ejército español, suscita la admiración y el enternecimiento de los funcionarios reales, de sus esposas y sus hijas, no sólo con sus finas maneras, sino también tocando maravillosamente la flauta.

Miranda pasa así el tiempo en espera de la llegada de la emperatriz, y Pedro de Macanas, ministro interino de España en Petersburgo, desarrolla una actividad febril para meter a la cárcel a quien la corte madrileña considera uno de sus enemigos más peligrosos. Macanas asegura a todos que el caraqueño terminará en la horca, que es un peligroso librepensador, un impostor y un aventurero, que no es ningún conde ni coronel, sino un capitán degradado del ejército español condenado a 10 años de trabajos forzados. Las intrigas del diplomático español, lejos de conseguir el efecto deseado, agudizaron el interés hacia Miranda.

Pedro de Macanas, sin embargo, no era persona que se dejara vencer con facilidad, tanto mas que su gobierno le exigía insistentemente neutralizar a Miranda a toda costa. "Se dice que el Rey de España está muy enfadado con nosotros por el recibimiento que hemos dispensado a Miranda" — comunicaba Bezborodko a Potiomkin. Mientras que Zinóviev, embajador ruso en Madrid, informaba sobre la petición del gobierno español de entregar a Miranda o, por lo menos, echar al caraqueño de Rusia. "Puedo aseverar a su Excelencia —escribía Zinóviev al vicecanciller Ostermann— que la Corte española acogería con suma satisfacción un tal apresto de nuestra Corte y no se mostraría remisa, de presentarse la ocasión, en prestarle análogo servicio."

Macanas, actuando conforme a las instrucciones recibidas desde Madrid, exigió a Miranda presentarle los documentos que certificasen su título de conde y de coronel del ejército español. El venezolano le contestó con una carta en la que indicaba que Macanas podía dirigirse con tales exigencias a sus subordinados, mas no a él. Este conflicto coincidió con el regreso de Catalina II y de su séquito a Petersburgo. Macanas, apoyado por los representantes diplomáticos de otros reinos borbónicos —el francés y el napolitano— se apresuró a declarar al gobierno ruso una protesta con motivo de la actitud amistosa hacia Miranda en los círculos oficiales.

Sobre pormenores de este conflicto, Ségur, emabaja-

dor francés en Rusia a la sazón, escribía en sus memorias que Miranda "...se disgustó con el representante diplomático español empeñado en que se quitara el uniforme de coronel o que presentara un documento que certificara su derecho a usarlo. La emperatriz estaba muy interesada en que se zanjase el conflicto. El representante diplomático español me enseñó una carta, bastante seca, escrita a este militar, y la respuesta de éste, impertinente y soez, escrita en términos ofensivos. Le dije que las cosas habían tomado un cariz personal, por lo cual yo no tenía por qué dar consejos ni inmiscuirme en el asunto. Pero al cabo de unos días me mostró el mandato oficial de su Corte de reclamar a la Emperatriz la entrega de Miranda como traidor condenado por delitos políticos... Le prometí cortar toda relación con Miranda, con quien me viera a menudo en Kíev. En vista de que los ministros, para complacer a la Emperatriz, presentaban sus respetos a ese español, le invitaban a banquetes de gala y lo recibían junto con el cuerpo diplomático, les comuniqué junto con el ministro napolitano Serra Capriola, que tal trato a hombre que había ofendido al representante diplomático español constituía un desprecio hacia las cortes de Madrid, Nápoles y Versalles y que por tal motivo nuestras relaciones podrían cambiar".

Estas protestas de los diplomáticos borbónicos no producían la más mínima impresión en el gobierno zarista. Catalina II seguía tratando con deferencia al caraqueño; al regresar de su viaje lo recibió y le reiteró su apoyo. A fin de privar a Macanas de fundamento para nuevas protestas, la emperatriz propuso al caraqueño llevar el uniforme de coronel del regimiento de coraceros de Ekaterinoslav, al mando de Potiomkin. Miranda encargó de inmediato este uniforme, aunque debió pagar por él, al igual que por el anterior, 200 rublos. Mas el gasto era justificado, ya que se convertía en un coronel legítimo del ejército ruso y era, de este modo, inexpugnable ante las intrigas de Macanas.

Potiomkin, quien se hallaba en Crimea, seguía interesándose por la suerte de su amigo venezolano. El coronel Tarnovski informaba al príncipe sobre los acontecimientos más importantes de la vida de la Corte y le escribía: "El encargado de negocios de España en esta Corte pidió... expulsar al conde de Miranda, por ser, que dice, hombre peligroso para su monarca. Nuestra Emperatriz

tuvo a bien indicar que se respondiera: 'Puesto que Madrid está distante de Petersburgo, Su Majestad Imperial no cree que el conde de Miranda constituya un peligro para el Rey hispano' ".

El 8 de agosto de 1787 la zarina recibió a Miranda en los aposentos privados del Palacio de Invierno. En el Ermitaje pasó con la emperatriz y su séquito toda la tarde. Catalina trataba de convencer nuevamente a su protegido de quedarse en Rusia recordándole los peligros que le amenazaban por parte de los agentes españoles en el extranjero. Miranda insistía en lo suyo: actuando desde Londres, sería más fácil levantar a las colonias españolas a la lucha por la independencia. Además, debía terminar su viaje por los países europeos porque sólo a través de él se enterarían en Europa de la penosa situación de las colonias españolas.

Poco después de esta conversación Bezborodko entregó a Miranda 2 mil güldenes como parte de los 10 mil rublos prometidos, el resto de esta suma lo recibiría en Londres. Además, recibió 500 güldenes para gastos de transporte. El gobierno ruso asumió asimismo el pago de sus deudas en Petersburgo.

Sin embargo, el regalo más valioso que el venezolano recibiera de Bezborodko fueron las cartas de recomendación a los representantes diplomáticos rusos en Viena, París, Londres, La Haya, Copenhague, Estocolmo, Berlín y Nápoles, en las que les ordenaban, en nombre de Catalina II, prestar toda clase de apoyo al "conde" Francisco de Miranda. El contenido de las cartas era idéntico, todas firmadas por Bezborodko y redactadas en una forma muy diplomática. En ellas se subrayaba que Miranda estaba al servicio del rey español, que la benevolencia extraordinaria hacia él de Catalina II se explicaba por sus "altos méritos". En caso de que estas cartas cayeran en manos de los españoles, no podrían, por su contenido, constituir pruebas de que Miranda estuviera al servicio de una potencia extranjera.

El 7 de septiembre de 1787 el caraqueño se traslada a Kronstadt y allí toma el barco sueco "Ana Carlota" que aquel mismo día lo lleva a Estocolmo.

En total, Miranda pasó en Rusia 10 meses. La atravesó de sur a norte, entabló conocimiento con Catalina II y sus consejeros más cercanos. Logró producir en todos la impresión de ser una persona en cuyas manos se encon-

traba el futuro de las colonias españolas. Mas el éxito de su estadía en Rusia no residía en eso, sino en que se aseguró el apoyo del gobierno del poderoso Imperio Ruso. De este modo, Rusia fue el primer país que apoyó la labor de Miranda encaminada a liberar a las colonias españolas. Posteriormente el venezolano y sus amigos —los patriotas criollos—, sentirían en más de una ocasión este apoyo tan necesario para ellos.

El 24 de mayo de 1789 Miranda aparece en París. Tiene cartas de recomendación para el arqueólogo, abad Jean-Jacques Barthèlemy, para el filósofo Jean Marmontel y para otros destacados científicos y escritores. Permaneció en París 18 días. No vio a todas las personalidades con quienes aspiraba a entrevistarse. La atmósfera en la capital francesa se calentaba no por días, sino por horas. Todo auguraba la próxima tormenta. La ciudad estaba invadida de octavillas que llamaban a derrocar el tiránico régimen real, a liberar a los presos políticos de las casamatas de la odiosa Bastilia.

El 12 de junio el caraqueño decide regresar a Londres. El principal motivo de su decisión parece ser la carencia de medios, imposibles de conseguir en una ciudad donde todo auguraba una tormenta revolucionaria. Se despide de sus amigos parisinos, que lo invitan a regresar a Francia después de la victoria de la revolución. El permiso de salida para Inglaterra del ciudadano livonio Merov (así figuraba Miranda en su pasaporte) fue firmado personalmente por el rey Ludovico XVI.

El viaje de Francisco de Miranda por Europa duró casi cuatro años. En este plazo recorrió todos los países europeos, excepto España, que ya conocía, y Portugal. Mas dicen que Europa termina en los Pirineos. Comenzó su gira por el viejo continente siendo una persona casi desconocida, pero ahora su nombre era familiar en las Cortes reales, entre los príncipes, ministros, jefes militares, filósofos, científicos, pintores, escritores. Lo protegía la poderosa Catalina II, la soberana del inabarcable Imperio Ruso.

Cuatro años antes de ello, pocos en Europa pensaban siquiera o conocían la situación en las colonias españolas de América. En cambio ahora, gracias a ese viaje sin precedentes, los europeos descubrieron nuevamente a América, que hacía tres siglos había sido conquistada a fuego y espada por los españoles.

Miranda tenía sólo 39 años. ¡Mas cuánto había logrado ver y hacer! Y esto no era sino el comienzo, lo más apasionante e importante estaba en el futuro. ¡Tenía certeza de ello, lo sabía!

Revolución en París

Lleno de jubilosos presentimientos y esperanzas, el 18 de junio Miranda llega a Londres, y 26 días más tarde, el 14 de julio de 1789, el pueblo de París toma por asalto la Bastilia abriendo una nueva página admirable en la historia no sólo de su patria, sino de toda la humanidad.

Estos acontecimientos produjeron una impresión imborrable en los contemporáneos. Si se derrumbó el viejo orden en París, razonaba Miranda, ¿por qué no podía ocurrir algo semejante en Madrid? Arde en deseos de unirse inmediatamente a los insurrectos, mas sólo en 1792 puede ir a París. Tiene una suerte extraordinaria. Llegó a Francia en el momento crítico de la revolución cuando los oficiales viejos se pasan a los enemigos. Le encargan encabezar el ejército que lucha en Valmy. Cuando Miranda aparece en el frente, se opera un viraje, las tropas revolucionarias pasan a la contraofensiva y varias semanas más tarde él es general de la Francia revolucionaria, está al mando de sus ejércitos en Bélgica y Holanda. Sin embargo, la revolución no es estática, sino que se desarrolla. La llegada al poder de los jacobinos termina la carrera militar de Miranda en este país. Es arrestado, le amenaza la guillotina. A algunos extranjeros llegados a Francia para combatir por la revolución los jacobinos los consideraban agentes extranjeros. Sobre el venezolano recaían especialmente sospechas en ese sentido, ya que se había encontrado con Catalina II y llegado a París procedente de Londres. Pero también en esta ocasión logró salvarse.

Después de la caída de los jacobinos, siguen unos meses de confusión, Miranda recobra su libertad, vive a cuenta de una compensación que le dieron como víctima inmerecida en la época del terror, y se le restablece su título de general. Se dedica a organizar a los hispanoamericanos participantes en la revolución. Se reúne con ellos y es elegido su representante en Europa. Se llega incluso a proponer su candidatura para el cargo de Primer cón-

sul, que ocupara posteriormente Napoleón Bonaparte. Mas le obstaculiza, esta vez también, su origen extranjero. Al concluir que ante tal situación era mejor abandonar Francia, Miranda regresa a Londres en enero de 1798. A fines de 1800 se ve de nuevo en París, ahora tratando de asegurarse el apoyo de Napoleón, pero el siniestro Fouché lo echa a la cárcel. Es acusado de tener relaciones con Pitt, jefe del gobierno inglés, y seis días después de su arresto, lo deportan a Londres.

Bernardo O'Higgins

La revolución francesa con la que el venezolano estuvo en contacto directo, jugó un papel decisivo en su vida. Por una parte, en las lejanas colonias españolas de América se le consideraba, sin ninguna razón, "jacobino", pues precisamente fueron los jacobinos los que lo enviaron a la cárcel, donde por poco muere; por otra parte, el gobierno inglés no tenía plena confianza en él porque lo consideraban deshonesto por el papel que había jugado en los acontecimientos franceses.

El pueblo francés recuerda con gratitud la actividad del general Miranda en los años de la revolución.

Su nombre está grabado en el Arco de Triunfo erigido en 1838 en París durante el reinado de Luis Felipe.

Colombia

Miranda vive en Londres hasta el 2 de septiembre de 1805. Durante ese tiempo trata de convencer a Pitt de que apoye su plan de invasión liberadora de América Hispana, asegurándole que la población local apoyaría la expedición. Precisamente entonces el precursor de la independencia piensa fundar, en las ruinas del imperio, el nuevo Estado —Colombia— encabezado por el Gran Inca heredero. En Londres se encuentra con personalidades hispanoamericanas, en particular con el joven Bernardo O'Higgins, hijo del virrey de Perú y gobernador de Chile; mantiene asimismo una activa correspondencia con sus partidarios en América.

Conoce a la inglesa Sara Andrews, quien sería su esposa, y tienen dos hijos: Leandro y Francisco. Pitt pasa días y noches con el venezolano, le hace centenares de preguntas, mas no le descubre sus planes... Y sólo cuando el gobierno inglés decide empezar la conquista de las colonias españolas, además, empezando por Buenos Aires, el centro del Atlántico más alejado de Madrid, Pitt comunica a Miranda que está de acuerdo en organizar la invasión en la zona de la localidad Coro, de su Venezuela natal.

Ahora, cuando se conocen todos los detalles de la pérfida política de Albión de aquella época, es evidente que Pitt concibió la empresa de Miranda como una maniobra que distraería la atención para escindir las fuerzas de los españoles, por una parte, y, por otra, para asustarlos con el fantasma de la independencia de las colonias. Dicho con otras palabras, Pitt necesitaba a Miranda sólo para distraer la atención. ¿Lo sabría el caraqueño? Por lo visto, lo sabía, mas su deseo de actuar, de empezar, por fin, la liberación de un continente era tan grande que todas las demás consideraciones pasaron a segundo plano.

En septiembre de 1805 Miranda parte para Nueva York donde reúne un grupo de voluntarios y equipa un buque de guerra al que le pone el nombre de su primogénito "Leandro" (Francisco nació en Londres en 1806

cuando su padre estaba ausente). A comienzos de febrero de 1806 "Leandro" abandona Nueva York, mas sólo el 3 de agosto del mismo año Miranda desembarca en la población La Vela y libera Coro. Los españoles desde hace mucho lo esperan difundiendo rumores salvajes entre la población sobre el inminente desembarco de los "protestantes" que por fuerza la convertirían a su fe... Después de convencerse de que los venezolanos habían creído este infundio, después de 10 días de estadía en su tierra natal Miranda la abandona. Espera un tiempo en Trinidad y sólo a fines de 1807 regresa a Londres.

A pesar de las peripecias del destino, todo indica que lo principal no estaba lejos: la insurrección en las colonias. En Buenos Aires, la expedición militar de los ingleses sufre un rotundo fracaso y se ve obligada a rendirse a los voluntarios argentinos. En 1808 los franceses ocupan España, encontrando por doquier la resistencia de la población. Pitt, convencido de que por la fuerza de las armas no conquistaría las colonias españolas en América, se alía con España, que lucha contra el principal enemigo de Inglaterra: Napoleón. Miranda está nuevamente atado de pies y manos, mas no se desanima. Finalmente, el 19 de abril de 1810, en Caracas, las autoridades locales son destituidas y ocupa su lugar la Junta Patriótica. El 10 de julio del mismo año llega a Londres su embajador, Simón Bolívar, entre cuyas instrucciones figura la de encontrarse con Miranda e invitarlo a regresar a la patria. El 11 de diciembre éste aparece en La Guaira y, poco después, en la Caracas libre.

Miranda vivió en el extranjero 27 años. En 1783 llegó a Cuba como teniente coronel del ejército español, y regresó a la patria célebre por sus famosos viajes y su participación en la Gran Revolución Francesa. Los "mantuanos" lo miran con recelo: ¿que les reportaría este "jacobino"? En efecto, Miranda se pronuncia a favor de la proclamación de la república, lo cual significaría una ruptura decidida con España. Lo designan presidente de la sociedad patriótica, donde colabora con Simón Bolívar. En 1811 lo nombran teniente general, el título más alto en el ejército venezolano; es diputado y vicepresidente del Congreso Nacional que el 23 de diciembre de 1811 proclama la independencia de Venezuela. Mas la lucha sólo comienza para los patriotas. En Coro se levantan los partidarios de los españoles encabezados por el capitán Monteverde. Los insurrectos atacan a Caracas. Miranda es nombrado jefe del gobierno patriótico, tiene poder dictatorial, mas todos sus esfuerzos de vencer al enemigo no dan el resultado apetecido. En el momento decisivo se entera de que los españoles, presos en la fortaleza de Puerto Cabello, lograron engañar a los patriotas y apoderarse no sólo de la propia fortaleza, sino también de la ciudad Puerto Cabello. Y eso que allí estaba de comandante Simón Bolívar. Miranda decide entregarse a Monteverde, máxime que éste prometía no tomar represalias y permitir a los patriotas abandonar Venezuela o vivir pacíficamente en su tierra.

Una vez firmado este acuerdo con Monteverde, Miranda llega a La Guaira, donde envía sus cosas en un barco inglés; él mismo se queda a pasar la noche en la casa del comandante local, quien en la mañana temprano lo arresta y lo entrega a los españoles. Estos lo llevan engrillado a Puerto Rico, y de allí, a Cádiz, España, donde lo meten en la "Bastilia local", la fortaleza "La Carraca". Durante cuatro años Miranda se encuentra en manos de los españoles que lo someten a toda clase de vejaciones y torturas, exigiéndole rechazar la idea de la independencia, reconocer la superioridad del rey Fernando VII, mas él se niega rotundamente a traicionar la causa de toda su vida.

El 14 de julio de 1816 Miranda muere en la cárcel. Hasta el día de hoy se desconoce el lugar donde fue enterrado.

SIMON BOLIVAR: EL LIBERTADOR

Difícil comienzo

Hijo de uno de los mayores terratenientes venezolanos, cuyos antepasados se instalaron en Venezuela en el siglo XVI, Simón Bolívar nació en Caracas el 24 de julio de 1783; perdió temprano a sus padres y lo educó en su infancia Hipólita, una negra esclava, hacia la cual él conservó siempre un amor filial y el reconocimiento.

Cuando llegó la hora de aprender a leer y escribir, el tutor del niño, Carlos Palacios, hermano de su madre, lo puso en manos del maestro Simón Rodríguez, que tenía 20 años de edad. Pese a su juventud, éste era una persona completamente madura, poseía amplios conocimientos y gran experiencia; había viajado a Europa. A la edad de catorce años, se contrató de grumete en un barco y, llegando al viejo continente, recorrió a pie España, Francia y Alemania. Según algunas informaciones, estuvo incluso en Rusia.

Rodríguez se proponía que su alumno fuese como Emilio, protagonista del libro homónimo de Rousseau, dotado de todos los méritos civiles. El pequeño era un joven huérfano, rico, noble, fuerte y sano. Rodríguez se instaló con él en la finca de los Bolívar en San Mateo, donde llevaban una vida espartana: dormían en hamacas, a medianoche el maestro despertaba al alumno y se iban a bañar en las frescas aguas del río Guaira, cazaban, montaban corceles indómitos, conversaban con los esclavos y los severos llaneros, paseaban por las montañas.

Rodríguez dio a conocer a Simón la vida de Robinsón Crusoe, el libro que Rousseau recomendaba como manual. Orientado por el maestro el pequeño venezolano

Simón Bolívar

se convirtió en caminante incansable, excelente jinete y audaz nadador.

Durante largo rato conversaban sobre la Gran Revolución Francesa que declarara la guerra a los tiranos. Rodríguez le contó a su discípulo que su famoso compatriota Francisco de Miranda llegó a ser uno de los generales más destacados de la Francia revolucionaria, y un día le mostró la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, editada en Bogotá, capital del virreinato de la Nueva Granada por Antonio Nariño, partidario de la Revolución Francesa.

Las noticias sobre la Revolución Francesa llegaban no sólo a las cumbres de la sociedad colonial, eran conocidas igualmente por los negros esclavos. En 1790 se difundió entre ellos el rumor de que el rey de España había abolido la esclavitud, mas los esclavistas, poniéndose de acuerdo con las autoridades coloniales, lo ocultaban. Los esclavos escuchaban las conversaciones de sus dueños, les robaban cartas, papeles y periódicos para enterarse de la verdad; supieron que en Santo Domingo francés sus compañeros de infortunio se rebelaron, mataron a los plantadores y proclamaron la república. En Caracas y en otras ciudades de Venezuela aparecían llamamientos a la población invitándola a tomar las armas y a proclamar "la ley francesa", o sea, abolir la esclavitud.

En 1795 los esclavos, a los que se unieron los negros libres, los mestizos, los mulatos y algunos de los campesinos blancos, se sublevaron cerca de la ciudad de Coro. Los insurrectos se tomaban las fincas, mataban a los dueños, reducían los impuestos, declaraban la abolición de la esclavitud. Las autoridades coloniales, apoyadas por los terratenientes locales, lograron aplastar el movimiento, y ejecutar, después de crueles torturas, a su jefe, al zambo José Leonardo Chirinos. Corrieron la misma suerte otros muchos insurrectos. Rodríguez y su alumno estaban enterados de esos acontecimientos.

Mientras tanto, en la misma España reinaba la zozobra, surgían logias rebeldes secretas, se creaban sociedades republicanas, se tramaban conspiraciones. Sus participantes llamaban al pueblo a seguir el ejemplo de los revolucionarios franceses, derrocar a los Borbones españoles y proclamar la república. Las cárceles no daban cabida a todas las personas arrestadas ante la sospecha de desplegar actividad antigubernamental. Las autoridades reales

empezaron a deportar a los presos políticos a las colonias americanas, y a comienzos de 1797, un grupo de ellos, encabezado por el republicano Picornell, nativo de la isla española de Mallorca, fue llevado a La Guaira y recluido en la fortaleza local.

La aparición de Picornell y sus compañeros en tierra venezolana suscitó gran animación entre los partidarios de la Revolución Francesa en Caracas. Se trataba, principalmente, de jóvenes procedentes de familias criollas ricas que se agruparon bajo la dirección de Rodríguez, maestro de Bolívar.

Los conspiradores organizaron la fuga de los demócratas españoles esperando realizar con su ayuda una rebelión republicana. Dos criollos jóvenes: José María de España y Manuel Gual se dedicaron a preparar la insurrección.

Todo parecía augurar un pronto éxito. Mas en el último momento un traidor delató los planes de los patriotas a las autoridades españolas. Comenzaron las detenciones en masa. Gual y De España huyeron a la isla de Trinidad. Rodríguez, temiendo ser arrestado, abandonó Caracas —con el nombre de Samuel Robinsón— como marinero en un barco. El alumno y el maestro se encontrarían nuevamente sólo en 1805 en Europa Occidental.

Pronto Bolívar se trasladó a vivir a Caracas, a una casa en la Plaza San Jacinto. Su nuevo maestro fue Andrés Bello, quien no cedía en conocimientos a Rodríguez: sabía inglés y francés, escribía versos; trató de inculcar a su alumno el gusto por la lectura; le dio a conocer las inmortales creaciones de Homero *La Odisea* y *La Ilíada*, obras de Dante y de Virgilio, de Quevedo y Cervantes.

En 1798 José María De España regresó secretamente a Venezuela. De nuevo en Caracas y otras ciudades gente misteriosa empezó a pegar octavillas que llamaban a derrocar a los españoles y a proclamar la república. En estos días Andrés Bello se ausentaba con frecuencia de la casa de su alumno con el pretexto de solucionar asuntos urgentes.

Los patriotas fracasaron también esta vez. Las autoridades siguieron a De España, quien fue detenido y ejecutado; sus correligionarios quedaban en libertad y estaban dispuestos a darse a conocer en la primera oportunidad.

A fines del siglo XVIII Simón Bolívar visita México,

a su paso para España. Allí, en 1802, contrae matrimonio con María Teresa Rodríguez del Toro, aristócrata venezolana, heredera de una gran fortuna. El joven se siente feliz. Regresa a Caracas con la esposa, mas ella enferma de fiebre amarilla y muere en sus brazos el 22 de enero de 1803. Aquel mismo año Bolívar regresa a Europa, visita París, Roma, Viena, se encuentra de nuevo con Simón Rodríguez. El 15 de agosto de 1805, en la colina de Monte Sacro en Roma, en presencia de su antiguo maestro y de su joven compatriota Fernando Toro, Bolívar jura consagrar su vida a la liberación del continente latinoamericano.

Simón Bolívar no tiene sino 22 años, ha encontrado la causa por la cual valía la pena luchar; no se vuelve a casar, y muere sin dejar hijos.

Primeros éxitos, primeras derrotas

Al regresar a su patria el 1 de enero de 1807, el joven venezolano participa activamente en la preparación del levantamiento contra España. Cuando el régimen colonial español fue derrocado y se instauró en Caracas, el 19 de abril de 1810, la junta revolucionaria, Bolívar recibe el título de coronel y es nombrado embajador en Inglaterra. Al mismo tiempo, su hermano viaja también en calidad de embajador, a comprar armas en EE.UU., mas perece en el naufragio del barco. En Inglaterra Bolívar se encuentra con Miranda, quien regresaba a la patria; junto con él, se constituye en uno de los líderes del partido de la independencia, se pronuncia por la creación de la república. Después de su proclamación el 5 de julio de 1811, es nombrado comandante de la fortaleza de Puerto Cabello, donde estaban recluidos los oficiales españoles.

En el capítulo sobre Francisco de Miranda afirmamos que éste se ve obligado a rendirse a Monteverde. Algunos historiadores españoles afirman que Miranda fue detenido por los criollos, entre otros Simón Bolívar, y luego entregado a los españoles. Señalemos que ninguno de los contemporáneos, ni siquiera los adversarios de Bolívar, hablaron de ello. Si esto correspondiera a la verdad, es poco probable que Leandro, el hijo de Miranda, fuera luego su ayudante. Monteverde permitió a Simón Bolívar abandonar Venezuela no "en agradecimiento" por la

detención de Miranda, sino porque era un "gran cacao" y en los planes del español no entraba enemistarse con esa gente.

¿Cómo se desarrollan los acontecimientos? Los patriotas sufren fracasos en este período no sólo en Venezuela, sino en toda Hispanoamérica, a excepción del lejano Buenos Aires, donde ondea orgullosa la bandera de la independencia. La ausencia de experiencia militar, política y estatal, la excesiva confianza y la inclinación ante la nobleza local, y a veces simplemente la irresponsabilidad fueron las causas de que la "patria boba" —como los mismos historiadores latinoamericanos llaman este período— se debilitara por todas partes.

En Venezuela, para obtener la victoria sobre los patriotas, los españoles se veían obligados a acudir a los llaneros, cuyo cabecilla, Boves, odiaba a muerte a los patriotas y estaba dispuesto a saquearlos y matarlos, a lo cual lo incitaba el propio Monteverde.

Bolívar llega a la Nueva Granada; después de recibir sin dificultad el apoyo de los patriotas locales, invade Venezuela en mayo de 1813. El 15 de julio firma un decreto sobre la guerra "a muerte" contra España, porque está seguro de que de otra manera no se puede vencer al enemigo. El 17 de agosto libera Caracas donde la población entusiasta lo proclama capitán general (en esencia, gobernador con poderes absolutos) de Venezuela y le confiere el título de El Libertador, que él apreciara toda su vida.

Sin embargo, poco después, ante el empuje de las bandas de Boves, Bolívar se ve obligado a abandonar la capital de Venezuela y regresa a la Nueva Granada. Entretanto, vuelve a España, de su cautiverio en Francia, el oscurantista Fernando VII, quien soñara con poner orden en los dominios de allende el océano, para lo cual envía un cuerpo punitivo de 10 mil soldados encabezados por Morillo, el general más capaz. Los españoles ocupan rápidamente Venezuela y la Nueva Granada. Esta vez Bolívar encuentra refugio en Kingston, Jamaica. La isla pertenece a los ingleses, quienes coquetean con España. Como resultado de ello, el 10 de diciembre de 1815, por una casualidad, Bolívar se salva de la puñalada de un asesino mercenario. Mas el Libertador no es cobarde y sigue pensando en su patria. En Kingston publica una serie

de documentos en los que analiza proféticamente la situación en Hispanoamérica.

El presidente Petion, a quien se dirige Bolívar, está dispuesto a ayudarle a cambio de que prometa que, en caso de victoria, le concede la libertad a los esclavos. El venezolano accede gustoso, máxime porque hacía tiempo era adversario de la esclavitud. En Haití es elegido de nuevo comandante en jefe de los patriotas. Sin embargo, sus primeros intentos de desembarcar en tierra venezolana fracasan, y se ve obligado a recurrir de nuevo a Petion en busca de apoyo. Este, comprendiendo las vicisitudes de la guerra, vuelve a equiparlo con todo lo necesario. En 1817, Bolívar se instala en Angostura (hoy Ciudad Bolívar), a orillas del río Orinoco, donde los españoles no lo esperaban. Allí logra concertar una alianza con José Antonio Páez, el nuevo jefe de los llaneros, entre los cuales se opera un viraje a favor de los patriotas.

El Libertador comprende que los llaneros se pondrían de parte de los patriotas si se les ofrece alguna ventaja, y promulga un decreto, según el cual todos obtendrían tierra. En los comunicados que enviaba entonces a Madrid, al gobierno real, Morillo, el comandante en jefe español, insistía cada vez más en la idea de que no había ninguna posibilidad de vencer a los patriotas. Los llaneros, que dejaron de ser aliados para convertirse en enemigos de los españoles, les infundían un miedo espantoso.

Los voluntarios

Poco después Bolívar propone pedir ayuda a voluntarios extranjeros, soldados experimentados, a todos los que deseen luchar por la libertad. Colaborarían con los patriotas, les enseñarían cómo vencer a Morillo, y a todos los Morillo que tenían bajo su bota a los sufridos pueblos de América del Sur. La base principal para reclutar a los voluntarios fue Inglaterra, donde actuaba el enérgico y emprendedor López Méndez, representante de Bolívar.

En Inglaterra había una aguda crisis económica, resultado de la guerra de veinte años contra Francia. Muchedumbres de desempleados deambulaban por las ciudades y los poblados; el ejército inglés fue reducido en

José Antonio Páez

30 mil personas, quedando muchos antiguos oficiales y soldados sin qué hacer.

Bolívar propone suministrarles la ración y el salario que les daba el ejército inglés y, al terminar la guerra, un premio de 500 dólares, además de los gastos de transporte para llegar a América del Sur.

Estas condiciones eran muy convenientes para los militares ingleses. López Méndez reclutó con facilidad a varios ex coroneles que empezaron a reunir voluntarios, preocupándose, en primer término, de procurarse para sí y para sus soldados uniformes pomposos que podrían competir con los de la guardia real. El general English, uno de los correligionarios de Wellington, organizó un destacamento de 1200 ingleses; el coronel Elsson, uno de 500 personas.

No sólo los ingleses acudieron al llamado de Bolívar, había voluntarios de casi todas las nacionalidades de Europa: irlandeses que luchaban por la liberación de su patria del dominio inglés, alemanes, suecos, italianos, polacos (entre ellos, el sobrino del general Kosciuszko, luchador por la independencia de Polonia, participante de la guerra de los Estados Norteamericanos contra el dominio

inglés), franceses (el hijo de Marat, el hijo de José Bonaparte), etc. El coronel Uslar llegó acompañado de 300 alemanes; el general D'Everaeu organizó la legión irlandesa en la que participó el hijo de O'Connell, luchador por la libertad de su país. Había asimismo rusos: Iván Miller, quien se había distinguido en muchas batallas, y el teniente coronel Iván Minuta, participante en numerosas luchas.

En los años 70 de nuestro siglo fueron descubiertos en la Unión Soviética unos documentos que vierten luz sobre la actividad del ingeniero ruso Mijaíl Rola Skibitski, quien servía de voluntario en las tropas de Simón Bolívar. Este glorioso soldado de la libertad nació en 1793 en una modesta familia de terratenientes. Durante ocho meses se abrió paso, a través de Suecia e Inglaterra, hacia Venezuela, adonde llegó en 1824. Por su participación en la batalla de Ayacucho fue condecorado con el "Busto de Bolívar", y llegó a tener el grado de teniente coronel. En 1835 regresó a Rusia donde sufrió represiones por haber participado en la lucha liberadora de los pueblos de América Latina.

El destino de otros voluntarios de Bolívar no era fácil.

El primer contacto con la realidad venezolana produjo en muchos de ellos una impresión deprimente. La mayoría soñaba con un país de mil maravillas, de oro y perlas que esperaban encontrar en abundancia en las calles de Angostura.

En vez de ello hallaron una pequeña ciudad con edificaciones destartaladas, detrás de las cuales empezaba la jungla; la malaria, la viruela y la fiebre amarilla no atacaban sólo a los indígenas y a los negros; faltaba la comida y la que había era pesada para el estómago de los europeos: maíz, plátano y carne sin pan ni sal...

Pronto los pomposos uniformes de los ingleses se convirtieron en harapos, el calzado se hizo pedazos. Los oficiales andaban descalzos o con alpargatas. El capitán Thompson, quien lograra conservar un par de botas, sintió, por fin, remordimiento y los echó al Orinoco. El coronel Roocke llegó a una cena con Bolívar en chaqueta sin camisa ni cuello. El Libertador ordenó a su sirviente darle una de sus camisas, pero resultó que él mismo no tenía sino dos, y una se la estaba lavando. Los hambrientos ingleses, que tampoco recibían salario, vendían a los llaneros sus rotos uniformes e incluso las armas.

Sucedía también así... En Río Hacha desembarcó el general Montilla con un grupo de irlandeses, con el propósito de liberar Santa Marta y Maracaibo de los españoles. Mas en cuanto los irlandeses pisaron tierra americana, exigieron aumento de salario, y cuando el general se negó a hacerlo, se emborracharon, incendiaron la ciudad y se dirigieron en barco a Jamaica.

Bolívar escribió a Montilla que todo lo que le dijo de la legión irlandesa no le asombraba lo más mínimo. De los mercenarios a los que no se paga puede esperarse todo. "Son... como las cortesanas: no se entregan hasta que no reciben el dinero."

Mas pronto los aventureros, saqueadores y borrachos fueron expulsados de entre los voluntarios; los débiles desaparecieron por sí mismos y quedaron sólo los que pudieron ser útiles a la república. Muchos entregaron sus vidas por la libertad.

Junto con las unidades inglesas, alemanas e irlandesas, Bolívar organizó destacamentos mixtos en los que los experimentados soldados europeos instruían en el arte militar a los patriotas locales, y éstos, por su parte, enseñaban a sus instructores a superar las dificultades de la vida en el trópico. La experiencia militar que poseían muchos voluntarios, su resistencia y decisión aumentaron considerablemente la combatividad del ejército patriota.

En total, durante la Guerra de la Independencia se unieron a Bolívar cerca de cinco mil voluntarios. Muchos cayeron en los combates, murieron a causa de enfermedades tropicales, de inanición o de las heridas. Al finalizar la Guerra de la Independencia sólo quedaron con vida varias centenas de estos héroes.

La ofensiva

En agosto de 1819 Bolívar emprende una maniobra heroica a través de los Andes y aparece de pronto cerca de Bogotá. El 7 de agosto, infligió a los perplejos españoles una derrota en la batalla de Boyacá, tres días más tarde libera la propia Bogotá y, poco después, toda la Nueva Granada. Regresa triunfante a Angostura donde el Congreso reunido por él crea la nueva república: Colombia, sobre la base de la Nueva Granada y Venezuela.

Ahora El Libertador, tiene derecho a exigir del

Congreso de Colombia la confirmación de los decretos sobre la abolición de la esclavitud y la concesión de la tierra a los llaneros. Ante los diputados del Congreso pronuncia un gran discurso.

Afirmaba que se debía tener en cuenta que su pueblo no se podía comparar con los europeos o los norteamericanos. Nuestra población, decía, es más bien una mezcla de africanos y americanos que de procedentes de Europa, ya que los propios españoles, por su carácter, instintos y sangre africana que corre en sus venas pueden considerarse europeos con muchas reservas. Es imposible determinar con precisión a qué familia humana pertenecemos, proseguía. La mayor parte de la población india había sido exterminada durante la conquista por los españoles de nuestras tierras, el europeo se mezcló con el americano y el africano, y este último con el indio y el europeo. Nacidos de la misma madre, nuestros padres son distintos por su procedencia y su sangre, y se distinguen unos de otros por el color de su piel... A todos ellos, les debemos asegurar la igualdad política, que no era sino un sueño en Atenas, en la Francia revolucionaria y en la República norteamericana.

El nuevo régimen —continuaba Bolívar— debe ser republicano y tiene que apoyarse en la soberanía popular. Debemos separar el poder legislativo del ejecutivo, asegurar las libertades civiles, prohibir la esclavitud, abolir los privilegios estamentales. Al organizar nuestros institutos políticos hay que tener en cuenta nuestras tradiciones, nuestras costumbres, nuestras condiciones. Esto es por lo que debemos guiarnos, y no copiar a Washington.

Las cadenas de la esclavitud —proseguía— están rotas, y Venezuela se vio rodeada de nuevos hijos felices... Sí, los antiguos esclavos son ahora libres. Los que eran antes enemigos de su madrastra, se convirtieron en defensores de la patria. Sobra hablar de la justicia, de la necesidad y el carácter benefactor de esta medida, si conocen ustedes la historia de los ilotas, de Espartaco y de Haití, si ustedes saben que no se puede ser libre y esclavo al mismo tiempo sin infringir las leyes naturales, políticas y civiles. Dejo a su soberana consideración el cambio o la anulación de todas mis disposiciones y decretos, mas ruego confirmar la libertad absoluta de los esclavos como si rogara de mi propia vida o la vida de la república.

Bolívar terminó su discurso con las siguientes palabras:

No tenemos que exigir lo imposible. Si nos elevamos demasiado alto a la esfera de la libertad, caeremos nuevamente en poder de la tiranía. ¡Unidad, unidad, unidad! —es el lema que debemos tener siempre.

En 1821 Bolívar inflige la derrota decisiva a los españoles cerca de Caracas, en la localidad de Carabobo. En agradecimiento, el Congreso lo nombra presidente de la República de la Gran Colombia integrada por Venezuela y la Nueva Granada. Pronto toda Venezuela es liberada por los patriotas, a excepción de Puerto Cabello, donde se mantiene una pequeña guarnición española. Es cierto que todas estas victorias se logran con enorme esfuerzo. Bolívar debe superar los intereses localistas, se llega incluso a fusilar a un general: Piar, el negro que antes se había mostrado como un valiente combatiente. Tuvo que obrar con astucia también con los españoles. Después de la victoria de la revolución liberal en 1820 Bolívar firma un armisticio con el general Morillo, quien parte poco después a su querida Castilla. El General Páez es nombrado gobernador de Venezuela, y Santander, vicepresidente, jefe del gobierno en Bogotá. Bolívar trata de lograr el reconocimiento de Inglaterra, EE.UU., del Papa... Todo ello requiere muchísimo tiempo, energía, nervios. El Libertador tiene una salud formidable, mas tampoco es "de hierro"...

El 24 de mayo de 1822, cerca del volcán Pichincha en Ecuador, el general Antonio José de Sucre derrotó a los españoles, cuyos restos huyeron al Perú. Quito, capital del Ecuador, y el puerto de Guayaquil se ven libres. Bolívar viaja a esa capital y el país pronto se une a la Gran Colombia. Allá Bolívar conoce a la criolla Manuela Sáenz, quien deviene su esposa no oficial y lo acompaña casi siempre.

Ahora Bolívar piensa en el Perú, donde desde hacía tiempo había prometido a sus partidarios izar la bandera de la independencia. Cuenta con una gran fuerza: más de 10 mil combatientes. Aunque en Lima se encuentra el general José de San Martín con el ejército de patriotas argentinos, chilenos y peruanos, tiene cerca de 4 mil combatientes, mientras que los españoles disponen de unos 20 mil soldados. Además, en Bogotá consideran que Bolívar no debe participar en la liberación del Perú, que es

General Antonio José de Sucre

hora de terminar de perseguir quimeras y soñar con lo imposible: liberar a todo el continente de los españoles. Si cada pueblo hace lo que han hecho los novogranadinos, todos obtendrán libertad. Así razonaban Santander y sus partidarios.

¿Cómo debía proceder? Bolívar se encuentra en Guayaquil con San Martín, quien comprende que aquél no puede ser su subordinado, decide retirarse, abandona el Perú, se va a Francia. Bolívar permanece en la frontera con el Perú durante varios meses, hasta que finalmente recibe desde Bogotá el permiso de pasarla y entrar en combate con los españoles. Lo acompaña el fiel Sucre. Es el año 1824, año de las victorias de los patriotas. El 10 de febrero de 1824, el Congreso peruano proclama a Bolívar dictador. El 6 de agosto Sucre derrota a los españoles en Junín. El 5 de diciembre Bolívar libera Lima, inesperadamente tomada por el adversario, y en Pativilca cae víctima de un ataque de fiebre amarilla. Se entera de que el Congreso de Colombia lo ha apartado del mando, ante el temor de que, al obtener la victoria sobre los españoles, se volviera todopoderoso.

"Felices son los que mueren para no ver el final de este sangriento drama. Por triste que sea nuestra muerte,

será con seguridad más alegre que nuestra vida", así reaccionó Bolívar a la decisión del Congreso. El 9 de diciembre de 1825 Sucre gana la batalla de Ayacucho donde toma presos a todos los generales españoles encabezados por el comandante. A principios de 1826 se entregó a los patriotas toda la guarnición española del puerto peruano de Callao. Así, todo el continente queda libre del dominio español y portugués. Desde México hasta Buenos Aires. Brasil se convirtió en imperio independiente.

Al parecer, ahora se podía descansar. Pero surge la pregunta: ¿qué pasa en el Alto Perú montañoso? Durante algún tiempo formó parte del virreinato del Perú, y luego, del de Río de la Plata. Tanto el Perú como Argentina tienen pretensiones sobre él. ¿Y por qué no hacerlo república independiente, como lo quieren sus propios habitantes que proponían llamarlo Bolívar? ¿Crearle una constitución ideal, unas leyes justas convirtiéndola en una especie de modelo digno de imitación? Bolívar decide visitar este país que lo atrae por sus legendarias ruinas de las antiguas civilizaciones, por los indios, por su altura. En el camino lo alcanza Simón Rodríguez, quien llega de Europa a Caracas, pero donde nadie lo toma en serio. Bolívar le confía dirigir la instrucción escolar en el Perú.

El Alto Perú lo convenció de la necesidad de crear una república más, que recibió su nombre. Nombró de gobernador a Sucre...

La victoria

Se obtuvo la victoria, pero ésta era precaria porque en manos de los españoles quedaban Cuba y Puerto Rico, dos islas importantes convertidas por Madrid en una especie de fortalezas inexpugnables, desde donde el enemigo podía trasladar fácilmente sus fuerzas armadas al continente y empezar el derramamiento de sangre.

Las tentativas de España de desembarcar cerca de Veracruz, en la República Dominicana, en el Perú, mostraron que Bolívar tenía razón al pensar así. El Libertador insistía en que Santander preparara las acciones del ejército patriótico en Cuba, no obstante éste respondía que

EE.UU. estaba categóricamente contra este paso, y si esto sucediera, sería inevitable un choque con él.

En 1823 EE.UU. proclamó su doctrina Monroe que se reducía a lo siguiente: "Toda América sólo para los americanos". Bolívar despreciaba profundamente esta política que él llamaba "de aritmética". El Libertador advertía que "Estados Unidos parecen destinados por la providencia a plagar la América Latina de miserias a nombre de la libertad... Estados Unidos son lo peor y son los más fuertes de todos al mismo tiempo". Sin embargo, Bolívar no se atrevió a enfrentarse a él. Ya era demasiado hostil el mundo que rodeaba entonces a América Latina; lo máximo que hizo fue organizar en 1826 un congreso continental en Panamá.

Simón Bolívar en Bolivia

En las directrices para la delegación peruana Bolívar formuló así los principales objetivos del Congreso: crear una confederación permanente que rigiera en condiciones de paz y de guerra, contra cualquier país que trate de subordinar a América parcial o totalmente; garantía mutua de la independencia, libertad e integridad territorial; concertar alianzas con potencias extranjeras mediante un acuerdo mutuo; someter obligatoriamente todos los

conflictos a examen del Congreso permanente sin recurrir a la guerra; prohibir la trata de esclavos y crear fuerzas armadas unificadas. Y, por último, condenar las guerras y la política de conquista en las relaciones que se establecen entre los pueblos y los gobiernos. Bolívar esperaba que en Panamá se proclamara su propia doctrina Monroe o de solidaridad hispanoamericana. Pero esto, como se sabe, no sucedió.

El Congreso de Panamá no dio el resultado que el Libertador esperaba, aunque, como se señalaba en América Latina con motivo de la celebración del su 150 aniversario, planteó en el orden del día cuestiones importantes para los países del continente, en especial la de solidaridad continental. Es sintomático que el Libertador no invitara a EE.UU. al Congreso de Panamá. En cambio los norteamericanos, cuando formaban en la década del 80 del siglo XIX su primera conferencia panamericana, alababan impetuosamente a Bolívar considerándose casi sus sucesores...

El Libertador soñaba incluso con desembarcar en España para ayudar a los demócratas de ese país a tomarse el poder. ¿Carecían de fundamento sus sueños? Muchos pensaban que sí, otros que no. Por ejemplo, Moustier, embajador de Francia en Madrid, consideraba real la posibilidad de que la invasión de los colombianos culminara con éxito. En los puertos españoles, comunicaba él a París, se observa una gran preocupación debido a las acciones de los corsarios colombianos. Si, según Moustier, aparecía en las playas de España la escuadra rebelde de Bolívar, sería imposible contener la explosión revolucionaria.

Tampoco la situación interna era clara en los países que se habían sacudido el yugo español. La población de las colonias luchó en frente unido por la independencia contra los españoles, sin embargo, después de la liberación prevalecieron los intereses localistas, se dejó sentir la ausencia de relaciones e intereses económicos comunes, lo cual podría cementar la unidad. Esto lo comprendemos ahora, pero entonces Bolívar consideraba que la causa de la "anarquía" y la aspiración a aislarse se debían a la eviterna imperfección del hombre. Por eso se dirigió a la unión con la iglesia y los terratenientes que recibieron gustosos en sus brazos "al hijo pródigo" para ahogarlo.

La noche de septiembre

La noche del 25 de septiembre de 1828 Bolívar se sintió mal, tomó un baño caliente y se acostó. A la medianoche un alboroto invadió la casa, resonaron unos disparos.

Bolívar fue despertado por Manuelita Sáenz, quien lo convenció de oponer resistencia, él empuñó la espada y la pistola, y saltó a la calle. En medio de la oscuridad corrió hacia los cuarteles. Por el camino se encontró con su sirviente y avanzaron juntos. Pronto les interceptaron el paso varios militares que exigían la muerte del "tirano"; salvándose del ensañamiento se vieron obligados a ocultarse entre la maleza pantanosa debajo de un puente.

Mientras tanto los confabuladores, después de matar a Ferguson, ayudante del Libertador, irrumpieron en su dormitorio, pero no encontraron a nadie. Les dijeron que Bolívar había sido llamado urgentemente a una reunión.

Los disparos y el alboroto en la residencia del Libertador provocaron alarma en la zona. Sus compañeros de armas que vivían cerca, entre ellos el general Urdaneta, ministro de guerra, se apresuraron hacia los cuarteles. No fue difícil convencer a los soldados de la necesidad de defender al Libertador. Al enterarse del fracaso del complot, Santander llegó a los cuarteles manifestando su apoyo a Bolívar.

El Libertador, acompañado de su sirviente, salió del refugio cuando oyó gritar a los soldados "¡Viva Bolívar!". Su aparición fue recibida con gritos de júbilo. Media hora más tarde, todos los participantes en el ataque a la residencia presidencial —37 oficiales, estudiantes y soldados— fueron arrestados.

"La noche de septiembre" mostró a Bolívar la inconsistencia de su viraje hacia la derecha. La Gran Colombia, que había creado, se desintegraba ante sus ojos. Al principio se separó Venezuela, donde regía Páez, luego mataron a Sucre; después Perú invadió territorio colombiano. Pronto la dejó Ecuador...

Bolívar enfermó física y moralmente. No creía en nada ni en nadie. En 1830 rechaza el cargo de presidente y trata de abandonar Colombia. No sabe con precisión adónde ir. La muerte no obstante, lo sorprende, en tierra colombiana, el 17 de diciembre del mismo año a la 1 y 7 minutos del día, hora local, en la hacienda San Pedro

Alejandrino, cerca de Santa Marta. Tenía sólo 47 años, falleció a causa de tisis descuidada o de cáncer.

Bolívar dejó de existir en una atmósfera de total insatisfacción con su política. Sus antiguos compañeros de armas lo abandonaron. Entre ellos figuraban Páez y Santander, tras los cuales fue la mayor parte de la población de Venezuela y de la Nueva Granada, cansada de los sufrimientos ocasionados por la guerra y ansiosa de paz. En cambio, en Europa, en particular en la lejana Rusia, donde nacían las primeras organizaciones secretas de los decembristas, el prestigio de Bolívar era muy alto. En 1828, la revista *El telégrafo de Moscú* escribía sobre el Libertador: "Se necesitarían muchos volúmenes para publicar todos los esfuerzos y marchas realizados por Bolívar para enardecer y apoyar la valentía de los americanos, los éxitos y los fracasos de sus empresas, sus victorias y derrotas, los obstáculos que debió superar, los peligros que afrontó, saliendo siempre sano y salvo de ellos milagrosamente. Las inconcebibles y prolongadas marchas, desde las infecundas y tórridas costas de Cartagena hasta los límites de la desierta, pantanosa Guayana consumida por el terrible calor; desde Guayana hasta la Nueva Granada, atravesando ilimitadas y altísimas Cordilleras; desde Bogotá hasta las fronteras de Venezuela, hasta las orillas del Orinoco; del Orinoco, hasta más allá de la capital de Perú, a través de las altas rocas, entre las nubes de insectos e inevitables reptiles; llevando consigo soldados, que habitualmente no tenían pan, ni ropa, ni calzado. ¿Quién no reconoce que estas marchas eran mucho más memorables que las victorias y no pueden compararse con las batallas ganadas según las reglas de la táctica ordinaria? Cada hazaña es un triunfo sorprendente; atreverse a realizarlas, condenarse a sí mismo a participar, ir delante de los nuevos soldados nacidos y educados en Colombia, obligándolos a que le sigan sin protestar y, al llegar al lugar correspondiente, derrotar al numeroso ejército español y obligarlo a rendirse en el sitio que ellos habían elegido para la derrota de su adversario: ¿son necesarios otros milagros para que se le llame héroe?"

Como sucede frecuentemente en la historia, las fuerzas que ocasionaron la caída de Bolívar, con el tiempo, empezaron a crear el culto al Libertador suprimiendo de su herencia ideológica todo lo avanzado y progre-

sista y tratando de velar con su prestigio la política reaccionaria de estas fuerzas, la política de capitulación ante las potencias coloniales. En su representación Bolívar aparece como un superhombre, aislado del pueblo.

Es evidente que tal imagen nada tiene en común con la del verdadero Bolívar. El era una persona que sabía bien lo que quería, aunque, como otros hombres progresistas de aquella época lejana, no estuviera en condiciones de comprender muchos resortes ocultos del organismo social.

Bolívar murió en la pobreza. Las plantaciones y fincas de su propiedad habían sido destruidas durante las guerras de liberación, y el dinero que tenía en metálico lo gastó para las necesidades del Estado.

La Guerra de la Independencia, encabezada por Simón Bolívar, fue una revolución verdaderamente popular, anticolonial, en América Hispánica. Tenía carácter continental. Como resultado de ella surgieron repúblicas, fueron abolidos los títulos de nobleza, en su mayoría triunfó el principio de la separación de la Iglesia del Estado, fue prohibida la inquisición, llegó el fin a la esclavitud de los negros, echó raíces la escuela laica, se proclamaron las libertades democráticas, la opinión pública se enteró por primera vez de la existencia de la cuestión social. Estas realizaciones no se llevaron a cabo en todas partes a un mismo tiempo, a veces para lograrlas se necesitaron varios decenios. Este proceso aún continúa en varios países. Después de la Guerra de la Independencia las nuevas repúblicas emprendieron el camino del desarrollo burgués dando comienzo a la formación de la clase obrera, la más avanzada y revolucionaria, que encabeza actualmente la lucha por la liberación definitiva de América Latina de las redes de la explotación y la dependencia.

Bolívar no sólo fue un jefe militar reconocido, sino también un ideólogo imponderable de la Guerra de la Independencia. Por su nivel cultural superaba a otros participantes en esa lucha patriótica. Conocía bien a los clásicos griegos y romanos, la literatura española y francesa, las obras de los grandes ilustradores del siglo XVIII. Poseía el don poco común de ensayista político. Sus numerosos manifiestos, proclamas, discursos y cartas —brillantes modelos de la propaganda patriótica— contribuyeron a la victoria en no menor medida que las batallas y los combates.

Bolívar mantenía correspondencia con muchas personalidades destacadas de su tiempo: el abad Pradt, La Fayette, Daniel Webster, Lancaster, Bentham, Humboldt, con los activistas del movimiento de liberación de los países de América, conocía personalmente a casi todos los patriotas: los dirigentes civiles y militares de Venezuela, de Nueva Granada, del Ecuador, Perú, Bolivia.

De escasa estatura, delgado, coronaba su enjuto cuerpo un rostro de facciones regulares, enmarcado en patillas y una cabellera negra y rizada. Sus ojos penetrantes, según testimonios de los contemporáneos, tenían un brillo febril. Magnífico orador, buen interlocutor, siempre se encontraba en movimiento y producía la impresión de irradiar una energía indomable. Los enemigos y los amigos veían en él a una persona valiente, de talento, destacada en todos los aspectos. Indudablemente así era en realidad.

En 1842 los restos de Bolívar fueron trasladados a Caracas. Ahora se hallan en el Panteón Nacional, al lado de las tumbas de otros eminentes participantes de la lucha por la independencia.

Amaban y respetaban sinceramente a Simón Bolívar patriotas de América Latina como José Martí y otros que, como él, lucharon por la felicidad y la libertad del pueblo. En 1893, cuando se celebraba el 110 aniversario del nacimiento de aquél, Martí pronunció en la Sociedad literaria hispanoamericana un discurso en su honor resaltando que el Libertador tenía numerosos asuntos sin terminar en América Latina. Esto puede repetirse también hoy. No en vano muchos consideran que en el continente se libra una nueva guerra de independencia...

"El culto" a Bolívar surgió en Venezuela en el período de la dictadura de Juan Vicente Gómez, quien, enorgulleciéndose de que nació el mismo día que él, se consideraba continuador de su causa.

Los imperialistas norteamericanos hicieron gran alboroto alrededor del artículo de C. Marx sobre Bolívar, publicado sin la firma del autor, en 1858 en el III tomo de la *Nueva Enciclopedia americana*. En vez de valorarlo con objetividad y tener en cuenta la perspicacia política del fundador del socialismo científico quien destacara las hazañas heroicas de los patriotas en la lucha contra el colonialismo español, los reaccionarios comenzaron a atizar el incensario alrededor de los "errores" de Marx.

Marx escribió ese artículo cuando la historia de la

guerra de los países latinoamericanos por la independencia (1810-1826) aún no había sido bien recuperada. Difusión bastante grande tenían los libros y las memorias de aventureros europeos que habían tomado parte en esta guerra impulsados por motivos egoístas. Sin lograr sus objetivos en Latinoamérica, muchos daban interpretaciones tergiversadas de la lucha por la independencia. Tal carácter tenían las memorias del francés Ducoudray-Holstein, durante algún tiempo jefe del estado mayor de Bolívar y quien se convirtiera en su enemigo personal; el libro del inglés Hippisley, desertor del ejército libertador, así como el titulado *Memorias del general Miller*, elaboración poco honesta de las notas de William Miller, participante en la lucha por la independencia del Perú, escrito por su hermano John. Estos libros dan una característica tendenciosa del movimiento de los latinoamericanos y de muchos de sus dirigentes. En particular, se atribuían a Bolívar numerosos vicios (perfidia, altanería, cobardía), sus defectos reales (inclinación a la pomposidad, ambición, manifestadas especialmente en los últimos años de vida, cuando empezó a apoyarse en los terratenientes y el clero) fueron extraordinariamente exagerados. La lucha del Libertador contra los elementos federalistas y separatistas, por la unificación de las repúblicas latinoamericanas la representaban como manifestación de tendencias dictatoriales, se admitían también inexactitudes fácticas como la falsa afirmación de Ducoudray-Holstein de que Bolívar renunció en 1810 a participar en la lucha por la independencia de Venezuela, etc.

En realidad, como lo confirmaron posteriores investigaciones objetivas, la actividad de Bolívar, con todo su carácter contradictorio, contribuyó a liberar varios países latinoamericanos del yugo español, a establecer en ellos la forma republicana de gobierno y a realizar algunas transformaciones burguesas progresistas.

Marx no disponía de otras fuentes que los libros mencionados, y cuyo carácter subjetivo y malintencionado conocían sólo pocas personas. Por ello tuvo una idea unilateral sobre la personalidad de Bolívar, lo cual reflejó en su artículo. Particular influencia en la actitud de Marx hacia Bolívar tenía la circunstancia de que en la mencionada literatura se enfatizaba en la aspiración de Bolívar a un poder personal; se sobrevaloraban en su política los rasgos de bonapartismo, contra el cual Marx y Engels llevaban en aquella época una lucha irreconciliable. Sin embargo, Marx no pasó de lado aspectos tan progresistas de la actividad de Bolívar como la liberación de los negros esclavos, dando, en su conjunto, una alta valoración al movimiento anticolonial de los pueblos de América Latina, considerando este movimiento como liberador y revolucionario.

Con el mismo celo y atención observan los círculos gobernantes de EE.UU. cómo se interpreta la personalidad de Bolívar en la Unión Soviética. El interés hacia Bolívar ha sido siempre grande en la URSS. El gran poeta de la tierra rusa, Pushkin, escribió sobre Bolívar en su inmortal poema *Eugenio Oneguin*. Bolívar, luchador contra el colonialismo, quien proclamara la libertad de los esclavos, y partidario firme del régimen republicano, continuador de Rousseau y Voltaire, era cercano y comprensible a los decembristas en cuyo programa figuraban la abolición de la servidumbre y la proclamación de la república. Antes de la Revolución de Octubre Iván Frankó, conocido escritor demócrata ucraniano, y otros representantes del pensamiento avanzado ruso escribieron sobre el Libertador. Ya en nuestros días, en el período de la Gran Guerra Patria, en 1942, se publicó en ruso la biografía de Bolívar escrita por F. Marshall y B. Crane con el prefacio del conocido profesor soviético F. Kelin, especialista en Latinoamérica.

En 1956 en la revista *Voprosi istórii* (*Cuestiones de historia*) fue publicado un artículo escrito por historiadores soviéticos *Sobre la guerra liberadora de las colonias españolas en América* (*1810-1826*), en el cual se valoraba altamente la actividad militar y gubernamental de Simón Bolívar y se oponía una decidida resistencia a los propagandistas estadounidenses que trataban de denigrar a C. Marx y a nuestros investigadores. Dos años más tarde salió la biografía del Libertador escrita por I. Lavretski con prefacio de Pablo Neruda. Este libro se ha editado en la Unión Soviética y en el extranjero en reiteradas ocasiones. Luego aparecieron las monografías de conocidos latinoamericanistas soviéticos L. Sliozkin *Rusia y la Guerra de la Independencia en Hispanoamérica*, *La Guerra de la Independencia de México*, de M. Alperóvich, y toda una serie de investigaciones sobre ese tema que han obtenido una alta apreciación tanto de la crítica soviética como extranjera.

Tienen razón los representantes de 6 partidos comunistas de los países bolivarianos —Bolivia, Venezuela, Colombia, Panamá, Perú y Ecuador—, que en la declaración publicada con motivo del 200 aniversario del nacimiento de Bolívar y del 150 aniversario de su muerte que se celebraba ampliamente en la Unión Soviética, escribieron: "Los ideales del Libertador, su obra inconclusa y traicionada por las oligarquías están ahora en manos de las fuerzas revolucionarias, antimperialistas y democráticas. Se plasman en la nueva vida que construyen Cuba socialista, Nicaragua... animan los combates de los patriotas de Centroamérica, el avance de Bolivia hacia la democracia de masas, las crecientes luchas populares que se extienden desde México y las Antillas hasta el Cono Sur del Continente.

En definitiva, las banderas de Bolívar —precursor del antimperialismo y de la unidad latinoamericana— continúan presidiendo la marcha de nuestros pueblos hacia la segunda y completa independencia nacional y social".

Los pueblos de América Latina y de todo el mundo honran y respetan a sus gloriosos jefes —"Padres de la patria"— que nunca retrocedieron ante el enemigo. Entre estos héroes el nombre de Simón Bolívar, el Libertador, ocupa uno de los primeros lugares.

ARTIGAS: JEFE DE URUGUAYOS LIBRES

A José Gervasio Artigas le llaman en Uruguay "Padre de la Nación". Pero antes de hablar de él, ofreceremos una breve reseña de su patria: Uruguay.

En la época colonial la historia de esa pequeña república la determinaba en grado considerable su situación geográfica y, en primer término, su puerto: Montevideo, su capital, situada en el litoral atlántico junto a la desembocadura del Río de la Plata. En la desembocadura del mismo río se halla Buenos Aires, otro gran puerto que da al Atlántico.

La Banda Oriental

La provincia de la Banda Oriental, como se llamaba entonces Uruguay, formaba parte del virrèinato del Río de la Plata con capital en Buenos Aires. Sin embargo, la existencia de Montevideo, la separación de la Provincia Oriental del resto del territorio del virreinato por los ríos La Plata y Uruguay, la situación de zona fronteriza —al lado de Uruguay se encuentra Brasil portugués—, todo ello contribuía a que los habitantes locales se consideraran libres distinguiéndose por su carácter independiente y orgulloso.

La propia geografía favorecía a ello: se extendía alrededor una enorme llanura, con leves colinas, atravesada sólo por ríos, grandes y pequeños, con las orillas cubiertas de bosques. Aquí no hubo obstáculos cuya superación fuese especialmente difícil. Estas tierras fértiles constituían (y lo son hasta el presente) un buen campo para

el trabajo. El clima suave, equilibrado, sin cambios bruscos, sin el calor tropical, ni la nieve, ni inesperadas conmociones geológicas, contribuía al crecimiento de la población. El litoral marítimo abundaba en bahías naturales que favorecían el desarrollo de empresas y de diferentes industrias.

El ganado, ni marcado ni domesticado por nadie, que se reprodujo rápidamente, recorría la zona en enormes cantidades. Los rebaños encontraban por su propia cuenta los pastizales, y donde había hierba buena, contaban con 20-30 mil cabezas.

Para estos animales cimarrones los enemigos más terribles eran los matarifes que actuaban en grandes grupos, armados de lazos y cuchillos. Al atrapar al animal, le ataban las patas, luego lo extendían y lo despellejaban. Después de terminar con su víctima, continuaban la labor. El camino de estos matarifes (llamados changadores) estaba sembrado de cadáveres de animales despellejados que se hacían presa de los jaguares y perros montaraces, verdadero azote de estos lugares. Las pellejas se secaban colgadas en pértigas, luego por los ríos, se llevaban a Montevideo. Pero a veces sucedía de otro modo: los mercaderes de Río Grande, que se encontraba en territorio de Brasil, colonia portuguesa, descendían por los ríos hasta estos lugares y se llevaban las pieles como contrabando.

Para poner fin a esta ferocidad desenfrenada los propietarios de fincas se unieron y desplegaron una lucha organizada contra el exterminio indiscriminado de animales. Las haciendas se convertían en una especie de fortalezas feudales con sus armas y sus guarniciones.

Pero no sólo los terratenientes, los peones y los changadores eran protagonistas en esta original arena. Participaban también otros grupos de la población, ante todo los contrabandistas, intermediarios entre el trabajo y la industria, por una parte, y el comercio ilegal por otra. Cuanto más arriesgado era este comercio, más ingresos reportaba. El contrabandista, aventurero audaz e intrépido, fue una figura típica de la sociedad colonial que se sofocaba a causa del monopolio español en el comercio.

La familia de Artigas procede de Aragón, España. Precisamente allí, en 1693, en una familia campesina nació Juan Antonio Artigas, el abuelo de José Gervasio, quien llegara a La Plata en 1717. Juan Antonio era analfabeto, sirvió en la guarnición de Buenos Aires, participó en los combates contra los portugueses que se atrincheraron frente a dicha ciudad en la Colonia del Sacramento, fortaleza construida por ellos. Juan Antonio se casó con una criolla bonaerense: Ignacia Xaviera Corracio, tuvieron siete hijos. El último, Martín José, nació en 1736.

Preocupados por el enclave portugués en la Colonia del Sacramento, los españoles fundaron en 1724, junto a la desembocadura del río La Plata el puerto de Montevideo. Cuando varios años más tarde se instauraron las autoridades de la ciudad, Juan Antonio fue nombrado regidor, pero con su falta de conocimientos básicos, debió dimitir. Mas logró que su hijo Martín José estudiara en el colegio de los jesuitas en esa ciudad.

Al terminar sus estudios, Martín José sirvió en una oficina judicial; a los 27 años se casó con Francisca Antonia Aspal, oriunda de Montevideo, recibiendo en calidad de dote varios terrenos. En unos de ellos, en la localidad de Sauce (departamento de Canelones) construyó una casa, donde pasaba parte del año. Al parecer, fue precisamente allí donde nació, el 19 de junio de 1764, su tercer hijo, a quien le pusieron el nombre de José Gervasio.

Artigas vivía en el campo entre los 12 gauchos y negros esclavos que tenía su padre, estudió en la escuela franciscana de Montevideo. Su aspecto fue descrito como sigue por el escritor uruguayo Jesualdo: "Y así le vemos de cuerpo más bien delgado, casi ceñido. Ni alto ni bajo, aunque siempre parezca alto porque su figura, levemente agobiada, llena el ambiente con su sola presencia. Nunca camina como los jóvenes de su edad, violenta y desordenadamente. Su andar es más bien calmoso, como midiendo los pasos. Pero no es pesado ni lerdo... Su rostro es abierto sin ser jovial; de un color blanco delicado, poco quemado por el sol que lo enrojece pero no lo curte. Lo jerarquiza una frente ancha, semiabovedada, quizá lo que en él más llame la atención, y unos ojos de color claro verdosos o azulados o castaños, y que nunca parecen fijarse sobre las personas o las cosas. De lejos parece rubio, su poco y fino cabello castaño claro se tornasola a la distancia... como los gauchos, usa el acordeón y la guitarra..." En la juventud Artigas se dedica al comercio en la frontera con Brasil, adonde llevaba pellejas, tocino y la carne salada y de allí traía a Montevideo ta-

baco y otras mercancías que faltaban en la ciudad. Las autoridades españolas trataban de atraparlo, pero Artigas era inalcanzable. A fines del siglo XVIII, tenía 33 años, y los españoles le propusieron prestar el servicio militar con ellos. Organizó y encabezó un destacamento de dragones que protegía a las grandes haciendas contra los vagabundos y los merodeadores, luego construyó poblados en la frontera con Brasil.

El 20 de marzo de 1805 Artigas dimite conservando el puesto de oficial del servicio de guardia.

Montevideo contaba entonces con 15 mil habitantes, y Uruguay, en general, con 40 mil, mientras que Buenos Aires tenía 60 mil. Como la mayoría de los criollos, Artigas consideraba que desde hacía tiempo se había hecho indispensable proclamar la independencia de Hispanoamérica.

En 1806 en La Plata tuvo lugar un acontecimiento que cambió el destino de Artigas. Ese año los ingleses decidieron realizar el plan, concebido con mucha anterioridad, de adueñarse de La Plata. Al principio pensaron también tomarse Montevideo, pero al ver que la ciudad estaba fortificada y que no podían tomarla de inmediato, desembarcaron cerca de Buenos Aires apoderándose pronto de la urbe. El virrey Sobremonte huyó vergonzosamente atrincherándose en Montevideo. Poco después, en la capital de la Banda Oriental fue organizada una expedición para liberar Buenos Aires, al mando de Santiago Liniers, oficial de origen francés. Este derrotó por completo a los ingleses, acompañado en el campo de batalla por Artigas, como enlace, quien trajera a Montevideo la noticia de la victoria de los criollos.

Pese a la derrota, los ingleses regresaron pronto a La Plata. Esta vez asediaron Montevideo. Durante 78 días la ciudad les opuso resistencia y se rindió el 3 de febrero de 1807 ante las fuerzas superiores del enemigo. Buenos Aires no acudió en ayuda de los uruguayos, lo cual dejó una profunda herida en sus corazones. Los ingleses trataron de ocupar nuevamente Buenos Aires, pero, en esta ocasión, sus habitantes combatieron como leones, derrotando a los invasores y obligándolos a abandonar también Montevideo.

Los combates

Durante seis meses y seis días los ingleses ocuparon la capital de la Banda Oriental. ¿Qué hacía Artigas este tiempo? Se fue a la pampa y desde allí libraba una guerra de guerrillas contra los ingleses: asaltaba sus convoyes, les quitaba los caballos, quemaba los pastizales, liquidaba a sus soldados, etc. Cuando la ciudad fue liberada, Artigas encabezó de nuevo el destacamento francés.

En aquella época su vida no era fácil. Se enfermaba con frecuencia, no le pagaban salario, y además, empezaron los problemas familiares. Después del nacimiento de su primogénito José Martín, su esposa cayó enferma, y cuando murió su segundo hijo, ella perdió el juicio. Evidentemente Artigas no tenía suerte en su vida privada.

Los acontecimientos seguían desarrollándose a ritmo acelerado. La victoria de los criollos sobre los ingleses, la situacion en España, donde después de que los franceses cautivaran la familia real había un caos político, la necesidad imperiosa de terminar con el monopolio al comercio exterior establecido por los españoles: todo esto planteó de manera aguda la necesidad de proclamar la independencia.

Tanto los patriotas como el partido proespañol trataban de atraer a su lado a Santiago Liniers, héroe de la guerra contra los ingleses, nombrado después del derrocamiento de éstos virrey de La Plata. Liniers no se atrevía rebelarse contra los españoles, en febrero de 1809 fue destituido de su puesto y más tarde fusilado por los patriotas.

Los españoles temían a los portugueses, cuya corte se había trasladado de Lisboa a Río de Janeiro. La esposa de Juan VI, rey portugués, era Joaquina Carlota, hermana de Fernando VII. Los portugueses pensaban nombrarla reina de La Plata, lo cual suscitó gran preocupación en Madrid, porque ello significaría la ampliación de la influencia portuguesa en Hispanoamérica. El nuevo embajador español en Río de Janeiro —el marqués de Casa Irujo— debía obstaculizar estos planes de la Corte portuguesa.

En reemplazo de Liniers fue nombrado virrey el general Baltazar Hidalgo de Céspedes; éste se vio obligado a permitir el comercio con los ingleses, quienes, para aquella época, de enemigos de España, se habían conver-

tido en sus aliados. Como resultado de ello aumentó considerablemente la exportación de las pellejas desde Buenos Aires, y los beneficios de la aduana crecieron bruscamente.

Cuando en Buenos Aires se supo la noticia de la toma de Sevilla por los franceses, se reunieron las autoridades municipales y el pueblo, y el 25 de mayo de 1810 el virrey Ceballos fue destituido ocupando su puesto una Junta Patriótica encabezada por los criollos Manuel Belgrano y Mariano Moreno; este último se distinguía especialmente por su radicalismo. Así, sin derramamiento de sangre, cayó el régimen colonial en La Plata para nunca jamás renacer.

En Montevideo la situación estaba controlada por el gobernador español Eliot, quien después de destituido el virrey Ceballos, fue designado para reemplazarlo, con residencia en Montevideo. Para los patriotas de Buenos Aires esta vecindad representaba una seria amenaza, ya que Eliot podía desembarcar en su tierra en cualquier momento y tratar de restablecer el poder español.

En aquella época se creó en Montevideo una organización patriótica clandestina: el Partido Nacional, en el que participaron muchos parientes de Artigas. El mismo seguía prestando servicio a los españoles con el grado de capitán de dragones. La Junta Patriótica en Buenos Aires y la dirección del Partido Nacional consideraban de extraordinaria importancia atraerlo a su lado, ya que conocía la provincia mejor que otros criollos y además simpatizaba con los patriotas. Los españoles lo llamaban en su ausencia "tupamaroso" (de Túpac Amaru), al igual que a todos a quienes consideraban políticamente inestables.

Los patriotas convencieron sin grandes esfuerzos a Artigas de que se uniese a ellos. El abandona su destacamento y a principios de marzo de 1811, con un grupo de sus correligionarios, llega a Buenos Aires.

Su arribo coincidió con "la tendencia a la derecha" de la Junta Patriótica y la exclusión de ella de Mariano Moreno. Los miembros conservadores de la junta adoptaron una actitud reservada frente a Artigas, ya que él había sido atraído cuando estaba Moreno, de lo cual se podía deducir que era de ánimos muy radicales. Por tal razón la junta le confirió sólo el título de teniente coronel dejando a su disposición a 150 soldados "para probar

suerte". Artigas fue enviado a la provincia Entre Ríos, hacia la frontera con Uruguay, donde por doquier los patriotas empuñaban las armas. El tomó parte activa en los combates de los patriotas uruguayos, en particular, organizó la liberación de la ciudad de San José y fue nombrado segundo comandante del Ejército Auxiliar del Norte que actuaba en la provincia Entre Ríos. El primer comandante de ese ejército era el uruguayo Rondeau, nombrado por la junta que evidentemente desconfiaba y temía a Artigas.

José Gervasio Artigas tenía la plena decisión de seguir una guerra contra los españoles, planeaba avanzar hacia Montevideo para liberar la ciudad. El 11 de abril de 1811 publica su primera proclamación dirigida a los habitantes de la Provincia Oriental que decía: vale más vencer o morir con honor que vivir en oprobio, en la deshonra de la dependencia. Como respuesta, el virrey amenaza a los insurrectos con la horca.

A medida que Artigas se acerca a Montevideo, el virrey cambia la táctica. Comprende que tiene un enemigo influyente y peligroso. Envía a entrevistarse con él a Manuel Villagrán, hermano de su esposa, quien le debía ofrecer por la traición el título de general, el puesto de jefe en cualquiera de las provincias del virreinato, prácticamente ya inexistente, además de dinero. Artigas, sin pensarlo mucho, escribe la respuesta al virrey: "El insulto que se le hace a mi persona y a los honrosos sentimientos que respiro con la comisión que ha tenido Vuestra Merced la insolencia de conferir a don Manuel Villagrán, es tan indigno del carácter suyo como de mi contestación. Sólo aspiro al bien de la patria en la justa causa que sigo... Mientras yo a la cabeza de tres mil patriotas de línea, más con el numeroso vecindario de toda esta campaña, marcho a sostener nuestros derechos con todo el honor que exige la patria y mi decoro".

Pronto Artigas ganó, junto al poblado Las Piedras, el primer combate contra los españoles y comenzó el asedio a Montevideo.

Mientras tanto los acontecimientos en Buenos Aires se desarrollaban en una dirección desfavorable para Artigas. La Junta Patriótica fue sustituida por el Triunvirato que trataba de establecer un armisticio con el virrey. Esto se negociaba en Río de Janeiro con su representante y con la participación de la princesa Joaquina Carlo-

ta y del embajador inglés Strangford. Los argentinos aceptaron el envío de tropas portuguesas a la Provincia Oriental, concediéndole al virrey poder sobre el territorio que va hasta el río Paraná. De esta manera, se le entregaban no sólo la Provincia Oriental, sino las de Entre Ríos y Misiones. Se reanudaba el comercio de Buenos Aires con Montevideo.

Es difícil determinar cuáles fueron los motivos de estas concesiones por parte de Buenos Aires: el conservatismo de sus dirigentes de entonces, la inseguridad en sus fuerzas, el deseo de lograr a cualquier precio la reanudación del comercio exterior, la aspiración de concentrar todas sus fuerzas para la lucha contra las poderosas fuerzas de los españoles que amenazaban a las de los argentinos desde el norte, por parte del Perú, o se firmó ese acuerdo debido a la desconfianza hacia Artigas y hacia los uruguayos que aspiraban a la autonomía, que eran radicales, y no deseaban subordinarse a Buenos Aires.

Como sea, pero Artigas fue uno de los últimos en enterarse del convenio. Se negó categóricamente a subordinarse a él y declaró al representante de Buenos Aires que seguiría luchando por la liberación de la Provincia Oriental. Es verdad que tuvo que levantar el asedio de Montevideo, pero esto no constituyó una derrota para él. En 1811 la Asamblea de patriotas en Cipri de la Paraguaya eligió a Artigas jefe de la Provincia Oriental, y le dieron el nombre de "Don José Artigas, coronel de los defensores de la patria."

Esta misma asamblea envió delegados al Congreso de Buenos Aires con las siguientes instrucciones: exigir la proclamación de la independencia absoluta de estas colonias, la exención de toda clase de obligaciones de guardar lealtad a la Corona española y a la familia de los Borbones... pronunciarse por unas libertades civiles y religiosas ilimitadas... por conseguir para la Provincia Oriental el derecho de crear sus regimientos, si fuese necesario, nombrar oficiales, crear la milicia para proteger su libertad; por eso no se podría infringir el derecho de los pueblos a poseer y llevar armas... por liquidar el despotismo militar mediante las restricciones constitucionales que aseguraran la intangibilidad de la soberanía de los pueblos...

En este documento se determinaban las relaciones mutuas entre el gobierno central y los provinciales. Artigas proponía crear una confederación de las provincias de La Plata.

Fue entonces cuando Artigas decidió irse con sus tropas más allá del río Uruguay; le acompañan su padre, hermanos y otros parientes. Se trasladaron setecientas familias, cerca de 3 mil personas.

Artigas estuvo en Argentina cerca de un año. Durante este tiempo cambiaron muchas cosas en Buenos Aires: los patriotas se fortalecieron, se sentían más seguros; el Triunvirato que gobernaba dejó de temer a los españoles que se habían instalado en Montevideo. Aprovechando que los portugueses trasladaron nuevamente sus tropas a la provincia de la Banda Oriental, Buenos Aires inició acciones bélicas tratando de apoderarse de Montevideo, el último baluarte de los españoles en La Plata. A ello contribuía la posición de Inglaterra que balanceaba entre Río de Janeiro y Buenos Aires. Londres trató también de tomarse Montevideo para controlar la desembocadura de La Plata, zona estratégicamente importante, ya que quien controlaba esta desembocadura tenía acceso al corazón del continente, al lejano y fabulosamente rico Perú, con lo cual soñaron siempre los ricachones ingleses.

Nuevamente resonaron los fusiles. Artigas y sus seguidores pisaron tierra uruguaya y, después de derrotar al enemigo tras una serie de batallas, llegaron de nuevo hasta los muros de Montevideo, emprendiendo su segundo asedio.

En enero de 1813 en Buenos Aires se reunió la Asamblea general constitucional. Se le propuso a Artigas participar en ella, enviando cinco delegados por la Provincia Oriental. El 5 de abril Artigas inauguró el Congreso provincial en el poblado Tres Cruces, que aprobó, por propuesta suya, las famosas "Instrucciones del año XIII", cuyo núcleo fue la proclamación de la soberanía de la Provincia Oriental y la formación, junto con otras regiones de Argentina, de la confederación de la Plata. O sea, que formalmente Artigas se mostraba a favor de la subordinación a Buenos Aires, pero de hecho consideraba a Uruguay una unidad independiente.

En ello residía la causa principal de la divergencia entre Artigas y Buenos Aires. El consideraba que los uruguayos debían decidir por sí mismos qué hacer en su tierra, mientras que las autoridades bonaerenses estaban

convencidas de que ellas debían resolver los destinos de la Provincia Oriental.

En el Congreso de abril, celebrado en Tres Cruces, se nombró el primer gobierno de Uruguay.

Las resoluciones del Congreso no fueron reconocidas por Buenos Aires, que insistía en la subordinación absoluta de los patriotas uruguayos y negaba sus derechos a la creación de un poder autónomo. Los representantes uruguayos, enviados por Artigas, no fueron admitidos en la Asamblea en Buenos Aires.

Al ver que los argentinos no tenían en cuenta los derechos y los intereses de su pueblo, Artigas decide dar un paso audaz. Levanta por segunda vez el asedio de Montevideo, como diciéndoles: si ustedes no reconocen nuestros derechos a la libertad y la autonomía, liberen ustedes mismos Montevideo. Buenos Aires declaró de inmediato a Artigas fuera de la ley.

Los argentinos trataron de obligarlo a subordinarse a ellos, pero los destacamentos que mandaron al Uruguay fueron derrotados. La posición de Artigas fue compartida por muchos patriotas también en Argentina. Sin embargo, entre los uruguayos había adversarios de la idea de la confederación, aunque la mayoría aplastante de los habitantes de la Provincia Oriental apoyaba a Artigas.

Desde antes, en 1813, bajo la dirección de Artigas, fue preparada la Constitución de la Provincia Oriental que constaba de la introducción, 5 artículos y 64 párrafos. Era la Constitución más democrática para su época. Proclamaba que todos los uruguayos nacen libres e iguales, el pueblo tiene el derecho a cambiar el gobierno que no le conviene y adoptar las medidas necesarias para su seguridad, florecimiento y felicidad. Declaraba la libertad de cultos, la necesidad de instruir a todos los habitantes de la provincia, afirmaba que todo poder partía del pueblo. Declaraba que las personas que aceptaran o buscaran cualesquiera títulos de nobleza u honores de reyes extranjeros o favores, serían privados de su ciudadanía.

Este acto asustó a los terratenientes ricos de La Plata, que decidieron terminar con Artigas. De ello se ocupó el general Carlos María de Alvear, sobrino de Posadas, gobernador de Buenos Aires. Alvear, armando una gran flota bajo el mando del oficial inglés Brown, que se pasó al servicio de los argentinos, en junio de 1814 tomó Montevideo. La guarnición española, desangrada en los com-

bates contra las tropas de Artigas, no soportó la embestida de los "porteños" y se entregó. Así cayó el último baluarte que en La Plata tenían los "godos", así llamaban los patriotas a los colonizadores. Fue una acción muy a tiempo, porque en 1814 regresó a Madrid Fernando VII, quien se proponía a toda costa recuperar su imperio en América. Los criollos tenían que librar aun muchas batallas, antes de que conquistarían definitivamente la independencia...

Después de tomar Montevideo, Alvear desembarcó y empezó a perseguir a Artigas; sin embargo, varios meses después, aquél sufrió la completa derrota y se vio obligado a huir a Buenos Aires. Artigas resultó ser para él un problema más difícil que los españoles en Montevideo. Cuando Alvear regresó, Posadas dimitió, siendo reemplazado por su sobrino. Estos "cambios" no le ayudaron a conservar Montevideo. El 27 de febrero de 1815, Artigas, a la cabeza de sus valerosos gauchos, liberó, por fin, la ciudad y pronto fue proclamado capitán general de la Provincia Oriental.

En Montevideo Artigas no permaneció mucho tiempo. Después de editar una serie de leyes conforme a las cuales se daba tierra a los desposeídos, obteniendo estos últimos la posibilidad de instruirse y participar en la dirección del país, el capitán general se pronunció en apoyo de los federalistas, quienes izaran la bandera de la lucha contra la política usurpadora de Buenos Aires. En 1815 Artigas encabezó la Liga Federalista, a la cual se adhirieron las provincias argentinas de Entre Ríos, Corrientes, Misiones, Santa Fe y Córdova.

El éxito de los federalistas condujo al derrocamiento de Alvear. El poder en Buenos Aires pasó a Tomás Alvarez, quien abolió el decreto que declaraba a Artigas fuera de la ley tratando de llegar a un acuerdo con él. Sin embargo, aunque Tomás Alvarez no era partidario del centralismo, no deseaba que Buenos Aires y, por ende, él mismo, su gobernante, fuera privado de su papel rector en el futuro Estado de La Plata. La situación de Artigas en ese momento fue descrita así en las memorias de Robertson, comerciante inglés quien lo observara desde cerca: "Comía carne asada, tomando aguardiente de enebro en un cuerno", los oficiales más cercanos a él, estaban harapientos y también comían y vivían alrededor de una hoguera prendida en el suelo. Afirma también que Artigas

José Gervasio Artigas

se sentaba sobre una pelleja de buey, mientras que las dos sillas que había en la habitación las ocupaban sus secretarios a los que dictaba algo, sin prestar la más mínima atención al alboroto que reinaba en la casa. En el suelo había sobres en los que se podía leer el nombre del destinatario: "Su excelencia el Protector", o sea, al general San Martín. El autor de las memorias agrega: al verle trabajar pensó que si los asuntos de todo el mundo cayeran sobre sus hombros, se portaría de la misma manera: "Parecía un hombre abstraído del bullicio y era desde ese solo punto de vista, si se me permite la alusión, semejante al más grande de los generales de nuestros días".

¿Qué ocurría mientras tanto en Montevideo? En esta ciudad, donde vivían, principalmente, españoles, Artigas nombró gobernador a Otortes. Era un campesino sencillo semianalfabeto, pero después de entrar en conflicto con el Cabildo (la municipalidad) empezó a reprimir a los habitantes, cometiendo toda clase de irregularidades. Artigas lo revocó de su cargo, pero él no obedeció y continuó en Montevideo. Entonces Artigas escribió al Cabildo que dimitía de todos sus puestos y pedía comunicarle a quién debía entregar el poder. El Cabildo se asustó y le envió una delegación para aclarar las relaciones.

La delegación llegó al campamento de Artigas en la localidad de Purificación en la frontera con Argentina. Larrañaga, miembro de la delegación, nos ha dejado la siguiente descripción del coronel: Es un hombre de una estatura regular y robusta, de color bastante blanco, de muy buenas facciones, con la nariz algo aguileña, con pelo negro y con pocas canas; aparenta tener unos cuarenta y ocho años. Su conversación tiene atractivo, habla quedo y pausado; no es fácil sorprenderlo con largos razonamientos, pues reduce la dificultad a pocas palabras y lleno de mucha experiencia tiene una previsión y un tino extraordinarios. Conoce mucho el corazón humano, principalmente el de nuestros paisanos y así no hay quien le iguale en el arte de manejarlos. Todos le rodean y le siguen con amor, no obstante que viven desnudos y llenos de miseria no por falta de recursos sino por no oprimir a los pueblos con contribuciones.

El conflicto con Montevideo estaba arreglado. Otortes se vio obligado a abandonar la ciudad, y fue reemplazado por una persona de confianza de Artigas. La familia de éste —su esposa, suegra e hijo— vivía en una gran

miseria en Montevideo. El Cabildo decidió pagarle una pensión de 90 pesos y amueblar su casa. Artigas escribió a Cabildo: "Sé mejor que nadie cuántas necesidades hay en la provincia, y nunca podría aceptar los dones tan lujosos, sin traicionar mis propios principios. Acepto sólo que mi esposa y mi suegra se vuelvan a trasladar a su propia casa para que mi hijo pueda recibir instrucción y que se les pague una pensión de 50 pesos. Acepto estos gastos sólo porque mis propios medios no me lo permiten hacer".

El Cabildo dirigió una delegación a Purificación. Observaron la situación tan miserable en que vivía la familia del líder y decidieron enviarle a él mismo varios objetos: un juego de escritorio de plata (que a Artigas le pareció un derroche innecesario), dos docenas de tenedores, cuchillos y cucharas de plata; vajilla de cristal y porcelana, lienzo, manteles, así como una nueva cama de campaña con colchón y dos almohadas.

La primera reforma agraria

Artigas elaboró el reglamento de la Provincia Oriental respecto al desarrollo de la agricultura y al fortalecimiento de la seguridad de los terratenientes. Este documento fue enviado al Cabildo para su ejecución.

El documento contenía un original código agrario breve basado "en el principio ético de establecimiento de la justicia social". Contenía 29 artículos. Según el primer artículo, el país se dividía en tres zonas, cuyas autoridades respondían por la distribución de la tierra que debía realizarse de manera racional y justa. Ante todo, se exigía determinar en cada zona las tierras que se podían entregar, así como encontrar a las personas dignas de recibir una parcela. El sexto capítulo decía: "los más desposeídos deben ser ahora los más acomodados". Por eso "recibían el derecho a una parcela de tierra los negros, zambos, indios y criollos pobres libres si tenían la laboriosidad y la dignidad que exigía de ellos el bienestar del país". Las viudas pobres con hijos también podían recibir tierra.

Con máxima brevedad se formulaban en el reglamento los principales aspectos del problema agrario: se distribuirían las tierras que pertenecían a los emigrados, adversarios de Artigas, a los "europeos malos y a los norteamericanos aun peores", así como las que, de 1810 a 1815, o sea hasta la época cuando sus tropas entraron en Montevideo, fueron vendidas o regaladas por el gobierno anterior. Pero incluso en estos casos el destino de esas tierras no se debía resolver sobre la base del sentimiento de venganza. Así, si en ellas vivía toda una familia, la cuestión se debía resolver en dependencia del número de hijos.

Ya que el reglamento agrario debía impedir la concentración de tierras en unas solas manos, se preveía que una persona máximo podía recibir una parcela; además, se prohibía enajenar la propiedad de tierra, venderla o empeñarla. En síntesis, había que trabajar la tierra, y en el artículo sexto se preveía la privación del derecho de propiedad en el caso de infracción de esta norma.

Sin embargo, no era suficiente distribuir la tierra para resolver el problema de su utilización; también se necesitaban los animales, el ganado. Por eso en el último artículo del reglamento se enumeraban las medidas para restablecer la ganadería, así como para crear la policía rural.

El investigador soviético S. Mijáilov señalaba con razón que esta fue la primera reforma agraria, y agreguemos, una de las más avanzadas en América Latina. Pero ella aumentó el número de enemigos de Artigas entre los latifundistas de las Provincias Oriental y de La Plata; él aspiraba a lograr que los servidores de la Iglesia fueran fieles a la causa de la revolución, y se opuso a la nociva intromisión de la curia de Buenos Aires en los asuntos eclesiásticos de la provincia. El vicario de Buenos Aires, quien nombrara al uruguayo jefe de la Iglesia en Montevideo, no le quería conceder la plena jurisdicción en cuanto a las provincias de la Banda Oriental y de Entre Ríos. Con relación a ello, Artigas escribió al nuevo jefe de la Iglesia en Montevideo que no admitiría que en la provincia hubiera aunque fuera un solo cura quien recibiera su nombramiento desde Buenos Aires. Esta situación se conservó hasta 1817, cuando la ciudad de Montevideo fue entregada a las tropas portuguesas y el mencionado cura se pasó al lado de ellos.

Artigas organizó una Biblioteca Pública en Montevideo, empezó a editar el primer periódico en el país, expulsó a los maestros adversarios de su régimen, concedió gran atención a los indios dirigidos por Guacurari, su hijo adoptivo, a quien todos llamaban Andresito Artigas.

"El Padre de la Nación" recordaba frecuentemente la necesidad de mejorar la situación de los indígenas, en particular en la provincia Corrientes, donde constituían la mayoría de la población. En sus mensajes pedía preocuparse de que llevaran un modo de vida sedentario, organizar su vida laboral, lo cual, en su opinión, "contribuiría indudablemente al florecimiento de la provincia".

El ocaso en Paraguay

De todos modos, Artigas no pudo realizar sus esperanzas durante su vida. Los portugueses, que se atrincheraron en el Brasil, conociendo la actitud hostil de Buenos Aires hacia él y contando con su neutralidad, irrumpieron de nuevo en Uruguay. Aplastaron la heroica resistencia de Artigas y de sus partidarios, entre los cuales con especial ardor combatían los indios encabezados por Andresito, y ocuparon Montevideo. Esto ocurrió el 20 de enero de 1817. Pero allí resultaron en un cerco hostil. Artigas no se consideraba vencido en absoluto. Siguió controlando la situación en las zonas rurales, sus destacamentos de guerrilleros y sus barcos armados atacaban constantemente a los portugueses, secuestraban los convoyes que iban por tierra hacia Montevideo e impedían utilizar el puerto para el suministro de refuerzos y provisiones.

A principios de mayo del mencionado año, los portugueses emprendieron una gran ofensiva más contra Artigas, infligiéndole varias y serias derrotas. Buenos Aires también estaba en guardia: logró atraer a su lado algunas provincias argentinas que antes apoyaban a los uruguayos. Mas "el coronel defensor de la patria" sigue luchando con tenacidad por la autonomía de su natal Provincia Oriental.

Llegó el año 1819. Artigas pasó a la ofensiva contra los portugueses. Era muy importante el apoyo de los indios dirigidos por Andresito, quienes combatían valerosamente, pero no podían derrotar a los bien armados y disciplinados portugueses. A fines de 1819, Andresito fue tomado preso y ejecutado. Además, los portugueses lograron sobornar a uno de sus ayudantes, al jefe guerrillero Frutos Rivera. Artigas se enemistó con Ramírez, otro jefe guerrillero. Aunque aquel tenía aun adeptos,

difícilmente podía contar con la victoria sobre los enemigos tan poderosos como los portugueses y los "porteños".

En estas condiciones, y con el deseo de detener el derramamiento de sangre de los adversarios, Artigas decide disolver a sus destacamentos y refugiarse en Paraguay. Envía una carta a José Gaspar Francia, dictador de Paraguay, pidiendo asilo y declarando que renunciaba a la actividad política; los portugueses le proponen rendirse prometiéndole amnistía y pensión en Río de Janeiro; el gobierno de Estados Unidos también se manifestó dispuesto a darle asilo. Artigas prefirió Paraguay: no quería ser rehén de los brasileños; Estados Unidos estaban demasiado lejos y era un país demasiado ajeno para él. En cambio, Paraguay estaba al lado de su Uruguay natal...

El 5 de septiembre de 1820 Artigas, a la edad de cincuenta y seis años, pasó la frontera de Paraguay y se entregó a los guardianes del gobernador Francia. Lo acompañaban varios de sus más cercanos compañeros de armas. Dejó en su patria a todos los familiares prohibiéndoles seguirlo al exilio.

Francia mantenía una actitud patológica de desconfianza hacia los extranjeros: quien llegaba a Paraguay, no salía de allí. Así recibió el dictador al vencido Artigas. Al principio lo tenían completamente aislado, arrestado, de hecho, en el monasterio Merced, en Asunción, y los tres soldados que lo acompañaban fueron simplemente encarcelados. Tres meses más tarde lo enviaron a la localidad San Isidro Labrador, y después, a una pequeña población aún más lejana, cerca de la frontera con Brasil, llamada también San Isidro, donde se le concedió una parcela de tierra y él se construyó una choza de ladrillo en bruto. Allí, pasando grandes necesidades, vivió Artigas hasta la muerte de Francia en 1840, o sea, casi veinte años.

Durante estos años la situación había cambiado mucho en la antigua Hispanoamérica. Uruguay logró su independencia en 1830, y Brasil también por aquella misma época, conservando la esclavitud. En Argentina gobernaba Juan Rosas.

Con la muerte del dictador Francia la vida del anciano Artigas también experimentó cambios: sus adversarios, que llegaron al poder, lo consideraron partidario

de Francia y lo enviaron a la cárcel, donde el soldado de 76 años permaneció 6 meses. Luego, cuando llegó al poder el presidente Carlos Antonio López, fue liberado, regresó a San Isidro, pero no encontró sino ruinas en el lugar de su pequeña hacienda, su ganado había desaparecido y sus bienes fueron robados por los vecinos. Por invitación del presidente López se trasladó a Asunción. Cerca de la ciudad se le concedió una casa, la última residencia de Artigas.

Lo visitaban celebridades locales y extranjeras, todos querían ver al patriarca de la independencia uruguaya. Desde el Uruguay las autoridades locales le escribieron en reiteradas ocasiones invitándolo a regresar, pero estas invitaciones procedían de sus antiguos partidarios que, en tiempos, lo traicionaron. Por eso él devolvía, sin abrir, los mensajes. En 1846 lo visitó su hijo José María, quien vivió con él tres meses.

El 23 de septiembre de 1850 murió Artigas, a la edad de 86 años, de los cuales vivió 30 en Paraguay. Fue enterrado con modestia; varias personas, nada más, acompañaron sus despojos mortales. Sólo seis años después sus cenizas fueron trasladadas a Uruguay, donde fueron solemnemente enterradas en el Panteón Nacional en Montevideo.

Sus adversarios lo llamaban, en vida y después de su muerte, huno, monstruo, lobo feroz, gaucho criminal, patriarca de los jefes bárbaros, "tupamaro" y le daban otros epítetos no muy lisonjeros. Al principio lo hacían en venganza por no querer subordinarse a sus dictados, después de su muerte, por la aspiración de encarnar en la vida los grandes ideales de la libertad, la igualdad y la fraternidad, por sus intentos de repartir la tierra entre los gauchos y los campesinos desposeídos, por su invariable sed de justicia social, por su simpatía hacia los pobres, sufridos y miserables.

Al mismo tiempo, Artigas suscitó en muchos un sentimiento de respeto y de admiración. Pausado e ingenioso en sus resoluciones desdeñaba siempre el peligro. Artigas era verdaderamente un hombre de hierro. Si concebía un proyecto, no había fuerza que lo retuviera de su realización; su fuerte voluntad se explicaba por el carácter templado de su alma, y quien domina esta palanca puede estar tranquilo respecto al éxito de sus empresas. Su original modo de pensar y sus maneras, su extraordinaria individualidad dejaron profunda huella en las mentes del pueblo. Este retrato espiritual de Artigas nos lo dejó el conocido historiador argentino Bartolomé Mitre, quien, como es sabido, no compartía muchas de sus ideas.

El Partido Comunista del Uruguay considera a Artigas su antecesor ideológico; he aquí por qué los partidarios de los cambios sociales en Uruguay han hecho resucitar en nuestros días el nombre de "tupamaros", con el que las autoridades españolas trataron de denigrarlo a él y a sus sucesores.

Artigas vivió una larga y penosa vida. Nunca mintió, nunca obraba con astucia, siempre seguía un camino recto defendiendo los intereses de los desposeídos. Algunos de sus compañeros de lucha se adaptaban tratando de ingeniárselas, mientras que él siempre seguía derecho. Así fue Artigas en vida y así quedará para siempre en la memoria del pueblo.

Por decisión del Consejo Mundial de la Paz, en 1964 se celebró el 200 aniversario de su nacimiento.

FRANCISCO MORAZAN, LUCHADOR POR UNA CENTROAMERICA UNICA

En la historia hay personalidades cuyas aspiraciones fracasaron, no las vieron encarnadas durante su vida y tampoco en nuestros días; sin embargo, sus compatriotas las honran y respetan viendo en ellas grandes ejemplos de servicio al deber. Este es el caso de Francisco Morazán Quezada, luchador por la unidad e independencia de Centroamérica.

El futuro

Morazán nació el 3 de octubre de 1792 en Tegucigalpa, Honduras. Se afirma que su abuelo, procedente de Córcega, llegó a Honduras desde las Antillas francesas; José Eusebio, su padre, ya era criollo, al igual que su madre, Guadalupe Quezada. Ellos tuvieron cuatro hijos: Francisco, Benito, Cesárea y Marcelina. Benito se hizo cura, participó en el movimiento de la independencia, y durante algún tiempo fue diputado al parlamento hondureño.

Al principio, Morazán tuvo suerte en la vida. Su padre se dedicaba a la compraventa de las parcelas de tierra, viajaba mucho por el país, y él lo acompañaba. Estos viajes le permitieron conocer la vida de distintas personas, las costumbres y los ánimos reinantes en la colonia. Morazán se distinguía por su curiosidad. Su tío por la línea materna —Dionisio Encina— se consideraba una de las personas eruditas de Honduras, poseía una gran biblioteca con obras de destacados ilustradores franceses. Allí el joven conoció los trabajos de Montesquieu, Rousseau, Voltaire y otros enciclopedistas, lo cual lo volvió anticlerical y liberal para toda su vida. Los conservadores consideraban que ser liberal era lo mismo que ser partidario de la Revolución Francesa. Su tío, don Dionisio, tenía fama de ser liberal, y cuando encabezó en 1824 el gobierno de Honduras, su sobrino Francisco Morazán desempeñó el cargo de secretario general del gobierno. Aquel mismo año Morazán se casó con Josefa Lastiri Lozano, viuda, heredera de varias haciendas y otras propiedades inmuebles, tenía 21 años y cuatro hijos del primer matrimonio. Al parecer él contrajo matrimonio por interés: decidió dedicarse a la actividad política, y para actuar en esta esfera independientemente, necesitaba dinero. De esa unión nació una niña. Por lo visto, Morazán no era uno de los maridos fieles y, como la mayoría de criollos acomodados, tenía dos hijos ilegítimos: Antonio Ruiz Celadilla y Francisco Morazán Moncado, a quien reconoció oficialmente.

En aquella época se debatía la principal cuestión para las provincias de Centroamérica: si constituirían un Estado único o se dividirían en 5 provincias minúsculas. La población de toda la región no superaba el millón de personas. Los liberales se pronunciaban por la unidad, pero ¿cuál de las provincias —Costa Rica, Nicaragua, Honduras, Salvador o Guatemala— sería la base del nuevo Estado? Evidentemente, Guatemala era la más rica y grande tanto por su territorio como por su población. ¿Pero no perjudicaría su influencia las otras regiones? Y si se ponía a la cabeza de la nueva república un habitante de otra región, ¿no considerarían los guatemaltecos al jefe de Estado como a un ordinario usurpador? A pesar de todo, los liberales afirmaban que esta unidad no sólo era posible, sino vitalmente necesaria, ya que sin ella era imposible asegurar la independencia de Centroamérica. Los conservadores, que representaban a la oligarquía y a la cumbre eclesiástica pensaban diferente: no querían tener una Centroamérica fuerte, pues sabían que les sería más fácil defender sus intereses si las repúblicas eran pequeñas y débiles.

Mientras tanto Morazán avanza rápido en su carrera. Pronto es elegido presidente del Consejo Estatal de Honduras, participa en las operaciones importantes contra los conservadores amotinados. El 26 de noviembre de 1827, al mando de sus tropas, libera la entonces capital de Hon-

duras: la ciudad de Camayatul, y es nombrado presidente de su patria. Poco después, con rango de general, manda el ejército aliado —"Defensor de las leyes"—, que libera la capital de Guatemala. En la ciudad de Guatemala Morazán organiza para los nobles locales una pomposa recepción en la cual fueron arrestados todos los funcionarios conservadores. Bajo su presión la Asamblea Nacional de Guatemala desterró a Cuba, ocupada entonces por los españoles, a 260 eclesiásticos encabezados por el arzobispo Ramón Casáus y Torres, quienes desplegaban una gran propaganda contra los liberales, y poco después hizo público un decreto sobre la libertad de cultos. Los dirigentes conservadores fueron desterrados a Estados Unidos, advirtiéndoseles, además, que si abandonaban el lugar de destierro, sus bienes serían confiscados.

En septiembre de 1830, Morazán es elegido presidente de la Federación de las Provincias Unidas de Centroamérica. Así, tan sólo 6 años después de su primer nombramiento a un cargo público, llegó a desempeñar el puesto más alto en la región. Realmente, se podía considerar feliz, pero la guerra civil no terminó con su elección de presidente de la federación.

En Centroamérica reinaba el caos: en El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y la propia Guatemala la gente empuñaba las armas para lanzarse unos contra otros. Pero los más descontentos eran los conservadores, porque con la victoria de Morazán llegaron al poder los liberales, quienes no sólo hablaban de reformas, sino que las realizaban.

Morazán aplastaba los motines y al mismo tiempo construía el nuevo edificio del Estado centroamericano. Por su iniciativa en Tegucigalpa empezó a publicarse el órgano gubernamental *La Gaceta del Gobierno*; allí mismo se creó la Casa de la Moneda que empezó a acuñar moneda propia, fueron abiertas universidades en San Salvador y León (Nicaragua), surgió una red de escuelas estatales.

Cuando fue nombrado presidente de Centroamérica, Morazán declaró que su programa consistía en la realización de los siguientes puntos:

a) unir a los pueblos americanos,
b) fortalecer la independencia de Centroamérica ante la amenaza exterior,

c) eliminar los obstáculos en el camino de desarrollo industrial,
ch) ampliar la instrucción pública,
d) construir un canal interoceánico a través de Nicaragua,
e) luchar contra el fanatismo y la politiquería de los dirigentes de la Iglesia que se pusieron al servicio de la monarquía española.

En 1831 Morazán estableció relaciones diplomáticas con México. El gobierno mexicano encomendó al primer embajador toda su influencia y sus buenos servicios para que se superaran en Centroamérica los horrores de la guerra civil y fueran restablecidos la paz y el orden.

El 21 de noviembre de 1831 un destacamento de mercenarios españoles enviado desde Cuba desembarcó inesperadamente en Honduras, ocupó la fortaleza de Omoa y se apoderó de los depósitos de armamentos y municiones; otro grupo de amotinados se tomó el puerto de Trujillo. En esencia, todo el litoral del Atlántico de Honduras quedó en sus manos. Los sublevados fueron apoyados por José María Cornejo, jefe de Estado del Salvador, quien se puso de lado de los conservadores.

Al mismo tiempo, en el norte, en la frontera entre México y Guatemala, apareció un destacamento de 400 combatientes del conservador Arce dispuesto a irrumpir en Guatemala.

Morazán envió al norte un cuerpo al mando del general Nicolás Raúl, voluntario francés a quien encargó tratar de atraer a Arce al territorio de Guatemala y derrotarlo. Esta tarea fue cumplida con éxito por Raúl: Arce fue derrotado completamente y escapó a México.

El propio Francisco Morazán encabezó la lucha contra El Salvador ocupando casi todo su territorio; San Salvador fue tomada en abril de 1832. El amotinado jefe del Estado José María Cornejo, junto con sus ministros, fue juzgado. Sólo parte de los oficiales del ejército derrotado logró huir a Costa Rica en una brigantina inglesa.

Poco después fueron doblegados los mercenarios y los amotinados en las junglas del litoral del Atlántico de Honduras.

Durante algún tiempo, el mismo Morazán, desempeñó el cargo de jefe de Estado de El Salvador, pues Cornejo, como sabemos, fue arrestado, luego ocupó ese puesto el abogado Mariano Prado, anteriormente vicepresi-

dente de la Federación. Pero, al poco tiempo, se sublevaron contra él los indígenas locales encabezados por Anastasio Aquino. Aunque la sublevación fue aplastada y su jefe ejecutado, Prado huyó a Guatemala, y lo reemplazó San Maruni, quien se inclinaba hacia los conservadores. Como resultado de ello, Morazán tuvo que tomar —por tercera vez en el transcurso de cinco años— San Salvador para conservar la Federación.

En tal situación de aguda lucha política interna se realizaron nuevas elecciones de presidente federal. Morazán fue nombrado para un período de cuatro años y decidió reformar la constitución de 1824, porque en ella no se contemplaba lo inherente a la circunscripción federal o la capital de la República federada. Mientras tanto, la residencia de las autoridades federadas en Guatemala suscitó roces. Ante todo, las autoridades de la república consideraban inconveniente para ellas la presencia del gobierno federal, ya que a diario surgían conflictos debido a las distintas interpretaciones de los artículos de la Constitución que delimitaban la competencia de ambos gobiernos. Al mismo tiempo, otros Estados suponían que el gobierno federal se encontraba bajo la influencia de los guatemaltecos y que su política favorecía los intereses de Guatemala, etc. Morazán consideraba que la capital debería ser San Salvador, situada geográficamente más cerca del centro de la región y, también, del mar, que otras ciudades. Pese a la oposición de la oligarquía, del aparato burocrático y de la Iglesia, el Congreso federal aprobó las llamadas reformas de 1835 al texto de la Constitución vigente.

El nuevo texto de la Constitución confirmaba la libertad de cultos; estimulaba la inmigración de comerciantes, industriales, artesanos, etc.; limitaba los derechos de algunos Estados, a los cuales se prohibía tener su propio ejército, cobrar impuestos al comercio que se realizaba con el extranjero, así como a través de los cordones interestatales internos. Fue mal recibido el artículo 184 que proscribía a los Estados dar asilo a las personas que cometían delitos en el territorio de otro Estado miembro de la federación. Esta tesis socavaba la base para muchas intrigas y confabulaciones que se llevaban a cabo con ayuda de los emigrados. San Salvador fue proclamada capital federal.

No obstante, esta Constitución nunca entró en vigor

debido a la oposición de los conservadores y la posición localista de numerosas personalidades liberales que no querían ver restringidos sus derechos.

La compleja situación política en Centroamérica empeoró bruscamente con el comienzo de la epidemia de cólera. La alta mortalidad, la perturbación de los tradicionales lazos locales, el fracaso de los negocios comerciales, eran factores que utilizaban ampliamente los adversarios políticos de Morazán. Por ejemplo, los curas afirmaban que las autoridades envenenaban los pozos y los embalses de agua para exterminar a la población local y entregar las tierras a los extranjeros.

Comenzaron las sublevaciones armadas bajo las fanáticas consignas de liquidar el gobierno hereje y restablecer los derechos de la Iglesia. Cuando el gobierno aprobó la ley que prohibía enterrar en las iglesias por consideraciones higiénicas y sanitarias, este hecho fue interpretado de manera tergiversada como la privación a los difuntos del derecho de estar con Dios en su templo. Se recomendaba no tocar las campanas durante los entierros, para no traumatizar a la población, mas esto también fue muy mal recibido por los eclesiásticos. Cualquier intento de distribuir medicamentos era rechazado. Se conocen casos cuando las fanáticas muchedumbres obligaban a los enfermeros o a los médicos a tomarse en público las medicinas que traían, como resultado de lo cual con frecuencia morían, cosa que los eclesiásticos utilizaban como prueba de que el gobierno quería envenenar a la población.

El 6 de mayo de 1837, en el Este de Guatemala, en el poblado de Metaquesuaintla, comenzó una insurrección cuyas consecuencias resultaron fatales tanto para Guatemala como para toda Centroamérica. Aquel día empuñaron las armas cerca de 2.000 indígenas, encabezados por un Rafael Carrera, desconocido sargento de 22 años, quien mandaba un pequeño destacamento que hacía servicio de cuarentena cerca de este poblado. Pronto se le unieron otros indígenas. Se inició así una encarnizada lucha de guerrillas.

Pese a que las tropas gubernamentales obtenían sistemáticas victorias sobre los amotinados, la lucha proseguía; además, el ejército de Carrera aumentaba incesantemente.

En San Salvador se organizó un atentado contra Mo-

razán: a las seis de la mañana, 50 personas armadas irrumpieron en su casa, y el presidente logró salvarse saltando por la ventana.

A fines de diciembre de 1837, las autoridades guatemaltecas se dirigieron a Morazán pidiendo mandar tropas federales para aplastar el motín de Carrera. Sin embargo, Morazán les aconsejó, antes de recurrir a la fuerza de las armas, utilizar el poder de convicción. El representante de las autoridades J. F. Barrundia trató de entablar negociaciones con Carrera, pero los resultados fueron funestos. Considerando la llegada de la delegación al campamento como debilidad del gobierno, Carrera empezó a aumentar las fuerzas preparándose para los combates decisivos.

Poco después, los sublevados emprendieron acciones contra la capital de Guatemala, y el 2 de febrero de 1838 entraron en la ciudad. Testigos de los acontecimientos recordaban que la ocupación de Guatemala recordaba la masacre de Alarico. Indios borrachos, semidesnudos exigían a gritos el restablecimiento de los derechos y los privilegios del clero católico y la muerte de los extranjeros. Muchos llevaban sacos para llenarlos de cosas robadas. El propio Carrera apareció con uniforme de general español. Fue muerto el vicepresidente federal José Gregorio Salazar. Comenzaron los saqueos y la violencia en masa.

Después de recibir como recompensa mil pesos —además 10 mil pesos fueron entregados a sus soldados—, y de ser nombrado gobernador militar de la ciudad de Mita y de la región adyacente (el sur del país, casi en la frontera con El Salvador), llevándose los trofeos (2000 fusiles nuevos y una pieza de artillería), el ejército de Carrera regresó a sus montes natales, donde seguía cometiendo arbitrariedades. Estos acontecimientos obligaron a Morazán a entrar otra vez en Guatemala, donde adoptó varias medidas para movilizar nuevos contingentes de tropas, producir municiones, mejorar la situación alimenticia y financiera del ejército y de la población. Su ejército obtenía invariables victorias sobre los destacamentos de Carrera, y para el verano de 1838 casi todo el territorio del país fue liberado de los amotinados.

Mientras Morazán realizaba operaciones militares, sus adversarios políticos prepararon un golpe por la espalda. Nicaragua, donde el control sobre el gobierno fue

tomado por los conservadores, anunció su salida de la Federación, amenazada ya de su evidente desintegración. Morazán regresó a San Salvador, pero, esta vez, sus intentos de salvar la situación no dieron resultado. El 31 de mayo de 1838 el Congreso disolvió la Federación de Centroamérica. Todos los Estados que la integraban se declaraban libres de establecer la forma de gobierno que desearan a condición de que éste fuese republicano, popular, representativo y, además, que observara el principio de la división de poderes.

Morazán volvió a Guatemala y tomó en sus manos la dirección de la operación contra Carrera. Por fin, el 13 de diciembre de 1838, los amotinados pidieron la paz.

La situación, sin embargo, suscitaba inquietud. Varias semanas más tarde terminaba el mandato de Morazán como presidente de la Federación de las Provincias Unidas de Centroamérica y, a fines del mismo año, siguiendo a Nicaragua, salieron de la Federación Honduras y Costa Rica. La situación se complicaba, además, porque Honduras y Nicaragua firmaron entre sí un acuerdo militar para agredir a El Salvador y destituir del poder a Morazán. Este disolvió su ejército y regresó a El Salvador. El 1 de febrero de 1839 la república de Centroamérica dejó de existir incluso formalmente, ya que expiró el plazo de mandato de su presidente.

Morazán, nombrado comandante de las tropas salvadoreñas, aspiraba a rechazar la intervención del ejército hondureño-nicaragüense. Reunió un pequeño destacamento y en abril de 1839, junto a la localidad Espíritu Santo, derrotó a los aliados. Pero ya no tenía fuerzas para ocupar su territorio y restablecer la Federación. Estas victorias contribuyeron a la elección de Morazán, a principios de julio, como jefe del Estado de El Salvador. Por ironía del destino, pese a las incesantes victorias bélicas, la situación política del propio Morazán seguía empeorando. La amenaza se cernía sobre la última islita del liberalismo y federalismo. Toda la atención del jefe del Estado salvadoreño se centraba en la solución de problemas bélicos. En agosto de 1839 organizó una expedición a Hunduras, que fracasó.

Rafael Carrera, quien ocupara Guatemala en aquella época, inició la guerra contra El Salvador. Morazán comprendía que esa sublevación había arrancado de la federación el eslabón principal: a Guatemala, cuyas re-

servas humanas y materiales constituían el as de triunfo en la lucha política por el futuro de Centroamérica. Obteniendo victorias reiteradas sobre Carrera, Morazán, por razones diferentes, no lo derrotaba definitivamente, lo cual permitía a este analfabeto y fanático servidor de la Iglesia restablecer sus fuerzas con bastante rapidez.

Ante esta situación Morazán decidió efectuar una última acción, extraordinariamente arriesgada: entrar en Guatemala y derrotar a Carrera en combate abierto. Era su última esperanza, si triunfaba podría luchar por la Federación, mientras que su derrota significaría el fin de las ideas de la unidad.

Ellos estaban en contra

Como resultado de una desesperada travesía Morazán logró, por varios días, ocupar Guatemala. Pero en duros combates su destacamento sufrió la derrota y se vio obligado a retroceder con grandes pérdidas. Terminó la agonía, de casi dos años. Honduras y Nicaragua se unieron a Guatemala.

La derrota militar de Morazán fue recibida con júbilo por los círculos gobernantes de Inglaterra y EE.UU. La política exterior inglesa en esa región en los años 30 y 40 está relacionada con el nombre del cónsul británico Federico Chatfield, amigo de Palmerston, quien actuara como representante de la Corona británica adjunto al gobierno de la Federación centroamericana. Chatfield, espía experto, desarrolló una gran actividad para destruir la federación considerando que al gobierno inglés le sería más fácil imponer contratos leoninos a países débiles y desunidos. Los ingleses luchaban contra la formación de un Estado centroamericano fuerte, por lo cual nunca atendieron las solicitudes de empréstitos presentadas por Morazán. Inglaterra no reconoció la República de Centroamérica.

EE.UU. trataba de lograr asimismo la caída de Morazán porque no le hacía una concesión sobre la isla de Roatán. El análisis de los documentos diplomáticos estadounidenses muestra palmariamente que mientras Morazán fue presidente de Centroamérica, EE.UU. perseguía dos objetivos: desplazar, en lo posible, a los competidores de la región, y, después, fortalecer allí su influencia.

En su primer informe desde Guatemala al Departamento de Estado, del 1 de julio de 1830, el cónsul norteamericano Henri Savage, describió, en detalle, las maniobras de los ingleses alrededor de las islas de la Bahía de Honduras (Roatán, etc.), sin decir una sola palabra sobre la situación interna del país. Su siguiente informe lo dedicó totalmente a la actividad del general Varveer, representante holandés en Centroamérica, quien, en opinión del cónsul norteamericano, logró grandes éxitos en sus planes de construir un canal interoceánico a través del territorio centroamericano.

Pero, naturalmente, la idea más completa sobre la política estadounidense la da la instrucción, elaborada por el Departamento de Estado para William Jeffers, su primer representante en esta región, en la cual se decía que Centroamérica presentaba interés para EE.UU., en virtud de su situación geográfica y la posibilidad de construir un canal en esa zona. El Secretario de Estado Edward Livingston subrayaba: "La unión de los dos océanos por un canal navegable es para nosotros cuestión de primordial importancia". Se le enfatizaba al representante que la empresa comercial y los grandes capitales de los comerciantes norteamericanos, la maestría y el elevado número de marinos estadounidenses, así como la cercanía geográfica debían asegurar a su país grandes ventajas en esta vasta región en las esferas comercial y de navegación. Se le instaba a ampliar por todos los medios el comercio, además a tratar de realizar el transporte sólo en barcos estadounidenses, y lograr para los norteamericanos los mismos derechos de los que gozaban los ciudadanos locales. La instrucción caracterizaba las relaciones que deberían formarse entre EE.UU. y Centroamérica. En particular, se decía que el bajo nivel de la producción industrial, la demanda de capital y de profesionales debían hacer que Centroamérica dependiera durante largo tiempo de los suministros extranjeros de distintas mercancías... Se le recordaba al enviado que, antes, El Salvador había solicitado ingresar en los EE.UU., y se recomendaba utilizar este argumento para realizar tareas prácticas.

Pero la principal obligación del representante, subrayaba el documento, era observar todos los asuntos relacionados con la posibilidad de construir un canal interamericano. Debía reunir toda la información sobre la

actividad de los diplomáticos extranjeros que pretendían obtener concesiones para construir dicho canal, conseguir datos de carácter geográfico, meteorológico y de otra índole sobre el particular, así como mapas, planes y otros documentos. Estas instrucciones demuestran a plenitud que la política de EE.UU. respecto a los países centroamericanos adquirió desde el principio un carácter expansionista, cuyo único objetivo era esclavizar a sus pueblos y controlar sus vías interoceánicas.

En el verano de 1839 fue enviado a Centroamérica John Lloyd Steffens, diplomático estadounidense especial, cuya misión era romper las relaciones con la República Centroamericana federal, lo cual significaba el completo aislamiento político exterior de la última, si no se contaban sus débiles vínculos con México.

En la carta de instrucción a John Lloyd Steffens, fechada el 18 de agosto de 1839, se indicaba que el presidente de EE.UU., teniendo en cuenta la creciente incomprensión por parte del gobierno de Centroamérica y, principalmente, su caótico estado político interno, en vista de lo cual era imposible contar con ventajas prácticas para establecer estas relaciones, decidía retirar su misión diplomática de Guatemala.

Al final de la carta se enfatizaba que se debía recordar una vez más sobre la firma, el 14 de julio de 1838, de una convención sobre la amistad, el comercio, la navegación, que el gobierno de Centroamérica no ratificaba durante ocho meses. Si éste no expresaba la disposición de hacerlo ahora, se recomendaba al embajador esperar unos tres meses una respuesta favorable.

El primer informe al Departamento de Estado, enviado por Steffens al llegar a Guatemala, señalaba que Morazán no tenía allí más poder que en Nueva York...

La muerte

Rodeado de enemigos, Morazán dimitió, y el 8 de abril de 1840 se dirigió al exilio voluntario. Junto con él abandonaron El Salvador 36 militares y personalidades políticas que defendían hasta el final las ideas de la unidad. Los federalistas trataron de obtener asilo en Costa Rica, pero su gobierno permitió que desembarcaran sólo 23 personas, según una lista especial. El resto del grupo

llegó a Colombia a principios de mayo, y Morazán se instaló en la ciudad de David (ahora perteneciente a Panamá).

El derrumbamiento de la república de Centroamérica constituyó un viraje en la historia de la región. Morazán luchó por el establecimiento del régimen burgués con el pleno dominio de las relaciones precapitalistas a nivel económico. La caída de ese luchador por la unidad significaba que las tradicionales fuerzas políticas reaccionarias se habían recuperado de la confusión de los primeros años y utilizaron toda su experiencia administrativa y política, sus amplios medios económicos y espirituales para influir en la población y derrocar el poder de los liberales. Después de que Morazán abandonara la arena política, el despotismo clerical-terrateniente, cuya encarnación fue la dictadura de Rafael Carrera, frenó por 30 años el progreso social en Centroamérica.

Los últimos años de vida de Morazán testimonian su dedicación y fidelidad al ideal de unidad de los países centroamericanos. Se dedicó a escribir sus memorias, que quedaron inconclusas. Elaboró el famoso manifiesto a los pueblos de Centroamérica, en el cual desenmascara y estigmatiza a los separatistas, llamándolos explotadores y esclavizadores del pueblo. Se pronunció en nombre de los que antes de obtener la independencia fueron esclavos miserables, de los que gemían bajo la opresión de los tiranos. El manifiesto constituye un intento de enfocar desde el punto de vista clasista la lucha entre los liberales y los conservadores, lo cual refleja cierto nivel de madurez política de su autor.

En agosto de 1841 Morazán salió a Perú y pensaba continuar hacia Chile, para estudiar la situación política y económica en Suramérica. En este momento, el gobierno nicaragüense se dirigió con un llamamiento a todos los centroamericanos a prestar ayuda en la lucha contra los agresores ingleses, quienes ocuparon San Juan del Norte, por entonces el principal puerto de Nicaragua en el litoral atlántico.

Al considerar este llamamiento como una posibilidad favorable para regresar a Centroamérica, Morazán, con medios prestados, alquiló un barco, compró armas y se dirigió a las costas de Centroamérica. Intentó desembarcar en El Salvador, donde se le unieron muchos partidarios. Pero el gobierno local, temiendo que se complicaran

sus relaciones con los países vecinos, le pidió que abandonara el país. El destacamento de Morazán desembarcó en Costa Rica.

Hasta entonces, a la lucha por Centroamérica fueron incorporados todos los Estados de la región, a excepción de Costa Rica, que sólo en la última etapa se convertiría en la arena donde se desarrollara el trágico final de la lucha por la Federación.

Sin embargo, esto no significaba que el país se encontraba en estado de letargo político. Aquí también se desarrollaba una lucha encarnizada entre los conservadores y los liberales, sólo en forma exterior distinta. Dio comienzo a los conflictos civiles la guerra entre los republicanos y los "imperialistas". Así se llamaban los partidarios de la monarquía y de la adhesión a México, en aquel entonces imperio encabezado por Iturbide.

El 5 de abril de 1823 tuvo lugar un choque armado entre los destacamentos de ambos bandos. Las fuerzas de los "imperialistas" fueron derrotadas, y la capital fue trasladada de Cartago a San José. El liberal Braulis Carrillo fue elegido jefe del Estado.

El Congreso de Costa Rica liquidó el diezmo de la Iglesia y la pasó al mantenimiento del Estado. Para ello se aprobó una ley especial que rezaba que todas las tierras, que se encuentran en propiedad, de 10 manzanas para arriba (I manzana equivalía a 10 mil varas cuadradas) pagarían un impuesto especial. Fue un golpe para la Iglesia y para los grandes terratenientes que la apoyaban. Se redujo bruscamente el número de fiestas religiosas, fueron prohibidas toda clase de procesiones y misas fuera de los edificios pertenecientes a la Iglesia. Como las fiestas le proporcionaban una gran renta, ésta se pronunció categóricamente en contra de la ley.

Aprovechando el provisional reforzamiento de los liberales, el Congreso, para terminar, aprobó un decreto que establecía el traslado definitivo de la capital de Costa Rica a la ciudad de Murciélago. Pero mientras no se construyeran allí los correspondientes edificios, el poder ejecutivo y judicial permanecerían en San José, y las dos Cámaras del Congreso funcionarían en Heredia. El carácter tendencioso de esta decisión queda claro si se tiene en cuenta que Murciélago era un suburbio de San José (ahora forma parte de la ciudad).

Durante el aplastamiento del reaccionario motín en

Alajuela fueron tomados, entre otros trofeos, la bandera de los sublevados que representaba la corona imperial, símbolo de las aspiraciones políticas de las fuerzas reaccionarias. Le regalaron esa bandera a Morazán. Los amotinados fueron juzgados, la mayoría debía pagar una multa elevada en metálico, algunos fueron desterrados a otros países y uno fue ejecutado.

La lucha contra el motín repercutió en la futura historia del país, ya que socavó las fuerzas de la reacción y su influencia, fortaleciendo las posiciones de los liberales.

A este país llegó Morazán a fin de utilizarlo como plaza de armas para la lucha por el restablecimiento de la República Federal. Poco después, encabezando el ejército costarricense que se pasó a su lado, entró en San José y encabezó el gobierno. La bandera y el escudo de Costa Rica fueron los mismos de la Federación. Se aprobó un decreto, según el cual Costa Rica se declaraba parte integrante de una República Centroamericana única. Morazán preparó un ejército expedicionario concentrándolo en el puerto Puntarenas para enviarlo a Nicaragua.

El 11 de septiembre, aprovechando la ausencia de tropas en San José, los ciudadanos ricos, los oficiales de la guarnición local, se levantaron contra Morazán. Lograron incorporar al movimiento a la población, para lo cual se utilizaron consignas antimilitaristas. Después de tres días de combates encarnizados en San José, Morazán fue derrotado y apresado. Tanto le temían, que el tribunal militar reunido apresuradamente, lo condenó a pena de muerte. El 15 de septiembre de 1842, el día del 21 aniversario de la independencia de Centroamérica, Francisco Morazán fue fusilado en la plaza central de la capital costarricense.

Morazán legó sus cenizas al pueblo salvadoreño. Desde 1848 sus restos descansan en el cementerio principal de San Salvador. Su perfil está cincelado para la eternidad en la moneda salvadoreña.

Francisco Morazán dejó una profunda huella en el corazón de los patriotas centroamericanos. Su aspiración a la unidad de esa región, el patriotismo, la ilustración, el sentido del deber y el sacrificio hicieron de él un héroe digno de imitación.

En la Unión Soviética han escrito varias obras sobre Morazán el doctor en Ciencias históricas N. Leónov y otros investigadores.

HIDALGO, MORELOS, MINA, HEROES DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

El país

México era una de las conquistas más valiosas, ricas y, al mismo tiempo, inseguras de la Corona española en América. El valor y la riqueza de esa colonia que llamaban Nueva España residían en que aportaba anualmente al Tesoro Real 6 millones de pesos, cifra importante para aquella época. La inseguridad se debía a que de 6 millones de habitantes, la aplastante mayoría era indígena, y por todos los medios disponibles los españoles trataban de tenerlos bajo su control, ayudados con gran celo por la Iglesia católica. Y a pesar de todo, aunque los indígenas pertenecían a tribus diferentes, hablaban dialectos distintos, aunque sus culturas antiguas habían sido destruidas y exterminadas por los conquistadores, aunque estaban privados de los derechos fundamentales y se encontraban en completa dependencia de los terratenientes-encomenderos y de los funcionarios españoles, o quizás, precisamente debido a todo esto, se sublevaron en reiteradas ocasiones contra sus opresores en la época colonial. Sólo las medidas implacables contra los insurgentes podían contener la indignación popular que ardía en cada corazón indio. Los españoles lo sabían y se sentían inseguros en México.

Posteriormente, los colonizadores acusaban a los partidarios de la independencia de haber perturbado la paz que existía en las colonias durante 300 años. Pero semejantes aseveraciones son arbitrarias. No existía ninguna "paz" en Hispanoamérica: con la más mínima posibilidad los indígenas se rebelaban contra sus opresores.

En cambio, el verdadero peligro para los españoles lo constituían no tanto los indígenas ni los criollos, los

cuales, considerándose americanos, tenían, como en toda Hispanoamérica, una actitud de creciente irritación hacia las autoridades nombradas en Madrid, que sacaban el jugo de la colonia explotando a la población local, sino la propia situación geográfica de México. Porque esta colonia representaba la parte norte del imperio en América y limitaba con posesiones de Inglaterra y Francia, países que se disputaban los derechos de España al saqueo colonial. A principios del siglo XVIII, subió al trono español una de las ramas de los Borbones, y las relaciones con Francia no preocupaban mucho a Madrid. En cambio, contra los ingleses los españoles libraban guerras interminables, durante las cuales los piratas de Albión realizaban asaltos audaces tanto a sus galeones, que trasportaban oro y piedras preciosas de allende el océano a la metrópoli, como a las mismas colonias, con la particularidad de que México ocupaba siempre un lugar especial en sus planes agresivos, además porque servía de puente de contacto con Filipinas, que se realizaba a través del puerto de Acapulco situado en el litoral del Pacífico.

La Guerra de la Independencia de las colonias inglesas en Norteamérica (1775-1783), que culminó con la creación de Estados Unidos, promovió a la arena histórica una nueva potencia que amenazaba los intereses de España en el Nuevo Mundo. EE.UU. neutralizó a los rusos que llegaron hasta California y empezó a planificar el avance al Sur, en particular a la provincia mexicana de Texas. A fines del siglo XVIII España se veía obligada a tener en México un ejército de 40 mil soldados. De ellos sólo 6 mil eran españoles, y 34 mil, criollos y mestizos, que representaban las fuerzas de autodefensa. Aunque pertenecían a la aristocracia local, esta correlación, como se demostró más tarde, no sin razón, preocupaba a Madrid.

En Mexico la situación se complicaba debido a que Napoleón en 1808 tomó, de hecho, prisionera a la familia real de España nombrando rey de ese país a su hermano José y privando, de esta manera, a la metrópoli de su monarca legítimo. Con ello, Napoleón pensaba apoderarse también de las colonias españolas en América, en primer término, de México. La venta a los norteamericanos de la Luisiana Francesa, dos años antes de estos acontecimientos, debía neutralizar a EE.UU. Jefferson consi-

deraba que en estas condiciones los norteamericanos podían conquistar a Cuba calculando que los franceses, ocupados en sus planes de invadir a México, no pondrían objeción. Napoleón esperaba que, mientras Estados Unidos "digiera" Luisiana, él se apoderaría sin obstáculos de México y envió a numerosos agentes, los cuales trataban de convencer a la cumbre colonial de unirse a Francia.

A su vez, Inglaterra proyectaba enviar una expedición militar para apoderarse de México. El gabinete británico examinó estos planes a comienzos del siglo XIX. El 10 de noviembre de 1806 un proyecto detallado fue presentado al gabinete por el ministro de guerra Arthur Wellesley (futuro duque de Wellington). Este proyecto preveía la ocupación de toda Hispanoamérica, con apoyo en Jamaica y la nueva conquista de México en primer término. Con semejantes propuestas asediaban al gabinete británico los emigrados franceses: el girondista general Dumourier y el duque de Orleans (futuro rey Luis Felipe). Incluso después del fracaso rotundo del intento hecho por los ingleses de apoderarse de Buenos Aires (1806-1807), y cuando se veían obligados a retroceder, Wellesley seguía elaborando los planes de asalto a Veracruz y la cercana fortaleza de San Juan de Ulúa. Y, aunque en vez de esto, Inglaterra decidió apoyar a las juntas antifrancesas que actuaban en España, la amenaza inglesa se veía muy real en México. Incluso la infanta portuguesa María Carlota, en su mensaje a los órganos mexicanos (audiencia y otros) propuso a su hijo Pedro (futuro emperador de Brasil) en calidad de regente del virrey de la Nueva España.

En México surgían asimismo otros proyectos para separarse de España. Uno de ellos aducía el pretexto de que ésta se encontraba en poder de los franceses, y planteaba proclamar al virrey como gobernante independiente. El segundo consistía igualmente en la separación, pero entregando el poder a la cumbre criolla local. El tercero preveía la proclamación de la independencia. Los partidarios de este proyecto no se atrevían a pronunciarse abiertamente en defensa de sus posiciones, pues las autoridades los perseguían cruelmente encarcelándolos y ejecutándolos.

En 1808 el 51 virrey de México era José de Iturrigaray, protegido del favorito de la reina española Godoy.

Le agradaba mucho la idea de ser gobernador absoluto de México, sin embargo, no se decidía a tomar medidas enérgicas en apoyo de este proyecto. Desconfiando de él, la fracción española lo derrocó y encarceló. En su lugar, los confabuladores proclamaron virrey a Pedro Garibay, mariscal de campo, de 80 años, a quien sustituyó poco después el arzobispo Francisco Javier de Lizana y Beaumont, virrey nombrado por la junta Central Española. En enero de 1810 el poder local pasó a la audiencia. El nuevo virrey Francisco Javier Venegas sólo llegó a México ocho meses más tarde.

De esta manera, en dos años, de 1808 a 1810, México tuvo cuatro virreyes, además durante varios meses el poder se encontró en manos de la audiencia. Este caos administrativo es, quizás, el mejor testimonio de la inestabilidad y la inseguridad que envolvían a la cumbre colonial en ese país.

Por esa época, tuvieron lugar acontecimientos importantes en otras partes de Hispanoamérica. En abril-julio de 1810, primero en Caracas, después en Buenos Aires, Bogotá y otras ciudades, el poder de los españoles fue derrocado, siendo reemplazado por Juntas Patrióticas, lo cual influía en los acontecimientos en México. Los partidarios de la independencia también se hicieron más activos, pero en el mismo México y en otras grandes ciudades las autoridades españolas aplastaban las confabulaciones en estado embrionario. Si Miguel Hidalgo y Costilla, sacerdote del poblado de Dolores, situado a 300 km de la capital, revelara menos decisión y audacia contra los españoles, posiblemente él y sus partidarios se habrían visto en la cárcel antes de la insurrección armada, y los laureles del primer patriota que se levantara en aras de la independencia habrían correspondido probablemente a otra persona.

Hidalgo

Nació el 8 de mayo de 1753, o sea que cuando comenzó la lucha por la independencia era ya una persona completamente madura, incluso un anciano para aquella época, se acercaba a los 57 años. Su padre administraba una hacienda en Michoacán, donde con frecuencia se sublevaban los indígenas y eran aplastados cruelmente por los

españoles. En la época colonial los criollos podían recibir instrucción superior sólo en el ámbito de la iglesia. Hidalgo siguió el mismo camino. Se hizo cura, dio clases en el seminario de Valladolid y fue su rector. Pero no era un sacerdote español tradicional. Como la mayoría de los criollos, veía con paciencia las infracciones de los dogmas eclesiásticos, no observaba el celibato e incluso tenía dos hijos. Sabía latín, francés, italiano, lenguas indias locales, leía mucho, tenía una vasta biblioteca en la que había trabajos de autores antiguos, de filósofos racionalistas, de enciclopedistas franceses y de muchos ilustradores. Tradujo al español varias obras de Molière y Racine, incluso creó en su parroquia un teatro de aficionados.

Era lógico que un sacerdote así no podía desempeñar durante largo tiempo el cargo de rector de un seminario religioso. Su actividad fue observada con atención por la inquisición adonde sus rivales escribían denuncias.

A principios del siglo XIX Hidalgo fue trasladado como cura de la parroquia del poblado de Dolores. En esencia, este traslado significaba su destierro, mas él no se afligía. Seguía con atención los acontecimientos en el mundo y consideraba que el régimen español en América estaba condenado a desaparecer, y que la liberación de las colonias no estaba lejos.

Hidalgo analizó el curso de los acontecimientos en Europa Occidental y en América, llegó a la conclusión de que se acercaba el momento de una lucha decisiva contra el dominio español, en la cual él se hallaba dispuesto a tomar la parte más activa. Estos ánimos estaban ampliamente difundidos en México, incluido el clero criollo que ocupaba el peldaño más bajo en la jerarquía eclesiástica, porque los puestos dirigentes se distribuían entre los españoles que consideraban a los criollos gente de categoría más baja.

Hidalgo consiguió a un enérgico partidario y compañero de armas en la persona de capitán Ignacio Allende, criollo, hijo de español, quien servía en la guarnición de la ciudad de San Miguel el Grande, vecina de Dolores. Otro destacado participante de la conspiración fue el oficial Juan Aldama. Los conspiradores desarrollaron una vasta actividad propagandística, lograron crear juntas clandestinas de patriotas en varias ciudades. Los participantes de la conspiración se pronunciaban por la insurrección armada antiespañola que se pensaba iniciar en diciembre de 1810. Aquel año, la cosecha fue mala, la gente pasaba hambre, muchos expresaban su descontento.

El desarrollo de los acontecimientos obligó a los conspiradores a actuar mucho antes de lo previsto, pero sus planes fueron delatados a las autoridades, a lo cual siguieron arrestos en Guanajuato, Querétaro y otras ciudades. Allende y Aldama huyeron a Dolores. Hidalgo los convenció de que se debía comenzar de inmediato la insurrección. Los patriotas se tomaron el poder en Dolores arrestando a las autoridades locales y a otros españoles que vivían allí.

Al día siguiente —el 16 de septiembre de 1810— mediante la campana de la inglesia se llamó a los habitantes a una reunión. Ante ellos habló Hidalgo. Las nuevas autoridades, dijo, anulan el odioso impuesto personal y exhortó al pueblo a luchar contra los esclavizadores españoles: "¡Viva la independencia! ¡Viva América! ¡Mueran los gachupines!"— así terminó Hidalgo su famoso "Grito de Dolores" que dio el comienzo a la lucha por la liberación de México del dominio español.

El llamamiento de Hidalgo conmovió no sólo a los indígenas y a los criollos, sino también a muchos españoles. Recibió apoyo especialmente de las capas pobres de la población: campesinos, artesanos, mineros, así como de otras personas, más acomodadas, que compartían las ideas de los patriotas. Por primera vez en Hispanoamérica Hidalgo liberó a los esclavos, devolvió las tierras de las comunidades a los indígenas, abolió los impuestos y las recolectas introducidas por los españoles. Su ejército creció impetuosamente alcanzando pronto la cifra de 80 mil personas.

La insurrección abarcó casi todas las zonas de México. Aunque los patriotas representaban una fuerza amenazadora, estaban mal armados. Mas, de todos modos, al principio, la fortuna los acompañaba. En encarnizados combates liberaban una ciudad tras otra. El prestigio de Hidalgo crecía no por días, sino por horas. Los patriotas lo declararon capitán general de América, generalísimo.

A fines de octubre su ejército se acercó a la capital del virreinato de México. Sin embargo, Hidalgo no se atrevió a asaltar la ciudad temiendo no poder vencer a los españoles, y se dirigió a Querétaro. Este paso fatal, mas,

por lo visto, inevitable, constituyó un viraje para el movimiento de los patriotas y agudizó las discordias internas. En la mitad del camino hacia Querétaro los españoles infligieron la primera derrota a los patriotas, obligándolos a replegarse hacia Valladolid.

Mientras tanto, los españoles estaban alerta. Los ricos terratenientes criollos, los grandes propietarios y los comerciantes, temiendo "el dominio de los plebeyos", se unieron a los españoles. Estos, a su vez, abolieron la capitación y se dedicaron a prodigar promesas. Afirmaban que era necesario dar tierra a los indios, conceder a los negros, mulatos y mestizos libres los mismos derechos que a los blancos, otorgar amnistía a los insurgentes arrepentidos. Por su parte, las Cortes de Cádiz concedieron a México varios puestos de diputado. Esas acciones liberales de los españoles iban acompañadas de violento terror, de ejecuciones en masa, asesinatos de patriotas, así como de una desenfrenada propaganda de la jerarquía eclesiástica contra Hidalgo y sus partidarios, que los presentaba como apóstatas, agentes del demonio. Antonio Vergoza y Jordán, obispo de Oaxaca, afirmaba incluso que los patriotas tenían alas, cuernos, uñas, picos y rabos.

Hidalgo era sacerdote, lo cual exasperaba a los españoles, ya que el propio hecho atraía al lado de los patriotas a muchos creyentes. Una de las consignas de Hidalgo fue "¡Viva la Virgen de Guadalupe!"

En la Nueva España gozaban de gran honor dos imágenes: la de la Virgen de Remedios y la de Guadalupe. A la primera la trajeron de España los conquistadores y se consideraba protectora de los españoles. La segunda surgió en México en el siglo XVII para atraer a su lado a los indígenas. Supuestamente, la Virgen de Guadalupe se le apareció "de manera milagrosa" a un indígena, presentándosele como una india, tal es su representación. El Papa Benedicto XIV la proclamó en el siglo XVIII "patrona de los mexicanos". Pidiendo su protección Hidalgo quería comunicar, de esta manera, al movimiento de liberación el carácter de guerra sagrada contra los españoles.

Además, el sacerdote actuaba muy decididamente contra los servidores de la Iglesia que apoyaban a los españoles. Al comenzar la insurrección, arrestó en Dolores a los clérigos que se negaron a seguirlo.

Los inquisidores

La jerarquía eclesiástica armó una cantera contra la insurrección de Hidalgo. Abad y Queipo, obispo de Michoacán y jefe inmediato del sacerdote sublevado, publicó un edicto acusándolo a él y a sus partidarios de sacrilegio y perjurio excomulgándolos. Así mismo, el obispo prohibió a los creyentes prestarles ayuda, también bajo amenaza de excomulgación. Abad y Queipo se puso en contra de Hidalgo porque éste prometía devolver a los indígenas la tierra arrebatada por los conquistadores. El arzobispo de México Francisco Javier de Lizana y Beaumont ratificó estos edictos el 11 de octubre. Como la legalidad de los edictos de Abad y Queipo suscitó dudas en algunas personas, ya que su autor, aunque era obispo, no había sido aun ratificado en ese cargo por Papa, por lo cual no tenía derecho formal de excomulgar, el arzobispo de México maldijo a los incrédulos en tal legalidad.

Los inquisidores se opusieron a Hidalgo acusándolo de aspiraciones sediciosas, astucia, libertinaje, avaricia, vileza, envidia, de tener inclinación a los asesinatos, a la enemistad, al engaño, a la perfidia, de ser un repugnante calumniador de Dios, un orgulloso que ofendía a los demás, un arrogante inventor del mal, insubordinado, despreciable, poco modesto, malo, sin fe ni compasión.

Los edictos que censuraban al sacerdote fueron publicados por el obispo de Puebla y otras jerarcas de la Iglesia, mientras que el obispo de Guadalajara, Juan Cruz Ruiz, organizó un destacamento armado de servidores de la Iglesia para luchar contra los insurgentes. El virrey se dirigió al clero de la capital exhortándolo a pronunciarse contra Hidalgo y sus partidarios. Respondieron los monjes del monasterio San Fernando, el clero de Pachuca y de otros lugares. En septiembre, el tribunal de la inquisición publicó una nueva acusación llamando a Hidalgo ateo, fanático de la libertad francesa, escisionista, hereje, luterano judaizante, calvinista y sospechoso de ateísmo y materialismo.

A tales acusaciones Hidalgo contestó con un "Manifiesto", afirmaba que ni él ni los insurrectos eran enemigos de la religión, que reconocían sólo a la Iglesia Católica Apostólica Romana que pensaban conservar inconmovible.

Hidalgo exhortaba: "Abrid los ojos, americanos, no

os dejéis seducir por vuestros enemigos. Ellos no son católicos sino por política. Su Dios es el dinero, y las conminaciones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis acaso que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde nos ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de Fe?"

En sus intervenciones los jefes de los insurrectos demostraban que los colonizadores, incluidos los jerarcas de la Iglesia, eran unos malos cristianos; profesaban la religión católica y preconizaban el amor al prójimo, pero en la práctica oprimían a la población local.

Hidalgo fue derrotado debido a: las medidas demagógicas de las autoridades españolas, el desenfrenado terror, las acciones de la jerarquía eclesiástica y de la inquisición, una mejor organización, las divergencias en el campo de los patriotas, su poca experiencia en los asuntos militares. Es importante recordar que para la Guerra de la Independencia los españoles podían recibir sin obstáculos armas del extranjero (de Cuba, de la metrópoli, de Inglaterra), mientras que los patriotas sólo utilizaban los fusiles, cañones y municiones que podían arrebatar al adversario, lo cual determinaba en gran parte el resultado de las acciones. Las tentativas de los patriotas de adquirir armas en EE.UU. tropezaban con una negativa gentil, pero decidida. De ese país llegaban al campo de los patriotas agentes, pero éstos, además de manifestaciones de simpatía no proponían nada a los mexicanos.

¿Estaba interesado EE.UU. en que España saliera de América, en particular, de México? Sí, lo estaba. Mas, al mismo tiempo, calculaba que una prolongada guerra de independencia debilitaría a las partes beligerantes hasta tal grado que ellos después podrían apoderarse de "toda la herencia española" en América, o, en el peor de los casos, de su parte.

Las derrotas que sufrían los patriotas después de la salida de México, suscitaron en el campo de los patriotas divergencias acerca de cómo desarrollar las operaciones militares posteriores. Durante la retirada de Hidalgo al norte, cedió el puesto de generalísimo a Allende reservándose sólo la dirección política de los insurrectos. Pero los asuntos no mejoraron. Los patriotas llegaron hasta Saltillo en el norte, en dirección de la entonces frontera con Estados Unidos. Allí el terrateniente y coronel Ignacio

Elizondo tomó el camino de la traición y, para que los españoles le perdonaran sus pecados, decidió apresar a los jefes de la rebelión y entregarlos a los españoles. El 21 de marzo de 1811 organizó una emboscada en la que cayeron Hidalgo, Allende, Aldama y otros insurrectos, quienes fueron llevados aherrojados a la ciudad de Chihuahua, donde, después de la vista de la causa durante la cual defendían con valor y dignidad la causa de la independencia, fueron condenados a muerte. Hidalgo fue fusilado el 30 de julio de 1811, es decir, 4 meses y 9 días después de haber sido tomado preso. Durante la ejecución, las manos de los soldados temblaban y sólo después de la tercera salva dejó de latir para siempre el corazón del gran patriota mexicano. Junto con él fueron fusilados Allende, Aldama y el jefe de los guerrilleros José Mariano Jiménez. Sus cabezas, en unas jaulas de hierro, fueron expuestas en Guanajuato para atemorizar a los habitantes. Las otras víctimas del traidor Elizondo fueron condenadas a plazos largos de trabajos forzados.

Hidalgo entró en la historia con el nombre de "Padre de la Patria", en realidad lo fue. Su importancia para la historia moderna de México es muy grande.

En 1953 México celebró solemnemente el 200 aniversario del nacimiento de Hidalgo. Su nombre fue dado a uno de los estados mexicanos, a plazas y calles de muchas ciudades y poblados del país, y en todas partes se ven monumentos en honor del "Padre de la Patria". Enorme respeto se siente hacia Hidalgo en otros países de Latinoamérica; con admiración escribía sobre él el poeta comunista y patriota José Martí.

Los españoles mataron a Hidalgo, Allende, Aldama y a muchos otros patriotas tratando de ahogar en un mar de sangre la propia idea de independencia. Mas sus esfuerzos de apagar el incendio de la revolución liberadora resultaron vanos. El movimiento guerrillero siguió avanzando por todo México después de la muerte de Hidalgo y sus compañeros. Pasó cierto tiempo y apareció un nuevo dirigente que supo agrupar los dispersos destacamentos de guerrilleros. Se trataba de José María Morelos.

Morelos

José María Morelos y Pavón era 12 años más joven que Hidalgo. Nació el 30 de septiembre de 1765 en Valladolid (México), ciudad que luego fue llamada Morelia en su honor. Cuando Hidalgo se alzó en armas, Morelos cumplió 45 años. Según su partida de nacimiento, sus padres eran españoles: Manuel Morelos, carpintero, y Juana María Guadalupe Pavón, procedente de la familia de un maestro de escuela rural.

A juzgar por las descripciones, Morelos era de estatura alta, con facciones fuertes, moreno, con la nariz deforme a causa de un accidente que tuvo en la infancia, cerca de la oreja tenía un lunar. Conforme a la costumbre de la época, llevaba en una oreja un pendiente de oro.

Es posible que Morelos fuera mestizo. No está excluido que en sus venas corriera no sólo sangre española e india, sino también de negro. Al parecer, su partida de nacimiento, se obtuvo por el correspondiente pago, porque en las colonias se apreciaba mucho la sangre española "pura", los habitantes estaban dispuestos a pagar generosamente por un pedazo de papel que certificara este hecho y los curas de las parroquias no se negaban a ganar algún dinero con esto.

En su adolescencia quedó huérfano de padre, trabajó de pastor, de mulero, de comerciante. A los 25 años ingresó en el seminario religioso dirigido por Hidalgo.

Después de terminar el seminario Morelos recibió una pobre parroquia San Agustín Carácuaro habitada por varias decenas de familias mediohambrientas, y él mismo soportaba las mismas dificultades.

Al igual que su maestro y amigo, Morelos no era un cura ejemplar desde el punto de vista de la religión tradicional. Tenía hijos: dos niños y una niña. Uno de ellos, Juan Almonte, —a quien Morelos, cuando ya era dirigente del movimiento de los rebeldes, envió a estudiar a Estados Unidos—, llegó a ser general, pero contrariamente a su padre, empezó a colaborar con la reacción, apoyó a los intervencionistas franceses y al emperador Maximiliano y, después de su derrota, fue fusilado por sentencia del tribunal. Esto sucedió varios años después de la muerte de su padre.

Morelos dejó su parroquia y se apresuró a encontrarse con el primer generalísimo cuando éste lanzó su histórico

"Grito de Dolores". Al principio ofreció sus servicios a los patriotas en calidad de cura del ejército. Pero, al parecer después de hablar con él, Hidalgo le dijo:

— A mi juicio, servirías mejor de general que de capellán.

Esto decidió el posterior destino de Morelos. Hidalgo lo nombró brigadier y lo envió al sur para levantar a la población a la lucha contra los españoles. "El cura" encabezó a los rebeldes que actuaban en el litoral del Pacífico de México.

A la muerte de Hidalgo, Morelos continuó las operaciones militares contra los españoles obrando por su propia cuenta. Luego se unió a la Junta Nacional Suprema de América, creada por otro jefe guerrillero: Ignacio López Rayón. La Junta, deseando atraer a la causa de la independencia a los partidarios de las autoridades españolas, afirmaba que defendía los derechos del rey Fernando VII, entonces prisionero de los franceses. Esto suscitó la irritación de Morelos contra los partidarios de la independencia.

A fines de 1811 los destacamentos guerrilleros liberaron gran parte de México. Los españoles aumentaron el terror contra la población civil. Tomaban presos y fusilaban a los rehenes, entregaban recompensas en efectivo por la captura de los guerrilleros, creaban destacamentos especiales para luchar contra ellos, la jerarquía eclesiástica seguía furiosa con los patriotas. Los españoles se apoderaron de Citácuaro, arrasaron la población y expulsaron a sus habitantes. Después, decidieron derrotar a Morelos asediando el 19 de marzo la ciudad de Cuautla, donde se atrincheraron los guerrilleros. Durante dos meses y medio los partidarios de la independencia opusieron resistencia suscitando el asombro y temor casi supersticioso entre los españoles al mando del implacable Félix María Calleja del Rey.

El 2 de mayo de 1812, después de 72 días de asedio, los rebeldes intentaron abandonar Cuautla, mas los españoles advirtieron la maniobra, y de nuevo se inició la batalla. Sólo algunos rebeldes, entre ellos Morelos, lograron salvarse y siguieron luchando.

Mientras tanto, en la capital de México se presentaba una comedia cuyos protagonistas intercambiaban en la escena las siguientes réplicas:

— Aquí está el turbante del moro que cautivé.

— ¿Y el moro?
— Ese se fue.

Los espectadores se reían aplaudiendo. Todos reconocían a Morelos en el moro, y en el dueño del turbante, a Calleja.

Los españoles pronto asestaron nuevos golpes a las posiciones de los guerrilleros, pero éstos recibieron inesperadamente apoyo desde Cádiz (España), donde las Cortes aprobaron la famosa constitución de 1812.

"Como uno de sus principales objetivos era conservar el dominio de las colonias americanas, que ya habían empezado a sublevarse, las Cortes reconocieron a los españoles de América los mismos derechos políticos que a los de la península, dieron una amnistía general sin ninguna excepción, promulgaron decretos contra la opresión que pesaba sobre los indígenas de América y Asia, cancelaron las mitas, los repartimientos, etc., abolieron el monopolio del mercurio y prohibieron el comercio de esclavos, poniéndose en este aspecto a la cabeza de Europa."* Además, las Cortes liquidaron la inquisición, declararon la libertad de prensa y de palabra, obligaron a realizar elecciones a los órganos de autogestión. Estas leyes creaban condiciones ventajosas para las operaciones de los patriotas. En México, sus ediciones periódicas exigían el cese del terror, y en las elecciones al municipio de la ciudad de México los criollos obtuvieron una victoria decidida, y los españoles una rotunda derrota. Estos acontecimientos asustaron a las autoridades coloniales de tal manera que decretaron sin vigencia la constitución de 1812. Las cárceles se llenaron de nuevo con víctimas del terror, y los guerrilleros siguieron activamente sus operaciones.

Entre tanto, Morelos fortaleció su ejército en Tehuacán, donde varios destacamentos guerrilleros locales se le unieron. Pronto tomó por asalto dos fortalezas españolas: Orizaba y Oaxaca, apoderándose de un gran número de cañones y otras armas y apresando a numerosas personas.

Morelos esperaba que los criollos ricos apoyaran el movimiento de la independencia, pero, al convencerse de que era inútil esperar tal ayuda, los declaró a éstos y a los españoles enemigos de la nación. Exhortó a distribuir

* C. Marx. *La España Revolucionaria*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 10, p. 463.

los bienes entre los pobres y utilizarlos para cubrir las necesidades militares de los insurgentes. Llamó a confiscar la propiedad de la Iglesia, repartir los latifundios entre los campesinos necesitados, estimular a los pequeños propietarios de tierra, destruir las instituciones coloniales, quemar los archivos y otras medidas con el fin de socavar el régimen colonial.

Por una parte, sus medidas suscitaron furiosos ataques y acusaciones de "crímenes diabólicos"; por otra, despertaron gran entusiasmo entre los trabajadores sencillos que ingresaban gustosos en las filas de los insurrectos. Pronto Morelos se tomó el principal punto de apoyo de los españoles en el litoral del Pacífico: el puerto y la fortaleza de Acapulco.

Los éxitos militares de los patriotas obligaron a sustituir al virrey Venegas por el general Calleja, quien antes dirigiera las operaciones militares contra los insurrectos, no era ajeno a la demagogia y perseguía cruelmente a los rebeldes. A ello se dedicaba el enorme, para aquella época, ejército de los españoles que contaba con 84 mil soldados.

Calleja no tenía reparo en hacer resaltar sus méritos ante la Corona. Afirmaba que, al comenzar la lucha contra los insurrectos, abandonó su familia a su propia suerte, para que nadie le reprochara de que, para salvarla, había utilizado su posición. Los insurrectos tomaron presa a su familia y la devolvieron proponiéndole a Calleja que se pasara a su lado, y le entregarían títulos y haciendas. Pero él rechazó estas propuestas.

Calleja derrotó la mayoría de los destacamentos guerrilleros a excepción de los rebeldes de Morelos que actuaban en el oeste y el sur de México. En junio de 1813 el jefe de los sublevados convocó el Congreso Nacional Supremo de América que empezó su trabajo en Chilpancingo en septiembre del mismo año. En él participaron 17 diputados. Morelos planteó su programa titulado "Sentimientos de la Nación", que preveía abolir la esclavitud y las diferencias estamentales y raciales, establecer un impuesto único con el 5% del ingreso, entablar el comercio con países extranjeros, prohibir las torturas, crear los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. Exhortaba, además, a la nación a honrar la memoria de Hidalgo y a celebrar anualmente el aniversario del "Grito de Dolores" el 16 de septiembre.

Morelos y sus partidarios lograron superar la resistencia de los diputados moderados del Congreso, fue nombrado generalísimo, y se declaró la plena soberanía e independencia de México. Estas y otras medidas del Congreso en Chilpancingo fortalecieron las posiciones de Morelos y de los insurrectos, quienes trataron de apoderarse de Valladolid. Esta vez los españoles pelearon como leones. De otra parte, llegaban desde Europa las noticias sobre la inminente derrota de Napoleón. Los combates contra los franceses ya se libraban cerca de París, y Napoleón se vio obligado a retirar sus tropas de España y Portugal. Todo esto entusiasmaba a los españoles en México. Después de obtener la victoria en los combates cerca de Valladolid, se tomaron Chilpancingo y Acapulco y continuaron asestando serios golpes a los insurrectos. Muchos jefes audaces, entre ellos Mariano Matamoros y Hermenegildo Galeona perecieron en los combates, pero a Morelos no lograron atraparlo.

En 1814 regresó a España Fernando VII. Abolió la Constitución de las Cortes de Cádiz y todos los actos legislativos de esta institución, restableció las viejas órdenes, restauró la "santa" Inquisición, invitó de nuevo al país a los jesuitas, encarceló a los miembros más destacados de las juntas, de las Cortes y a sus adeptos o los condenó al destierro, fusiló a numerosos jefes conocidos de los guerrilleros*. Sin embargo, Fernando VII también trató de asegurarse el apoyo de la cumbre criolla e incluyó a cinco representantes en el restablecido por él Consejo de las Indias, establecimiento estatal superior adjunto al rey para la dirección de las colonias españolas.

Lógicamente con el regreso de Fernando VII a Madrid, todas las viejas disposiciones y actos liberales de los españoles en México fueron anulados. Calleja y el obispado amenazaron a los insurgentes con un rápido ensañamiento en esta vida y el infierno en la otra.

Los acontecimientos indicados se reflejaron en el carácter moderado de la "Disposición constitucional sobre la libertad de la América Mexicana" aprobada por el Congreso de los patriotas reunido en Apacingán en octubre de 1814. Se trata de la primera constitución del México independiente. El mismo Morelos consideraba que no era suficientemente radical. Pero, a pesar de todo, esa Constitución afirmaba la independencia de México. ¿Cabe asombrarse entonces que las autoridades españolas y las jerarquías eclesiásticas la consideraran en grado supremo documento peligroso y rebelde?

Cuando la Constitución fue publicada, Calleja emprendió una nueva ofensiva a las posiciones de los patriotas. Morelos esperaba obtener el reconocimiento diplomático por parte de los Estados Unidos, mas cuando éstos se negaron a reconocer la independencia de México, decidió trasladar el Congreso al distrito de Puebla y Veracruz. Los españoles se enteraron de estos planes y organizaron la persecución de los rebeldes, alcanzaron el destacamento de Morelos cerca de Toluca y el 2 de noviembre de 1815, después de un encarnizado combate, tomaron preso al intrépido rebelde.

Por disposición de Calleja Morelos fue llevado a México, encarcelado y entregado a la Inquisición, y después, al tribunal civil.

Aquí cabe decir algunas palabras sobre la actitud de Morelos hacia la religión y la Iglesia. Esta acusó al antiguo cura de sacrilegio, ateísmo, servicio al diablo, etc. Ante la campaña de calumnias, que se desplegaba contra él y otros patriotas, Morelos se pronunciaba como un católico auténtico. Por su iniciativa, el Congreso en Chilpancingo proclamó el catolicismo como religión única y legítima (lo cual fue fijado en la Constitución). El Congreso llamó a todos los mexicanos a observar la pureza de la fe católica, de sus dogmas, y a conservar sus órdenes monacales, restableció la orden de los jesuitas. Al igual que otros jefes del movimiento de la Independencia, Morelos subrayó en reiteradas ocasiones su respeto a la religión, a los cultos de la Iglesia y a las tradiciones. No obstante, corrió la misma suerte que Hidalgo: la jerarquía eclesiástica lo perseguía con el mismo encarnizamiento que a su antecesor.

La cumbre eclesiástica estaba muy preocupada porque el gobierno encabezado por Morelos destituía a los curas proespañoles, reemplazándolos por personas leales, instituyó el puesto de vicario general del ejército de los patriotas, es decir, creaba su propia jerarquía eclesiástica. Estas acciones, según la iglesia española, podían conducir al surgimiento de una iglesia nacional, independiente del papado.

* C. Marx. *La España Revolucionaria*. C. Marx y F. Engels. *Obras*, t. 10, p. 473.

La reclusión de Morelos en la cárcel capitalina de la Inquisición, permitió al inquisidor general Flórez proponer sus servicios al virrey Calleja aduciendo que la participación del tribunal de la Inquisición (en la condena de Morelos — *I.G.*) podría ser muy útil y favorable para el honor y la gloria de Dios y los intereses del Rey y el Estado, así como, posiblemente, el medio más eficaz para poner término a la insurrección, conseguir el inapreciable bien de ver apaciguado el reino y hacer que los insurgentes abjurasen de sus errores.

El virrey entregó a Morelos a la Inquisición, y ésta lo acusó de haber abandonado el "seno puro y santo" de la Iglesia convirtiéndose en "hereje y propagador de herejía, acosador y perseguidor del clero superior, profanador de los sacramentos eclesiásticos, cismático, libertino, hipócrita, enemigo contumaz de Cristo, admirador de los herejes Hobbes, Helvetius, Voltaire, Lutero y de otros semejantes autores leprosos, materialistas y ateos...", de sembrar en el país las semillas de insurrección contra la Iglesia y el rey, lo cual lo convirtió en un completo hereje, apóstata, ateo, materialista, libertino, insurrecto culpable de crímenes contra el poder divino y laico, implacable enemigo del cristianismo y del Estado, seductor, vil, doble, astuto, traidor del rey y de la patria, perverso sexual, preso, insurrecto múltiple, culpable ante la Inquisición de todos los pecados, etc., etc. De todas estas acusaciones absurdas y con frecuencia contradictorias el procurador de la Inquisición repite en reiteradas ocasiones y con especial insistencia la acusación de ateísmo y materialismo, lo cual, hasta el día de hoy la Iglesia considera como el delito más grave. A estas y otras acusaciones de la Inquisición Morelos respondía que el rey español era cautivo de los franceses, la Iglesia actuaba de acuerdo al dictado de éstos, lo cual le daba derecho de actuar como actuaba. A la pregunta del procurador de por qué, después del regreso del rey a Madrid, seguía luchando contra los españoles, Morelos contestó que en su opinión también entonces, tanto el rey como la Iglesia se encontraban bajo la influencia de los franceses. Respecto a las acusaciones de ateo y materialismo, Morelos no las refutó en ninguna parte, y la Inquisición no insistía en ellas considerándolas, por lo visto, como naturales.

Los españoles acusaban a Morelos de su carácter sanguinario, mientras que él se distinguía por su particular firmeza. Castigó a los desertores y trásfugas para que otros no siguieran su ejemplo. Al tomar preso en uno de los combates a un tránsfuga, ordenó fusilarlo, y a la petición de la novia del tránsfuga de perdonarlo, Morelos escribió: "Que escoja otro novio más decente". Al mismo tiempo, proponía el canje de prisioneros españoles por rebeldes. Las autoridades coloniales rechazaban decididamente estas propuestas y, como regla, fusilaban no sólo a los rebeldes cautivos, sino también a los habitantes de los poblados y ciudades arrebatados a los patriotas.

Morelos fue condenado por la Inquisición al "eterno destierro" de Madrid y de otras grandes ciudades reales y a trabajos forzados de por vida a una de las colonias africanas de España. Además, fue privado de título eclesiástico, y sus hijos se igualaban a los "parientes de los herejes" con todas las consecuencias que dimanaban de ello: privación de todos los derechos y de bienes. Por primera vez en la historia del México colonial, el condenado se sometía a la humillante ceremonia de la degradación.

El tribunal de la Inquisición fue una abominable hipocresía, pues Morelos no pudo conservar la vida. Fue entregado al tribunal militar y condenado al fusilamiento por la espalda, al descuartizamiento, cortándole la cabeza para exhibirla con el fin de infundir horror a la población. Calleja, supuestamente partiendo de principios humanitarios, cambió esta condena por un fusilamiento común y corriente ordenando enterrar el cadáver de manera "cristiana".

Morelos fue fusilado en un solar fuera de la ciudad. Antes de morir fumó un cigarrillo, negándose a cubrir sus ojos. Los soldados estaban nerviosos. La primera salva no mató al patriota, sólo la segunda terminó su existencia terrenal. Esto sucedió 14 días después de que fue tomado preso. Sólo dos semanas necesitaron los enemigos para llevar a cabo dos procesos: el religioso y el laico, para ajustar las cuentas a su víctima.

Algunos historiadores tratan de justificar la condena de la jerarquía eclesiástica a Morelos. Pero si, respecto a Hidalgo, podían afirmar que la Inquisición mexicana no tenía derecho de juzgarlo, ya que en España estaba disuelta, en lo que atañe a Morelos, ni siquiera tienen este débil argumento. Porque la Inquisición, con la aprobación de la santa sede, fue restablecida en España

por orden de Fernando VII del 30 de diciembre de 1814. Los hechos demuestran que la jerarquía eclesiástica, incluida la Inquisición, estaba de parte de los colonizadores ayudándoles a exterminar a los patriotas.

Hasta hace poco, el clero consideraba a Hidalgo, Morelos y a otros sacerdotes patriotas traidores, enemigos de la Iglesia. Mas ahora, especialmente después del II Convento del Vaticano, los eclesiásticos no sólo ensalzan su memoria, sino que afirman que la actividad de estos patriotas refleja la actitud de todo el clero hacia la independencia. Es decir, que aduciendo ese ejemplo, la Iglesia afirma que todo el clero ocupaba posiciones patrióticas.

Se considera que a principios de la Guerra de la Independencia había en México cerca de 6 mil curas, de ellos sólo 155 combatían al lado de los patriotas, o sea un 3%, todos fueron excomulgados. Esta excomulgación no está abolida hasta el día de hoy. Tales son los hechos, que no están a favor de la Iglesia católica.

Morelos opuso resistencia a los españoles durante mucho más tiempo (3 años y 3 meses) que Hidalgo. El número de sus combatientes no superó nunca 6 mil, mientras que los españoles contaban con un ejército de casi cien mil. Fue el primero en infligir derrota a los españoles con un número igual o menor de combatientes.

Morelos se distinguía por su extraordinaria modestia. Rechazó el título de "Alteza Serenísima" adjudicado en el Congreso de Apacingán, y prefirió el de "Siervo de la Nación" inventado por él. Era ilimitadamente desinteresado; por sus manos pasaron millones, pero no empleó un solo peso para sus intereses personales.

Los insurgentes sufrieron la derrota, pero el arte de combate utilizado por Morelos y sus soldados en la lucha contra los españoles, suscitó la admiración de sus contemporáneos como Napoleón, Willington, Simón Bolívar. Según la leyenda, después de Waterloo Napoleón dijo: "con cuarenta hombres como él, conquistaría yo el mundo".

La heroica vida de Morelos y su muerte en aras de la independencia de su país quedarán para siempre en la memoria del pueblo como ejemplo de servicio desinteresado a la patria.

Parecía que los españoles podían cantar la victoria, porque al matar a Morelos se liberaron de su enemigo

más peligroso en México. Mas, en realidad, fue una victoria estéril. Los españoles comprendían que se encontraban en el cráter de un volcán que en el momento menos esperado podía estallar con una nueva fuerza destructora.

Mina

En mayo de 1816 el virrey Calleja supo que pronto tendría que enfrentarse a un nuevo enemigo, esta vez no un criollo, sino español como él: Francisco Javier Mina.

¿Quién era Mina? ¿Cómo llegó a México? ¿Qué fines perseguía? Mina nació en la familia de un terrateniente rico en 1789 en Navarra. Siendo estudiante de la universidad de Zaragoza, participó en la guerra contra los franceses que se apoderaron de España, fue hecho prisionero y deportado a Francia. Cuando Napoleón sufrió la derrota y se le desterró a la isla de Elba, Mina regresó a la patria. Siendo partidario del gobierno constitucional, luchó contra Fernando VII por el restablecimiento de la Constitución de Cádiz. En 1814, junto con un tío suyo, encabezó la insurrección, pero sufrieron la derrota y él debió huir a Inglaterra.

El fracaso no desconcertó a Mina, quien siguió haciendo diferentes planes para luchar contra el absolutismo español. Al entablar conocimiento con patriotas mexicanos en Londres, llegó a la conclusión de que las posiciones de los españoles en México eran las más vulnerables. Mina decide unirse al pueblo mexicano, para derrotar a las autoridades españolas. Consideraba que la victoria de los patriotas allende el océano conduciría a la liberalización del régimen en España, y que, luchando por los intereses de los mexicanos como español, corregía en parte el mal hecho por España durante trescientos años sometiendo a este pueblo al saqueo y a la explotación.

Mina logró conseguir dinero y reunir los voluntarios de distintas nacionalidades dispuestos a seguir su ejemplo. Medio año después de la muerte de Morelos, en mayo de 1816, Mina y su destacamento se embarcaron en Liverpool hacia Baltimore donde se le unieron nuevos voluntarios: norteamericanos, cubanos y venezolanos. En Baltimore adquirió tres pequeños veleros, reabasteció las reservas de comestibles y, después de visitar el puerto Golveston,

en Texas, se dirigió a México, donde desembarcó en la zona de Soto la Marina.

Las noticias sobre la llegada de Mina a América alarmaron a los españoles, porque veían en él a un enemigo peligroso y temible capaz de encabezar, después de Morelos, al movimiento insurgente. En medida no menor temían la influencia que podría ejercer la bandera, izada por Mina, de la insurrección en la situación en la propia España, donde sus partidarios empuñarían de nuevo las armas.

En Soto la Marina Mina se dirigió a los españoles con el llamamiento de unirse a él para luchar por la libertad de México y de España. Los españoles no se hicieron eco de su llamamiento, pero su destacamento era engrosado rápidamente por mexicanos. El virrey Juan Ruiz de Apodaca, quien sustituyó a Calleja, muy alarmado por estos acontecimientos, envió grandes fuerzas para derrotarlo.

Hasta mediados de 1817 el destacamento de Mina, con el apoyo de los rebeldes mexicanos, obtenía victorias. Pero cuando los refuerzos enviados por el virrey empezaron a tomar parte en los combates, la situación de Mina empeoró: sufrió una derrota al intentar apoderarse de Guanajuato, ciudad grande, y varios días después el propio Mina fue tomado prisionero y el 11 de noviembre, fusilado, por disposición del virrey Apodaca.

Las autoridades españolas atribuían a Mina el arrepentimiento final, decían que había hecho toda clase de declaraciones en apoyo de Fernando VII, solicitudes de indulto y otras aseveraciones de fidelidad que lo presentaban si no como un cobarde, sí como a una persona destrozada. Acciones denigrantes de este tipo las atribuían los españoles *post mortem* a Hidalgo, a Morelos y a todas sus víctimas. Esto constituía parte del rito de la represión y nada tenía que ver con la realidad. No sólo Hidalgo, Morelos, Mina y otros patriotas recibieron heroicamente la muerte, sino también miles de combatientes de fila que, al verse presos, preferían morir con orgullo que manchar su honor con el arrepentimiento y con solicitudes de indulto.

Mina quedará para siempre como ejemplo de verdadero patriota español, quien luchara no sólo por la libertad de España, sino también por la de los pueblos por ella sojuzgados.

La muerte de Mina, como la de Hidalgo y de Morelos, no detuvo el proceso de liberación de México. Los partidarios de la independencia continuaron la lucha contra los españoles. En la selva operaban destacamentos encabezados por Vicente Guerrero, patriota firme. Voluntarios de Venezuela y de otras regiones de Hispanoamérica trataron de acudir en su ayuda. Pero el que más colaboró fue el pueblo español. En 1820 en España se sublevaron las unidades que Fernando VII pensaba enviar a las colonias para aplastar el movimiento de la Independencia. Los insurgentes tomaron el poder y obligaron a Fernando VII a restablecer la Constitución de 1812.

La segunda revolución liberal en España asustó no sólo a las autoridades allende el océano, sino igualmente a los criollos ricos. Temiendo que Madrid haría concesiones a los patriotas, el clero, los españoles y los criollos ricos deciden separarse de España. Su portavoz en México es Iturbide, criollo rico, que tomó parte directa en el aplastamiento del movimiento patriótico. El había luchado contra Morelos distinguiéndose por su crueldad y carácter sanguinario y ahora proclamaba el así llamado "Plan de Iguala" exhortando a los partidarios de la independencia a firmar un acuerdo con él sobre la base de "tres garantías": proclamación de la independencia de México, reconocimiento de la religión católica como estatal, proclamación de la amnistía general. Vicente Guerrero y otros luchadores por la independencia aceptaron apoyar a Iturbide.

En 1821 México proclama su independencia. El propio Iturbide se declara emperador con el nombre de Agustín I. Poco después es derrocado y huye del país; al intentar volver al poder es arrestado y fusilado.

México es república, sin embargo, le esperan pruebas difíciles. El nuevo Estado heredó de la colonia todos sus problemas sin resolver. Los indígenas, los trabajadores siguen siendo pobres, hambrientos, sin propiedad de tierra o protección alguna frente a la arbitrariedad de los terratenientes y patronos. Paulatinamente el país se divide en partidarios y adversarios de la reforma.

El 19 de junio de 1823 el Congreso de México proclamó héroes a los jefes de la lucha por la independencia, dignos de la gratitud de la patria. Sus restos fueron enterrados solemnemente en el lugar más hono-

rable: en la catedral de la capital. Allí encontraron refugio los restos de Hidalgo, Morelos, Mina y de muchos otros luchadores por la independencia.

Más tarde se construyó en el centro de México un obelisco en su honor, al pie del cual fueron enterrados los despojos mortales, trasladados de la catedral. Sin embargo, se descubrió que entre ellos no se encontraban los de Morelos, cuyo paradero aún se desconoce.

Con Maximiliano, protegido de los franceses, fue construida una estatua en honor de Morelos, a cuya inauguración asistió el mismo emperador y pronunció un discurso laudatorio.

Muchas palabras elogiosas fueron pronunciadas en honor de los jefes de la Guerra de la Independencia en 1910, cuando México celebró el centenario del "Grito de Dolores". España devolvió entonces a México el uniforme militar de Morelos. Hasta aquel momento se conservaba en el Museo de Artillería en Madrid. Al recibirlo, el general Porfirio Díaz, anciano dictador de México, pronunció un sentido discurso. Fue entonces cuando las cenizas de los héroes fueron trasladadas de nuevo al Monumento de la Independencia, donde se conservan hasta hoy.

Después de la revolución de 1910-1917, en la pequeña isla de Janitcio se construyó una enorme estatua en honor de Morelos. El, Hidalgo, Mina y otros luchadores por la independencia son protagonistas de las obras de los pintores muralistas mexicanos: Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros.

El 16 de septiembre México festeja el Día de la Independencia. Todos los años, en esa fecha, a medianoche, el jefe del Estado mexicano toca la campana trasladada del poblado de Dolores al Palacio presidencial y con la exclamación de "¡Viva la independencia!" da la señal para empezar los festejos.

Hoy en día se glorifica a todos los héroes de la independencia. Unos, para ahogar en el mar de palabras todo lo positivo que los hizo grandes en la memoria del pueblo, otros para subrayar su aporte en la lucha sempiterna del pueblo por la libertad y la justicia social y llamar a los trabajadores a seguir su ejemplo: la valentía, la firmeza y la fe en el inevitable triunfo de la gran causa por la cual subieron al cadalso con la cabeza orgullosamente erguida...

Benito Juárez

BENITO JUAREZ: EL TRANSFORMADOR

Algunos autores burgueses presentan a los indígenas como salvajes afirmando que, orgánicamente, por naturaleza, son incapaces de desplegar la actividad política, estatal. Esta ofensiva opinión es refutada por la vida y la actividad de Benito Juárez, indio zapoteca, Presidente de la República (1861-1872), uno de los grandes patriotas no sólo de México sino de toda Latinoamérica.

Respetamos a Juárez no sólo por su origen indígena, sino, porque encabezara la revolución de las "reformas" luchando contra la invasión de los franceses a su país y venciendo al emperador Maximiliano, protegido de ellos.

La revolución de las "reformas"

Nació el 21 de marzo de 1806 en el poblado indio de San Pablo Guelatao, provincia de Oaxaca, cuatro años antes de que Hidalgo empezara con el "Grito de

Dolores" la Guerra de la Independencia. Al nacer, se le dio el nombre de Benito Pablo, aunque nunca usó su segundo nombre. Fue el tercer hijo en la familia de indios pobres.

San Pablo Guelatao era un poblado miserable que ni siquiera tenía iglesia. Allí vivían en aquella época sólo veinte familias zapotecas.

La madre de Benito murió de un parto, cuando el niño acababa de cumplir tres años, antes había fallecido el padre. Los abuelos paternos tomaron al niño para educarlo. María Josefa, su hermana, se fue a Oaxaca donde se colocó de cocinera en la familia de un comerciante. Un par de años más tarde murió el abuelo y luego la abuela. El niño pasó a vivir con Bernardino Juárez, su tío paterno.

En la autobiografía escrita a los cincuenta años, Juárez anota lo siguiente sobre este período de su vida: como sus padres no le dejaron herencia, y el tío debía trabajar para conseguir el alimento, desde que él recordaba, trabajó en el campo en la medida de sus posibilidades en su temprana edad. "En algunos ratos libres —escribía— mi tío me enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre, y muy especialmente para la clase indígena estudiar otra carrera que no fuese la eclesiástica, me manifestaba sus deseos de que yo me hiciera sacerdote. Estas indicaciones y los ejemplos que se me presentaban en algunos de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender...". Por eso cuando el tío le preguntaba la lección el propio niño le entregaba el azote y pedía castigarlo si no se la sabía perfectamente.

Pese a su sed de conocimientos, el estudio era difícil para el joven Benito, porque no comprendía español. En el poblado no había escuela y los zapotecas enviaban a sus hijos a servir en las familias ricas, a Oaxaca, donde los amos, en vez de pagarles por el trabajo, les enseñaban a leer y a escribir.

El sueño del joven Benito era colocarse a servir en la casa de algún señor rico de Oaxaca para aprender a leer y a escribir. Aunque el tío no estaba en contra de estos proyectos, impedía que el niño se fuera a la ciudad.

El pequeño también se encariñó con su tutor y sin su permiso no se atrevía a dejar el poblado natal. Sin embargo, recordaba Juárez, su pasión por los estudios superó sus sentimientos: "El día 17 de diciembre de 1818 y a los doce años de edad me fugué de mi casa y marché a pie a la ciudad de Oaxaca donde llegué en la noche del mismo día".

Ciudad colonial pintoresca, situada en el valle fértil, donde antes de la conquista española se encontraban los centros religiosos y culturales de los indios mixtecas y zapotecas, Oaxaca, aun antes de ser conquistada por los españoles, era famosa por la extracción de oro y por los magníficos objetos hechos de este metal.

El rey español regaló toda esa riquísima región a Hernán Cortés como recompensa por la conquista de México, otorgándole el título de marqués del Valle de Oaxaca.

Cerca del convento de Santo Domingo, en una espaciosa casa con un pintoresco patio vivía con su esposa don Antonio Maza, comerciante de cochinilla —pintura de carmín—. Una noche de diciembre, muy tarde, llamó tímidamente en la puerta de esta casa un muchacho moreno y flaco, con una pobre y sucia vestimenta. Abrió la puerta María Josefa, la cocinera, quien se asombró cuando en el visitante nocturno reconoció a su hermano Benito.

Don Antonio y su esposa recibieron muy benévolos al pequeño. Le propusieron trabajar en el depósito de cochinilla, mientras encontraba una ocupación más apropiada, y le permitieron comer en la cocina junto con su hermana.

Cuando en 1821 las tropas españolas abandonaron México, Juárez se preparaba para ingresar en un seminario local. Pero la marcha de los españoles cambió toda la situación en el país. A través del velo de las discordias y de las guerras civiles se perfilaban los contornos de las fuerzas beligerantes: los reaccionarios y los liberales, partidarios de las reformas. El joven Juárez se une a estos últimos. Termina el Instituto de Ciencias y Artes de Oaxaca, graduándose de abogado, y es elegido consejero del municipio local por el partido liberal. Así comienza su actividad política. En EE.UU. era presidente en ese entonces James Polk, protegido de los sureños. Polk se pronunciaba no sólo por la ocupación

de Texas, sino por la conquista de otros territorios norteños de México, incluida California. Por su iniciativa, el Congreso aprobó la resolución de anexar a Texas.

Ese acto agresivo de Estados Unidos provocó una brusca protesta de México, que rompió sus relaciones diplomáticas con Washington. El presidente Polk parecía esperar especialmente ese acto y, sin perder tiempo, ordenó a su ejército ocupar Texas y prepararse para invadir a México.

Simultáneamente, la Marina de Guerra norteamericana recibió la orden de tomarse los puertos mexicanos en el Atlántico, Tampico y Veracruz; y en el Pacífico, Los Angeles. Esto significaba declarar la guerra a México.

Considerando que con dinero se podía comprar todo, Washington propuso a los mexicanos venderles California y Nuevo México. Con esta propuesta se dirigió a México John Slidell, miembro del Congreso por estado de Luisiana. Este era, como escribiera después C.Marx en uno de sus artículos, un intrigante empedernido, se distinguía por su descaro y frescura. Sin embargo, no logró realizar el negocio.

Los mexicanos decidieron combatir por su tierra, aunque su situación era desesperante; su ejército estaba mal armado, mal instruido, era poco disciplinado. Para veinte mil soldados había 500 generales, los cuales soñaban más con la silla presidencial que con la defensa del territorio nacional frente a los atentados de Estados Unidos. En México reinaba un clima de guerra civil, y el país del norte contaba precisamente con discordias internas provocando un conflicto armado contra su indefenso vecino del sur.

Después de tomar Texas, los yanquis empezaron a avanzar hacia el interior del país apoderándose de México en 1847.

Los verdaderos hijos de la tierra mexicana fieles a la causa de la independencia, luchaban valerosamente contra los intervencionistas defendiendo cada palmo de su territorio. En su mayoría eran gente sencilla: rancheros, artesanos, soldados, indígenas. Juárez salió de ese medio y compartía sus intereses e ideas. Los trágicos acontecimientos de 1847 le convencieron una vez más de que sólo se podía salvar al país limitando el poder político y económico de las clases explotadoras.

Pronto el Congreso provincial de Oaxaca nombró gobernador interino a Benito Juárez; luego fue elegido para este puesto que ocupó hasta agosto de 1852. Fue el primer indígena gobernador del Estado, cargo que desempeñó durante cinco años, plazo récord para aquella época, cuando los gobiernos cambiaban casi todos los años, y a veces con más frecuencia.

Mientras tanto en Querétaro, entre los ministros mexicanos, reinaban la confusión y la tristeza. El gobierno temía más el crecimiento del movimiento guerrillero, encabezado por jefes campesinos, que las acciones de los ocupantes norteamericanos. Muchos tenían miedo de que la continuación de la guerra conduciría a la pérdida completa de la independencia, a la ocupación de todo el país por Estados Unidos. Por eso, cuando Washington propuso terminar la guerra a cambio de la anexión de todas las provincias norteñas de México hasta la desembocadura del Río Grande del Norte, el gobierno mexicano, sin pensarlo mucho, aceptó. El 2 de febrero de 1848, en el poblado de Guadalupe Hidalgo, donde se conservaba la imagen de la patrona de México —la Virgen de Guadalupe—, fue firmado el acuerdo sobre el cese de la guerra. Los norteamericanos insistieron en que se firmara en ese poblado para relacionar con él dos nombres venerados por los mexicanos: la Virgen de Guadalupe y Miguel Hidalgo.

Según el acuerdo, más de la mitad del territorio mexicano, 2.300.000 kilómetros cuadrados, pasaba a Estados Unidos que asumían la obligación de pagar, como compensación, la mísera suma de 15 millones de dólares y renunciar a sus antiguas reclamaciones a México por la suma de 3 millones 250 mil dólares, mientras que el valor de las tierras conquistadas, según los cálculos más modestos de aquella época, superaba los 380 millones de dólares. Ahora, en los territorios mexicanos se hallan los riquísimos estados norteamericanos de Texas, California, Arizona, Utah, Nuevo México, Colorado y parte de Wiyoming.

Además de las enormes adquisiciones territoriales, EE.UU. obtuvo, según el acuerdo, el "derecho" de entrar en México so pretexto de perseguir a las tribus indias insumisas. En el último artículo el combatiente norteamericano llamaba a su víctima a portarse de manera pacífica, no sentir enemistad hacia él y adoptar la actitud

de buen vecino. Difícilmente existe en la historia de las relaciones internacionales un documento más pérfido e hipócrita que el acuerdo de paz impuesto por Washington a México con el que terminó la guerra de 1846-1848.

A propósito, norteamericanos participantes en esa contienda reconocían su carácter deshonesto. Uno de ellos, el general U.C. Grant, futuro comandante del ejército de los norteños en la lucha contra el presidente de EE.UU., escribía que esa guerra fue una de las más injustas que llevara una nación fuerte contra una débil. De manera no menos severa la caracterizó el destacado activista del movimiento comunista norteamericano W.Z. Foster: "De todas las guerras bandidescas que libraron los países capitalistas la más cínica y devastadora fue la de 1846-1848 entre Estados Unidos y México. El primero arrebató al segundo riquísimas zonas de agricultura, ganadería, horticultura, enormes reservas de petróleo, cobre y otras incontables riquezas naturales. Todo esto socavó el desarrollo económico mexicano en el siglo pasado y sigue socavándolo en el presente".

Pero los yanquis en vano consideraban que el problema mexicano había terminado. En el oeste se sublevó el general Juan Alvarez, a quien pronto se unieron otros patriotas, entre ellos Juárez.

El general se asombró extraordinariamente cuando, pasado algún tiempo, recibió un paquete destinado al licenciado Benito Juárez. ¿Acaso el laborioso indio que servía en su Estado Mayor era el famoso don Benito Juárez, ex gobernador de Oaxaca?

Alvarez decidió hablar con él:

— Aquí hay un paquete destinado, al parecer, a usted. ¿Acaso es usted licenciado?

— Sí, señor.

— ¿O sea, que es usted el antiguo gobernador de Oaxaca?

— Sí, señor.

— ¿Por qué no me lo dijo antes?

— ¿Para qué? Mi pasado en este caso no tiene importancia.

Cierto tiempo después Juárez fue nombrado ministro de justicia, instrucción pública y asuntos de la Iglesia durante el gobierno del general Alvarez. Desde entonces Juárez entró en la historia como autor de la ley que aboliera los privilegios especiales de la Iglesia y del

Ejército. Los patriotas liberaron la capital de México convocando una Asamblea Constituyente que elaborara la nueva Constitución.

El 6 de febrero de 1857 fue aprobada la nueva ley fundamental del país. El primero en prestar juramento, arrodillado, fue Valentín Gómez Farías, presidente honorífico de la Asamblea Constituyente. Otros diputados siguieron el ejemplo del viejo caudillo liberal.

Por su contenido, esa Constitución era una de las más progresistas de su época. Proclamaba a México república representativa, democrática y federativa integrada por estados libres y soberanos respecto a su régimen interno. En ella se incluyeron las principales tesis de las leyes en cuya elaboración participó activamente Juárez. Abolía y prohibía la esclavitud, entre otras las deudas (el peonaje), expulsaba a los jesuitas del país, aseguraba las libertades democráticas, sancionaba la institución de la Guardia Nacional, suprimía las aduanas internas y derechos de aduana, la alcabala colonial (impuesto por la venta de las mercancías), proclamaba la necesidad de mejorar la situación de los trabajadores. El poder legislativo se concedía a la Cámara de diputados. El presidente era elegido para un período de 4 años. El puesto de vicepresidente coincidía con el del presidente del Tribunal Supremo. En el caso de muerte del presidente o de incapacidad de cumplir con sus obligaciones, sería reemplazado automáticamente por el vicepresidente.

Los círculos reaccionarios recibieron muy mal la nueva Constitución, bajo amenaza de excomunión la Iglesia prohibió jurarle obediencia y declaró su boicot al Estado. Entre tanto, Juárez fue nombrado ministro del Interior, presidente del Tribunal Supremo y vicepresidente de la república.

En 1858 Juárez llega a ser jefe del gobierno. Durante tres años lucha por realizar la reforma social, en primer término por separar la Iglesia del Estado y confiscar a favor del Estado los bienes de aquélla. El programa fue realizado completamente mediante las llamadas Leyes de Reforma que constituían la principal conquista de la revolución burguesa cuyo inspirador y dirigente fue el gobierno de Juárez.

Las Leyes de Reforma proclamaban la nacionalización de los bienes de la Iglesia; liberaban a la población de toda clase de impuestos y recolectas de la Iglesia;

prohibían la actividad, en territorio mexicano, de monasterios, órdenes monacales, incluidas las corporaciones y organizaciones eclesiásticas de misioneros y de otro tipo. Además, el gobierno de Juárez rompió las relaciones diplomáticas con el Vaticano.

Fue establecido el sistema de instrucción pública laica. El registro de los matrimonios y de otros actos civiles pasaba a ser competencia del Estado. Como siempre, Juárez era el primero en dar ejemplo para el cumplimiento de las obligaciones civiles: cuando nació su hija Francisca, certificó personalmente su nacimiento en una oficina del Registro Civil.

La aprobación de estas leyes socavaba la influencia económica, política e ideológica de la Iglesia Católica, principal baluarte de las fuerzas feudales, reaccionarias y antinacionales en México. Por su profundidad y envergadura, en este aspecto, la legislación reformadora no tenía análogo en América ni en Europa, a excepción de los decretos de la Revolución Francesa del siglo XVIII respecto a la separación de la Iglesia del Estado.

Dos años después de la victoria de los liberales en México, en Estados Unidos fue elegido presidente Abraham Lincoln, partidario de liberar a los esclavos. Todo indicaba que esto se lograría sólo después de una contienda sangrienta contra los estados del Sur.

En Francia, en aquella época, gobernaban los aristócratas, los banqueros y los grandes hombres de negocios, cuyo ídolo era el aventurero Napoleón III, quien soñaba con apagar con sus conquistas (envió sus tropas a Vietnam y al Africa del Norte) la gloria de su tío Bonaparte. En Inglaterra estaba en el poder Palmerston, político astuto y falso, que aspiraba a ampliar por todos los medios los límites del Imperio Británico. En el centro de Europa levantaba la cabeza Prusia amenazando a sus vecinos con conquistas territoriales. En el Oriente, en el Imperio Ruso, reinaba indivisiblemente la autocracia...

Sin embargo, Juárez creía en México. El objetivo de su vida era el progreso de su patria, el servicio a sus intereses supremos. Estas gentes, como regla general, nunca pierden la fe en el futuro, siempre consideran alcanzables los sueños, al parecer, más irrealizables. Con frecuencia sufren fracasos, pero perecen en su puesto, en combates crueles contra el enemigo y, aún ante la

muerte, están seguros de que no vivieron en vano. Todos los grandes movimientos populares encuentran jefes que poseen precisamente estas cualidades: fe en la causa que defienden y encarnan y el vehemente deseo de servir a esta causa con todas sus fuerzas.

Patriota

Juárez es elegido presidente de México, pero al país lo amenaza un nuevo peligro: la invasión de las potencias europeas. Carlos Marx, quien vivía entonces en Londres como corresponsal de *Die Presse* de Viena y del *New York Daily Tribune* norteamericano, observaba intranquilo los preparativos para atacar a México. A este tema dedicó dos artículos escritos siguiendo las huellas frescas de los acontecimientos: del 7 y del 8 de noviembre de 1861, es decir, una semana después de la firma del convenio, en Londres, entre Iglaterra, Francia y España; sus escritos aparecieron en *Die Presse* y en *New York Daily Tribune*. Basándose en los datos de la prensa inglesa y francesa, Marx, con la perspicacia y brillantez que le eran inherentes, desenmascaró el carácter criminal y saqueador de la intervención contra México concebida por estas potencias.

En el primer artículo Marx indicó que el convenio de Londres significaba la formación de una nueva Santa Alianza que trataba de aplicar a los Estados americanos el mismo principio según el cual se consideraba llamado a intervenir en los asuntos internos de los países europeos. El primer plan de ese tipo fue elaborado a comienzos de los años 20 del siglo XIX por Chateaubriand, ministro de relaciones exteriores de Francia, para los Borbones españoles y franceses, sin embargo éstos no se decidieron a realizarlo. Pero entonces la guerra civil en EE.UU. creó condiciones propicias que daban la posibilidad a las monarquías europeas de sentar un precedente de intervención, apoyándose en el cual se podría actuar en adelante. En el segundo artículo Marx censura de mánera aun más radical los planes ideados por tres potencias europeas de hacer caer por la fuerza al gobierno de Juárez y de ocupar a México, poniendo de relieve sus objetivos internos.

La prensa progresista rusa de aquella época, que

concedía gran atención a estos temas, tenía una opinión semejante sobre las acciones agresivas de las tres potencias respecto al gobierno de Juárez. En septiembre de 1861 la revista *Rússkoe slovo* comentó de la siguiente manera los planes de la intervención contra México: "La gloria no cuesta mucho a los españoles, y por eso piensan dirigirse en busca de nuevos laureles a México, donde se presenta una oportunidad para enriquecerse sin correr gran peligro. El Partido Constitucional y su presidente Juárez acaban de triunfar sobre sus enemigos... El país respiró libremente... Pero el tesoro estatal lo dejaron vacío Miramón* y personas como él... Juárez gastó su propio dinero pagando a los hombres de negocios ingleses sumas que sus antecesores robaban de noche, rompiendo las ventanas, forzando las puertas y abriendo los baúles. Para que los mexicanos puedan cancelar las deudas hay que esperar, pero no se quiere esperar. Si Juárez no encuentra el dinero, que no tiene, los ingleses enviarán su flota a exterminar el mayor número posible de mexicanos, quemar Veracruz y Tampico. Los franceses harán otro tanto con su escuadra, y les seguirán los españoles".

En noviembre de ese año la misma revista publicaba: "La intromisión de tres forzudos —el inglés, el francés y el español—, en los asuntos del débil México se realizará de inmediato. Para poner en práctica el convenio firmado el 31 de octubre, las flotas inglesa y francesa ya emprendieron su camino... La escuadra española los espera en Cuba. Por consideraciones puramente diplomáticas, para evitar en el futuro toda convergencia desfavorable de circunstancias, los tres gobiernos exigen la cooperación del cuarto aliado, Estados Unidos. Y, además, al emprender esta expedición, tratan de asegurar al mundo que actúan al margen de intereses egoístas y estrechos... Con los sables desenfundados y los fusiles cargados, españoles, franceses e ingleses se dirigen a cobrar al pobre una suma ínfima que éste pagaría gustoso, pero no tiene con qué".

En enero de 1862, en la revista *Sovreménnik* (El contemporáneo) apareció un extenso artículo de N.Chernishevski sobre la expedición a México, en el que el gran demócrata revolucionario desenmascaró y estigmatizó apasionadamente la próxima agresión de Inglaterra, Francia y España a México. Señaló, además, que para Francia la intervención costaría veinte veces más que las deudas mexicanas por las cuales ésta, supuestamente, se organizó, y que "una causa muy importante de la guerra para castigar a los mexicanos por la negligencia en los pagos emprendida por Inglaterra y Francia radica precisamente en que en México se instaló un gobierno capaz y deseoso de ser correcto ante los creditores. Pero mientras no hubo esperanza de la aparición de semejante gobierno en México, mientras los acreedores no tenían realmente esperanzas de recibir porcentajes, nadie los quería defender... Mas cuando él (Miramón) y otros jefes de las partidas gobernaban en México, naturalmente, no pagaban ningún porcentaje por las deudas. Pero las potencias marítimas occidentales no estaban disgustadas por ello con Miramón; por el contrario, incluso lo apoyaban en su lucha contra los ciudadanos honestos".

Chernishevski escribía con profundo respeto sobre Benito Juárez, quien trataba de asegurar al país la paz y el orden jurídico después de tres años de luchas civiles. Censuraba a las monarquías europeas que intentaban impedir que la antigua colonia española creara un Estado soberano con un régimen político estable: "Ahora, cuando les pareció que en México se terminó con los tiempos de las antiguas discordias bandidescas, que el gobierno legítimo se estableció firmemente, las potencias marítimas occidentales han dirigido sus tropas contra este gobierno, que manifiesta su firme propósito de satisfacer las pretensiones de los acreedores".

El demócrata revolucionario ruso censuró las aspiraciones colonialistas de las grandes potencias: "Esta expedición a México no puede ser comprendida de otra manera que como un ejemplo sorprendente de la política maquiavélica: hay que impedir la organización de las cosas en otros pueblos para mantenerlos impotentes y dependientes".

En julio de 1862 los intervencionistas desembarcaron en Veracruz. Poco después Inglaterra y España retiraron sus ejércitos de México donde quedaron sólo los franceses.

Los franceses mataron a muchos destacados patriotas, entre otros a los generales Arteaga y Salazar, a Chávez, septuagenario gobernador del estado de Zacatecas,

* Juan Miramón, general, sirvió más tarde a los intervencionistas franceses en México.

al general Guilardi, compañero de lucha de Garibaldi y participante en la defensa de Puebla, a la valerosa guerrillera Ignacia Riecci. Exterminaron a más de 20 mil mexicanos, de ellos cerca de mil personas en la capital; destruyeron y arrasaron las ciudades de San Sebastián y Citacuaro, cuya población apoyaba a los patriotas.

El terror fue acompañado del saqueo. Si los zuavos se dedicaban de merodeo, Maximiliano, sus ministros y los generales franceses saqueaban en grande. La propia manutención de Maximiliano, con sus 26 sirvientes, costaba 1,5 millones de pesos anuales. El traidor general Almonte recibía 100 mil pesos al año, mientras que el salario del presidente Juárez era de 30 mil pesos. Los impuestos se duplicaron. El presupuesto del gobierno de Maximiliano era tres veces y media mayor al de la república, mientras que el déficit equivalía a la suma de ingresos; además, la mitad de los gastos la constituían los intereses por concepto de las deudas al exterior. Maximiliano siempre necesitaba dinero, que le daban los banqueros franceses cobrando elevadísimos intereses. La deuda del "imperio" mexicano a los banqueros extranjeros creció en 190 millones de pesos en comparación con la deuda de México antes de la intervención de los franceses. Estos trataban de sacar del país azteca el máximo por sus servicios. Se quedaban con los aranceles aduaneros, sacaban plata y otros metales preciosos, se apropiaban de las haciendas y los inmuebles en las ciudades.

El saqueo y el monstruoso ensañamiento, lejos de fortalecer la situación de los intervencionistas, los aislaron aun más de la población. Gente de todas las edades y profesiones, tratando de salvarse de la represión, se unía a los guerrilleros cuyo número casi se duplicó para fines de 1865. Los destacamentos guerrilleros dominaban por completo en el campo y asediaban las guarniciones francesas en muchas ciudades. Finalmente los invasores se vieron obligados a huir de México, Maximiliano y sus partidarios locales sufrieron la derrota en Querétaro y el tribunal los condenó al fusilamiento.

A Luis Bonaparte le informaron del fin que corriera Maximiliano cuando participaba junto con la emperatriz Eugenia, el sultán turco y el príncipe de Gales en una de las ceremonias de la Exposición internacional en

París. Leyó el comunicado, y sin inmutarse en lo más mínimo, siguió derrochando sonrisas a los cortesanos y los huéspedes de honor. No le quedaba más remedio que poner a mal tiempo buena cara. Del fusilamiento de Maximiliano él era el responsable directo; él, Napoleón III, el creador del "imperio" mexicano. Al día siguiente, la prensa oficial francesa atacó con furia a Juárez, indio cruel y sanguinario, quien ejecutara al noble, romántico y confiado Maximiliano...

Los que veían en Napoleón III al usurpador y enemigo del pueblo, acogieron los acontecimientos en Querétaro de otra manera. Los obreros republicanos de Francia dirigieron a Juárez un telegrama de saludo manifestándole su apoyo y solidaridad.

Los Congresos colombiano y dominicano le otorgaron a Juárez el título honorífico de "Persona benemérita de América". En muchos países se acuñaron medallas recordatorias en honor del presidente de México. En Argentina se le dio su nombre a una ciudad. Esto no era sino el inicio del reconocimiento popular de los méritos históricos del "pequeño indio", que dirigió al pueblo mexicano, en una tenaz y cruenta lucha contra los invasores extranjeros y defendió su independencia.

A Juárez la gloria post mortem no le interesaba en lo más mínimo. Para él la ejecución de Maximiliano y los cabecillas de la reacción no representaba sino un episodio en la lucha del pueblo mexicano por su libertad e independencia.

El 21 de junio, las tropas mexicanas liberaron la capital; lograron capturar al traidor Vidaurri, quien por sus crímenes fue pasado por armas. Sin embargo, Leonardo Márquez, el más cruel de todos los renegados al servicio de Maximiliano y de los intervencionistas franceses, logró escapar. Vestido de mulero, llegó a Veracruz, y de allí, a La Habana, donde, protegido por los españoles, se dedicó a la usura hasta la muerte.

Juárez regresó a México. El y sus ministros iban en las dos carrozas en las que el presidente abandonó en 1862 la capital llevándose el famoso Archivo Nacional del país. Más tarde Juárez escribía que el regreso a México se prolongó porque por el camino los vehículos se averiaban y había que repararlos continuamente. Estas carrozas históricas se conservan en el museo.

Los habitantes de la capital recibieron entusiasmados

a Juárez. En la plaza ante el Palacio presidencial se organizó una parada militar.

Juárez subió al balcón del Palacio, sacó del bolsillo lateral de su viejo y usado saco negro un envoltorio, lo desplegó y el pueblo vio en sus manos la bandera nacional de México que perteneciera a Hidalgo, aquella que hacía cuatro años se llevó al marcharse al norte.

Juárez, Presidente de la República, regresó a la capital, y sobre su palacio ondeaba nuevamente la bandera nacional. El Archivo Nacional ocupó otra vez su lugar en una sala junto al gabinete del Jefe del Estado.

Veracruz, último baluarte de la reacción, fue liberada. Se callaron las piezas de artillería. Cesó el tiroteo.

Ahora había que levantar la nación de las ruinas, darle nueva vida, nuevas esperanzas, restablecer lo destruido, construir lo nuevo...

En 1870, cuando Prusia agredió a Francia, Juárez dirigió a los demócratas franceses un mensaje, en el que ratificaba la necesidad de proseguir la lucha contra los prusianos, incluso en caso de que cayera París y el rey prusiano se trasladase a Tullerías. Durante cuatro años Maximiliano ocupó la capital mexicana, pero esto lo tuvo que pagar en Querétaro. En estos años los patriotas mexicanos recorrían el país, algunos de ellos no soportaron las dificultades de la lucha y se pasaron al enemigo. Pero tanto él, Juárez, como sus partidarios no se entregaron a la pena y siguieron luchando hasta lograr la victoria.

Deseo que lo mismo ocurra en Francia, terminaba su mensaje don Benito. Su causa, después de la caída de Napoleón III, se convirtió en la causa de todos los pueblos libres. Esta verdad era tan comprensible a los demócratas mexicanos que seiscientos veteranos de la Guerra de la Independencia, que habían luchado durante cinco años contra las tropas del mariscal francés Basaine, consideraron que su deber era ir a Francia. Armados y equipados con sus propios medios esperaban unirse al ejército voluntario de Garibaldi, quien se apresura a acudir en su ayuda.

La legión mexicana no alcanzó a luchar por la libertad de Francia. Cuando se concentraron en Veracruz, el gobierno de Thiers firmó un armisticio con Bismarck y se dedicó a derrocar la Comuna de París. De todos modos, desde Europa seguían llegando noticias positivas.

Los comuneros de París habían fusilado al banquero Jecker, cuyo préstamo a México sirvió a Napoleón III de pretexto para agredir a este país.

Algunos franceses huyeron del país después de la caída del imperio temiendo que deberían responder ante el pueblo por arrastrarlo a la guerra contra México. El traidor Almonte, quien durante la intervención ocupaba el puesto de embajador de Maximiliano en París, murió al enterarse de que Napoleón III había caído preso en Sedán.

Durante la Comuna de París, alguien sacó una caja de finos vinos de las bodegas del Palacio de Tullerías y la envió como regalo a Juárez con una nota: "Es muy natural que Usted, quien tuviera el honor de asestar el primer golpe merecido a la casa comercial "Bonaparte y Cía" usara algunos de sus bienes ahora, cuando esta compañía se liquida en pública subasta". Don Benito Juárez, tomando vino de Napoleón III, ¿acaso puede concebirse un final mejor para la vergonzosa intervención que, según su inspirador, debía ser la página más brillante de su reinado?

Fallecimiento

Pasaron 53 años desde que el desconocido niño zapoteca abandonara el poblado montañoso de San Pablo Guelatao instalándose en la ciudad de Oaxaca. Desde entonces sirvió con decisión a su patria. Pero su corazón le fallaba desde hacía tiempo, aunque él nunca se quejaba de su salud.

El jueves, 18 de julio de 1872, fueron a verlo al palacio presidencial sus hijos adoptivos: huérfanos, cuyos padres habían muerto durante la intervención francesa. Vivían en un horfanato con el dinero que Juárez asignaba para estos fines de su modesto salario. Al despedirse de sus pequeños amigos, sintió un ahogo, sin embargo, se recuperó y continuó recibiendo visitantes y firmando papeles del Estado.

Por la noche, ya en su casa, Juárez otra vez se sintió mal. Llamaron al médico, quien diagnosticó que tenía un ataque de angina de pecho. Al sentirse aliviado le preguntó al médico:

— Dígame francamente: ¿mi enfermedad es mortal?

— No tan mortal como para que usted no la pueda superar —le contestó aquél diplomáticamente.

En aquel momento llegó a verlo el Secretario de Relaciones Exteriores Lafragua. Juárez se levantó del lecho, se sentó en un sillón, se tapó con una manta y durante media hora conversó con el ministro, quien se marchó deseándole rápido restablecimiento. El presidente manifestó durante la conversación tal aguante que el ministro ni sospechó que la enfermedad era mortal.

Una hora más tarde Juárez tuvo un nuevo ataque. El médico le aplicó compresas calientes, pero esta vez sin resultado alguno. A las 11 de la noche perdió el conocimiento y media hora más tarde el médico constató su muerte.

El 23 de julio tuvo lugar el entierro de Benito Juárez, cuyos despojos mortales fueron acompañados por la población capitalina. Los periódicos señalaban que el cortejo fúnebre lo encabezaron escolares y 800 obreros representantes de todas las profesiones conocidas en el país. El México obrero, popular, rendía el último tributo al "pequeño indio".

Más de cien años nos separan del día cuando se cortó la vida de Benito Juárez. Después de su muerte México ha experimentado muchas conmociones y pruebas difíciles.

Al pasar los años, en todas las capitales de los países latinoamericanos se erigen majestuosos monumentos en su honor, su nombre se da a plazas y calles. En México se colocó en una misma fila con los "Padres de la Nación": Hidalgo y Morelos.

Su imagen aparece en los manuales escolares y en los tratados de historia, su nombre lo llevan ciudades, su rostro ha sido plasmado en los monumentales frescos por los grandes muralistas mexicanos José Clemente Orozco, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros...

"El pequeño indio" sigue viviendo en los corazones de la gente sencilla. Y en las banderas de los que están a la salvaguarda de la independencia, hoy, como ayer, están escritas las palabras amenazadoras para los enemigos internos y externos de México: ¡Viva Juárez!

JOSE MARTI. LUCHO POR LA LIBERTAD DE CUBA

La historia de Cuba es rica en nombres gloriosos, en héroes que se han consagrado al servicio de la patria. Las Guerras de la Independencia de la isla en 1868-1878 y en 1895-1898 son especialmente ricas en gloriosos patriotas entre otros: Carlos Manuel de Céspedes, primer presidente de la Cuba combatiente; Máximo Gómez, quien naciera en la República Dominicana y peleara por la libertad de la isla; el polaco Carlos Roloff, e incluso hubo rusos que participaron en la lucha por la independencia de la isla. Del gran número de personas elegimos a José Martí, sobre quien hablaremos a continuación.

El antimperialista

José Martí vivió en la segunda mitad del siglo XIX. Era poeta y dedicó toda su vida a la lucha por la independencia de su país. Pero patriotas como él había muchos en aquella época en la isla y, quizás, lo que lo destaca de entre sus compatriotas, fue su concepción del mundo, que se iba formando paulatinamente. En 1870 en el apogeo de la guerra liberadora en Cuba, Martí, entonces un joven de 17 años, es condenado por el tribunal militar español a 6 años de trabajos forzados (no se trataba de su primer arresto) por su actividad patriótica. Luego estudia y trabaja en la propia España, después en México, Guatemala, Venezuela y durante muchos años vive en Nueva York, donde escribe versos, artículos, ensayos, crea y dirige el Partido Revolucionario Cubano. Este

partido encabeza la última etapa de la lucha por la independencia de Cuba contra el dominio español. La guerra comienza en 1895 con la insurrección general en la isla, y Martí participa directamente. El 19 de mayo del mismo año perece en un combate contra los españoles cerca del poblado de Boca de Dos Ríos en la provincia de Oriente.

Mas no son sólo estos hechos, de por sí significativos, los que nos atraen hoy día hacia la figura de José Martí, sino la circunstancia de que sus vivencias en EE.UU. lo convirtieron en el primer crítico implacable tanto del rumbo político exterior de ese país, como del presunto "modo de vida norteamericano". Este hecho lo convierte en uno de los fundadores de la lucha contra el imperialismo norteamericano en el continente.

José Martí nació en La Habana el 28 de enero de 1853 en la familia de un guardián español poco instruido, quien llegara a teniente y después se retirara, debido a la actividad del hijo, viviendo de trabajos casuales. El que el pequeño naciera en Cuba y sus padres en España, constituía una circunstancia importante. Por esa razón Martí era criollo, patriota de la isla, mientras que sus padres, al igual que otros españoles, eran partidarios decididos de la subordinación de la isla a Madrid. Es cierto que estos hechos no repercutían en las relaciones familiares: Martí conservó hasta el fin el amor hacia sus padres y sus dos hermanas: Marta Ana y Antonia, y éstos hacia él admirando sus extraordinarias capacidades.

Recordemos que cuando a principios del siglo XIX América Latina conquistó la independencia, Cuba y Puerto Rico seguían siendo colonias españolas. No obstante, tanto en uno como en el otro país, en primer término los criollos, seguían elaborando planes para lograr la independencia. La guerra de los cubanos por la independencia en 1868-1878 terminó con la victoria de los españoles.

Sin embargo, fue una victoria poco duradera, pues muchos patriotas, entre ellos el general Antonio Maceo, siguieron la lucha contra los ocupantes. La segunda etapa de esta lucha la encabezó José Martí y su Partido Revolucionario Cubano.

Ya en el artículo *Nuestra América*, publicado en enero de 1891 en el periódico mexicano *El Partido Liberal*, Martí afirma: "Con los oprimidos había que

José Martí

hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima".

¿Quién era este sanguinario e implacable tigre? Se trataba no sólo de la reacción interna, sino de la poderosa potencia del Norte, a la que Martí llama de diferente manera: gigante con botas de siete millas, el vecino gigante, el monstruo.

La lucha por un pedazo de pan ocupaba para Martí muchísimo tiempo exigiendo grandes reservas espirituales, sólo podía ganarse la vida con su pluma. Vivió en varias repúblicas latinoamericanas y en EE.UU., y sus artículos sobre política, arte, literatura y sobre los acontecimientos de importancia internacional, se publicaban en periódicos argentinos, venezolanos, colombianos, hondureños, mexicanos, uruguayos. Su estilo era brillante, figurativo, conocía muy bien los temas, usaba un español refinado, sonoro y bello. Los leían con gusto, pero pagaban muy poco y él no sólo debía mantenerse a sí mismo, sino ayudar a su madre y a otros parientes. La esposa lo dejó llevándose a su hijo, no soportó las dificultades.

En sus corresponsalías Martí se hacía eco de los acontecimientos más importantes de su época. Ejemplo de ello es un artículo suyo, publicado en el periódico argentino *La Nación,* donde describe una velada celebrada en Nueva York en memoria de Carlos Marx, fundador del socialismo científico:

"Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor... Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos... Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases y despertó a los dormidos, y les enseñó cómo echar a tierra los puntales rotos... Aquí están buenos amigos de Karl

Marx, que no fue sólo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. El veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha". Martí señaló que los obreros neoyorquinos, en la resolución aprobada, llamaron a Carlos Marx "el héroe más noble y el pensador más poderoso del mundo del trabajo".

En EE.UU. no podía acostumbrarse al modo de vida norteamericano. Por una parte, el carácter práctico, la energía y la tenacidad de los gringos lo admiraban, al igual que su progreso material y técnico; por otra, le abrumaba la sed insaciable de enriquecimiento, propia de muchos de ellos, una actitud despectiva hacia las elevadas aspiraciones e ideales nobles, lo cual Martí consideraba característico del modo de pensar de los latinos. Poco a poco Martí llega a la conclusión de que a los presumidos yanquis había que oponerles resistencia cada vez que atentaban contra el honor, la dignidad y la libertad de los cubanos.

Su refugio era la poesía. A veces se sentía poseído de inspiración y escribía ciclos completos de versos. Así sucedió con el *Ismaelillo,* dedicado a su hijo, que empezó en Venezuela y terminó en Nueva York en 1882. La recopilación *Versos sencillos* salió nueve años después. Otros dos ciclos *Versos libres* y *Flores del exilio* sólo vieron la luz después de la muerte del poeta. Su poesía es sencilla y, al mismo tiempo, está llena de profundos pensamientos, de grandes pasiones, de elevadas aspiraciones.

Martí el poeta y Martí el luchador por la independencia de Cuba son inseparables. Los versos son también un arma en la lucha por los ideales elevados, sagrados. Con pleno fundamento decía:

"Mi verso al valiente agrada:
Mi verso, breve y sincero,
Es del vigor del acero
Con que se funde la espada".

Consideraba, además, que el poeta es el bardo de los oprimidos y los sufrientes, defensor de los débiles y ofendidos, luchador por una causa justa; lo principal

en la poesía es el pensamiento, no la forma.

En la prosa martiana del período de su permanencia en Nueva York se destacan en especial sus artículos sobre distintos aspectos de la vida estadounidense que luego se publicaron con el título de *Escenas norteamericanas*. En ellos Martí escribía entre otros muchos temas, sobre la lucha de clases, sobre los activistas obreros de Chicago ejecutados por una acusación falsa en 1887, en memoria de quienes fue instituida la fiesta del Primero de Mayo; sobre los "gentlemen de la fortuna", rapaces capitalistas que acumulan sus bienes mediante el saqueo y el engaño, las especulaciones y la desenfrenada explotación de los obreros; sobre los politicastros venales, la hipocresía religiosa, sobre el bandido Jesse James, ídolo de los pancistas norteamericanos, sobre la agresiva política de ese país en Latinoamérica, sobre los grandes escritores norteamericanos: Mark Twain, Longfellow, Walt Whitman...

Al analizar la realidad social de Estados Unidos el poeta predecía que en este país se desencadenaría inminentemente una temible batalla social. Los intentos de aplastar por medio del terror el descontento y las protestas de los obreros no alcanzarían su objetivo.

En Estados Unidos, afirma Martí, "los tigres son los dueños de la vida". El escritor hace un retrato implacable de tales "tigres": "Estos hombres desconsiderados y acometedores, pies en mesa, bolsa rica, habla insolente, puño presto; estos afortunados pujantes, ayer mineros, luego nababs, luego senadores; esta gente búfaga, de rostro colorado, cuello toral, mano de maza, pie chato y ciclópeo; estos ventureros, criaturas de lo imposible, hijos ventrudos de una época gigante, vaqueros rufianes, vaqueros perpetuos; estos mercenarios, nacidos, acá como allá, de padres perdidos al viento, de generaciones de deseadores enconados, que al hallarse en una tierra que satisface sus deseos, los expelen más que los cumplen, y se vengan con ira, se repletan, se sacian en la fortuna que viene, de aquella que esperaron generación tras generación, como siervos, como soldados, como lacayos, y nunca vino; estos tártaros nuevos, que merodean y devastan a la usanza moderna, montados en locomotoras; estos colosales rufianes, elemento temible y numeroso de esta tierra sanguínea, emprenden su política de pugilato y, recién venidos de la selva, como en la selva

viven en la política, y donde ven un débil, comen de él, y veneran en sí la fuerza, única ley que acatan y se miran como sacerdotes de ella, y como con cierta superior investidura e innato derecho a tomar cuanto su fuerza alcance... La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos estas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquella... Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de la rienda la legislación, como un caballo vencido y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra. Son los mismos siempre; siempre con la pechera llena de diamantes; sórdidos, finchados, recios: los senadores los visitan en las horas silenciosas; abren y cierran la puerta a los millones: son banqueros privados... ¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos! ¡Banqueros no: bandidos!"

Con indignación y pasión Martí azota los vicios de la sociedad capitalista, censurando la alianza de la iglesia con los ricachones en su artículo: *La excomunión del padre Mc Glynn*. Al exponer las circunstancias de este asunto, critica la religión en su conjunto: "Las religiones son todas iguales: puestas una sobre otra, no se llevan un codo ni una punta: se necesita ser un ignorante cabal, como salen tantos de universidades y academias, para no reconocer la identidad del mundo. Las religiones todas han nacido de las mismas raíces, han adorado las mismas imágenes, han prosperado por las mismas virtudes y se han corrompido por los mismos vicios".

Según Martí, todas las religiones tienen sus milagros, sus augures, sus oráculos, sus ídolos, sus Jaggernautas que castigan y se ensañan, sin embargo, sólo hasta donde la gente cree que la independencia del juicio y de la acción —esta propiedad inalienable del espíritu humano, su máximo valor— puede ser contrario a la palabra de Dios. Pero cuando los hombres dejen de creer en esto y avancen hacia Jaggernauta con un garrote, le arranquen su manto y su vestimenta radiante, rompan su gorda panza, le quiten la siniestra corona sembrada de brillan-

tes piedras preciosas, ellos, en vez de la palabra de Dios a la que se erigen los suntuosos templos, no descubrirán nada fuera de un tonto de madera, carcomido por los gusanos, con pies y manos de cartón, pintados, hermano de los espantapájaros de carnaval. Precisamente así obraron los católicos neoyorquinos, cuando, indignados por el cinismo con que la iglesia oficial comercia sus derechos de hombres libres, levantaron el garrote al poder papal, tan poco inteligente que excomulgó a un cura piadoso.

La Iglesia es el apoyo del régimen capitalista en Estados Unidos, demuestra Martí, apoya a los politicastros venales que, a su vez, la protegen. Existe otro documento descubierto después de la muerte del Apóstol, como llaman a Martí los cubanos, y publicado por primera vez en sus Obras en 1948, titulado convencionalmente *Hombre del campo* que estaba destinado a los habitantes rurales de Cuba.

El autor escribía: "No vayas a enseñar este libro al cura de tu pueblo, porque a él le interesa mantenerte en la oscuridad, para que todo tengas que ir a preguntárselo a él.

Y como él te cobra por echar agua en la cabeza de tu hijo, por decir que eres el marido de tu mujer, cosa que ya tú sabes desde que la quieres y te quiere ella; como él te cobra por nacer, por darte la unción, por casarte, por rogar por tu alma, por morir; como te niega hasta el derecho de sepultura si no le das dinero, él no querrá nunca que tú sepas que todo eso que has hecho hasta aquí es innecesario, porque ese día dejará él de cobrar dinero por todo eso...

Ese Dios que regatea, que vende la salvación, que todo lo hace a cambio de dinero, que manda las gentes al infierno si no le pagan, y si le pagan las manda al cielo, ese Dios es una especie de prestamista, de usurero, de tendero".

Los fragmentos citados del ciclo de artículos sobre Estados Unidos testimonian lo profundo que penetró el autor con su pluma-escalpelo en el seno de la tan manida democracia norteamericana, la manera valiente e intrépida con que mostró su esencia antihumana, inmoral. Martí vivió en el seno del monstruo norteamericano lo suficiente para conocer su verdadera esencia.

En periódicos norteamericanos sonaban cada vez con

más fuerza las voces que exhortaban al gobierno a realizar una intervención armada directa en el conflicto cubano-español porque la victoria de EE. UU. en un conflicto así podría aportarle no sólo a Cuba y Puerto Rico, sino también Filipinas. Al apoderarse de los dominios españoles en el mar Caribe, EE. UU. controlaría los accesos al istmo de Panamá y, fortaleciéndose en Filipinas, se convertiría en una potencia "asiática".

Renacieron también en EE. UU. los antiguos planes de comprar Cuba a España, proyectos que encontraban apoyo en los círculos gobernantes de Washington. A diferencia de la Guerra de los Diez Años, cuando EE. UU. restañaban sus heridas ocasionadas por la guerra civil y, por eso, no estaban en condiciones de entrometerse en los asuntos cubanos, ahora Washington tenía desatadas las manos y estaba dispuesto a tomar parte en las nuevas aventuras políticas exteriores.

La creciente amenaza de la intervención estadounidense podía reducir a la nada los esfuerzos de los patriotas para lograr la independencia. La visita de E. Bryson, corresponsal del periódico *New York Herald Tribune* al campamento de insurgentes convenció a Martí de que existían fundamentos serios para tener temores en ese sentido. Sobre el encuentro con el corresponsal Martí escribía en su carta que dirigió poco antes de morir al amigo mexicano Manuel Mercado: "... días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición durante catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo, yanqui o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros... Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender a éste que, sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. Y aun me habló Bryson más: de

José Martí y Rivera en la infancia

un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida como candidato de Estados Unidos, para cuando el actual presidente desaparezca, a la Presidencia de México".

El 5 de mayo Martí y Máximo Gómez se encuentran con las principales fuerzas del general Antonio Maceo en el poblado de Mejorana, cerca de Santiago de Cuba. Maceo encabeza un gran destacamento de 3 mil combatientes. En dicha reunión los comandantes rebeldes adoptaron la decisión de ratificar a Martí en el puesto de líder político de la revolución; a Gómez, en el del comandante en jefe; a Maceo, en el de comandante de las fuerzas rebeldes en la provincia de Oriente.

Martí y Gomez abandonan el campamento de Maceo y, acompañados de una pequeña escolta, se dirigen hacia la ciudad de Manzanillo al encuentro con el general Bartolomé Mazo, quien encabeza una importante unidad guerrillera, y junto con el cual piensan avanzar hacia el Occidente.

El 12 de mayo el destacamento de Martí se detuvo en el poblado Boca de Dos Ríos situado en el mismo centro de la provincia de Oriente. Pronto, el general Maceo se unió a Martí y a Gómez. Los dirigentes sostuvieron conversaciones durante varios días. El 17 de mayo recibieron la noticia de que se acercaba una columna de soldados españoles. A su encuentro salió el general Gómez con 40 hombres, pero pronto regresó sin encontrar al enemigo.

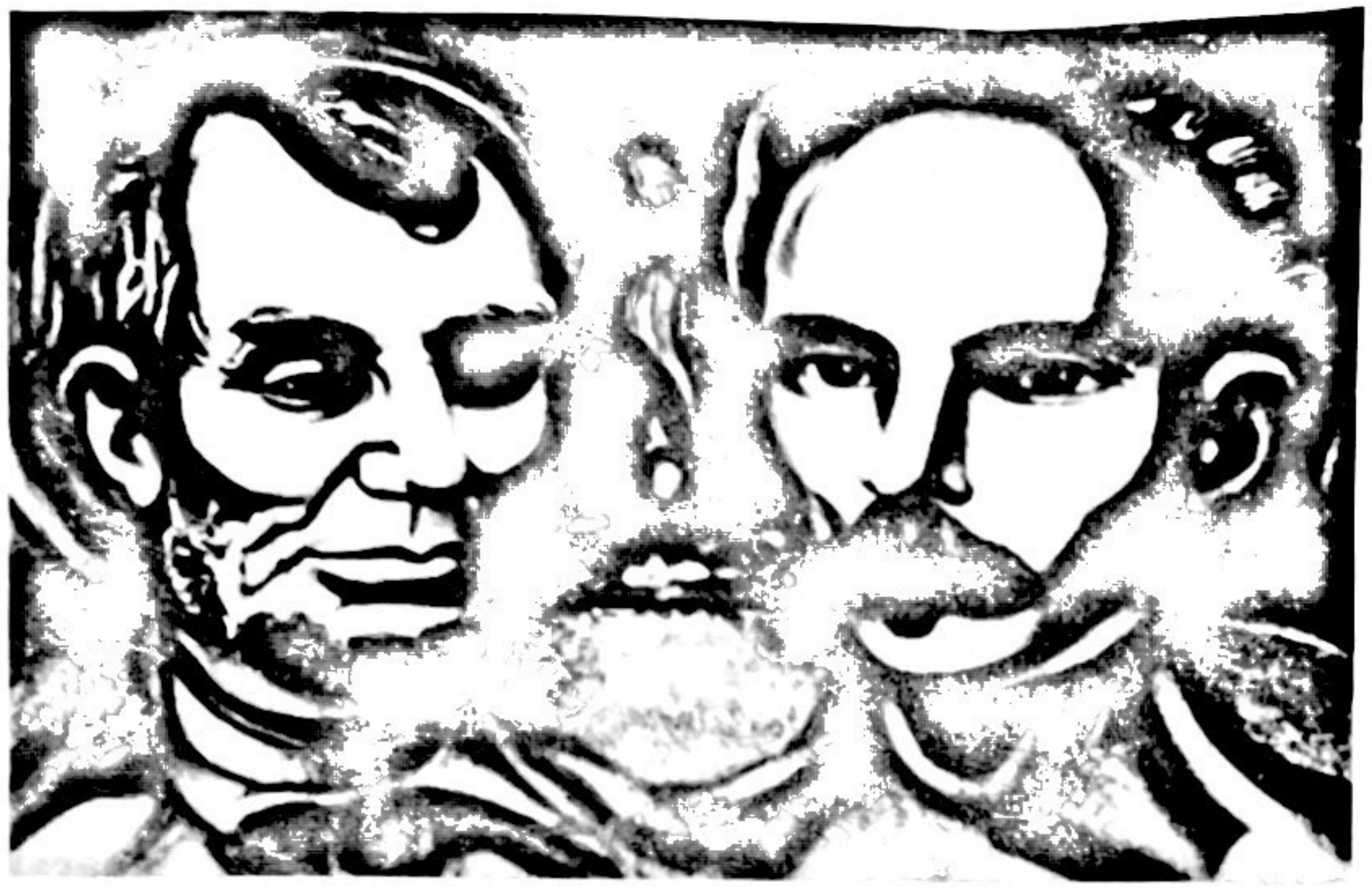
El 18 de mayo, por la noche, a la luz de una vela, Martí escribe la mencionada carta a Manuel Mercado, previniéndole sobre los planes anexionistas de EE. UU. Poco después Martí, Gómez y Maceo, ensillando apresuradamente los caballos, y acompañados de varios soldados, partieron en dirección opuesta a Boca de Dos Ríos. No sabían que los españoles desde hacía mucho habían descubierto su destacamento. Inesperadamente para los cubanos resonaron unos tiros. Martí disparando, ordenó:

— ¡Adelante, amigos!

— ¡Está usted herido! — gritó el joven rebelde Angel de la Guardia, quien iba a su lado.

— ¡Si no es sino un arañazo, adelante!

En este momento resonó una salva y Martí fue alcanzado por tres balazos y cayó muerto del caballo. Los



Abraham Lincoln y José Martí
(lienzo de D. Siqueiros)

intentos de los cubanos de llevarse su cuerpo fracasaron, pues de él se apoderaron los españoles, quienes, el 27 de mayo de 1895 lo enterraron en el cementerio de Santiago de Cuba.

Martí murió en un combate honesto, en su tierra natal, en el campo, entre hierbas, flores y los árboles, como fallecían los mambises y como él soñara morir:

Yo quiero salir del mundo
Por la puerta natural:
En un carro de hojas verdes
A morir me han de llevar.
No me pongan en lo oscuro
A morir como un traidor:
Yo soy bueno, y como bueno
Moriré de cara al sol!

Pereció cuando apenas cumplía 42 años.

Con la proclamación de la independencia de Cuba en el período de la así llamada "república falsa" y hasta la victoria de la revolución en 1959, los círculos gobernantes crearon un culto falso alrededor de José Martí. En cada escuela había un busto suyo, por doquier se le

erigían monumentos, y todo esto lo hacían quienes lo traicionaban permanentemente, castrando de su herencia su contenido progresista, avanzado. Basta con decir que el tirano Batista le erigió un monumento grandioso... Mientras que los norteamericanos se burlaban de Martí.

Un golpe mortal a la traición de los grandes ideales de Martí fue asestado por Fidel Castro, iniciador y jefe del movimiento de la juventud revolucionaria que surgió en la Isla en 1952 en honor del centenario del nacimiento del gran poeta y patriota. Cuando se juzgó a Fidel Castro por el asalto al cuartel Moncada en Santiago, a la pregunta del juez de quién lo había impulsado a dar este paso "insensato", él contestó que consideraba su padre espiritual a José Martí.

Después de la victoria de la revolución popular antimperialista en 1959, las obras de Martí brillaron con nuevos colores. Depurado de todo lo adherido y ajeno a él, apareció ante el mundo con su verdadera luz: como un luchador contra los ricachones de Wall Street, contra el oscurantismo clerical...

El gobierno revolucionario instituyó el Centro de Investigaciones Martianas, que edita un anuario dedicado al análisis de la obra de Martí, así como sus trabajos... Sobre él han escrito Fidel Castro, Armando Hart, Ernesto Che Guevara, Blas Roca, Carlos Rafael Rodríguez, Mella, otros comunistas, y personas progresistas de Cuba.

En la Unión Soviética desde hace mucho se traducen las obras de José Martí y se publican trabajos acerca de él, sus biografías e investigaciones.

Estos hechos suscitan el evidente descontento del actual presidente de Estados Unidos, quien emprendió un acto agresivo más contra la Cuba revolucionaria inaugurando en 1984 una nueva emisora de radio que transmite para la Isla de la Libertad, a la que le dio el nombre de José Martí... Es difícil creer en ello, pero los hechos, hechos son. Martí sigue participando en la lucha en la avanzada, como cuando vivía... Lo cual sólo testimonia que su herencia de demócrata revolucionario, antecesor del socialismo en Cuba, sigue jugando un papel sustancial en la lucha contra los enemigos internos y externos de su pueblo...

EL INSURRECTO RUBEN DARIO

Al igual que la mayoría de Estados centroamericanos, Nicaragua fue hasta poco uno de los países atrasados del Hemisferio Occidental. En Estados Unidos se los llamó despectivamente "bananeros" debido a que en el transcurso de decenios estas repúblicas fueron gobernadas, de hecho, por la compañía norteamericana "United Fruit".

Esa situación sirvió al escritor norteamericano O'Henry de material de base para su conocido libro *Pícaros y reyes*.

La república de Anchuria, imaginada por él, donde mandaban los aventureros y los comerciantes norteamericanos, podía ser cualquier país de Centroamérica.

Desde hacía mucho Estados Unidos se han entrometido en esta región, enviando sus tropas, ocupando algunas repúblicas, inspirando golpes de Estado, ejerciendo presiones, amenazando, chantajeando, derrocando los gobiernos locales; durante decenios, desplegaron allí la política de las cañoneras y del "gran garrote", poniendo en el poder a sus títeres. Precisamente en tales países las intervenciones militares de EE. UU. duraban años, los norteamericanos controlaban las aduanas, la recaudación de impuestos, las relaciones exteriores.

El poeta y su canción

A pesar de la situación, fue precisamente Nicaragua la que dio al mundo al poeta más grande de Latinoamérica: a Rubén Darío.

Nació el 18 de enero de 1867 en Metapa (hoy Ciudad-Darío, departamento de Matagalpa. Fue bautizado con el nombre de Félix Rubén, su apellido era García Sarmiento, pero los vecinos llamaban a toda su familia por el nombre del fundador del clan: Darío. Con el tiempo éste se convertiría en su seudónimo literario, en realidad, su nuevo apellido.

Los padres de Rubén Darío se separaron poco después de su nacimiento, y el niño quedó en la familia de su padrino, el coronel Félix Ramírez, cuya esposa, Bernarda Sarmiento, era tía de su madre y, de esta manera, se consideraba su abuela. Pasó su infancia en León, era ávido de saber y a los 3 años aprendió a leer.

A la muerte del coronel Ramírez, Rubén Darío queda en una situación de extrema pobreza. De todos modos, a los siete años, ingresa en la escuela pública local y pronto comienza a escribir versos que, como él recordara luego, fluían instintivamente.

El talentoso niño atrae la atención de los jesuitas expulsados de Guatemala, que recibieron asilo en Nicaragua gracias a la protección de los conservadores que gobernaban el país. Estudió con jesuitas, pero no lograron convertirlo en su partidario. La intelectualidad nicaragüense se distinguía por su librepensamiento, y León era considerada "capital" del liberalismo. Entre los poetas —que eran muchos— predominaban los admiradores de Jean Jacques Rousseau y del famoso escritor y panfletista ecuatoriano Juan Montalvo, anticlerical recalcitrante. Darío se desarrolló precisamente bajo su influencia.

Cuando tenía 13 años, aparecieron por primera vez en la prensa local sus versos y pronto "el poeta niño" se convierte en participante de todas las solemnidades y veladas literarias de la ciudad. Un año más tarde, en Managua, durante una fiesta en el Palacio Presidencial Rubén Darío recita en presencia del jefe del Estado Joaquín Zavala un largo poema, impregnado de radicalismo antirreligioso, el cual produjo la impresión de una explosión de una bomba. No obstante, el gobierno estaba dispuesto a darle beca para que estudiara en uno de los colegios de Granada. El joven no acepta esta ayuda y se va al vecino Salvador donde durante algún tiempo trabaja de maestro de la escuela primaria.

En 1884, el poeta regresa a la patria, trabaja en la secretaría personal del presidente Cárdenas y en la Biblioteca

Nacional dirigida por el poeta Antonio Onagón. Cada vez con más frecuencia los periódicos locales publican sus versos. Darío lee mucho. Precisamente de esa época parte la leyenda de que aprendió de memoria el enorme diccionario de Academia española de la lengua. Algún tiempo después Darío ingresa como redactor del nuevo periódico *El Imparcial,* recién fundado en Managua.

Dos años más tarde Darío se va a Chile y permanece allá cerca de tres años. El presidente chileno era entonces el progresista J. M. Balmaceda, con cuyo hijo el nicaragüense entabla amistad. Darío escribe mucho y publica en periódicos y revistas locales. Pero de la labor literaria no puede vivir y comienza a trabajar en la aduana de Valparaíso. En esta ciudad sale en 1888 su primer libro de versos *Azul,* y en Managua el titulado *Primeras Notas.* Se dice que es el fundador del modernismo, nueva corriente en la poesía en lengua castellana. Por esos tiempos en Latinoamérica el término significaba adhesión a lo moderno, al "espíritu de lo nuevo", a un lenguaje suelto, melodioso, musical. Los modernistas rechazaban categóricamente la sociedad burguesa, su espíritu vulgar de mercachifle. Darío el poeta luchaba contra el pancismo, la plutocracia que se cubría con la toga de la democracia, cuya encarnación veía en el modo de vida norteamericano.

La publicación de las primeras recopilaciones poéticas de Darío atrajo la atención de los dirigentes del periódico más grande de aquella época en Latinoamérica: *La Nación* de Argentina. En él colaboraban José Martí y otros representantes de la intelectualidad progresista del continente; Darío se traslada a Buenos Aires para trabajar en el periódico. Poco después regresa nuevamente a Nicaragua, luego lo vemos en El Salvador, después en Guatemala. Sigue escribiendo versos, publicando artículos y corresponsalías para *La Nación.* El poeta valoraba muy en alto la profesión de periodista. En uno de sus artículos señalaba: El periodista que escribe con amor lo que escribe, es el mismo escritor, como todo a quien llaman así. Merece indiferencia y olvido sólo quien de antemano quiere escribir para consumo palabras vacías y pensamientos anémicos.

Darío visita Cuba, España, Costa Rica y EE. UU. donde se encuentra con José Martí. A fines de 1893 regresa a Buenos Aires, trabaja en *La Nación*, establece contacto con el escritor y ensayista José Ingenieros y otros representantes de la intelectualidad progresista de entonces.

En 1896 se libra en Cuba la última etapa, decisiva, de la guerra del pueblo por la independencia. Cuando los españoles fueron derrotados, entraron en el conflicto EE. UU. Los acontecimientos en Cuba suscitan en Darío una ola de indignación. En uno de sus artículos escribe refiriéndose a los yanquis: "No, no puedo, no quiero estar de parte de esos búfalos de dientes de plata. Son enemigos míos, son los aborrecedores de la sangre latina, son los Bárbaros". En el artículo *El triunfo de Calibán* (1898) Darío censura el modo de vida norteamericano basado en el mercantilismo, el lucro, el dinero contante y sonante: "Y los he visto a esos yankees, en sus abrumadoras ciudades de hierro y piedra, y las horas que entre ellos he vivido las he pasado con una vaga angustia. Parecíame sentir la opresión de una montaña, sentía respirar en un país de cíclopes, comedores de carne cruda, herreros bestiales, habitantes de casas de mastodontes. Colorados, pesados, grasosos, van por sus calles empujándose y rozándose animadamente a la caza del dollar.

El ideal de esos calibanes está circunscrito a la bolsa y a la fábrica. Comen, calculan, beben whisky y hacen millones... Enemigos de toda idealidad... tienen templos para todos los dioses y no creen en ninguno... En el arte, en la ciencia, todo lo imitan y lo contrahacen, los estupendos gorilas colorados. Mas todas las rachas de los siglos no podrán pulir la enorme Bestia.

No, no puedo estar de parte de ellos, no puedo estar por el triunfo de Calibán".

En 1899 *La Nación* envía al poeta a España, país derrotado en la guerra contra los patriotas cubanos y EE. UU., privado de sus últimas colonias de ultramar: Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Darío confía en su resurrección.

En la península ibérica el nicaragüense entra en contacto con los más conocidos escritores de aquel tiempo: los poetas Manuel Machado, Juan Ramón Jiménez y otros.

Ellos pertenecían a la famosa "generación del 98", y aspiraban al renacimiento de su país. A su vez, Darío les impulsó a desplegar una actividad más intensa.

Allí se casó con Francisca Sánchez del Pozo; luego va a París, donde entabla conocimiento con los argentinos Manuel Ugarte, Leopoldo Lugones, el venezolano Rufino Blanco Fombona, los mexicanos Justo Sierra y Amado

Nervo, el español Antonio Machado. Se trata de escritores, poetas, historiadores cuyos nombres, conocidos ampliamente en Latinoamérica, están unidos por la aspiración a la verdadera independencia, censuran el imperialismo agresivo de EE. UU. Darío visita Italia, en Roma asiste a la audiencia con el Papa León XIII; de allí va a Inglaterra y luego a Bélgica.

En 1903 el presidente José Santos Celaya nombra a Darío cónsul en París, lo cual le asegura un modesto salario para vivir. El poeta es un viajero incansable. Recorre España, visita Gibraltar, Marruecos, Alemania, Austria, Hungría y nuevamente Italia.

Contra el colonialismo

Un año más tarde Darío publica una de sus más famosas poesías *Oda a Roosevelt*, en cuyas líneas fogosas estigmatiza, azota, desenmascara la hipocresía, las pretensiones a la defensa de la cultura de este ideólogo del imperialismo norteamericano, quien se apoderó de Panamá, Cuba y que amenazaba con el "gran garrote" a las demás repúblicas latinoamericanas. El poeta escribió:

Crees que la vida es incendio,
que el progreso es erupción,
que en donde pones la bala el porvenir pones.
No.
Darío reconoce que:
Los Estados Unidos son potentes y grandes. Cuando ellos se estremecen hay un hondo
temblor,
que pasa por las vértebras enormes de los
Andes.
Si clamáis se oye como el rugir del león.

Al mismo tiempo, el poeta está seguro de que Latinoamérica puede oponer resistencia a este poderío. Termina su poema con la advertencia:

Tened cuidado. Vive la América española.
Hay mil cachorros sueltos del León Español.
Se necesitaría, Roosevelt, ser Dios mismo,
el Riflero terrible y el fuerte Cazador,

para poder tenernos en vuestras férreas
garras.
Y, pues contáis con todo, falta una cosa:
Dios!

Como señala con razón el crítico literario V. Stolbov este poema "adquirió enorme popularidad en los países de América Latina, constituyéndose en una de las fuentes de una nueva corriente antimperialista en la poesía latinoamericana".

El poeta condena decididamente las acciones agresivas no sólo de EE. UU., sino también de Inglaterra, a la que denominó país de saqueadores. Darío rechaza la doctrina de Monroe, con la cual relaciona el interés de Estados Unidos por construir un canal interamericano a través de Nicaragua, como resultado de lo cual su patria sería objeto permanente de los planes anexionistas por parte de Washington. A su vez, el poeta comparaba el panamericanismo con un lazo que trata de atar todas las riquezas latinoamericanas.

En 1906 Darío asiste como secretario de la delegación nicaragüense a la conferencia panamericana celebrada en Río de Janeiro. Allí participan también con ese cargo, el poeta hondureño Juan Ramón Molina y el poeta salvadoreño Román Mayorga Rivas, por lo que Darío afirmó más tarde que en esa conferencia los secretarios eran unos gigantes, y los ministros, unos pigmeos.

Después de Río de Janeiro vino el regreso triunfal a Buenos Aires, donde lo reciben y honran como al famoso poeta de América Latina. En 1907, después de 13 años de ausencia, Darío regresa a Nicaragua, donde también le organizan grandes festejos populares. El presidente Celaya lo nombra enviado en España. Sin embargo, el poeta ve que la situación política de su país se caldea. Los adversarios de Celaya, con el apoyo de los gringos, se preparan para derrocarlo. En Madrid, se entera de la dimisión forzada de Celaya y de que fue reemplazado por Madriz, compañero suyo en la escuela. Pero los gringos tampoco están contentos con Madriz, y un año después, cuando Rubén Darío se dirige a México para representar a su país durante los festejos del centenario de la proclamación de la independencia, se entera del derrocamiento de Madriz. El presidente de México, el general Porfirio Díaz, temiendo represalias por parte de EE. UU., niega al poeta el permiso

de entrada a la capital. Darío se ve obligado a ir de Veracruz a La Habana. La prensa cubana escribía francamente que los verdaderos culpables de esa ofensa al nicaragüense fueron los yanquis.

En uno de sus últimos artículos publicados en *La Nación* en otoño de 1912, Darío destacó que, de no estar ocupados EE. UU. en la guerra entre el Norte y el Sur durante la época en que William Walker intervino en Nicaragua, ya entonces hubieran convertido a toda Centroamérica en su colonia. Con indignación y desprecio escribía Darío sobre los traidores que derrocaron al presidente Celaya; señalaba que los conservadores pedían a Estados Unidos anexar Nicaragua; que organizaban en Granada manifestaciones portando banderas norteamericanas y exigiendo que el país dependiera de la "patria de Walker", y gritando "vivas" en honor del presidente de EE. UU.; afirmaba que a todo ministro, cónsul o cualquier mensajero estadounidense le manifestaban un deseo vehemente de sufrir la opresión washingtoniana, pidiendo con masoquismo ser golpeados con el "gran garrote"; se sentían felices de recibir puntapiés de Nueva York, New Orleans o Chicago. Mientras tanto, desde estas ciudades corría el dinero a los traidores, y las compañías similares a la "United Fruit" no escatimaban dólares para la fiesta sangrienta de la muerte, de la cual esperaban grandes ganancias. Con la caída de Celaya, el poder de EE. UU. se extendió al territorio nicaragüense, y la pérdida de la soberanía se volvió una triste realidad que dimanaba del curso de los acontecimientos, aunque nadie había hecho ninguna declaración categórica al respecto. Adolfo Días, marioneta de los norteamericanos, se dirigió a Estados Unidos en busca de apoyo, éstos desembarcaron sus tropas en los puertos nicaragüenses de Corinto y Bluefields para imponer sus órdenes y defender las embajadas como si se tratara de frenar a las hordas chinas.

Derrocado Celaya, Darío perdió el puesto de representante en Madrid y de nuevo vive de modestos ingresos que recibe como periodista. Redacta revistas, dicta conferencias. Pero su salud está quebrantada, se siente deprimido. En Nicaragua desembarcan los marinos norteamericanos, en Europa las nubes se hacen más densas: se encuentra en el umbral de una gran guerra. Aunque sus publicaciones son constantes y sus libros salen uno tras otro, aunque, al parecer, está en el apogeo de su gloria,

recibe poco dinero y siempre se esfuerza por ganar algo más. Darío trata de curarse, pasa un tiempo con los amigos en la isla de Mallorca en el mar Mediterráneo, pero sin el resultado apetecido.

Su aguda vista de periodista captaba todo lo nuevo e importante que ocurría en el mundo en su tiempo. En sus artículos condenaba en reiteradas ocasiones los vicios del capitalismo, indicando que para sustituirlos estallará la revolución social. Se refirió con simpatía a la revolución rusa de 1905, al socialismo, y habló con desdén sobre la democracia burguesa que conducía al truinfo del vicio y la ruina; sobre la prensa, banal y venal que cantaba loas en honor del oro. A fines del siglo pasado Darío predecía que el siglo XX sería testigo "de la mayor revolución".

Como periodista se hacía eco literalmente de todos los fenómenos de la vida espiritual de su tiempo. Escribía sobre Isadora Duncán, Mariátegui, Catulle Mendes, D'Annunzio, Zolà, sobre escritores franceses, hispanoparlantes, norteamericanos, sobre los diferentes países, ciudades, exposiciones, viajes, carnavales, corridas, deportes, etc. Y sobre todos los temas escribía con un profundo conocimiento de la materia, con una honda penetración en su esencia, en lo más recóndito, en sus secretos. De ejemplo citamos el artículo sobre el escritor ruso Máximo Gorki, publicado en 1905 en el que afirmó: "Gorki es una voz que clama en la estepa, y el mundo le escucha porque ha tenido la suerte de llegar en buena hora.

Gorki es la lengua del pueblo, y se hace oír con el aliento de todo un vasto pueblo, y como es hondamente humano, su palabra es comprendida por toda la pensativa humanidad".

Rubén Darío apreciaba tanto la obra de Máximo Gorki, que incluso tradujo del francés al español su novela *La madre*. A su vez, el lector ruso conoció a Darío gracias al artículo de R. Rojas *El poeta sudamericano Rubén Darío* publicado en la revista *Vesí* (Balanzas), en 1908.

Cuando en 1914 estalla la primera guerra mundial, Darío abandona París, donde residía permanentemente, y regresa a América. Camino de casa, en Nueva York, se enferma de pulmonía. Reponiéndose con dificultad, escribe el poema *Pax* (Paz), apasionada protesta contra la guerra a la que desenmascara como el más grande crimen de lesa humanidad.

Rubén Darío regresa por fin a Nicaragua. Fallece en León, después de dos operaciones que no dieron resultado, el 6 de febrero de 1916. Fue enterrado en la catedral local.

A nivel personal, la vida de Darío, como la de muchos otros poetas, era compleja. Se casó varias veces, tenía hijos, pero dos de ellos murieron. Se enfermaba con frecuencia. Era modesto y tímido. Al tratarlo, era difícil adivinar en él al famoso bardo, cuya poesía abrió una nueva página en la literatura en lengua castellana.

Bajo el aspecto de hombre ordinario se ocultaba no sólo un poeta de gran talento, sino un literato muy instruido. Conocía perfectamente la historia de Nicaragua, la poesía mundial, así como la obra de los poetas franceses modernos — Verlaine y sus contemporáneos—, con muchos de los cuales tuvo amistad personal. Y aunque en sus versos Darío tocaba los motivos más variados y vivió muchos años en el extranjero, seguía siendo nicaragüense, recordaba a su patria, sus preocupaciones, esperanzas y sueños.

Con pleno fundamento escribía en su poema *Allá lejos*, publicado en la recopilación *Cantos de vida y esperanza* (Madrid, 1905):

Buey que vi en mi niñez echando vahos un día
Bajo el nicaragüense sol de encendidos oros,
En la hacienda fecunda, plena de la armonía
Del trópico; paloma de los bosques sonoros
Del viento, de las hachas, de pájaros y toros
Salvajes, yo os saludo, pues sois la vida mía.

Al igual que la mayoría de los patriotas de su país, Darío se pronunciaba por la unión de las repúblicas de Centroamérica viendo en ella la condición imprescindible para el progreso pacífico de toda la región. En uno de sus primeros poemas *(Unión de los países de América Central,* 1887) proclamó:

Unión, para que cesen las tempestades;
para que venga el tiempo de las verdades;
para que en paz coloquen los vencedores
sus espadas brillantes sobre las flores;
para que todos seamos francos amigos
y florezcan sus oros los rubios trigos;
que entonces, de los altos espíritus en pos,
sea como arco-iris la voluntad de Dios.

El poeta despreciaba los sátrapas sanguinarios que tenían en su poder a las repúblicas de Centroamérica, censurando sus regímenes antipopulares.

El poeta y el futuro

¿Era Rubén Darío una persona religiosa? En sus versos y artículos se encuentran con frecuencia referencias a Dios, a la fe, escribía con simpatía sobre el Papa León XIII, comulgó antes de la muerte y fue enterrado según el rito religioso. Todo esto haría pensar que era una persona creyente. De ser así, el poeta seguía la tradición. Pero podemos afirmar con seguridad que Darío no sólo no era clerical, sino que se pronunciaba resueltamente contra los órdenes clericales. Entre sus amigos prevalecían los representantes del librepensamiento. En 1891 el poeta escribió un artículo entusiasmado sobre Juan Montalvo, quien luchaba contra la dictadura sangrienta, afirmada en el Ecuador, sobre el curantista eclesiástico García Moreno, a quien más tarde dieron muerte los patriotas. Su artículo suscitó furibundos ataques de los servidores de la iglesia, y en respuesta el escritor señalaba, con un fino sentido de humor, que nadie discutía acerca de la sabiduría de la iglesia. Sí, hubo papas sabios, jesuitas instruidos, monjes conocedores de los clásicos, padres espirituales famosos, ermitaños célebres, ancianos venerables al servicio de la iglesia. Pero también hubo cardenales criminales y curas tontos. Por consiguiente, se puede ser príncipe de la iglesia y, al mismo tiempo, tonto, Papa de Roma y persona vil, cura y bruto.

Darío también analizaba desde una perspectiva muy crítica el papel de la iglesia en la historia de Latinoamérica. Escribía que después del descubrimiento del continente, su población permanecía en la oscuridad, que la sabiduría y la ciencia nunca salieron de los marcos de las sacristías, que en Guatemala en el siglo XVIII había muchas iglesias y sólo una escuela, que en 1825 el Jefe del Estado de Nicaragua—Cerda—, ordenó quemar todos los libros prohibidos por la iglesia, que los jesuitas, cuando él estudiaba, espiaban a los escolares, leían sus cartas y otras cosas. En estas declaraciones vemos las intenciones del poeta de derrocar las pretensiones de los eclesiásticos a la misión ilustradora. Es precisamente este aspecto de su

actividad el que tratan de silenciar o tergiversar los reaccionarios.

Rubén Darío fue un gran nicaragüense: poeta que cantara los imperecederos valores humanos, ensayista que destacara no sólo los lados luminosos, sino también los ángulos oscuros de la vida de su tiempo, patriota que conocía bien el verdadero valor del modo de vida norteamericano, quien declarara con valentía a Teodoro Roosevelt, que él, quien personificara el imperialismo yanqui, no era un Dios, ni un todopoderoso.

Rubén Darío vivía y trabajaba en el límite de dos sistemas: el capitalismo y el socialismo. Parecía adivinar, presentir la llegada de los nuevos tiempos, cuando también su patria, Nicaragua, pequeña pero amante de la libertad, rompería definitivamente las odiosas cadenas de la esclavitud y, con la cabeza erguida, avanzaría junto con otros pueblos hacia un mañana luminoso.

La libre Nicaragua honra y respeta la memoria de su célebre poeta Rubén Darío considerándolo precursor de la revolución liberadora sandinista que terminara para siempre con el dominio del imperialismo y la oligarquía.

En la nueva Nicaragua se celebran festivales de la poesía de Rubén Darío. Después de la victoria de la Revolución sandinista sus trabajos han obtenido un nuevo aliento, se reeditan en grandes tiradas, cuya distribución se amplió extraordinariamente. Brillaron de nuevo las líneas de Darío que desenmascaran al imperialismo, su diabólica esencia, la política reaccionaria de la jerarquía eclesiástica...

En la Unión Soviética, en la Cuba revolucionaria y en otros países socialistas empezaron a editarse la prosa y los versos de Rubén Darío, así como estudios sobre él.

ZAPATA Y VILLA: GENERALES DEL PUEBLO

La revolución mexicana de 1910-1917 fue el movimiento más radical en Latinoamérica antes de la victoria de Fidel Castro en Cuba en 1959. Conmovió no sólo a las masas trabajadoras de México, sino de todo el continente. En ella tomaron parte, además de mexicanos, muchas personalidades progresistas de otros países, uno de ellos fue John Reed.

Ahora el gobierno estadounidense afirma que se ve obligado a enviar sus tropas a Latinoamérica para impedir que la Unión Soviética, la Cuba revolucionaria y la Nicaragua sandinista se apoderen de ella. Tales afirmaciones están destinadas a la gente ingenua políticamente, que no tiene idea de los crímenes cometidos por el imperialismo norteamericano, cuyas tropas operaban en los países al sur del Río Grande desde comienzos del siglo XIX, es decir, mucho antes de que apareciera la Unión Soviética, "terrible" para Washington.

Durante la revolución mexicana EE. UU. al principio tomaron el puerto de Veracruz, luego enviaron un cuerpo expedicionario, al mando del general Pershing, para "castigar a Pancho Villa". Organizaron, además, el golpe de Estado en México encabezado por el embajador Henry Lane Wilson, como resultado del cual fueron asesinados el presidente del país Francisco Madero, el vicepresidente Pino Suárez y muchas otras personalidades democráticas; fue instituida la tiranía del general Victoriano Huerta, antecesor, si se permite la expresión, de los actuales "gorilas" que gozan de tanto prestigio en Washington...

Pero con esto no terminaron los crímenes de EE. UU. en México: ya después de la revolución, y con su complici-

Emiliano Zapata

dad, fueron asesinados los jefes campesinos Emiliano Zapata y Pancho Villa, y después los presidentes demócratas Venustiano Carranza y Alvaro Obregón...

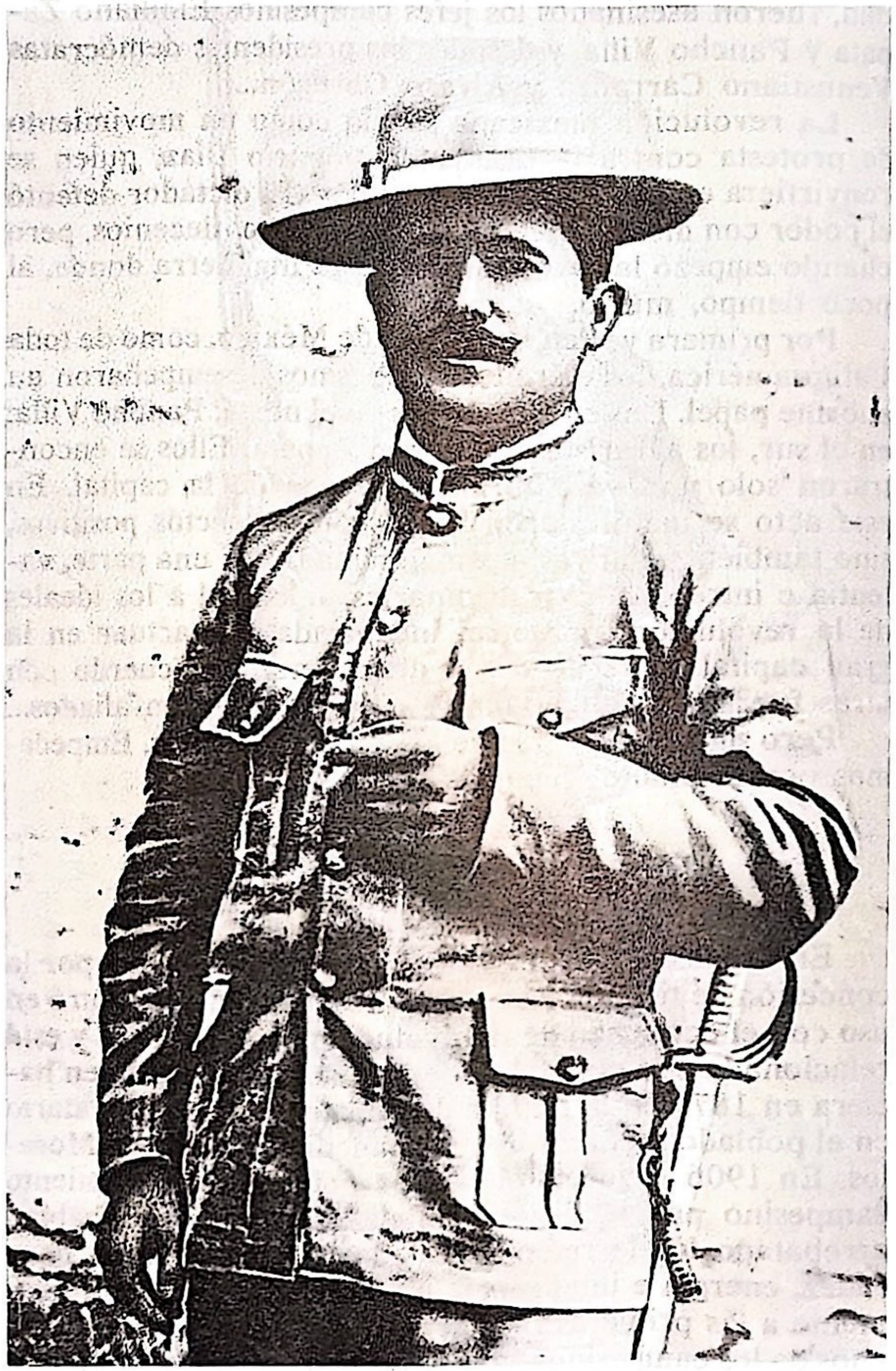
La revolución mexicana surgió como un movimiento de protesta contra la tiranía de Porfirio Díaz, quien se convirtiera en bandera de la reacción. El dictador detentó el poder con mano de hierro durante varios decenios, pero cuando empezó la revolución, huyó a Inglaterra donde, al poco tiempo, murió.

Por primera vez en la historia de México, como de toda Latinoamérica, los ejércitos campesinos desempeñaron un enorme papel. Los encabezaban: en el norte, Pancho Villa; en el sur, los agraristas, Emiliano Zapata. Ellos se encontraron solo una vez, durante la toma de la capital. En este acto se manifestaron no sólo los aspectos positivos, sino también negativos de su actividad. Por una parte, valentía e intrepidez extraordinarias, fidelidad a los ideales de la revolución; por otra, incapacidad de actuar en la gran capital, falta de deseo de ponerse de acuerdo con otras fuerzas revolucionarias y de apoyarse en aliados...

Pero sigamos el curso de los acontecimientos. Empecemos por Emiliano Zapata.

El jefe de los agraristas

En México se llama agraristas a los que luchan por la concesión de tierra a los campesinos. Esta palabra entró en uso con el comienzo de la revolución de 1910-1917 y está relacionada con el nombre de Emiliano Zapata, quien naciera en 1879 en la familia de un campesino arrendatario en el poblado de San Miguel Anancuilco, estado de Morelos. En 1906 el joven Zapata participa en el movimiento campesino por la devolución de tierras que les habían arrebatado los terratenientes y las autoridades. La honradez, energía e inteligencia innata lo promueven rápidamente a las primeras filas de los luchadores por los derechos de los campesinos, y se convirtió en jefe de los campesinos locales que vivían, según un sociólogo mexicano, en iguales condiciones que los siervos en Europa en el siglo XII. Las autoridades, tratando de aislar a Zapata de los campesinos, lo movilizan al ejército donde presta servicio militar durante 6 meses. Como magnífico jinete y conocedor de los caballos, atrajo la atención de un gran



Pancho Villa

terrateniente que lo sacó del ejército y lo contrató en calidad de administrador de una remonta en la capital. Allí conoció a uno de los fundadores del movimiento obrero en el país, el socialista Ricardo Flores Magón, quien ejerciera sobre él gran influencia ideológica.

En 1909 Zapata regresa a su poblado natal de Anancuilco y organiza a los campesinos en una junta de defensa de las tierras para luchar contra la arbitrariedad de los terratenientes. Un año más tarde, cuando México estaba envuelto en las llamas revolucionarias, Emiliano Zapata empuñó las armas formando en su estado natal — Morelos — un destacamento campesino guerrillero. Al considerar que la tierra debe pertenecer a los que la trabajan, exigía resueltamente la repartición de las propiedades de los terratenientes y la concesión de derechos verdaderamente democráticos a los trabajadores de la ciudad y del campo, negándose a llegar a acuerdos intermedios con las autoridades. Los campesinos lo adoraban. Al principio Zapata apoya al demócrata burgués Francisco Madero, quien prometía devolver las tierras comunales (ejidos) confiscadas por los terratenientes. Cuando éste llegó a la presidencia del país, trataba de establecer la paz y el orden subordinando las fuerzas populares a las clases gobernantes. Es cierto que tenía las mejores intenciones y consideraba que su actitud favorecía los intereses del pueblo. Como resultado de ello Madero perdía amigos entre los revolucionarios, pero tampoco los ganaba entre los seguidores de Porfirio Díaz.

En el estado de Morelos, también durante la presidencia de Madero, el poder seguía en manos de los campesinos armados, encabezados por Zapata. El presidente se entrevista con éste en la ciudad de Cuautla, y en nombre del gobierno promete devolver a los campesinos de Morelos las tierras arrebatadas por los terratenientes y retirar a las tropas federales. El líder campesino cree a Madero, y ordena disolver los destacamentos. En cambio, el gobierno, en cuyo nombre actúa el mandatario, se niega a reconocer el acuerdo logrado por éste, y envía una expedición punitiva al mando del general Victoriano Huerta. ¡Madero se encontraba aun de invitado de Zapata en Cuautla! Al enterarse de la intervención de las tropas de Huerta los soldados de Zapata tratan de linchar a Madero, quien, completamente desconcertado por las acciones de su propio gobierno, sale de inmediato de

Cuautla, seguido por los gritos de los campesinos enfurecidos. Desde entonces, Zapata consideraría siempre a Madero enemigo del pueblo mexicano.

En noviembre de 1911, en el estado de Morelos, bajo la dirección de Emiliano Zapata, se crea la junta revolucionaria que proclamaba el "Plan de Ayala" llamado así por el nombre del pueblo donde se hizo público. En él se sometía a una crítica demoledora la actividad del gobierno de Madero, quien actuaba en interés de los terratenientes y de los capitalistas, perseguía a los obreros y campesinos de ánimos revolucionarios. Se decía que el pueblo estaba cansado de embusteros y traidores que, al representar el papel de liberadores, hacían promesas, mas, al llegar al poder, las olvidaban convirtiéndose en tiranos.

Zapata exigía la devolución a los campesinos de las tierras que les habían sido arrebatadas por los terratenientes y la expropiación de la tercera parte de los latifundios, recompensando a sus dueños; pero si éstos oponían resistencia, toda su propiedad debía nacionalizarse.

"El Plan de Ayala" se convirtió en bandera de los campesinos que luchaban contra la opresión terrateniente atrayendo al campo de Zapata a numerosos representantes de la pequeña burguesía y de la intelectualidad de ánimos radicales.

El gobierno de Madero no estaba en condiciones de oponer resistencia ni al creciente movimiento campesino revolucionario y ni a la reacción que había levantado la cabeza. En febrero de 1913 Madero fue derrocado y asesinado con la participación de Henry Jane Wilson, embajador de EE. UU. en México. Se apoderó del poder el general reaccionario Victoriano Huerta, apoyado por los capitalistas norteamericanos. Comenzaron las represiones contra las personalidades progresistas...

Se levantaron contra Huerta, en el sur, el Ejército liberador de Emiliano Zapata; en el Norte, la división de Pancho Villa, y en el noroeste, las tropas de los constitucionalistas, demócratas burgueses, cuyo líder—Venustiano Carranza—se nombró a sí mismo Jefe Supremo de la revolución pretendiendo tener la plenitud del poder en la república.

Pese al apoyo de Estados Unidos Huerta no logró dominar a las masas campesinas insurgentes; en julio de 1914 la dictadura derrumbó y el propio dictador huyó del país. Parte considerable de México resultó bajo el

Emiliano y Eufemio Zapata

control de los ejércitos revolucionarios de Emiliano Zapata y de Pancho Villa. Pero, de todos modos, los líderes campesinos no supieron utilizar esta circunstancia para asestar una resuelta derrota a las clases explotadoras en México.

El 24 de diciembre de 1914, por la noche, entraron en la capital—México—los destacamentos del Ejército liberador del sur al mando de Emiliano Zapata.

La enorme ciudad parecía desierta. Sus habitantes se escondieron en sus casas. La víspera, los periódicos salieron con marco de luto augurando, con la llegada de los campesinos, la ofensiva del reino de la violencia, del saqueo y del hambre.

Al aparecer de forma inesperada en la capital, Zapata se dirigió al Palacio Nacional—Chapultepec—, donde examinó el gabinete del presidente, las salas de gala, los grandes recibidores. El jefe campesino pisaba con cuidado las suaves alfombras del palacio con sus piernas curvas de jinete innato. Miraba en silencio los cuadros y los frescos que representaban la grandeza del pasado mexicano. El aire de Chapultepec le pareció cargado, sepulcral. Nombró a Eufemio, su hermano, comandante del palacio, salió a la calle, espoleó el caballo y se dirigió rápidamente

a Morelos. Evidentemente, la capital no le gustó.

A los soldados de Zapata, llegados de los montes Moriles, esta ciudad también les pareció extraña y ajena. Los espléndidos edificios, las empedradas y limpias calles, la luz eléctrica, las vitrinas de los almacenes les desconcertaban y asombraban. No tenían dinero y el servicio de intendencia no se preocupaba de ellos. Al salir de los cuarteles a la calle, se perdían rápidamente en esta enorme ciudad parecida a un gigantesco laberinto. Les parecía hazaña irrealizable llegar de nuevo a sus cuarteles. Perplejos y con hambre, los soldados deambulaban por las calles, recordaban firmemente que el general Zapata, bajo amenaza de muerte, les había prohibido quitar algo a los habitantes. ¿Pero cómo podían saciar la sed y el hambre?

Y he aquí que estos "saqueadores" y "merodeadores", como los había llamado la prensa reaccionaria, se acercaban sumisos a las puertas de las casas y, quitándose sus enormes sombreros picudos, solicitaban cortésmente un par de tortillas. Los habitantes de la capital no creían a sus propios ojos, esperaban ver a unos matones, bandidos, mas aparecían ante ellos unos modestos peones que soñaban sólo con saciar el hambre. Los capitalinos manifestaron verdadera hospitalidad: invitaban a los soldados a los patios (los combatientes de Zapata se negaban a entrar en las casas), prendían hogueras, hacían tortillas en el brasero y agasajaban a sus agradecidos huéspedes.

En la mañana del 2 de diciembre de 1914 empezaron a llegar a la capital los primeros convoyes con los combatientes de la División del Norte encabezados por los "dorados", unidades de choque selectas de Pancho Villa. Por la noche apareció el propio Pancho Villa, quien se detuvo en el suburbio de Tacubaya. Ordenó a su ayudante el general Angeles:

— Mire, general, que nuestros combatientes traten con respeto a los habitantes de la capital. Los enemigos nos quieren presentar como unos bandidos y saqueadores, pero les mostraremos que nuestros combatientes son más disciplinados que los soldados de Díaz o de Carranza. Diga a mis combatientes que el que se permita alguna arbitrariedad, se denigrará no sólo a sí mismo, sino también a mí y a toda la División del Norte. Establezca contacto con Zapata y actúe con él de común acuerdo.

Cuatro días más tarde, el 6 de diciembre, en Xochimilco, suburbio de la capital, Villa se encontró con Zapata.

A las 10 de la mañana en la calle se formó una escolta de honor. A Villa lo reciben con flores, y él llora emocionado. Con las flores en las manos, acompañado de "dorados", el comandante de la División del Norte va a caballo a Cuernavaca, y a su encuentro se dirige el legendario jefe de los campesinos revolucionarios del estado de Morelos.

Zapata era de pequeña estatura, enjuto, con ojos negros y bigote grande; vestía como los peones con pantalón y camisa blancos, de algodón; llevaba un enorme sombrero de pico. Al acercarse, los jefes campesinos se apearon de los caballos dándose un abrazo.

Los habitantes de la capital miraban con asombro las filas alineadas de jinetes. ¿Se trataba de los "bandidos" con los que les asustaban Madero, Huerta y Carranza? No, éstos se portaban como unos verdaderos caballeros, pero, sin embargo, infundían temor y desconfianza a la población capitalina, y eran observados como habitantes de otro planeta; porque su vestimenta, su habla, sus costumbres, en general, todo era ajeno, raro, extraño.

Incluso muchos obreros pensaban que los combatientes de Villa y Zapata eran fuerzas extrañas. Los dirigentes de la "Casa del obrero mundial", alrededor de la cual se agrupaban los trabajadores más conscientes de la capital, preconizaban el anarcosindicalismo. Se pronunciaban por la política de neutralidad respecto a los campesinos sublevados contra el bloque terrateniente-burgués encabezado por Carranza.

La ocupación de la capital por las tropas de Villa y Zapata fue el punto culminante en el desarrollo de la revolución mexicana. Mas, los jefes campesinos no supieron utilizar el poder conquistado para llevar la revolución hasta su fin victorioso.

Villa, Zapata y sus consejeros no tenían una idea clara sobre cuáles eran las fuerzas motrices de la revolución cuyos jefes llegaron a ser, ni por qué vías podrían los trabajadores obtener la victoria. Tanto el uno como el otro odiaban a los terratenientes, consideraban necesario liquidar los latifundios y repartir la tierra entre los campesinos. Pero no comprendían que sólo podían hacerlo en alianza con los obreros. Unicamente después de la Revolución de Octubre en Rusia Zapata comprendió que aún no tenía claros muchos asuntos...

Pancho Villa

En sus zonas tanto Zapata como Villa eran invencibles, pero, saliendo de ellas, por lo general, sufrían derrotas. Sin embargo, no comprendían la importancia que para los destinos de la revolución tenía el control sobre la capital, importantísimo centro administrativo y económico del país. Al igual que sus combatientes, se sentían en México como en una ratonera, les parecía todo estrecho, se sentían ahogados, poco cómodos y tristes. Zapata no podía permanecer en la capital ni un solo día. Villa, aunque había vivido allí algún tiempo, tenía su alma y pensamientos en Chihuahua, y finalmente también abandonó a México y regresó al Norte que tanto quería.

Venustiano Carranza y sus partidarios aprovecharon

la indecisión de los jefes campesinos. Poco después se toman la capital. Su gobierno editó la ley agraria en la que prometía devolver a los campesinos las tierras arrebatadas y expropiar parcialmente los latifundios. Aunque, para la realización de esta ley, se preveía un procedimiento muy complejo, Carranza logró atraer a su lado cierta parte de los campesinos seduciéndolos con la posibilidad de recibir la tierra "por la vía legal", a diferencia de los métodos revolucionarios "ilegales" propuestos por Zapata y Villa; supo atraer también a los obreros cuyos derechos prometía respetar. El gobierno de Carranza defendía muy consecuentemente la soberanía nacional de México frente a los atentados del imperialismo norteamericano; en 1916 convocó la Asamblea Constituyente que, un año más tarde, elaboró una constitución democrática, vigente, en rasgos generales, hasta el día de hoy. Todas estas medidas fortalecieron a la burguesía nacional, cuyo jefe era Carranza, y redujeron la base social de los movimientos revolucionarios dirigidos por Emiliano Zapata y Pancho Villa. Pero si ese presidente logró en una serie de combates derrotar las tropas de Villa obligando al propio jefe guerrillero a internarse en las inaccesibles zonas montañosas del Norte mexicano, no alcanzó a derrotar el Ejército liberador de Zapata que contaba con el apoyo y la solidaridad de los campesinos del estado de Morelos. Hasta el año 1919 Zapata y su ejército seguían dominando en Morelos y rechazando los potentes ataques del enemigo.

Emiliano Zapata tendió la mano de amistad y solidaridad al pueblo soviético, cuando éste, al igual que el mexicano, se levantó a la lucha contra sus terratenientes, capitalistas y opresores, para luchar por la paz, la tierra, la libertad y el socialismo. Saludó con alegría y esperanza la victoria de la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia. En febrero de 1918 Zapata escribió a su amigo, el general Genaro Amescua: "Saldríamos ganando nosotros y ganaría la causa de la justicia humana si los pueblos de nuestra América y las naciones de la vieja Europa comprendieran que la causa de las revoluciones mexicana y rusa es la de la Humanidad entera, la finalidad suprema de todos los pueblos oprimidos del mundo. Aquí como allá existen grandes terratenientes, codiciosos, brutales e inhumanos, que explotaron durante generaciones a las grandes masas campesinas y las hicieron padecer

tormentos inauditos. Aquí como allá, la gente de conciencia todavía dormida, comienza a despertarse, se pone en movimiento, desea venganza... Ambas revoluciones se dirigen contra aquello que León Tolstói llamara 'el mayor de los crímenes', o sea la usurpación de la tierra, que, siendo como el agua y el aire propiedad de todos los hombres, fue tomada por un grupo de poderosos, respaldados por la fuerza armada de los ejércitos y la injusticia de las leyes que ellos mismos crearon".

Más adelante, en su carta Zapata dice que la revolución popular podría triunfar si existiese una alianza entre los obreros y los campesinos. No en vano los enemigos de la revolución —la burguesía y los terratenientes— hacen todo lo posible para impedir dicha alianza y azuzar a los obreros contra los campesinos, y a los campesinos contra los obreros, para escindir la unidad de los trabajadores de la ciudad y del campo.

Durante casi 10 años, Zapata combatía contra las fuerzas superiores de Porfirio Díaz, Huerta y Carranza. La burguesía mexicana y los capitalistas norteamericanos lo odiaban y temían; era insobornable, no se le podía seducir ni con el oro, ni con las bellas promesas, no se le podía vencer con la fuerza de las armas. En 1918 el gobierno de Carranza dirigió al estado de Morelos, para la lucha contra los zapatistas, un cuerpo punitivo muy bien armado, al mando del general Pablo González. Sus soldados empezaron a quemar los poblados, a matar sin discernimiento a los campesinos. Lograron tomar la capital del estado: Cuernavaca, y otros pueblos grandes. Los destacamentos de Zapata se vieron obligados a retroceder a las zonas montañosas de difícil acceso adonde las tropas de González no se atrevían a penetrar. Cauteloso y desconfiado, el jefe de los agraristas se encontraba en constante movimiento vigilado por sus compañeros de armas —los campesinos locales— que le eran ilimitadamente fieles. Seguía siendo inalcanzable para sus enemigos.

Incapaz de vencer a Zapata en un combate abierto y honrado, Pablo González concebió un plan pérfido de acabar con él mediante la traición. Utilizó para ello los servicios de su subordinado, el coronel Jesús Guajardo, que había sido procesado por desfalco y violación. Este mandaba un batallón y simuló un motín contra González, proponiéndole a Zapata que se pasara a su lado. Para

ganarse la confianza del líder campesino, Guajardo atacó dos veces las tropas de González.

El 10 de abril de 1919 Zapata, acompañado de un pequeño destacamento de su guardia personal, llegó a la hacienda de Chinameca para encontrarse con el coronel Guajardo. Al ver a Zapata, los soldados de Guajardo, apostados en el patio de la hacienda, dispararon al principio varias veces al aire, luego volvieron los fusiles contra Zapata y sus acompañantes y los fusilaron a quemarropa.

Así, como resultado de una vil traición, murió el insobornable Emiliano Zapata, jefe de los campesinos revolucionarios, cuyo solo nombre hacía temblar a los poderosos de este mundo en México y en Estados Unidos. Los asesinos de Zapata actuaban por la orden del general González, quien cumplía la voluntad no sólo de los terratenientes y los capitalistas de su país, sino también de Washington. Muchas cosas se desconocen aun sobre este crimen, pero puede decirse con certeza: que los organizadores y los asesinos del presidente Madero y de sus partidarios también estaban complicados en este crimen...

Veamos un hecho significativo: un mes antes del asesinato de Zapata, el 18 de marzo de 1919, el conocido periódico estadounidense *New York Times* publicó un artículo en el cual se afirmaba que los intereses económicos del estado de Morelos exigían insistentemente terminar con Zapata. ¿Asombra acaso que la muerte del jefe campesino suscitara una satisfacción abierta en los círculos gobernantes de EE. UU.?

Guajardo llevó el cadáver de su víctima a la ciudad de Cuautla, donde fue expuesto. Los asesinos tenían que demostrar a la población que realmente hicieron su obra y que Zapata, esperanza de los trabajadores de México, símbolo de la revolución social, estaba realmente muerto. Luego le cortaron la cabeza, la ataron a la silla de un mulo y, acompañados de guardia reforzada, la llevaban por las ciudades y poblados de Morelos como demostración de que Zapata ya no existía.

El Judas Guajardo recibió del gobierno de Carranza, por su abominable crimen, una recompensa de 100 mil pesos y el título de general. Pero no sobrevivió mucho a su víctima, pues poco después, en uno de los pronunciamientos le dieron muerte. De igual manera sucum-

bió Carranza, uno de sus inspiradores, "jefe supremo" de la revolución.

Con la muerte de Zapata su movimiento fue decayendo. Los ideales de la justicia social, que representaba y defendía, seguían y siguen entusiasmando a las amplias masas de trabajadores para los que Zapata fue y sigue siendo precursor del socialismo en México.

Teniendo en cuenta el aprecio de las masas populares hacia Zapata, la burguesía mexicana, responsable —al igual que los círculos gobernantes estadounidenses— de su muerte, trata de adherirse a su prestigio y su fama. Las autoridades del país construyeron en Cuautla un monumento en su honor, junto al cual, cada año, el 10 de abril, aniversario de la muerte del héroe, se celebra una ceremonia solemne, en la que participan representantes del gobierno quienes aseveran que el presidente de turno es continuador de la causa de Zapata. En la capital también fue erigido un monumento en honor del glorioso revolucionario. Su nombre está grabado con letras de oro en la lámina de honor en el Congreso mexicano. Llegará el tiempo cuando el pueblo mexicano lleve a la práctica los nobles ideales de Emiliano Zapata.

El nombre de este revolucionario no pertenece sólo a México, sino a toda la humanidad progresista. Los ciudadanos soviéticos honran y respetan igualmente la memoria de este destacado luchador mexicano. Cuando el pueblo soviético se desangraba, defendiendo a su patria del cruel y pérfido enemigo —la Alemania hitleriana— , en Moscú salió el libro *Zapata invencible* del autor estadounidense Pinchon. Pese a las grandes dificultades con el papel, el libro salió con una tirada de diez mil ejemplares, que fue enviada casi toda al ejército activo; los soldados lo leían en las trincheras. El ejemplo de Zapata, quien luchara hasta la última gota de su sangre por su pueblo, por su patria, era muy bien comprendido y cercano para el soldado soviético.

Comandante de la División del Norte

Doroteo Arango, apodado Francisco Villa, alias Pancho Villa, nació en el norte de México posiblemente en 1877 o 1878 (no se ha establecido con exactitud). Sus padres eran unos campesinos sencillos, peones de

la hacienda de Gogojito, cerca del poblado de San Juan del Río, estado de Durango. Villa era un mestizo, de origen hispano-indio (tarahumaro). Tenía 12 años cuando su padre falleció, trató de abandonar la hacienda, pero fue capturado y atado con una cadena por el mayordomo. Pronto el futuro Pancho Villa de nuevo manifestó rebeldía y huyó con su amigo, Francisco Benites, a quien acusaban de haber dado muerte a un empleado de la hacienda. Los guardias rurales alcanzaron a los fugitivos. Benites fue muerto "al intentar a fugarse", y a Doroteo Arango lo recluyeron en la cárcel, de la cual fue liberado a petición del terrateniente liberal de la localidad: Pablo Valenzuela, hermano del escritor Clodoveo Valenzuela.

Durante algún tiempo, Doroteo Arango se dedicó al pequeño comercio comprando en la ciudad distintos artículos por encargo de peones y campesinos locales. Pero la vida pacífica no lo atraía. Intenta matar al hijo del dueño de la hacienda don Agustín López Negrete por haber deshonrado a su hermana, menor de edad. Lo hirió gravemente, y se fugó a las montañas donde pronto se une a un destacamento de campesinos encabezados por Ignacio Parra, que se dedicaba a robar ganado y a asaltar a los terratenientes ricos. Poco después los "rurales" arrestaron a Doroteo, pero de nuevo logra escapar. Cae otra vez en manos de sus perseguidores, sin embargo se fuga, dando muerte, además, a tres guardias.

En 1895 los policías rurales mataron al guerrillero llamado Pancho Villa, amigo de Doroteo Arango. Este último tomó el nombre y el apellido del muerto.

Desde entonces, se le conoce con el nombre de Pancho Villa. A principios de siglo trabajaba de minero en una de las minas cerca de la ciudad de Parral, durante algún tiempo fue albañil en esta ciudad. Pero, al ser reconocido por la policía, se fuga a las montañas. Todos los esfuerzos de las autoridades para capturarlo o doblegarlo, no dan el resultado.

Al principio de la revolución mexicana Pancho Villa encabezó un grupo de 30-40 peones sublevados que actuaba en los montes al noroeste de la ciudad de Chihuahua. Su mano derecha era Tomás Urbina, quien combatía implacablemente contra los "rurales", contra los soldados federales, los funcionarios y los terratenientes.

Francisco Madero

La policía describió a Porfirio Díaz el aspecto de Villa así: tenía una estatura algo más baja que la mediana, era algo cargado de espaldas, rubio, de pelo rojizo, jinete innato, tirador certero, se distinguía por su extraordinario aguante. Vestía, como todos los peones, una camisa y un pantalón blancos, llevaba un sombrero ancho tipo "Texas". A pesar de ser ignorante y rudo, no toma, no fuma ni blasfema. Le gusta el rodeo, las peleas de gallos, las corridas y los bailes, en los cuales participa cuando tiene oportunidad.

Pancho Villa ayudó a Madero a tomar el poder en el país. Después de la muerte de Madero y la derrota de Huerta, fue Carranza quien luchó contra la División del Norte, como Pancho Villa llamara a sus tropas.

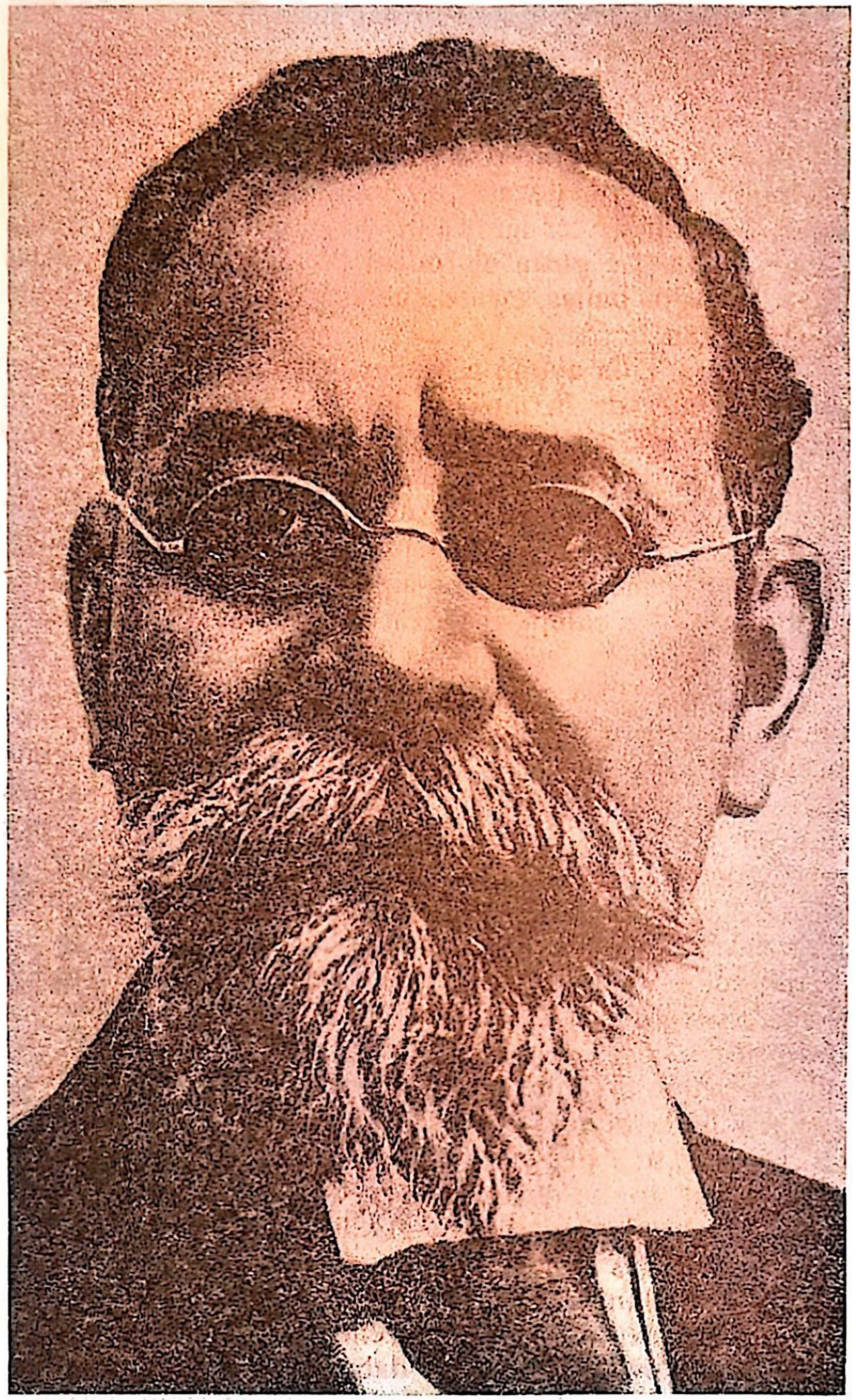
"El jefe supremo de la revolución" —Carranza— se rodeaba de personas procedentes de familias ricas, protegía a los terratenientes y ni siquiera pensaba en devolver las tierras a los campesinos. En su estado mayor no había generales peones como en la División del Norte.

Aunque Villa y sus partidarios no tenían un programa claro y de política entendían menos que Carranza, comprendían bien que la tarea principal de la revolución consistía en solucionar el problema campesino. Los peones querían recibir la tierra y liberarse de la opresión de los terratenientes. He aquí por qué combatían contra Carranza, he aquí por qué fluían de todo el país, concentrándose bajo las banderas de la División del Norte.

Pancho Villa razonaba de manera sencilla: Carranza y sus consejeros no desean ofender a los terratenientes y quitarles la tierra. Esto significa que son gente mala, pérfida, de la que él, Villa, y su División del Norte no podían esperar nada bueno.

Cuando se le preguntaba a Villa cómo podría el pueblo asegurarse un futuro feliz, respondía que combatiendo hasta que los gobernantes de México realizaran la política en interés de las masas. Villa no comprendía que la revolución podía triunfar si los obreros se ponían del lado de los campesinos. Ni lo podía comprender entonces, ya que en México el movimiento obrero daba solo sus primeros pasos y sus jefes de aquella época —anarquistas y sindicalistas— estaban tan distantes de la comprensión de las leyes de la revolución como los dirigentes de las masas campesinas.

Todo ello favorecía a la burguesía y a los terratenientes



Venustiano Carranza

vinculados a ella, cuyos intereses expresaba Venustiano Carranza.

En 1917 el mundo se enteró del derrocamiento del gobierno zarista en Rusia y del surgimiento de los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados. Mucha gente supo que existía el partido de los bolcheviques, cuyo jefe era Lenin, y que luchaban por la paz, por la tierra, contra la explotación capitalista, es decir, por lo que, durante muchos decenios, luchaban las gentes sencillas de México y de otros países del mundo.

¡Lenin! Este nombre aparecía cada vez con más frecuencia en los periódicos mexicanos. El jefe de los obreros y los campesinos de Rusia, luchaba no sólo por un futuro luminoso de su pueblo. Su mirada perspicaz abarcaba a todo el mundo; tendía la mano a los oprimidos y desposeídos de todo el globo.

A Villa y a sus seguidores, la constitución de 1917 aprobada en Querétaro por los partidarios de Carranza, les parecía un sonido vacío. ¿Qué podían significar para un peón la democracia, el progreso, la libertad, si se veía obligado, al igual que antes, a trabajar de bracero para el terrateniente, si, como antes, el látigo del mayordomo azotaba sus espaldas, si pasaba hambre, no sabía leer ni escribir, si estaba privado de la esperanza de un futuro mejor? Villa indicaba a los peones, sus seguidores, el camino a la salvación: combatir con las armas en la mano contra los poderosos de este mundo: los terratenientes, los ricos, los concesionistas extranjeros y los especuladores. Si triunfas, serás dueño de todos los bienes, si pereces, por lo menos entregas tu vida por una causa justa, decía Villa a los campesinos, y estos discursos siempre encontraban un eco favorable entre ellos.

Transcurren años de combates, choques, batallas. Murió el propio Carranza a manos de un traidor. Quedó en el pasado la intervención norteamericana al mando del general Pershing, y la toma por los yanquis de Veracruz. Su amigo y partidario Zapata está muerto. Ahora el presidente provisional es el general de la Huerta, quien propone la paz a Pancho Villa y a sus combatientes. ¿Qué puede esperar Villa? Al parecer, ya nada puede esperar. Todo el mundo estaba cansado de los horrores de la guerra civil y quiere la paz. Villa decide: que haya paz. Reunirá a sus combatientes en Torreón, donde entregarían las armas, a excepción de las personales, y los que quieran, saldrían con

él a la hacienda de "El Canutillo" que le había regalado el gobierno.

Durante varias semanas Villa recorrió los estados del norte. Corrieron los rumores de que escondía el oro y establecía contactos, direcciones clandestinas y contraseñas con sus numerosos "compadres". Los periódicos publicaban noticias cada vez más fantásticas.

Entre tanto, por las memorias de John Reed, quien acompañara a Villa en calidad de corresponsal, se sabe que el legendario general mexicano entregó al gobierno constitucional diecisiete millones de acres de tierra y numerosas empresas industriales pertenecientes al rico Terrasos. Villa era implacable con los que oprimían y saqueaban al pueblo, las tierras confiscadas a los terratenientes las entregaba gratuitamente a los campesinos, en todo el territorio liberado por su ejército realizaba transformaciones progresistas, construía escuelas.

John Reed narra que un día Villa le contó su sueño apasionado sobre el futuro de México:

"Cuando México sea una nueva República, el ejército será disuelto, pues ya no lo necesitaremos. Daremos trabajo a los soldados y estableceremos en todo el país colonias agrícolas con los veteranos de la Revolución. El Estado les dará tierras y creará muchas empresas industriales para que tengan donde trabajar. Trabajarán tres días por semana, y lo harán con todas sus fuerzas, porque el trabajo honesto es más importante que cualquier guerra, y sólo él hace del hombre un buen ciudadano. Los tres días restantes aprenderán arte militar y se lo enseñarán al pueblo. Entonces, en caso de que nuestra patria se vea amenazada por una invasión enemiga, bastará con llamar por teléfono desde la capital a todos los confines del país, para que todo el pueblo abandone los campos y las fábricas a fin de defender como un solo hombre, armas en mano, organizadamente, sus hogares y sus hijos. Sueño con terminar mi vida en una de estas colonias, entre mis queridos compañeros que pasaron conmigo momentos de tanto sufrimiento y privación..."

Después del armisticio, Villa entró con un pequeño destacamento en la rica ciudad de Monclova en el estado de Coahuila. Se dirigió a la cámara de comercio local con un mensaje en el que decía que sus combatientes estaban

descalzos, sin ropa, que sufrían a causa del frío y de la lluvia cuando hacía mal tiempo; y solicitando a los comerciantes de la ciudad reunir ropa de abrigo y calzado para los "muchachos". Los comerciantes locales se apresuraron a cumplir la tan cortés petición.

Villa seguía actuando con precaución y cautela. En el último momento, temiendo una provocación, propuso entregar las armas no en Torreón, sino en una pequeña estación ferroviaria de Tlahualilo.

Allí se reunieron cerca de mil seguidores de Villa. Se trataba de un ejército bastante raro; contaba con no más de cien soldados, los demás eran comandantes, entre ellos 45 generales, 92 coroneles, 80 tenientes coroneles. Cada uno, al entregar las armas, recibía el salario por un año y el salvoconducto que daba el derecho al trabajo pacífico.

Cuando la entrega de las armas terminó, Villa pronunció ante sus combatientes un discurso de despedida, en el que llamaba a los mexicanos a la unidad, a la defensa de la tierra natal contra los atentados de los ávidos extranjeros, al trabajo pacífico en honor de la patria.

Comenzó la despedida. Los combatientes se acercaban a su jefe dándole un abrazo. Como siempre, cuando estaba muy emocionado, las lágrimas corrían por su rostro quemado, cubierto de profundas arrugas. Los periodistas y fotógrafos asistentes lo miraban con asombro y respeto.

Al atardecer Villa y la mayoría de sus antiguos combatientes montaron de nuevo sus caballos y se dirigieron al arcano Parral, allá donde se encontraban las fértiles tierras de "El Canutillo" y donde después de tantas víctimas y tantos sufrimientos, de tantas victorias y derrotas esperaban dedicarse al trabajo pacífico.

Adelante iba Pancho Villa en su corcel. Cabizbajo, sumido en pensamientos penosos.

Sus compañeros cantaban con desafío "La cucaracha".

Muy alto en el aterciopelado cielo titilaban las estrellas como alegrándose de que, por fin, en la tierra mexicana se establecía la paz.

Los habitantes de "El Canutillo" celebraron con gran alegría el tercer aniversario de la fundación de su comuna. Con este motivo se reunieron allí muchos combatientes viejos de la gloriosa División del Norte. Llegaron asimismo los periodistas que asediaban a Villa con las pregun-

tas sobre su futura actividad política. Villa sonreía.

— Ustedes, los periodistas, no saben sino escribir cosas inverosímiles. No soy político sino campesino. Que se dediquen a la política "los del agua de Colonia"*, en cambio nosotros, gente sencilla, sembraremos maíz, cultivaremos árboles frutales, construiremos escuelas para nuestros hijos, tenderemos caminos.

La fiesta duró toda la noche, y hasta el amanecer Villa estaba escuchando sus "corridos" preferidos, sobre la revolución interpretados por los cantantes acompañados de músicos populares: los "mariaches". Por la mañana, junto con sus amigos más cercanos fue a visitar a Juan García, su compañero, ex combatiente de la División del Norte, quien acababa de tener un hijo.

García vivía a cien kilómetros de "El Canutillo". Villa y sus amigos pasaron todo el día con él. El 20 de junio, apenas empezó a despuntar el día, los húespedes emprendieron el camino de regreso. Villa conducía el automóvil.

—Pasemos por Parral— dijo por el camino a sus compañeros—. Necesito hablar con el notario acerca del testamento. Hace mucho que lo quiero hacer, pero nunca he tenido tiempo.

A las 7 de la mañana entraron en Parral y se detuvieron en la plaza central. Acompañado de dos amigos, el general se dirigió al notario, mientras que el resto de los acompañantes se fueron a desayunar. A las 10 todos se reunieron de nuevo en la plaza, subieron al auto y fueron en dirección a "El Canutillo". Al pasar por la calle Juárez, Villa saludó agitando la mano a Juan López, habitante de la localidad. Cuando el automóvil pasó, López sacó un pañuelo rojo y se lo pasó varias veces por el rostro.

Los gestos de López fueron observados atentamente desde una casa que se encontraba cerca. Cuando el automóvil pasó al lado de la casa, les dispararon varias veces. De las seis personas que iban en el carro, tres fueron muertas, las demás quedaron heridas; salieron con dificultad del carro y trataron de defenderse disparando. Los asesinos, que eran doce, salieron y remataron a tiros a los heridos.

Villa, quien iba al volante, murió con los primeros disparos. Según la autopsia, tenía en su cuerpo 13 balas.

* Así Villa llamaba despectivamente a los politicastros.

Junto con él perecieron su secretario Trillo, el general Medrano y otros tres acompañantes.

Al convencerse de que todos que se encontraban en el carro estaban muertos, los asesinos corrieron hacia los caballos que los esperaban cerca y desaparecieron. El ensañamiento contra Villa y sus compañeros de armas más cercanos provocó un hondo dolor e indignación del pueblo mexicano. La opinión pública acusó de inmediato a Calles, ministro del interior, y al general Obregón, quien lo protegía, de organizar el asesinato. Posteriormente, estas sospechas fueron confirmadas. El coronel Lara, al mando de la guarnición en Parral, confesó haber recibido órdenes directas del general Calles. Por esa nefasta acción Lara recibió el título de general y una recompensa de 50 mil pesos. ¿Pero sólo Calles era responsable del asesinato de Villa? Los norteamericanos odiaban profundamente y temían a Villa. ¿Acaso no fueron ellos quienes enviaron la expedición de Pershing para capturarlo, meterlo en una jaula de hierro y mostrarlo, decapitado, en Estados Unidos?

La indignación por el asesinato de Villa fue tan amplia, que el gobierno arrestó a Salas Barrazo, uno de los ejecutores, diputado a la asamblea legislativa provincial del estado de Durango. El tribunal lo condenó a 20 años de prisión, pero sin embargo sólo estuvo preso unos meses, pronto fue amnistiado y puesto en libertad. Más aun, al asesino se le adjudicó el grado de coronel. Posteriormente escribió el libro titulado *Cómo maté a Pancho Villa.* Otros participantes del asesinato, en particular el terrateniente Melitón Losoya, a quien durante un tiempo perteneció la hacienda "El Canutillo", nunca fueron procesados.

Pancho Villa fue enterrado en el cementerio de Parral. Tres años más tarde, una mujer, al pasar por el cementerio, observó que la tumba estaba abierta. Investigaciones posteriores demostraron que unos malvados desconocidos habían ultrajado los restos del héroe popular, robaron su cabeza. Junto a la tumba se encontró una nota anónima, en inglés, que comunicaba que la cabeza de Pancho Villa se llevaba a Estados Unidos.

Este nuevo crimen alertó a todo el pueblo de Chihuahua. Los campesinos armados salían a los caminos y esculcaban a todos los sospechosos. Cerca de Parral, fue detenido un norteamericano de apellido Handal, en cuyo

carro fueron descubiertos unas palas, un machete y las armas; fue conducido a Chihuahua y encarcelado, mas, a exigencia del cónsul de EE. UU. pronto lo pusieron en libertad. Posteriormente los periódicos anunciaban que la profanación de la tumba de Pancho Villa y el robo de su cabeza fueron organizados por encargo de Hearst, rey de la prensa estadounidense, quien pagara por este "trofeo" 5 mil dólares.

De esta manera los gringos se vengaban de Pancho Villa incluso después de su muerte.

Pasaron muchos años desde que en el cementerio de Parral resonaran las salvas de luto sobre la tumba de Pancho Villa, pero la memoria de él sigue viva en el pueblo hasta hoy. Pancho Villa y su compañero de armas Emiliano Zapata siguen siendo héroes queridos del pueblo.

Por esa razón el México oficial también consideró conveniente cambiar su actitud hacia Pancho Villa. En su patria, en su querido Chihuahua, le erigieron unos monumentos, y en 1973, 50 años después de su muerte, en la capital, alrededor de otro monumento a él, tuvo lugar un mitin de masas al que asistieron los dirigentes del país.

El noble sueño de Pancho Villa de una sociedad justa y libre sin oprimidos ni opresores no ha sido puesto en la práctica aun en su patria. Hasta ahora prosigue en México la lucha de los pobres contra los ricos. Tanto en Chihuahua, Durango como en otras regiones del país, allí donde, en tiempos, tuvieron lugar choques encarnizados entre los combatientes de la División del Norte y sus numerosos adversarios, en los ranchos y las haciendas los campesinos siguen recordando el nombre de su legendario jefe, sus marchas, combates, su lucha por la libertad y la justicia.

En estos lugares puede oírse todavía a los cantantes populares interpretar los viejos "corridos"* revolucionarios en los que se habla de que Pancho Villa regresará y conducirá nuevamente a sus valientes "dorados" al combate. Y sus "muchachos" triunfarán esta vez para siempre...

* Canciones sobre la revolución (mex.).

RECABARREN, EL FUNDADOR

Primeros días

Luis Emilio Recabarren Serrano nació en el glorioso puerto chileno de Valparaíso el 6 de julio de 1876. Su madre —Juana Rosa— era una mujer religiosa y el joven por algún tiempo pensó en ser sacerdote. Durante la Guerra del Pacífico (1879-1884) el padre dejó a la familia; desapareció, pues no podía ver impotente cómo sus hijos pasaban hambre. A los 12 años Recabarren comienza a trabajar para ayudar a la madre. Leía mucho, incluso escribió versos que sólo fueron publicados después de su muerte.

La victoria de Chile en la Guerra del Pacífico contribuyó al desarrollo económico del país, testimonio de lo cual es el incremento del proletariado en los años bélicos— de 150 hasta 250 mil personas y una población total de 3 millones. Creció en especial el número de obreros en el norte del país, donde se explotaban las principales minas de salitre y cobre. Allí mismo aparecieron los sindicatos independientes.

El adolescente Recabarren se coloca en una imprenta donde se aficiona a la lectura; conoce obras de Tolstói, Proudhon, los anarquistas cuya influencia se percibía en el movimiento obrero chileno. En 1891 se desata en Chile la guerra civil, y el joven es llamado al ejército. Pronto padeció su primer arresto, mas no el último. Por leer periódicos de la oposición el tribunal militar lo condenó al fusilamiento, las autoridades sustituyeron esta condena por trabajos forzados de por vida, pero sus compañeros fueron fusilados. A pesar de todo, Recabarren fue liberado al poco tiempo. Para entonces había fallecido Amelia, su prometida.

En 1894 se hace miembro del partido demócrata. Regresa a Valparaíso donde encabeza la corriente revolucio-

naria dentro de ese partido. Contrae matrimonio con Guadalupe del Canto, quien trabajaba en una hilandería. Su vida privada era difícil pues existía una contradicción entre su apasionada lucha para liberar de la miseria y de la esclavización capitalista a los obreros y el amor por su mujer. Y para ella era igualmente difícil tener un marido así: los arrestos, los viajes, el trabajo clandestino, en una palabra todo lo que caracteriza la existencia de un revolucionario profesional, como Recabarren, no la seducían a su esposa, ya que soñaba con tener descendencia, llevar una vida normal. El matrimonio no tuvo hijos y se disolvió diez años más tarde. En 1914 él unió su destino a otra mujer, la socialista Teresa Flores, con la cual vivió hasta su muerte.

Pero retomemos el hilo de los acontecimientos que tuvieron lugar a fines del siglo XIX. Recabarren trabaja de redactor del semanario *La Democracia*. Tenía una afición especial por escribir y editar octavillas combativas; durante su vida editó decenas, al igual que folletos, donde con claridad e interés exponía las ideas del socialismo.

En 1903 Recabarren es arrestado de nuevo, esta vez en su natal Valparaíso. Al ser liberado se traslada al norte del país, a Tocopilla, donde encabeza el periódico combativo de los obreros *El Trabajo* y organiza un congreso: el Congreso Social. Las autoridades, los dueños de las minas lo consideran un sedicioso de peligro. Pronto es recluido de nuevo en la cárcel donde esta vez pasa ocho meses.

En 1906 lo eligen diputado al Congreso de la ciudad norteña de Antofagasta por el Partido Demócrata. Es el primer diputado obrero al Parlamento en Latinoamérica. En 1904 por primera vez, un representante del Partido Socialista, Alfredo Palacios, fue nombrado diputado al Congreso argentino. Pero él era abogado, mientras que Recabarren era obrero.

La elección de Recabarren provocó pánico en el campo de la reacción, cuyos diputados trataron de hacerlo jurar fidelidad a la bandera religiosa, lo cual no impidió que declarara desde la tribuna del Congreso: "Yo, respetuoso de las creencias ajenas, he presenciado el juramento que en conjunto presentaron los señores diputados; pero al mismo tiempo declaro que, en mi conciencia, no existe Dios, ni existen los Evangelios; nacido en un taller, no alcancé a estudiar esta materia. De manera, entonces, que ningún señor diputado podrá

achacarme como falta mi ignorancia respecto de Dios.

Así, pues, si se me exige que venga a invocar el nombre de Dios para prestar el juramento que ordena el Reglamento de la Honorable Cámara, se me obliga a mentir, a engañar a la Cámara, y a las tendencias que creo representar.

Debo, además, hacer presente otra consideración.

No me parece que sea necesario jurar para proceder en conformidad a la Constitución y a las leyes.

Yo he venido a este recinto en virtud de la voluntad popular y no tengo para qué invocar el nombre de una divinidad en la cual no creo, para que esa divinidad sea testigo de mis promesas.

¿Y acaso no hemos visto en diversas ocasiones que algunos señores diputados han faltado a ese juramento?

Ahora, si la Cámara nos hubiera oído, antes de prestar nuestro juramento, se habría evitado este bochornoso incidente.

No hemos venido a presentarnos en este recinto para luchar torpemente sino para cumplir un mandato emanado de la voluntad y la majestad del pueblo, a fin de hacer presente aquí sus necesidades.

Lejos de venir a ahondar las rivalidades entre las clases sociales, trataremos de tender el puente que nos salve del desbarajuste social que pudiera sobrevenir.

Esta es la misión que hemos venido a desempeñar los que hemos sido sindicados de anarquistas, y esta misión la cumpliremos. Y respecto al secreto que debemos guardar de lo que se trata en sesiones secretas, basta con nuestra promesa de mantener ese secreto.

Yo he negado y niego la existencia de Dios..."

El congreso chileno estaba obligado, por mayoría de votos, a aprobar el juramento de Recabarren, pero sus adversarios lo privaron poco después del nombramiento de diputado. Más tarde en reiteradas ocasiones desenmascaró la moral religiosa y los intentos de los eclesiásticos de dirigir a los trabajadores. En 1912 escribía: "El mundo actual está lleno de iglesias y de religiones y cada una de ellas se atribuye el privilegio de ser la verdadera. Todas ellas hablan del bien humano.

Pero el hecho es que ninguna religión ha producido la felicidad de la humanidad, ninguna. Esto sería una prueba suficiente para asegurar que no se alcanzará ningún bienestar con las religiones. Mientras tanto, el

socialismo perfecciona a los hombres y produce la verdadera felicidad".

Por entonces el Partido Demócrata se dividió definitivamente. La fracción socialdemócrata encabezada por Recabarren también se retiró.

El tribunal en Tocopilla condena a Recabarren a 541 días de arresto por "actividad subversiva", lo cual lo obliga a emigrar a Argentina. En este país participa activamente en el Partido Socialista fundado por Juan B. Justo.

En marzo de 1908 Recabarren viaja a Europa, donde poco antes había tenido lugar, en la ciudad de Stuttgart, el congreso de la II Internacional, el cual censuró la guerra mundial que preparaban las grandes potencias. Como se sabe, la resolución en este asunto fue aprobada con las enmiendas hechas por V. I. Lenin. En España, el primer país europeo visitado por el chileno, se encuentra con los líderes del Partido Socialista Pablo Iglesias y Largo Caballero; en Francia, con Jean Jaurès; en Bélgica, con Emile Vandervelde. En Bruselas, en una sesión de la Sección Socialista Internacional a la que asistió V. I. Lenin, se admite a Recabarren como representante del Partido Socialista Obrero de Chile y uno de sus fundadores.

A fines de 1908 regresó a su patria y de inmediato fue encarcelado de nuevo, durante dieciocho meses. Pero tampoco allí pierde tiempo, escribe folletos. En uno de los trabajos escribe: "Hoy, cuando el hombre ha hecho hablar a los fierros (los fonógrafos); cuando transmite la palabra, sin alambre, a través del espacio; cuando domina el aire con máquinas voladoras, nadie tiene razón o base para declarar utopías o imposibles los ideales de perfeccionamiento social, que tienden a hacer del ser humano un ser ideal. Quien abraza tan sublimes ideales y los propaga, por cierto que no merece la mofa ni el insulto o la ofensa".

En el folleto sobre la huelga en Iquique, donde en diciembre de 1907 cayeron muertos por las balas de los soldados centenares de obreros en huelga, Recabarren narra los trágicos acontecimientos. Llama a los obreros a mantener el ánimo y seguir luchando por su futuro, ya que, como dijera C. Marx, la emancipación del proletariado es asunto del propio proletariado.

En junio de 1911 se desplazó otra vez al norte del país, donde conoció a Elías Lafertte, quien sería luego uno de los líderes del Partido Comunista de Chile y nos recuerda

ese encuentro así: "Cuando el tren llegó y empezaron a bajar los viajeros, yo me preguntaba cuál podría ser Recabarren. De pronto vimos bajar a un hombre de cabellos y bigotes negros, ojos capotudos y porte desgarbado. Usaba pantalones anchos y los bolsillos de su chaqueta parecían llenos de papeles. Embarazado con tres o cuatro maletas y algunos paquetes, miraba en torno suyo, como buscando a alguien. Inmediatamente nos acercamos y nos saludó, uno por uno. Nos preguntó de qué oficinas éramos y luego nos repartimos su equipaje y nos encaminamos con él al hotel. Después que se lavó en su pieza, lo convidamos a tomar once, que en la pampa se llama lonche y no consiste sólo en café y pan".

Recabarren era muy comedido en la comida y tomaba vino muy raras veces, según cuenta E. Lafertte. Se vestía con sencillez. Por regla general, estropeaba los bolsillos de los sacos convirtiéndolos en verdaderos archivos, ya que llevaba consigo folletos, apuntes para los artículos, cartas, papeles. "Cuando leo algunas descripciones que lo pintan como a un "apóstol" laico, —escribe el mismo Lafertte—, las desmiento de inmediato, pues Recabarren no era nada de eso. Era un maestro de los trabajadores, sí, porque sabía inmensamente más que todos nosotros y cada palabra suya era una lección. Pero no tenía nada de místico ni de soñador. Era un trabajador metódico y realista, un hombre alegre y vivo, que encontraba la fuente de su alegría en el estudio y en la lucha. Oyéndolo hablar, principalmente a las horas de la comida, yo sentía que crecía en mi convicción, confianza en la capacidad de los trabajadores. Cada día ganaba más y más experiencias".

En 1912 empiezan a surgir en el país organizaciones socialistas obreras. El 4 de junio fue fundado el Partido Socialista Obrero. Para fines de aquel año había ya en Chile 50 células socialistas. Recabarren escribe y publica el programa, los estatutos y los principios del nuevo partido:

El socialismo es una doctrina que sirve a la aspiración de transformar la sociedad existente mediante su sustitución por una sociedad justa, con igualdad de derechos.

Consideramos que la sociedad actual es injusta, ya que está dividida en dos clases: la de los capitalistas, poseedores de tierras, minas, fábricas, máquinas, instrumentos de trabajo, dinero, es decir, de todos los medios de producción,

y la clase de los obreros, que no tiene sino su fuerza física e intelectual, la cual debe poner al servicio de la clase capitalista para asegurar su existencia recibiendo una determinada recompensa en metálico, el así llamado salario.

Al mismo tiempo, la razón y la justicia exigen con insistencia, eliminar la desigualdad y el antagonismo entre las clases mediante la transformación o la destrucción del régimen social que los engendra.

El Partido Socialista Obrero declara que aspira a la completa emancipación de la humanidad por medio de la liquidación de las diferencias de clase y la transformación de todos en una sola clase: la clase de los trabajadores, dueños de su trabajo, libres, iguales, honrados e inteligentes; aspira al establecimiento de un régimen en el cual la producción sería una causa común, así como sería común la utilización de los productos de trabajo. Esto significa transformar la propiedad individual en colectiva o común...

Llevaremos a cabo una lucha política para arrebatar a la burguesía el poder político, privarla de la actual situación dominante, trataremos de conseguir el saneamiento político mediante la elección por los diputados de los representantes de nuestra clase que tratarán de llevar a la práctica nuestro programa; penetraremos en los municipios para conseguir la urbanización de los poblados, la abolición de los impuestos sobre los artículos de primera necesidad, la entrega de la economía municipal a los municipios...

En vísperas de la primera guerra mundial, durante una conferencia en la ciudad de Iquique Recabarren decía:

"La guerra: ¿hay algo más horrible que la guerra? Querer la guerra, ¿a eso llaman patriotismo?, ¿a eso llamáis amar la patria?

Si a eso llamáis patriotismo, os confieso, yo no soy patriota.

A nosotros se nos llama antipatriotas porque somos enemigos de la guerra.

Somos y seremos enemigos de la guerra, y creemos amar mejor nuestra patria, que los partidarios de la guerra.

Lo vamos a probar.

La guerra destruye montones de oro en armamentos que se destrozan y se pierden, balas, pólvora, trenes, equipos. La guerra consume muchos millones que el pueblo con sus miserias paga.

La guerra destroza a los hombres, matándolos, mutilándolos. Con eso priva muchos hogares del pan diario y los sume en la miseria y aun los coloca en el camino de todos los vicios o crímenes.

Si a esto llamáis patriotismo, os repito: yo no soy patriota.

¡Cuántos niños y niñitas quedan huérfanos, en medio de la más atroz miseria, por los que caen en la guerra! ¡Pobres niños que son carne predispuesta para el presidio y para el prostíbulo! ¿No os da tristeza presentir esos horribles cuadros que produce la matanza humana llamada guerra?

¿Cuántas mujercitas, jóvenes y ancianos deja en la amargura la muerte de los que caen en la guerra?

¿Quién puede probar la amargura de la madre, de la esposa, de la novia o de la hija del que murió en la guerra?

¿Y esos cuadros de miseria moral o de barbarie, no entristecen el corazón humano? Si tolerar eso llamáis patriotismo, yo no puedo ser patriota".

¿Cabe asombrarse entonces de que cuando estalló en Europa el primer incendio mundial, Recabarren publicara el 30 de agosto de 1914 en el periódico socialista *El Despertar de los Trabajadores* un artículo que desenmascaraba su carácter imperialista? Declaraba que la contienda es un enorme crimen de lesa humanidad, la cual no permitirá que el crimen quede impune. Consideraba, además, que a la guerra debería seguir una revolución, una revolución sin miedo ni demora. Que el proletariado debía asumir la dirección de los destinos de los pueblos. La burguesía había sufrido un fracaso demostrando su completa incapacidad para gobernar. Los pueblos no debían permanecer más bajo el poder de los animales... El actual crimen era tan enorme que había que preparar el terreno para terminar con el dominio de la burguesía. Que todos los trabajadores y sus familias que sufren a causa de esta guerra estén listos para una lucha prolongada hasta establecer un poder firme capaz de oponer resistencia a las aspiraciones restauradoras de los reyes y los emperadores.

La así llamada civilización y la cultura burguesas sufrieron un fracaso. Ahora triunfaría inevitablemente una nueva civilización, la socialista, que debería realizar el desarme general de los pueblos como el primer medio para prevenir las guerras en el futuro.

Sólo el socialismo aportaría la paz al mundo.

La posición de los socialistas chilenos significaba una ruptura abierta con la socialdemocracia europea que emprendiera el camino de colaboración con los gobiernos militares y la ruptura con la II Internacional.

El I de mayo de 1915 se reunió en Santiago el I Congreso del Partido Socialista Obrero de Chile, fueron elegidos los órganos centrales y se discutió el nombre del partido: socialista obrero o simplemente socialista. En su intervención Recabarren propuso conservar el nombre de socialista obrero para diferenciarlo de los socialdemócratas de Europa que habían traicionado, según su firme convicción, la causa del proletariado.

Su actividad despierta nuevamente el odio de los enemigos, quienes lo siguen persiguiendo. En 1917 se ve obligado a marcharse por segunda vez a Argentina. En Buenos Aires establece contactos con el ala izquierda, marxista, del partido socialista y, a su lado, lucha contra su dirección oportunista de derecha, que traicionaba los intereses del proletariado. Allí lo sorprende la noticia de la revolución socialista en Rusia.

Recabarren supo valorar de inmediato la importancia histórico-mundial de la Gran Revolución Socialista de Octubre. En su opinión, la victoria del bolchevismo en Rusia debía ser una base inquebrantable para derrocar el régimen capitalista, y liquidar el imperialismo y el militarismo en todo el mundo.

Respecto a la actitud hacia la Rusia Soviética, al igual que hacia la guerra, los dirigentes del partido socialista de Argentina ocuparon una posición hostil. Esto movió a la minoría revolucionaria a separarse definitivamente de los oportunistas y crear un partido marxista. Recabarren participó activamente en la preparación y realización, en enero de 1918, del congreso constituyente del nuevo partido que adoptó el nombre de Partido Socialista Internacional y dos años más tarde se le dio el nombre de Partido Comunista. La influencia de la revolución socialista en Rusia, la participación en la lucha del ala izquierda de los socialistas argentinos contra los líderes oportunistas, por la creación de un partido verdaderamente revolucionario, fortalecieron la formación marxista de Recabarren.

La creciente ola del movimiento obrero en Chile, la agudización en sus filas de la lucha entre las corrientes revolucionarias y reformistas planteaban nuevas tareas de

responsabilidad ante los socialistas locales, y exigían la presencia de Recabarren en el país. En abril de 1918 regresa a la patria y se entrega de nuevo y por entero a organizar a los trabajadores, a su educación e instrucción políticas, a editar periódicos obreros y a difundir las ideas revolucionarias.

El IV Congreso del PSO, el 2 de enero de 1922, aprobó la resolución sobre el nuevo nombre del partido: así nació el Partido Comunista de Chile, sección de la Internacional Comunista. En la Declaración aprobada por el Congreso se señalaba que la creación del Partido Comunista era necesaria para que la clase obrera luchara con éxito por realizar sus ideales, liquidar la explotación del hombre por el hombre y construir con este fin la sociedad comunista, para que organizara sus fuerzas a fin de establecer su dictadura durante un período transitorio.

La creación del Partido Comunista de Chile no fue simplemente un acto que cambió el nombre de un partido por otro, fue el resultado de profundos cambios en el movimiento revolucionario de ese país, en el desarrollo del PSO. Era un salto cualitativo que significaba la aparición de un partido llamado a actuar en las nuevas condiciones históricas, en el contexto de la crisis general del capitalismo.

La Rusia Soviética

En la formación de Recabarren y en la del Partido Comunista de Chile tuvo importancia excepcional su viaje a la Rusia Soviética a fines de 1922. Llegó a nuestro país para participar en las labores del II Congreso de la Internacional sindical roja como delegado de la Federación obrera chilena, así como al IV Congreso de la Internacional Comunista representando al Partido Comunista de Chile. El 7 de noviembre de 1922 asistió a la manifestación festiva de los trabajadores. El 13 de noviembre, escuchó con enorme atención a V. I. Lenin quien pronunciara ante el Congreso de la Internacional Comunista el informe "Cinco años de la revolución rusa y perspectivas de la revolución mundial". Recabarren vio qué dificultades debieron superar los obreros y los campesinos de Rusia para construir una nueva vida en el país devastado por la guerra y la intervención extranjera. Pero comprendió lo

principal: nada impediría a los trabajadores del País de los Soviets, dirigido por el Partido Comunista, crear la sociedad socialista.

Compartiendo sus impresiones del viaje al primer país del socialismo y reflexionando sobre lo visto, Recabarren escribía en su famoso folleto *Rusia obrera y campesina:* "Fui a ver si la clase trabajadora tenía en sus manos efectivamente el poder político, con el cual garantice la conservación en sus manos del poder económico...

Y pude ver con alegría que los trabajadores de Rusia tenían efectivamente en sus manos toda la fuerza del poder político y económico, y que parece imposible que haya en el mundo una fuerza capaz de despojar al proletariado de Rusia de aquel poder ya conquistado".

Destacó, además, el verdadero poder del pueblo en la Rusia soviética, y contraponía la democracia soviética, de los trabajadores, a la falsa democracia burguesa que representaba, según sus palabras, "algo así como un juguete con que el explotador capitalismo ilusiona y entretiene al pueblo para calmar sus furores y para desviar su atención..." Con una convicción todavía mayor Recabarren intervenía en defensa de la dictadura del proletariado llamándola "fuerza inteligente" que garantizaba a los trabajadores la abolición definitiva del sistema de tiranía y explotación capitalistas.

Recabarren abandonó el País de los Soviets pletórico de fe en la fuerza creadora de las masas revolucionarias, en la necesidad de la transformación socialista de la sociedad. Decía: "He vuelto de Rusia más convencido que antes que urge apresurar la Revolución social que ponga en manos del pueblo todos los poderes para la construcción de la sociedad comunista".

Recabarren, fundador del Partido Comunista de Chile, y sus miembros profesaban un profundo respeto hacia V.I. Lenin, el jefe del proletariado mundial. Recibieron la noticia de su muerte como una grandísima pérdida para toda la humanidad.

Cuando en Chile se supo que V.I. Lenin había muerto, Recabarren, elegido de nuevo al parlamento por los trabajadores de la provincia de Antofagasta, propuso a la Cámara de diputados enviar al gobierno soviético una nota de condolencia. Pese a la resistencia de los parlamentarios reaccionarios, logró que su proposición fuese aprobada.

La vida de Recabarren se cortó en diciembre de 1924. Hasta los últimos días, agotado por la enfermedad, atacado por los enemigos, seguía luchando por el fortalecimiento del Partido Comunista, contra los intentos de los elementos aventureros y oportunistas de desviarlo del rumbo acertado. Permaneció siempre fiel a la gran causa de la liberación del proletariado al que entregara todas sus fuerzas.

He aquí cómo describe el fallecimiento de Recabarren su compañero de lucha E. Lafertte: "Si frecuentemente, cuando a uno le anuncian la muerte de un pariente o un amigo a quien se ve a menudo, la noticia resulta increíble, ¡cómo no iba a resultar para mí increíble que ese hombre a quién estaba tan ligado, hubiera muerto!... Corrí por las calles, entre incrédulo y desesperado, hasta llegar a casa de Recabarren. La noticia de su muerte se había empezado a divulgar y en la casa, junto a Teresa y a las hermanas de nuestro camarada, había ya unos cuantos políticos y dirigentes obreros... ...El funeral iba a realizarse en la mañana del domingo 21, pasando el cortejo por la Alameda y la calle Estado hacia el Mapocho. El gobierno, al principio, prohibió que se usara la calle Estado, pero como el rumor de indignación que surgió de pecho de obreros, llegó a la Moneda, luego echaron pie atrás...

La concurrencia fue en realidad inmensa. Creo que jamás había visto tanta gente junta como la que concurrió a los funerales de Recabarren...

Pasó el cortejo entre la doble fila de obreros que tomados de la mano formaban dos cadenas increíblemente largas, pues llegaban desde la Alameda esquina de Bascuñán Guerrero hasta el propio Cementerio General. Cuadras y cuadras de trabajadores seguían el ataúd por las calles de Santiago, en una de las demostraciones populares más impresionantes que me ha tocado presenciar... Detrás de la doble cadena de obreros se agolpaba la multitud a ver pasar a ese hombre famoso al que los trabajadores tanto querían. En las ventanas de las casas se asomaba la gente como racimos. Todo Santiago veía pasar con respeto los restos de ese "subversivo" que había conocido más prisiones que nadie sin haber cometido jamás un delito.

— ¡Mira, ahí van los tranviarios!

Sí, y no sólo los tranviarios. Sino los ferroviarios, los albañiles, los trabajadores del cuero, los cocheros, los estudiantes, los metalúrgicos, delegaciones de mineros y de pampinos, de marítimos y de los hombres del carbón. Los

estandartes sindicales desfilaban con un crespón negro sobre las letras bordadas en el terciopelo.

...En la plazuela del cementerio comenzaron los discursos. No era cosa de que hablara primero un orador y luego otro, porque no se habría terminado en todo el día. Simultáneamente, desde las pequeñas tribunas, hablaban diez o más oradores. Algunos, a falta de tribunas, se subían a los barrotes de las ventanas de las casas y desde allí despedían los restos de Recabarren. Hubo un instante en que conté hasta quince personas hablando simultáneamente a la muchedumbre.

...Alrededor de las seis, acordamos dar por terminadas las despedidas y el cadáver fue llevado al cementerio, y depositado en un lugar llamado "De Profundis", donde debía quedar hasta el día siguiente. El lunes fuimos unos cuantos al acto de sepultación, que se hizo en la cripta de uno de sus abuelos de apellido Serrano".

El Partido Comunista de Chile conserva sagradamente la herencia de Recabarren. Las tradiciones, a las que él dio inicio, del vínculo diario, irrompible, con el movimiento obrero, la sabia compaginación obligatoria de los intereses cotidianos de los trabajadores con la perspectiva estratégica, la orgánica combinación del verdadero patriotismo y del internacionalismo proletario ayudan a los comunistas chilenos en su actual difícil lucha por liquidar la dictadura fascista, por la libertad y la democracia para el pueblo.

MARIATEGUI, CREADOR

Cuando uno conoce la vida del primer marxista peruano, José Carlos Mariátegui, se sorprende: cuánto puede hacer una persona en sólo 35 años de vida, que, además, pasó los últimos diez, sin una pierna e inmovilizado en una silla de ruedas.

La dura realidad

Mariátegui nace el 14 de junio de 1895 en el poblado de Santa Catalina de Moquegua, cerca de Lima. Es uno de los cuatro hijos de la familia. Su hermana Amanda muere siendo muy niña; su madre —Amalia la Chira— es de origen indio; el padre, Francisco Javier Mariátegui, criollo, considerado liberal, trabaja de contable.

José Carlos queda al cuidado de la madre, quien con grandes dificultades trataba de sacar adelante a sus hijos.

La situación no hubiera sido tan penosa si José Carlos, a la edad de siete años, no se hubiera caído y lastimado una rodilla. Desde entonces el pequeño pasa de un hospital a otro, los médicos tratan de arreglarle la pierna mediante operaciones, pero sin resultados positivos: la pierna le duele y el niño cojea.

A los 14 años, José Carlos, pese a la dolencia, se ve obligado a trabajar para ayudar a la madre, quien, como costurera, no podía asegurar el sustento de la familia. El padre hacía cinco años se había ido al Norte del país y no regresó.

¿Qué hace el joven Mariátegui? Se dirige a *La Prensa*, el principal periódico de Lima en aquel entonces, donde

primero trabaja de ordenanza, y luego empieza a publicar sus artículos en la crónica. Poco a poco se incorpora a esa labor y se hace periodista...

Pero antes de relatar más sobre su vida, es necesario dar a conocer al lector una síntesis sobre el Perú de aquella época. José Carlos nació en un tiempo significativo: un año más tarde perecería José Martí, y en Europa enterrarían a Federico Engels. Perú, junto con Bolivia, sufre un fracaso en la Guerra del Pacífico. Los dos países pierden, a favor de Chile, los territorios de Tacna y Arica. En el Perú un dictador sustituye a otro. Desde hace un siglo la nación se encuentra en poder de los tiranos generales que se apoyan en los feudales locales. Pero ellos no están en condiciones de frenar el progreso que se manifiesta esta vez en la esfera de la literatura, más exactamente, en la poesía. En el Perú dominan las almas de la juventud rebelde el poeta Santos Chocano, amante de la libertad e independiente; González Prada, ensayista brillante, partidario de la ilustración y de separar la Iglesia del Estado. Más allá de las fronteras del país resuena la fama del nicaragüense Rubén Darío, y del escritor uruguayo Juan Enrique Rodó. Son antimperialistas y se pronuncian contra el predominio de los yanquis. La juventud peruana, entre ellos, naturalmente, Mariátegui, se enfrasca en la lectura de sus obras.

En 1910 en México comienza la revolución. La población limeña sigue su desarrollo reteniendo la respiración, porque la llama revolucionaria podía llegar hasta allí. ¿Acaso no sucedió esto con frecuencia en el pasado? En Europa se aglomeran los nubarrones de la primera guerra mundial; en agosto de 1914 sus primeros resplandores llegan hasta el Perú. Las autoridades locales están contentas: ahora subirán los precios de sus materias primas, lo que sucedió realmente. Pero la primera guerra mundial provoca inesperadamente el derrumbamiento del zarismo en Rusia, y después llega la Gran Revolución Socialista de Octubre. Este último acontecimiento suscita enorme entusiasmo en Mariátegui, quien pronto evoluciona hacia la izquierda colaborando en el periódico *El Tiempo*, que aprueba el socialismo. Después de finalizar la guerra mundial tienen lugar en el Perú las primeras huelgas. Los estudiantes de la universidad capitalina de San Marcos exigen realizar la reforma (movimiento nacido bajo la influencia directa de las ideas de Octubre en la ciudad

argentina de Córdoba que muy rápido se apoderó de las grandes ciudades universitarias de Latinoamérica).

El gobierno trata de sacar del país al inquieto Mariátegui. Le ofrece una beca para estudiar en Europa Occidental. Mariátegui comprende que los acontecimientos más importantes se operaban precisamente en el viejo continente, y con el deseo de visitar la URSS, acepta la beca. En Alemania se encuentra con algunos soviéticos, entre ellos, con Máximo Gorki. En sus ensayos literarios posteriores el peruano afirmaba que la mejor escuela la había pasado en Europa. El viaje, lejos de separarlo del suelo latinoamericano, con lo cual contaban sus adversarios, por el contrario, lo acercó a la comprensión verdaderamente marxista-leninista de la realidad peruana.

Durante su estadía en Italia, Mariátegui conoció a Anita Ghiorre, natural de Siena, que tenía 17 años y se casa con ella. A su primogénito le dan el nombre de Sandro, en honor de Boticelli, pintor favorito de José Carlos.

En 1923 Mariátegui regresa con la esposa y el hijo al Perú, y un año más tarde los médicos le descubren en la rodilla izquierda un tumor canceroso, lo cual les obliga a cortarle la pierna. Sólo el amor de Anita le ayuda a soportar esa dura realidad, quedando desde entonces inmovilizado en una silla de ruedas. A pesar de su estado la policía lo encarcela en reiteradas ocasiones.

Por esa época surge en el Perú un amplio movimiento que cobraba rápidamente fuerza: La Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), entre sus miembros hubo no pocos sinceros luchadores revolucionarios. Pero ya desde el principio Haya de la Torre y otros dirigentes de la Alianza negaban la hegemonía del proletariado en la revolución antimperialista y antioligárquica y aspiraban a convertir el movimiento en una organización reformista burguesa común y corriente, objetivo que alcanzaron más tarde. Posteriormente la APRA degeneró en un partido reaccionario, en un apologeta directo de las potencias imperialistas.

Al principio, Mariátegui se adhirió al APRA viendo en ella una variante del frente antimperialista, pero sin ocultar que tenía divergencias con sus dirigentes derechistas. A partir de 1924 hasta el fin de su vida (al principio dentro de los marcos del APRA, luego al margen de ella), Mariátegui lleva una lucha tenaz y verdaderamente heroica por

el deslinde de las fuerzas en el movimiento liberador revolucionario. En aquellos años se incrementaba en el Perú la influencia de las ideas marxistas-leninistas. Se convierte en poderosa fuente de su difusión la revista *Amauta* (1926-1930), dirigida por Mariátegui. En la lengua quechua, idioma de la población aborigen del Perú, "amauta" significa persona sabia, respetada, maestro, educador. Y la revista se convirtió en verdadero maestro del pueblo peruano.

En sus páginas se analizaban, desde posiciones marxistas, los problemas socioeconómicos de la realidad peruana, y en general cuestiones de economía, política, estructura administrativa, historia, literatura, arte; instrucción pública, etnografía, lingüística, etc. Se dedicaba gran atención al problema indígena; se publicaban numerosos materiales consagrados a la construcción del socialismo en la Unión Soviética, al movimiento obrero internacional y al de liberación nacional, así como traducciones de las mejores obras de la literatura mundial, incluidas las de M. Gorki, V. Mayakovski. Las autoridades cerraron en varias ocasiones la revista, pero, gracias a la incansable labor de Mariátegui (ya completamente enfermo), renacía y seguía difundiendo las ideas marxistas-leninistas en el Perú y en otros países de América Latina.

Mariátegui publicó varios libros, entre otros, *La escena contemporánea* (1925), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), *En defensa del marxismo* (1929), que representaban una aplicación creadora del marxismo-leninismo a las condiciones del Perú y de otros países latinoamericanos. Cabe destacar en particular los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, obra magnífica que no olvidó ni un solo rasgo sustancial de la sociedad del país de aquella época. En sus trabajos Mariátegui llega a la conclusión de que el movimiento liberador tanto en el Perú, como en América Latina en su conjunto, puede obtener la victoria definitiva sólo si el proletariado desempeña el papel dirigente y participa activamente. Concedía importancia de primer orden a la cuestión india, pues en aquella época había no pocos científicos y políticos que, pronunciándose desde las posiciones del "racismo blanco", negaban la capacidad creadora de los indígenas augurándoles su inevitable liquidación mediante el mestizaje. Mariátegui intervino resueltamente en contra de estos razonamientos anticientíficos. "Esperar

la emancipación indígena de un activo cruzamiento de la raza aborigen con inmigrantes blancos es una ingenuidad antisociológica, concebible sólo en la mente rudimentaria de un importador de carneros merinos" —escribía él.

Mariátegui mostró que las raíces de la cuestión indígena arraigan en el sistema de propiedad y que su solución debe comenzar, ante todo, por la liquidación de los latifundios y la concesión de la tierra a los indios, quienes al mismo tiempo, subrayaba, debían determinar el desarrollo de su idioma y su cultura.

Sin embargo, no sólo la realidad peruana atrae la atención de Mariátegui. Los lectores de sus obras se sorprenden por la amplitud de su horizonte, la profundidad y perspicacia de su pensamiento. Muestra con argumentos que el tan manido "ocaso de Europa" no es más que el ocaso de la civilización capitalista, que se sustituirá por una cultura más elevada, la socialista. Mariátegui comprende bien que la Revolución de Octubre en Rusia (1917) ha llenado esta época de un contenido nuevo.

Para Mariátegui estaba claro que los destinos del movimiento liberador de los pueblos coloniales se hallaban estrechamente relacionados con el movimiento obrero internacional y con el socialismo. Subraya que éste ensancha su radio, que la doctrina de Marx penetra en Asia y que puede hablarse de la existencia de condiciones históricas necesarias para la liberación de Oriente.

La pluma crítica de Mariátegui estaba enfilada también contra personas como Lloyd George, Clemenceau, Poincaré, Kerenski, Mussolini. Criticaba el oportunismo de toda laya, azotaba la ideología del racismo, fascismo, sionismo.

En su riquísima herencia teórica un lugar especial lo ocupan los trabajos dedicados al arte, esfera en la que adoptaba posiciones partidistas de principio: "Mi crítica renuncia a ser imparcial o agnóstica, si la verdadera crítica puede serlo, cosa que no creo absolutamente. Toda crítica obedece a preocupaciones de filósofo, de político o de moralista". Precisamente desde estas posiciones, subordinando su pluma a los intereses del proletariado, considera las diferentes escuelas y corrientes literarias, así como la obra de algunos escritores no sólo en Perú, sino también en Rusia, España, Suecia, Italia, EE. UU, India, Francia.

El tema ruso está presente en toda su obra, desde su

primer libro — *La escena contemporánea* — hasta los últimos trabajos.

Mariátegui escribía sobre la producción literaria soviética, reflexionando en la necesidad de formar la cultura nacional peruana cuya vía de desarrollo estaba complicada por la herencia colonial y el atraso socioeconómico. No sólo era crítico, sino también propagandista de la literatura soviética. En las páginas de las revistas que editaba, y ante todo en *Amauta*, se publicaban cuentos de I. Bábel, L. Reisner, M. Zóschenko, B. Pilniak, versos de V. Mayakovski, notas sobre las novedades de la literatura soviética, así como trabajos de críticos literarios soviéticos. Entre estos útimos señalaremos especialmente el artículo de I. Ehrenburg publicado en *Amauta*, que jugó considerable papel en la formación de los puntos de vista del escritor peruano respecto a la literatura soviética.

Pese a todo

El nombre de Mariátegui está indisolublemente ligado al proceso de formación y desarrollo del movimiento sindical en Perú. No sólo él mismo se liberó de la influencia del anarcosindicalismo, sino que libró una resuelta lucha tanto contra esta corriente, como contra otras corrientes pequeñoburguesas en el movimiento obrero. La influencia de Mariátegui en el movimiento sindical del país fue especialmente eficaz cuando desempeñó el cargo de director de la revista *Claridad* convirtiéndola en órgano de la Federación obrera regional. En 1927 fue convocado el II Congreso de la Federación y Mariátegui le dirigió un mensaje en el que planteaba con precisión el objetivo: lograr la unidad proletaria sobre principios clasistas. Adelantó también una importante tarea de organización: colocó los cimientos de un centro sindical único del país.

La dictadura de Leguía que dominaba entonces Perú, hizo objeto de duras represiones al movimiento sindical y a la Federación obrera regional, arrestó a los delegados al II Congreso paralizando su trabajo. Después de tal represión, para fortalecer el movimiento sindical en el país, Mariátegui comienza a editar, desde noviembre de 1928, el periódico *Labor* como apéndice de *Amauta*. Debido en considerable medida a sus esfuerzos personales, y de los órganos de prensa que dirigía, aquel mismo año fue instituido el Comité organizador cuyo objetivo era crear la Confederación general de trabajadores de Perú. El siguiente año, la Confederación fue convocada.

Mariátegui era un internacionalista profundamente convencido. Tal actitud estaba indisolublemente ligada con la concepción de la unidad del proceso revolucionario mundial, en particular, en Perú, como parte de la lucha de las fuerzas progresistas en todo el mundo por una reestructuración radical de las relaciones sociales. Todo obrero —afirmaba él—, que en este momento perece en las calles de Berlín o en las barricadas de Hamburgo, entrega su vida no sólo por la causa del proletariado alemán, sino también por nuestra causa. Por eso con tanta insistencia y dedicación luchaba por la unidad de las fuerzas progresistas en Latinoamérica y en todo el mundo. Precisamente esta lucha por la unidad de todos sectores del movimiento liberador revolucionario predetermina el carácter actual de las ideas de Mariátegui.

El resultado culminante de la incansable actividad social de este patriota fue la fundación del Partido Comunista Peruano.

En 1928, Mariátegui, rompiendo en definitiva con la APRA, creó el Partido Socialista Obrero-Campesino, y fue elegido secretario general. Este partido era heterogéneo por su composición, allí hubo tanto los verdaderos marxistas-leninistas encabezados por Mariátegui como adversarios suyos. La escisión entre ellos se hizo inevitable. En marzo de 1930, en una sesión del CC, la mayoría aplastante aprobó la resolución propuesta por el secretario general sobre la adhesión a la Internacional Comunista. Aunque al mes siguiente la muerte sacó a Mariátegui de las filas de los luchadores por la causa del pueblo, y el fortalecimiento ideológico de los comunistas peruanos se operaba ya sin él, es precisamente él, José Carlos Mariátegui, quien de derecho se considera su fundador, y sus trabajos constituyen un tesoro de ideas no sólo para los comunistas, sino para todas las fuerzas progresistas del Perú y de otros países de América Latina.

Poco antes de su fin Mariátegui recibió la invitación de visitar Chile y Argentina. Pero en vísperas del viaje se sintió mal, lo llevaron al hospital, los médicos trataron de aliviarlo con una nueva operación, pero todo fue en vano.

El 16 de abril de 1930, sin haber cumplido 35 años, dejó de existir.

Toda Lima asistió a su entierro. En esa ocasión por primera vez resonaron en esta ciudad las cuartetas de la Internacional.

El número treinta de la revista *Amauta*, que él fundara y dirigiera, salió el 17 de abril del mismo año con el editorial *Ante el cuerpo de José Carlos Mariátegui* que decía: "Tenemos aún entre nosotros el cuerpo de nuestro líder inmovilizado por la muerte. Su desaparición conmociona los más nobles sectores de América y engendra en las masas una sensación de estupor...

"Marxista convicto y confeso", no fue sólo un proselitista y un militante, sino un acérrimo propagandista, un calificado defensor de la ciencia y el pensamiento marxista.

Mariátegui sobrevive, no sólo en el recuerdo sentimental de las gentes, sino en la obra múltiple que nos lega, fuente de energía, de afirmación que animó al forjador.

En toda ella su visión es internacional, su concepción materialista, su desenvolvimiento dialéctico y determinista."

Mariátegui dio vida a una nueva corriente de entre las entrañas de la conciencia nacional. Es un ejemplo de lo que puede dar la educación autodidacta, cuando el hombre llega a ser lo que quiere ser.

Los peruanos guardan a Mariátegui en su memoria, reeditan sus obras, organizan seminarios sobre su vida y actividad. Un evento de esa índole tuvo lugar en Lima en 1974, con motivo del 80 aniversario de su nacimiento. Durante su corta y heroica vida J. C. Mariátegui luchó por la libertad y la independencia de su patria que tanto quiso. Creía firmemente que llegaría el día cuando las enormes riquezas del país pertenecerían al pueblo, a todos los que crean los valores materiales y espirituales de Perú.

Hoy, los comunistas peruanos se pronuncian resueltamente por la unidad de todas las fuerzas patrióticas, progresistas. Fieles a los legados de Mariátegui, a las ideas del marxismo-leninismo, luchan por la derrota definitiva del imperialismo y de la oligarquía, por que encarnen los ideales del socialismo que responden a los intereses radicales de las amplias masas peruanas.

MELLA, REVOLUCIONARIO CUBANO

Quizás Cuba, más que otros países de América Latina, ha dado a la humanidad revolucionarios famosos, intrépidos luchadores contra el colonialismo, el imperialismo y sus títeres: tiranos, dictadores y toda clase de monstruos, testaferros de EE.UU., que han utilizado su poder para el enriquecimiento personal. Y esto es comprensible porque Cuba permaneció bajo el poder de España todo el siglo XIX convirtiéndose luego en colonia no oficial de los yanquis.

El emblema de la Unión de Jóvenes Comunistas cubanos representa las imágenes de tres magníficos revolucionarios: Julio Antonio Mella, Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara. Y esto no es casual, porque los tres fueron verdaderos caballeros de la revolución y perecieron en la flor de sus fuerzas combatiendo por su victoria.

Comunista

El los años 20 del siglo XX Mella es, sin duda, el revolucionario cubano más conocido. Dio inicio a la instrucción popular en Cuba, fue participante y dirigente de la lucha por implantar la reforma universitaria, uno de los fundadores del Partido Comunista de ese país. Quedó grabada para siempre en las tablas de la historia su llegada, a nado, al barco soviético "Waclaw Vorovski" en el puerto cubano de Cárdenas. Fue uno de los primeros cubanos que visitara la Unión Soviética. Luchaba contra la dictadura de G.Machado; perseguido en reiteradas ocasiones por el tirano, recluido en las cárceles y desterrado a México. Pero allí también siguió su labor

"subversiva", tomando parte activa en el movimiento antimperialista; fue elegido miembro del CC del Partido Comunista de México; colaboró activamente en ediciones progresistas; se pronunció contra el terror de las tropas de ocupación yanquis en Nicaragua, El Salvador y otros países; se encontró personalmente con Sandino y con Farabundo Martí, su secretario, en México en 1929. Mella fue asesinado en 1929 por los terroristas apoyados por Machado y sus protectores norteamericanos.

Mas comencemos nuestro relato por el principio, o sea, por el nacimiento de este revolucionario cubano el 25 de marzo de 1903 en La Habana. Le dieron el nombre de Nicanor, como su padre. Un año antes, Cuba había proclamado su independencia. El padre de Mella, de origen dominicano, era un conocido sastre entre los ricos locales, trabajo que le reportaba buenas ganancias. El abuelo por la línea paterna, el general Ramón Mella, se había distinguido en la lucha por la independencia de la República Dominicana. Su madre, Cecilia Mac Farland, era norteamericana de origen irlandés. Los cubanos cambiaron su apellido a su manera: Macparlán.

No se sabe cómo se conocieron los padres de Mella. El hecho fue que el padre no formalizó su matrimonio, porque ya tenía una familia "oficial" e incluso dos hijas, pero reconocía a sus hijos ilegítimos y les dio la mejor educación que pudo en aquella época.

Mella y se hermano vivían con su madre en La Habana. Durante la primera guerra mundial ella regresó con sus dos hijos a New Orleans, por consejo de sus médicos quienes afirmaban que el cálido y húmedo clima de Cuba perjudicaba su salud. Sin embargo, ella pronto murió de tuberculosis. Nicanor Macparlán, por entonces un estudiante, cambió su nombre y apellido por Julio Antonio Mella. Dominaba tanto el inglés como el español, su idioma natal. Al igual que muchos jóvenes de su edad dedicaba gran atención al deporte, en especial al remo, en el que se sobresalió llegando a ser uno de los campeones del país.

Después de terminar con éxito los estudios primarios, Mella ingresa en la facultad de Derecho de la Universidad de La Habana donde por primera vez entra en contacto con movimientos políticos. En la Universidad era "perturbador de la tranquilidad": intervenía, haciendo acusa-

Julio Antonio Mella

ciones contra Machado y sus amos en Washington, publicaba declaraciones, editaba revistas; dirigía la Liga Anticlerical. A comienzos de 1924, a la edad de 21 años, Mella ingresa en la agrupación comunista de La Habana de la facultad de Derecho de la Universidad de esta capital. Este año es significativo en su vida también porque se casa con Olivia Salvador, hija de padres acomodados. En agosto de 1925, participa en el Congreso constituyente del Partido Comunista de Cuba, cuyo secretario general era el español José Miguel Pérez, a quien pronto desterraron a las islas Canarias, su tierra natal. A partir de entonces Mella es, en realidad, quien dirige el Partido Comunista.

Juan Marinello, quien lo conocía bien, ha hecho la siguiente descripción: Mella era una de las personalidades más importantes y encantadoras que había en nuestra tierra. El aspecto exterior de este hombre armonizaba excelentemente con su naturaleza, con la causa a la que dedicara su vida. Era muy alto, de complexión atlética, con una bella y fuerte cabeza erguida orgullosamente, con movimientos enérgicos y, al mismo tiempo, tranquilos. Este aspecto le ayudaba de la mejor manera a establecer inmediatamente contactos con muchas personas. Cubano hasta la médula —una feliz combinación de sangre española y negra, dos torrentes que fluyen en las venas de los habitantes de la isla—, fue, al igual que Martí, un ejemplo sorprendente de todo lo mejor que los cubanos pueden dar al mundo. Reflexivo e intrépido, sonriente y reservado, alegre y serio, dotado de imaginación y de listeza práctica, era una persona extraordinariamente encantadora. Conocerlo significaba creerle. La profunda inteligencia universal se combinaba en él con un carácter comunicativo que atraía. Todo en él, incluida su habla ceceosa, su andar con paso largo, algo desgarbado, su pose, con una leve inclinación hacia la izquierda que tenía en la tribuna: todo en él era agradable y atraía los corazones.

En 1925, llega al poder el presidente Gerardo Machado y aunque tiene el grado de general, todos saben que no participó directamente en la Guerra de la Independencia, lo respaldaban los procónsules de EE.UU. El nuevo presidente establece en la Isla un sangriento régimen dictatorial y se apresura por ajustar cuentas con Mella, a quien expulsan de la universidad y lo encarcelan

acusado de realizar actividades subversivas. En respuesta, Mella se declara en huelga de hambre que dura 18 días. El audaz acto suscita la admiración universal. El palacio presidencial se vio literalmente abarrotado de cartas y cables enviados de Cuba y de otros países exigiendo la libertad para Mella. Machado se ve obligado a liberar a su preso. Mella va a Cárdenas, donde estaba en la rada el barco soviético "Waclaw Vorovski". El gobierno del dictador Machado impidió la entrada del barco en el puerto de La Habana. Sin temer a los tiburones, Mella llegó a nado al barco soviético para saludar a los marinos y entregarles la bandera de Cuba como regalo de los trabajadores de su país. Pasó varias horas entre los marinos soviéticos, y, negándose a regresar en barca, para no despertar la indignación de las autoridades hacia la tripulación, regresó como llegó a la orilla, llevando la bandera roja del País de los Soviets, como regalo de respuesta.

Machado, al enterarse de lo ocurrido, considera ese acto como una ofensa personal y ordena que Mella sea deportado a México. Pero como no tenían a mano un barco para llevarlo las autoridades lo enviaron en un carguero que va a Honduras, y de allí, a través de Guatemala, llega al país de los aztecas, donde vivió Mella hasta el día de su muerte.

Los comunistas de México se enteraron por los periódicos del arresto de Mella y de su huelga de hambre; poco después de su llegada lo admiten en sus filas y lo eligen miembro de su Comité Central. Mella entra a estudiar el tercer año de la facultad de Derecho de la Universidad Nacional, decidido a recibir instrucción superior. Al mismo tiempo colabora en el órgano del partido *El Machete*, participa activamente en las labores de la filial mexicana de la Liga antimperialista panamericana, de la Organización internacional de ayuda a los revolucionarios, coopera en la creación de hojas volantes combativas como *El Tren Blindado*, *Revolución Universitaria*, *Cuba libre para los trabajadores*, *Manos fuera de Nicaragua* y otros.

Mientras tanto el tirano Machado organizó para los adversarios de su régimen una cárcel flotante acondicionando para ello un barco mercante; allí los torturaban y luego los tiraban al mar donde eran víctimas de los tiburones.

Pero los machadistas no sólo cometían arbitrariedades

en la isla, perseguían asimismo a sus adversarios en otros países. Por su indicación Mella fue encarcelado en México. Lo arrestaron en un mitin en defensa de Sacco y Vanzetti, dos italianos condenados en EE.UU. a la silla eléctrica, sobre la base de testimonios falsos emitidos por provocadores y agentes de policía. Los hombres honestos de toda la tierra exigían a las autoridades estadounidenses su liberación. Junto con Mella fue detenida Olivia, su mujer, que estaba embarazada. A él la policía lo encerró en un sótano húmedo y allí tuvo un ataque de fiebre amarilla. Sólo las protestas de la opinión pública mexicana obligaron a la policía a liberar a los esposos Mella.

Los comunistas mexicanos decidieron enviar a Mella a Bruselas, donde se celebraría el Congreso Internacional de las fuerzas antimperialistas. Iba como representante de la Liga antimperialista panamericana y de sus filiales en México, Panamá y El Salvador.

Viajó a Europa a comienzos de 1927 pasando por Estados Unidos; en Nueva York participó en el mitin dedicado al tercer aniversario de la muerte de V.I. Lenin.

En París se encontró con la delegación cubana que participaría en el Congreso antimperialista, que se inauguraba el 10 de febrero de 1927. Encabezaba la delegación el secretario del Partido Comunista el poeta Rubén Martínez Villena, amigo de Mella, quien estaba feliz de encontrarse con los viejos amigos.

El Congreso de Bruselas se inauguró en el Palacio Egmont, asistieron cerca de 200 delegados e invitados, que representaban a 37 países. Allí estuvieron Romain Rolland, el comunista británico Harry Pollit, Jawaharlal Nehru. Inauguró las sesiones Henri Barbusse quien destacó el papel especial de la Unión Soviética en la lucha de los pueblos por la liberación nacional. Mella fue elegido miembro del presídium del congreso.

Pronunció el informe titulado "Cuba, factoría yanqui", en el que mostró que Cuba se había convertido en un apéndice de materia prima de EE.UU., cuyos representantes se portaban en la Isla como verdaderos colonizadores. El informe de Mella fue acogido con clamorosos aplausos.

El Congreso aprobó el "Manifiesto a todos los pueblos y las clases oprimidos", fundó la Liga mundial contra el imperialismo, contra la opresión colonial, por la independencia nacional, eligiendo el Consejo General a nivel mundial del que también formó parte Mella. Algunos

delegados —entre ellos Nehru y Mella— fueron invitados a visitar Moscú, algo muy difícil entonces, porque los servicios de inteligencia de Europa Occidental trataban de impedir estos viajes.

En Moscú Mella se encontró con los activistas del movimiento internacional y comunista, y fue recibido por E. Stásova, secretaria de Lenin. El 24 de marzo de 1926, en la capital de la URSS, se inauguró la II Conferencia de la Organización Internacional de ayuda a los revolucionarios, en la que Mella participó como delegado de México.

Pero llegó la hora de la despedida. Hacía cuatro meses que había salido de México. ¿Qué pasaría allí en este tiempo? Pronto lo sabría.

Otra vez se ve en Nueva York y, luego, en su querido México. Escribe mucho sobre los logros de la Unión Soviética, sobre las maquinaciones de los imperialistas respecto al País de los Soviets. Declara que la URSS aspira a la paz universal.

En 1927, por su iniciativa, nace la Organización de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos (ONERC); dirige activamente el Comité "¡Manos fuera de Nicaragua!" y su órgano de prensa *El Libertador*. Porque allí, en Nicaragua, desde 1908 se encontraban los soldados de infantería de la marina de EE.UU. que libraban una guerra sangrienta contra la población nativa encabezada por el legendario general Sandino.

Sigue colaborando con *El Machete* donde dirige la rública "El mundo en la semana"; utilizaba como seudónimos: Cuautémoc, Zapata, Juan José el Proletario, KIM. También comienza a editar el órgano de la Liga Anticlerical —*El Bonete*—, escribe ensayos, entre los que ocupa un lugar especial un trabajo dedicado al APRA, donde analiza de manera crítica la ideología de esta organización cuyo jefe fue, durante muchos años, el peruano Haya de la Torre. Este último recorrió un largo camino, de revolucionario pequeñoburgués a partidario del imperialismo de EE.UU. En 1927, Haya de la Torre todavía coqueteaba con la revolución e incluso participó en el congreso de Bruselas. En su trabajo Mella desenmascaró el carácter oportunista de los apristas.

El 16 de enero de 1928 se inauguró en La Habana la VI Conferencia panamericana, a la que asistió Coolidge, entonces presidente de EE.UU., integrando una delega-

ción norteamericana encabezada por el jefe del Departamento de Estado Charles Evans Hughes, los embajadores de EE.UU. en México, Cuba e Italia como miembros. ¿Por qué Washington concedía tanta atención a esta conferencia? Porque los soldados de su infantería habían ocupado a Nicaragua. Sandino y sus compañeros eran como raspa en ojo de Coolidge. En la conferencia de La Habana Washington quería asegurarse el apoyo de los representantes de los países de América Latina. Mas no logró realizar sus planes.

Mella y sus correligionarios enviaron mensajes a la dirección de la conferencia en los que desenmascaraban la naturaleza rapaz del imperialismo norteamericano. El general Sandino también envió su mensaje con la protesta contra la participación en la conferencia de delegados ilegítimos por parte del así llamado presidente Adolfo Díaz; con una protesta contra Coolidge, quien habla de la benevolencia, y envía su ejército a matar a los habitantes de Nicaragua; con una protesta contra la indiferencia y el servilismo de los delegados de América Latina respecto a las infracciones de las leyes por parte de los Estados Unidos. Los trabajadores de La Habana tampoco permanecieron indiferentes ante este acontecimiento. La policía disolvía las manifestaciones contra Machado y la VI Conferencia Panamericana, y encarcelaba a sus participantes; pero nada ayudaba porque en Cuba se sentía ya la aproximación de los grandes cambios.

El amor y la muerte

En el local de la OIAR en la capital de México Mella vio por primera vez a la italiana Tina Modotti. Era siete años mayor que él, en su juventud había vivido en Austria, donde su padre trabajaba, luego el padre se trasladó a Estados Unidos, dejando en Italia a su esposa enferma y a tres hijas. Tina era la mayor, cuando cumplió 19 años, llegó a San Francisco, donde estaba su padre. Poco después se casó con un pintor norteamericano, quien murió en México en 1922. Ella llegó a México al entierro de su marido, y se quedó. Era una de las institutoras de la Liga Antifascista Italiana en México, participó en todas las manifestaciones organizadas por los comunistas.

Su encuentro con Mella, a quien pronto unió su vida, fue decisivo para ella.

Desde hacía mucho tiempo Machado quería terminar con Mella. Con este fin envió a México a dos asesinos quienes el 10 de enero de 1929, lo asecharon en una calle, le hicieron dos disparos y le ocasionaron la muerte. Tina iba con Mella cuando ocurrió el atentado. Esto fue utilizado por las autoridades para arrestarla, acusándola del asesinato de Mella. Poco después la policía rechazó esta versión absurda y creó una tras otra: el robo, los celos. Pero todas explotan como pompas de jabón. Era evidente que los asesinos fueron enviados por Machado y sus protectores norteamericanos. Eso se afirmaba en las declaraciones de las organizaciones sociales publicadas con motivo del asesinato de Mella.

En 1933, una comisión especial encabezada por el conocido comunista Juan Marinello llevó las cenizas de Mella de México a La Habana, donde el 29 de septiembre de 1933 tendría lugar su solemne entierro. Sin embargo, esto no sucedió. La policía disparó contra el cortejo fúnebre, dejando un saldo de muertos y heridos. Durante la confusión desapareció la urna con las cenizas. Y sólo en 1976, cuando fue erigido un monumento a Mella junto a la Universidad de La Habana, al pie del monumento fueron enterrados solemnemente sus cenizas. Fue entonces cuando todo el mundo se enteró de que durante 43 años las guardaron los partidarios de Mella encabezados por Juan Marinello.

SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES

Según los representantes de los círculos oficiales de EE.UU., los problemas actuales de la Nicaragua sandinista, han sido engendrados por los "Soviets" y la Cuba revolucionaria. Tales aseveraciones, hablando con suavidad, no corresponden a los hechos. Aquí están las pruebas.

A principios del siglo XX el gobierno nicaragüense del presidente Celaya (1893-1909) tomó una serie de medidas para debilitar la influencia económica y política de EE.UU. en el país. Washington desplegó inmediatamente una intensa actividad para derrocar al indeseable presidente. En 1909 desembarcaron en Bluefields, puerto nicaragüense, 400 marinos estadounidenses, luego, utilizando como pretexto el fusilamiento de dos de sus mercenarios que habían volado los buques de guerra del gobierno, rompieron las relaciones diplomáticas con Nicaragua pasando a la intervención militar directa. Enviaron al país centroamericano ocho buques de guerra que desembarcaron en el litoral a 2600 marinos y 125 oficiales. En agosto de 1910, Juan Estrada, protegido de la Casa Blanca, ocupó el puesto de presidente. Así empezó una de las páginas más lúgubres en la historia del pueblo de Sandino.

De 1910 a 1979, el país estuvo bajo la férula de EE.UU., es decir, hasta la victoria de la revolución sandinista. Fue un período caracterizado por rebeliones, complots, motines, guerras civiles, el constante cambio de presidentes, pero el poder seguía en manos de los protegidos de EE.UU., cuyas tropas permanecían en el país durante decenios, y cada vez, cuando los intereses de

Washington se veían amenazados, pasaban a acciones bélicas activas decidiendo la disputa a favor de ellos.

Nicaragua estaba atada por las redes de la dependencia política, económica y militar respecto a EE.UU. En 1914, a bordo del crucero "Takoma" Bryan, Secretario de Estado de EE.UU., y Chamorro, embajador de Nicaragua ante la Casa Blanca, firmaron un acuerdo según el cual, por una suma de 3 millones de dólares, Nicaragua concedía "a perpetuidad" a Estados Unidos el derecho de construir un canal interoceánico en cualquier lugar de su territorio y entregaba en arriendo para 99 años (período que se renovaba según el deseo unilateral de EE.UU.) las islas de Gran y Pequeño Maíz (Corn). Además el país del norte obtenía el derecho a construir una base naval en la zona de la bahía de Fonseca, litoral Pacífico.

La infantería naval de EE.UU., que llegó a Nicaragua en 1912, permaneció allí durante 13 años. Después de la primera guerra mundial, el movimiento antimperialista que se apoderó de toda Latinoamérica, planteó la salida de las tropas norteamericanas de Nicaragua; el I de agosto de 1925, abandonaron el país, pero como lo mostraron los acontecimientos posteriores, no fue para mucho tiempo...

En cuanto la infantería naval de EE.UU dejó la tierra nicaragüense, su protegido, el general Emiliano Chamorro, el 17 de enero de 1926, da un golpe de Estado y se proclama presidente.

Mientras tanto, el liberal Sacasa, ex vicepresidente, quien promoviera el programa de lucha armada contra el presidente impostor, logra asegurarse el apoyo de México, Guatemala y de otras repúblicas latinoamericanas. En junio de 1926, sus partidarios, creando un ejército constitucionalista, desembarcaron en Nicaragua. En el país estalló la guerra civil.

Pronto, Sacasa regresó al país. Formó en Puerto Cabezas, litoral Atlántico, un gobierno y prometía no hacer ninguna concesión a favor de países extranjeros. En respuesta siguió el desembarco de soldados de infantería de marina estadounidenses en varios lugares del litoral nicaragüense del Atlántico donde fueron establecidas "zonas neutrales". Simultáneamente, tratando de justificar las acciones agresivas de EE.UU., Kellogg, Secretario de Estado de ese país, publicó en enero de 1927, un documento sobre la injerencia bolchevique en los asuntos y la política de México y de América Latina,

en el cual, sobre la base de datos prefabricados, trató de demostrar que EE.UU. quería salvar a esta región del comunismo que le amenazaba.

Más adelante en el documento se afirmaba que el presidente de México, general Elías Calles, había entregado 100 mil dólares americanos a los "agentes soviéticos" que hicieran propaganda bolchevique en Nicaragua. No nos hemos equivocado: precisamente Calles entregó este dinero "a los agentes soviéticos", y no al contrario, como afirmaron luego un sinnúmero de veces los presidentes de EE.UU. El documento de Kellogg fue acompañado de fotocopias de cartas de Calles que comprobaban semejante bulo.

El documento de Kellogg suscitó grandes dudas en el Congreso estadounidense y se creó una comisión especial para comprobarlo. No obstante, cuando ésta publicó su informe, Kellogg ya no era Secretario de Estado. ¿Qué aclaró dicha comisión? Que el documento de Kellogg era completamente falso, así como las cartas de Calles. ¿Para qué necesitaba Washington todo esto? La explicación es sencilla: México fue el primer país de América en reconocer en 1924 a la Unión Soviética, y Calles (¡el entonces presidente!) declaró a los periodistas que pensaba visitar Moscú. Washington decidió comprometerlo con documentos falsos, no eran los primeros ni serían los últimos en su práctica diplomática...

Mientras tanto, el presidente Coolidge ordenó dirigir hacia las costas de Nicaragua otros 15 buques de guerra con 4.500 soldados de infantería de marina que al poco tiempo ocuparon Managua y otras ciudades. Así empezó la segunda intervención armada de EE. UU. a Nicaragua.

En febrero de 1927 Coolidge envió a Nicaragua a su representante Henry L. Stimson, concediéndole poderes dictatoriales. Stimson se proclamó pacificador, convenció al general liberal José María Moncada de aceptar el compromiso con otro protegido de EE. UU., Díaz, de firmar un pacto, el 4 de mayo de 1927 que preveía el completo desarme de todas las tropas nicaragüenses, tanto del gobierno como de los liberales, por los estadounidenses, la organización de un cuerpo policíaco nicaragüense bajo el control de EE.UU., la amnistía política y la libertad de prensa. Díaz permanecía como presidente hasta las elecciones de 1928, que debían transcurrir bajo el control de Washington; varios cargos oficiales se concedían a los liberales. Ambas partes consintieron en prolongar la ocupación de Nicaragua por las tropas norteamericanas.

El 11 de mayo de 1927 el general Moncada comunicó a Stimson que había logrado convencer a sus generales de que aceptasen las condiciones indicadas y poco después todos los mandos de las unidades del ejército de los liberales dieron la orden de desarme. Todos, a excepción de uno: el general Augusto César Sandino, quien se fuera a las montañas y jurara no entregar las armas hasta que el último soldado estadounidense abandonase la tierra de Nicaragua.

Así EE. UU. se enfrentaron por primera vez a un adversario quien les lanzara un reto, con el nombre de ese adversario estaría relacionada toda la lucha posterior por la liberación de la república de la influencia de la Casa Blanca y la dominación de sus protegidos.

Su hazaña

Nunca antes EE. UU. parecía tan poderoso y próspero como en 1927, época de "prosperity". Después de la primera guerra mundial ese país se convirtió en la potencia capitalista más fuerte. Sus presidentes enseñaban a los políticos de otros Estados cómo había que dirigir a los pueblos, trataban de dictar las normas de conducta internacional haciendo propaganda a "la mano dura", amenazaban, instruían, prevenían, reprochaban, dictaban normas de moral, ponían de ejemplo a los "padres fundadores" de su república, citaban la Biblia, lo cual no impedía que enviaran a sus soldados a las naciones vecinas para poner "orden", derrocar e imponer presidentes.

En los países de América Latina ya conocían desde hacía mucho el verdadero precio de las hipócritas especulaciones de los estadounidenses sobre la democracia, la libertad, el deber, el respeto de la propiedad privada y del individuo. Detrás de todo ello estaba la aplicación de la fuerza, las sanciones de todo tipo, la conquista y el saqueo de territorios y riquezas ajenos,

intervenciones militares contra México, Cuba, Haití, República Dominicana, Nicaragua. A los gobiernos que trataban de oponer alguna resistencia Washington les hacía "volver rápidamente en sí", aplicando distintas formas de presión.

Cuando surgía la necesidad de "quitar" a las personalidades que le resultaban indeseables, la Casa Blanca siempre encontraba medios para hacerlo con las manos de asesinos mercenarios, fingiendo, al mismo tiempo, indignación con motivo de las bárbaras acciones de los latinoamericanos.

Sandino no era ni demente ni bandido, como al principio lo bautizara despectivamente la prensa norteamericana; tampoco era un comunista, como trataron de presentarlo. Pero, a diferencia de otros políticos liberales acostumbrados a jurar de palabra el amor a la Patria, pero, en la práctica, traicionar sus intereses, tampoco era anticomunista, ni, menos aún, antisoviético. Y eso ya lo convertía en los ojos adversarios en un delincuente de Estado especialmente peligroso.

Sandino, ante todo, era patriota, creía en la capacidad de su pueblo para luchar contra los enemigos, internos y externos, y vencerlos. Por eso su nombre suscitara en todas las generaciones posteriores de latinoamericanos un sentimiento de sincera admiración y veneración.

Augusto César Sandino nació el 18 de mayo de 1895 en el poblado de nombre indígena de Niquinohomo, departamento de Masaya, al sur de Managua. Su bisabuelo llegó a Nicaragua de España y se dedicó a la agricultura; Santiago, el hijo de éste, se casó con una india con quien tuvieron siete "ladinos" (descendientes del matrimonio entre el español y la india): tres hijas y cuatro hijos. Gregorio, el último de ellos, padre de Sandino, heredó algún capital y propiedades de tierra; trabajó en Niquinohomo de juez y era considerado uno de los líderes locales del Partido liberal.

La madre de Sandino, Margarita Calderón, trabajaba como jornalera para su padre; vivía en la miseria. A causa de las deudas fue encarcelada junto con el pequeño Augusto. Allí, recordaba Sandino, ella tuvo una hemorragia debido a los golpes recibi-

dos, pero nadie le prestó ayuda. Pronto la madre se fue de Niquinohomo y el niño se quedó a vivir con la abuela. Desde pequeño trabajó tratando de ganar algún dinero para ayudar a sus parientes.

Cierto día, cuando Sandino tenía unos diez años, se encontró con el padre quien lo llevó a su casa y a partir de entonces vivieron juntos durante algún tiempo. Pronto lo mandaron a la escuela. A los 20 años el joven abandonó la casa paterna, trabajó de ayudante de mecánico en haciendas, luego sirvió en buques mercantes, visitó muchos países. En 1919, empieza a vender trigo en su poblado natal, y pronto trata de organizar una cooperativa campesina, lo cual provoca la inquietud de las autoridades. Poco después se traslada a Honduras, luego trabaja en Guatemala de mecánico en las plantaciones de la "United Fruit". En 1923 pasa a México, primero va a Yucatán, luego a Veracruz y Tampico.

Realiza varios trabajos: mecánico, guarda, operador de una torre de petróleo, empleado de la compañía petrolera norteamericana "Huasteca Petroleum Co", pero no está satisfecho de su vida. De estatura pequeña, delgado, abstemio, Sandino se parece más a un muchacho que a un hombre maduro. Tiene 31 años, ya es hora de asentar el pie y de formar familia.

Pasa su infancia, adolescencia y se hizo adulto estando su país invadido por tropas de EE. UU. Decide formar un destacamento de voluntarios, armarlo con sus propios medios y ofrecer sus servicios a Sacasa.

Llega a Nicaragua, en junio de 1926, y se entera del desembarco, en el litoral del Atlántico, del ejército constitucionalista y de la creación del gobierno constitucional encabezado por Sacasa, en Puerto Cabezas.

El 2 de noviembre de 1926 el destacamento de Sandino atacó a la guarnición de El Jícaro. El combate duró casi todo el día, después de lo cual los rebeldes se retiraron a las montañas. Fue el comienzo de su actividad guerrillera; poco después, en el norte del país fundó una base a la que llamó El Chipote.

En estos lugares las montañas están cubiertas de exuberante vegetación, de maleza impracticable; llueve con frecuencia, hay neblina. Cerca fluye el río Coco, por el cual pasa la frontera con Honduras. Bajando

el río se puede alcanzar el cabo Gracias a Dios y salir al litoral Atlántico. Los campesinos mísquitos llevan una economía primitiva, padecen malaria, están acostumbrados a luchar contra las vicisitudes de la vida; son gente orgullosa, firme y valiente. Los combatientes de Sandino encuentran rápidamente con ellos un lenguaje común. Esa amistad da gran seguridad a los guerrilleros de El Chipote.

Pero Sandino no se había rebelado para esconderse en las montañas. Decide dirigirse a los liberales para que les dieran armas. En "pimpantes", piraguas hechas de troncos de caoba y guiadas por los indios mísquitos, Sandino y sus compañeros de armas más cercanos bajan el río Coco en dirección al Atlántico. 12 días más tarde, llegan al cabo de Gracias a Dios, y 9 después al Puerto Cabezas donde se encuentran con Sacasa y Moncada, quienes les prometieron ayuda.

Mientras tanto, el 24 de diciembre de 1926, los norteamericanos se apoderaron de Puerto Cabezas y exigieron a Sacasa ordenar a sus tropas abandonar la ciudad en 24 horas. Los liberales se retiraron en desorden hacia el puerto de Prinzapolca, a donde llegó el gobierno de Sacasa y parte de su ejército. Sandino se encontró nuevamente con Moncada, quien estuvo de acuerdo no sólo en dejarle las armas traídas de Puerto Cabezas, sino nombrarlo comandante de los destacamentos constitucionalistas en la región de Segovia que abarcaba cuatro departamentos del norte: Nueva Segovia, Jinotega, Estelí y Matagalpa, o sea, una quinta parte del territorio del país.

El 2 de febrero de 1927 Sandino y su gente regresaron a El Chipote; el destacamento empezó a desplegar operaciones militares activas contra las tropas de los conservadores y sus protectores norteamericanos. A comienzos de mayo, su ejército contaba ya con cerca de 2 mil hombres. Era una cifra alta, si se tiene en cuenta que en total, participaron en la guerra civil 20 mil soldados. Al poco tiempo, el destacamento de Sandino se trasladà al Sur, hacia San Rafael del Norte. Luego los rebeldes liberan Jinotega, capital del departamento del mismo nombre, a la cual los conservadores consideraban su fortaleza.

Más aun, Sandino salva a Moncada de la inminente derrota, al llegar con su destacamento en ayuda

de sus tropas cercadas en las inmediaciones de Las Mercedes. Los sandinistas ocupan una importante altura junto a los accesos de la ciudad de Boaco. Si lograban sacar de aquí a los partidarios de Díaz, el camino hacia la capital —Managua— estaría abierto...

Precisamente en este tiempo, a principios de mayo de 1927, actúa en Nicaragua Henry Stimson, representante del presidente de EE.UU. Moncada comunica al jefe guerrillero que después del "arreglo" con los norteamericanos, aquél sería nombrado "jefe político" (gobernador) del departamento de Jinotega. Pero Sandino no quiere subordinarse a la resolución capituladora. Comprende que Moncada es un traidor y pide permiso para hablar con sus soldados en Jinotega. Moncada acepta la propuesta, pues no hay por qué temer a Sandino si tiene a sus espaldas a todo el cuerpo ocupacionista de EE.UU. Si el guerrillero se niega a subordinarse, peor para él: los yanquis lo capturarían rápido y lo ahorcarían en el primer árbol.

Sandino cabalga toda la noche, acompañado de sus combatientes, para llegar a Jinotega, y de allí pasar más al norte, a San Rafael, donde le espera su amada Blanca Araus, telegrafista de 19 años, quien trabaja en la estación de tren. Ella y sus parientes son partidarios del levantamiento, le ayudan transmitiendo sus órdenes por telégrafo a todo el país. Sandino decide casarse con Blanca, porque se lo había prometido en más de una ocasión. El 18 de mayo, día de su cumpleaños, muy entrada la noche, para no atraer la atención, contraen matrimonio en la iglesia local*. Al amanecer reinicia su marcha en dirección al norte.

Finalmente, Sandino llega a El Chipote, su refugio seguro, donde se reunió su pequeño pero intrépido ejército.

Comprendió perfectamente que si su destacamento seguía el ejemplo de Moncada, Nicaragua sería para siempre un país sin derechos, privado de toda esperanza de un futuro mejor. En su Estado Mayor ordenó reunir a todos los combatientes, conversó con los soldados y jefes militares. Al informarles sobre la situación del país, sobre la capitulación de Moncada, afirmó que ahora se trataría de la lucha no contra los indignos nicaragüenses, sino con-

* Blanca murió en 1933 a causa del parto. La hija de Sandino —Blanca Segovia— vivió desde 1960 en La Habana, Cuba, y después de la victoria de la revolución sandinista, regresó a Nicaragua. Está casada con un ciudadano cubano, y tiene tres hijos.

tra los propios agresores estadounidenses. Pidió a sus compañeros de lucha que los que lo desearan, podían abandonar las armas, pero que él mismo y los que le siguiesen lucharían hasta el final. Ninguno de los combatientes se fue del destacamento.

Así, los soldados rebeldes, que eran una quinta parte del ejército de Moncada, no sólo se negaron a obedecer al comandante, sino que pensaban seguir luchando. Sólo el 28 de mayo Sandino aparece. Blanca Araus le ayuda a enviar por telégrafo un comunicado a todas las autoridades nicaragüenses en el que expone la historia de la traición de Moncada y declara categóricamente que no depondría las armas ni siquiera en el caso de que todos los jefes de los liberales lo hicieran.

Los estadounidenses deciden iniciar correspondencia con Sandino. El 12 de julio, el capitan D. Hatfield, al mando de la guarnición en la ciudad de Ocotal, le dirige un mensaje proponiéndole rendirse con honor; pero en caso de que él y sus combatientes se negaran a capitular, serían exterminados junto con todos sus partidarios. "Ud. tiene dos días —escribía el capitán— para darme una contestación que salvará la vida de muchos de sus seguidores, si es el patriota que pretende ser, lo esperaré en El Ocotal..."

Al día siguiente Sandino envía la respuesta: "Recibí su comunicación ayer y estoy entendido de ella. No me rendiré y aquí los espero. Yo quiero patria libre o morir. No les tengo miedo; cuento con el ardor del patriotismo de los que me acompañan".

Después de ello Sandino emprende el asalto de El Ocotal. Tiene 200 combatientes, el enemigo, 200 soldados y 400 de la infantería de marina norteamericana. Sin embargo, el éxito está evidentemente de parte de los rebeldes. El líder guerrillero ordena explotar las casas que el enemigo ha convertido en sus fortalezas. Pero le comunican que allí hay mujeres y niños. Esto salva a los intervencionistas y a sus cómplices. Al final del día, los insurgentes abandonan El Ocotal y se van para las montañas.

La lucha de Sandino contra los ocupantes duró siete años consecutivos. Los intervencionistas hicieron todo para derrotar a los rebeldes; en siete años desembarcaron más de 50 mil soldados, aunque en Nicaragua había hasta 7 mil ocupantes. En reiteradas ocasiones el mando estadounidense comunicó que había acabado con Sandino, que

su cadáver fue descubierto y reconocido. Pero después resultaba que estos informes eran falsos y en realidad la lucha de los patriotas proseguía.

Los ocupantes trataron de sobornar a Sandino, prometiéndole, por el cese de la lucha, dinero, tierra, todo tipo de puestos. Pero el dirigente del movimiento liberador de Nicaragua rechazaba con indignación estas propuestas.

Sandino comprendió rápido que sin artillería ni aviación, no podía contar con una victoria en un combate abierto. El único medio seguro de lucha contra el enemigo era aplicando la táctica guerrillera, y comenzó la guerra de guerrillas.

Como regla general, los ocupantes se refugiaban en los poblados protegidos por cercas de púas, ametralladoras, zanjas, trincheras y fortificaciones. Pero, de vez en cuando, enviaban patrullas para revisar la localidad, atemorizar a los campesinos, entrenar a sus soldados en operaciones militares en las condiciones de la jungla tropical. Estas patrullas eran "cazadas" por los rebeldes, quienes los esperaban pacientemente a veces durante semanas, entre la maleza, en lo espeso de la jungla, con frecuencia bajo la lluvia tropical, padeciendo hambre y sed, así como picaduras de los insectos. Cuando los soldados norteamericanos se acercaban, los guerrilleros abrían fuego y, al convencerse de que el objetivo había sido alcanzado, desaparecían como relámpagos, sin dejar huella.

Los norteamericanos empleaban la aviación contra los sandinistas; bombardeaban sistemáticamente desde el aire los poblados campesinos y todo lo que se moviera en la zona de las operaciones militares: hombres, ganado, autos. Miles de campesinos, mujeres, niños y ancianos nicaragüenses murieron a causa de los bombardeos "ciegos". Pero la aviación no ayudó a EE.UU. a terminar con Sandino. Pasó algún tiempo y los guerrilleros dominaron la táctica de luchar contra los aviones. Cada combatiente escogía una posición en el bosque, y desde un árbol o una roca disparaban contra los objetivos aéreos. Las frecuentes averías de los aviones obligaron a los norteamericanos a rechazar los vuelos a baja altura, lo cual, a su vez redujo la "eficacia" de los bombardeos. Después de varios años de guerra los ocupantes decidieron expulsar a los campesinos de las "zonas peligrosas" y concentrarlos en poblados especiales donde estaban vigilados por los soldados.

Durante la guerra contra los invasores Sandino se convirtió en verdadero jefe popular. Agrupó a sus combatientes en un Ejército de defensores de la soberanía de Nicaragua, dividido en varias "columnas", cada una de las cuales estaba encabezada por un jefe militar experimentado al que se confería el grado de general. La disciplina en las filas del ejército era férrea. Las órdenes de Sandino se cumplían con obediencia absoluta. Entre sus soldados reinaba una atmósfera de amistad y camaradería, se trataban de "hermano".

El objetivo principal del movimiento sandinista era sacar a las tropas intervencionistas de Nicaragua y realizar elecciones libres. Este programa estaba expresado en el lema de Sandino: "Patria y libertad", con el que terminaba todas sus órdenes, mensajes, cartas, llamamientos. Su sello representaba a un soldado estadounidense vencido sobre el cual se alzaba un nicaragüense con un machete. La bandera rojo-negra de los guerrilleros y un pañuelo, de los mismos colores, que se amarraban al cuello, significaban las tareas revolucionarias del movimiento y el juramento de luchar hasta el final por su realización. Al mismo tiempo, Sandino subrayaba en reiteradas ocasiones que no pretendía ningún puesto en la futura Nicaragua libre, ni aspiraba a ser presidente, ministro o comandante del ejército.

En los años de lucha contra los intervencionistas el jefe guerrillero se dirigía más de una vez a sus compatriotas, a la opinión pública de América Latina, de EE.UU. y de todo el mundo, con llamamientos, manifiestos, concedía numerosas entrevistas a periodistas de diferentes países, incluidos los norteamericanos, escribía cartas y diversos documentos. En ellos se manifiesta como estadista revolucionario, talentoso propagandista de su causa, luchador sin tregua contra el imperialismo, contra la esclavización de su patria, como gran patriota nicaragüense. Estaba dispuesto a combatir hasta el final por la independencia de Nicaragua. Este hombre del pueblo se sentía orgulloso de poder lanzar un reto al poderoso imperio yanqui. Al mismo tiempo, proponía internacionalizar la construcción del canal interoceánico en Nicaragua, atraer a su financiación a los países latinoamericanos rebajando considerablemente la participación en ella de Estados Unidos. Exhortaba a todos los patriotas nicaragüenses, independientemente de su pertenencia política, a apoyar la lucha liberadora.

El comienzo de la guerra de guerrillas bajo la dirección de Sandino provocó gran desconcierto en el gobierno de los conservadores y sus protectores estadounidenses. Pero todas las tentativas de derrotar los destacamentos de los rebeldes fracasaban.

En el ejército rebelde trabajaba perfectamente el servicio de exploración que se apoyaba en la colaboración de los campesinos que habitaban las regiones donde operaban los guerrilleros. Sin embargo, los intervencionistas lograban a veces, mediante sobornos y amenazas, obligar a algunos nicaragüenses a servirles de informadores. Con especial gusto lo aceptaban los terratenientes locales y sus lacayos. Estos traidores se encontraban a veces incluso entre los allegados a Sandino. Para luchar contra los traidores de la patria, el 14 de septiembre de 1927, dictó una disposición. En ella se decía que se les aplicaría la pena capital como lo preveía la constitución. Al mismo tiempo, prometía defender la vida y la propiedad de los nicaragüenses y extranjeros que mantuvieran una estricta neutralidad.

En El Chipote, además del Estado Mayor de Sandino, funcionaba un gobierno original en el que había varios establecimientos: departamentos de agricultura, instrucción, para el trabajo entre las mujeres, etc. El de agricultura realizaba su labor entre los campesinos de los alrededores, quienes abastecían a los guerrilleros de productos a cambio de sal, medicinas y armas, así como les informaban sobre el movimiento de tropas del enemigo. Este mismo departamento realizaba una importante labor entre la población indígena, acostumbrándola al cultivo del tabaco, y a otros trabajos agrícolas, abasteciéndolos de sal, tan preciada en las montañas.

Una labor no menos importante la realizaba el departamento de instrucción. Su tarea fundamental consistía en enseñar a leer y escribir a los guerrilleros, la mayoría de los cuales eran campesinos. Cada jefe tenía designado a uno de los soldados que sabía leer y escribir, y en los intervalos de los combates le transmitía sus propios conocimientos. En las aldeas indígenas funcionaban las escuelas primarias.

El departamento femenino (cuya presidenta de honor fue la poetisa chilena Gabriela Mistral) realizaba la propaganda entre los familiares y los hijos de los combatientes, así como entre las mujeres que trabajaban en la retaguar-

dia enemiga para suministrar a los guerrilleros importante información y que conseguían productos, sal e incluso armas.

Adjunto al Estado Mayor de Sandino funcionaba un original departamento naval que disponía de 60 piraguas.

El Estado Mayor contaba también con un archivo. Sandino lo apreciaba y guardaba en él todo tipo de documentos relacionados con la lucha de su pueblo contra los intervencionistas norteamericanos. En 1934, el archivo, según palabras suyas, pesaba unos 400 kilogramos. Allí mismo, en El Chipote funcionó durante algún tiempo, un pequeño museo donde los guerrilleros exhibían todo tipo de armas, banderas y otros objetos tomados en combate a los intervencionistas.

Es necesario mencionar un eslabón más de la organización sandinista en El Chipote: "el coro de ángeles". No se trata de ninguna unidad musical, sino puramente guerrillera integrada por adolescentes que participaban en las emboscadas y los combates, no combatían con las armas en la mano. Su tarea consistía en levantar alboroto (con gritos, chillidos y con el sonido de latas) para distraer al enemigo de la disposición de los guerrilleros o crear la impresión que los sandinistas tenían fuerzas superiores.

A fines de 1927 las tropas norteamericanas emprendieron la tentativa de derrotar a Sandino. El contralmirante D. F. Sellers, al mando de las tropas de ocupación, ordenó tomar El Chipote: fotografiaban toda la montaña cubierta de densos matorrales; durante muchas semanas la aviación bombardeaba ininterrumpidamente a cuanto ser vivo había en la zona. El 10 de diciembre las tropas norteamericanas iniciaron el asalto de la fortaleza guerrillera.

Las fuerzas del enemigo superaban en varias veces las de los patriotas; estaban muy bien armadas, poseían una potente artillería y aviación y tenían pertrechos y alimentos de sobra. En estas condiciones sólo la astucia podía ayudar a los guerrilleros. Y Sandino la aplicó con sabiduría. Difundió el rumor sobre su muerte e incluso organizó su propio "entierro". Pensaba abandonar con su ejército El Chipote decidiendo atravesar la selva sin ser visto por el enemigo. Los combatientes nicaragüenses dominaban a la perfección el arte de "picada" —avance secreto a través de la selva virgen. Llevaban una gran carga: armas, incluidas las ametralladoras y toda clase de reservas. Avanzaban

en fila india: uno tras otro. Los primeros separaban cuidadosamente los matorrales y los últimos los volvían a poner en su lugar preocupándose en especial por no dejar huellas: una hoja cortada, una rama doblada, un botón perdido o cualquier otro objeto que testimoniase la presencia humana allí. Había que marcharse sin que el enemigo supiera en qué dirección habían desaparecido. Y los combatientes de Sandino lo lograron.

Dirigió la operación de toma de El Chipote el general norteamericano Lejeune, uno de los más experimentados jefes del cuerpo de la infantería naval, quien pasara por una escuela de combates en los campos de batalla de la primera guerra mundial. Al general le ayudaban el jefe de brigada de la infantería naval el coronel B. Berry y el coronel L. Gulick (entre otras cosas, su nombre se dio a la base militar de los Estados Unidos Fort Gulick en la zona del canal de Panamá, donde hasta hace poco se preparaban los diversionistas, asesinos y los verdugos para la lucha contra el movimiento guerrillero en América Latina).

Pero una cosa era planear la operación en papel, y otra realizarla. Cuando, después de una potente preparación artillera y un bombardeo aéreo en masa los destacamentos de los intervencionistas alcanzaron, por fin, la cumbre de El Chipote, para su asombro, no encontraron en las trincheras sino peleles que habían preparado los guerrilleros para desviar su atención. Mientras tanto los sublevados habían desaparecido sin dejar rastro.

Sólo mucho después los norteamericanos se enteraron de que Sandino y sus soldados trasladaron su base a la región de San Rafael ocupando por el camino una mina de oro, tomaron una reserva de arena aurífera y volaron la mina. Después sus huellas se perdieron en la jungla...

De esta manera, el intento de los norteamericanos de tomar la base de Sandino en El Chipote terminó con un fracaso. Continuó una larga lucha de los ocupantes contra los destacamentos guerrilleros. Según los informes del mando de las tropas norteamericano, durante un solo año, —del 30 de junio de 1927 al 30 de junio de 1928— participaron en 85 combates contra los guerrilleros nicaragüenses.

Como no podían terminar con Sandino, los invasores desencadenaron el terror contra los campesinos, considerándolos aliados potenciales y principal apoyo de los

guerrilleros. Los ocupantes encargaron el cumplimiento de esta sucia labor a los nicaragüenses traidores y a los aventureros extranjeros, quienes formaron bandas de "voluntarios", eran unas 500 personas. Dirigía a los matones el reaccionario mexicano Juan Escamillo: fusilaban a los habitantes de los poblados y aldeas, independientemente del sexo y la edad, sometiéndolos previamente a horribles torturas.

Junto a las bandas punitivas de "voluntarios", EE. UU. creaba y dirigía un cuerpo de gendarmes especial para aplastar a todas las corrientes oposicionistas, de la así llamada guardia nacional integrada por mercenarios nicaragüenses. Los norteamericanos se apresuraban a formar este cuerpo esperando que podría sustituir, con el tiempo, las tropas de ocupación, lo que sucedió en realidad.

A la par con las operaciones militares contra Sandino, los ocupantes trataron de atraerlo a las negociaciones para conseguir el desarme de su ejército mediante sobornos y toda clase de promesas. Los miembros del mando supremo de las tropas de ocupación —el contralmirante Sellers, el general de brigada Feland, el coronel Gulick— empezaron a enviar mensajes a Sandino. Pero ya entonces se perfilaba otro plan, puesto en práctica varios años después: adormecer la vigilancia de Sandino, tenderle una emboscada y matarlo. Sin embargo, el jefe guerrillero era firme y no se dejaba provocar; ponía una sola condición para cesar las operaciones bélicas: la salida de las tropas norteamericanas de Nicaragua.

En noviembre de 1928, en las regiones que se hallaban bajo el poder del gobierno de Díaz, se proclamaron las elecciones presidenciales que transcurrían bajo el control de las autoridades ocupacionistas. Fue elegido presidente el general Moncada, personalidad liberal, antiguo comandante del ejército constitucionalista. Poco después visitó Nicaragua Herbert C. Hoover, a quien acababan de elegir presidente de EE.UU. En el puerto de Corinto, a bordo de un crucero norteamericano, se encontraron los dos presidentes y además el ex presidente Adolfo Díaz. Después de ello la presión "pacífica" sobre Sandino aumentó. Moncada no escatimaba promesas tratando de obligarlo a terminar las operaciones bélicas. Sin embargo tanto Moncada como su correligionario de entonces, Sacasa, líder de los liberales, ni siquiera planteaban la posibilidad de que las tropas norteamericanas salieran de Nicaragua, condición

indispensable para el cese de operaciones bélicas expuesta por Sandino.

En esta situación no podía ni hablarse de paz. El ejército de defensores de la soberanía nacional de Nicaragua continuaba su heroica lucha contra los ocupantes.

Solidaridad internacional

El reto lanzado por Sandino a los imperialistas norteamericanos obtuvo un eco en todo el mundo. El intrépido nicaragüense gozó de especial simpatía en México y en los países de Centroamérica que experimentaron en su propia tierra "el gran garrote" de EE.UU. Los mexicanos consideraban a Sandino, en cierto grado, hijo de su revolución, y su lucha antimperialista repercutió asimismo en la política exterior del gobierno mexicano. Los mejores representantes de la intelectualidad revolucionaria mexicana, entre ellos los famosos pintores muralistas Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, José Clemente Orozco, junto con el cubano Mella, crearon el comité de frente unido "Manos fuera de Nicaragua", que empezó a editar en 1927 la revista *El Libertador* en defensa de los rebeldes nicaragüenses. Aquel mismo año, en México empezó a funcionar activamente la Liga antimperialista panamericana. El Comité "¡Manos fuera de Nicaragua!" fue una sección de la Liga, que luego se transformó en Comité por la liberación de Nicaragua. El Partido Comunista Mexicano intervino activamente en apoyo de Sandino, y su órgano combativo *El Machete* hizo mucha propaganda de la causa de Sandino.

El principal apoyo de Sandino en Centroamérica fue Costa Rica, único país de esta región que conservaba un régimen democrático. En San José se pronunciaba en su defensa la influyente revista mensual *Repertorio Americano*. En Guatemala difundía las ideas sandinistas el escritor nicaragüense Gustavo Alemán Bolaños, quien editó un libro sobre Sandino; en Honduras, el escritor local Froilán Turcios y su revista *Ariel*. En El Salvador, los nicaragüenses: Calderón Ramírez (periodista quien escribiera posteriormente el libro *Los últimos días de Sandino*) y el general Horacio Portocarrero.

Se apoyaba enérgicamente a Sandino en Argentina,

18-01532

donde era presidente Hipólito Irigoyen, líder de los radicales. La célebre poetisa chilena Gabriela Mistral también defendía la causa de Sandino; en el Perú fue apoyado por la revista *Amauta* que salía bajo la redacción de José Carlos Mariátegui.

En Estados Unidos de América se pronunciaron en defensa del nicaragüense numerosas personalidades progresistas y liberales, muchos congresistas no estaban de acuerdo con el rumbo intervencionista de la Casa Blanca. Entre los norteamericanos se extendía la protesta contra las arbitrariedades de las tropas de su país en aquel país centroamericano. La Liga antimperialista organizaba manifestaciones frente a la Casa Blanca.

En Europa Occidental elevó su voz en defensa de los insurgentes Henri Barbusse. Por iniciativa del escritor argentino Manuel Ugarte surgió en París el comité "¡Manos fuera de Nicaragua!", en reiteradas ocasiones se escuchó la voz de apoyo de Romain Rolland. El Congreso internacional de la Liga antimperialista, que tuvo lugar en 1929 en Francfort del Meno, se solidarizó por completo con Sandino y sus combatientes. La prensa soviética de aquella época difundió ampliamente la lucha de Sandino y de sus soldados. En febrero de 1928 el líder del pueblo nicaragüense fue visitado en las montañas de Segovia por un corresponsal de la agencia de prensa de la URSS, TASS, llegado de México. En la conversación Sandino subrayó nuevamente: mientras los norteamericanos no abondonen Nicaragua, la guerra proseguirá, los guerrilleros no depondrán las armas.

Como un imán, Sandino atraía a gente audaz y valerosa de muchos países de Latinoamérica que, superando a veces enormes obstáculos, se reunían bajo su bandera. Así era siempre en América Latina. Durante la Guerra de la Independencia, a principios del siglo XIX, en los ejércitos de Bolívar, San Martín, O'Higgins combatían ciudadanos de diferentes naciones. Muchos latinoamericanos pelearon por la independencia de Cuba en 1895-1898, en los destacamentos de la Revolución mexicana de 1910-1917. Ahora le tocaba el turno a Nicaragua.

En las filas del ejército sandinista luchaban contra los ocupantes representantes de 20 pueblos americanos; muchos de ellos murieron en los combates o torturados por los enemigos.

Uno de los combatientes de dicho ejército era Agustín

Farabundo Martí, destacada personalidad del movimiento liberador latinoamericano, fundador y dirigente del Partido Comunista de El Salvador.

El núcleo central del ejercito rebelde estaba integrado por obreros, campesinos, estudiantes nicaragüenses e indígenas que llegaron de los montes. Al lado de los combatientes desempeñaron un gran papel en la lucha contra los invasores norteamericanos los estudiantes de los centros docentes superiores y de los colegios, quienes protestaban con audacia y resueltamente contra la ocupación de su país. Sandino apreciaba altamente el valor de estos jóvenes patriotas. Los intelectuales también daban un amplio apoyo.

En el verano de 1930 comienza una nueva etapa del movimiento guerrillero. En junio, poco después de una breve estadía de Sandino en México, pasaron a la ofensiva, aplastaron al adversario y comenzaron a tomar bajo su control un territorio considerable de las provincias de León y Chinandega.

Los dos años y medio posteriores se caracterizaron por las numerosas batallas contra los ocupantes. El gobierno de los EE.UU. trató de terminar con Sandino, declarando al patriota nicaragüense fuera de la ley y ofreciendo por su cabeza una recompensa de 100 mil dólares. Al enterarse de ello el jefe guerrillero declaró: "Ultimamente hemos sabido que Herbert Clark Hoover, presidente yankee... ha dicho y prometido que va a capturar a Sandino para entregarlo a la justicia, desquite verbal por la azotaina que nuestro Ejército acaba de pegar a los yankees en la Costa Atlántica. Ninguna culpa tenemos, porque sólo nos estamos defendiendo.

Caro nos cuesta la política de Norteamérica en Nicaragua. Desde 1909 hasta el presente, ha destruido 150 mil vidas humanas, de uno y otro sexo; ha saqueado más de las dos terceras partes del capital de los nicaragüenses... ¿qué calificativo merecen los hombres que tal hicieron?"

Sandino continúa siendo inexpugnable. Los ocupantes lanzaron contra los guerrilleros nuevas unidades. Según cálculos del mando del cuerpo naval de EE.UU., sostuvieron más de 500 choques, combates y batallas contra los sandinistas: del 14 de mayo de 1927 hasta fines de 1929, 73; en 1930, 120; en 1931, 141; en 1932, 170. En opinión de Carlos Fonseca Amador, quien aduce estos datos, son incompletos: considera que el número de batallas es

considerablemente mayor, cerca de 1000. Cambiaban los comandantes de las tropas ocupacionistas, los embajadores norteamericanos en Managua, variaban sus planes de apaciguamiento de los indómitos rebeldes, lograron incluso sobornar a uno de los generales de Sandino, pero todos estos esfuerzos no reportaban el éxito principal: aniquilar al comandante de los guerrilleros. Y mientras él estuviera en libertad y actuara, en la Casa Blanca no podían dormir tranquilos.

Los círculos gobernantes de EE.UU. decidieron reforzar la guardia nacional haciendo de ella base principal en la lucha contra Sandino. Asignaron para esto nuevas sumas, de I millón de dólares, el número de guardias aumentó en 500 personas. El 5 de febrero de 1931 fue nombrado jefe de la guardia el teniente coronel Calvin B. Mattheus, quien recibió la tarea de forzar al máximo las operaciones bélicas contra los guerrilleros.

Deseaban conceder el mayor peso de las operaciones bélicas contra los guerrilleros a la guardia nacional y terminar con Sandino con las manos de los propios nicaragüenses. Esta era parte de la nueva táctica de Washington. La falta de perspectivas, que se hacía cada vez más clara, de continuar la guerra contra los guerrilleros, la presión de la opinión pública, la ampliación de la campaña por la evacuación de las tropas de Nicaragua en los propios EE.UU., condujo a que los círculos gobernantes de Washington contemplaran la necesidad de sacar las tropas del país en un futuro no lejano. En la decisión jugó un papel igualmente significativo la aproximación de las elecciones presidenciales en los EE.UU. El 13 de febrero de 1931 el gobierno estadounidense declaró que después de las elecciones retiraría sus tropas de Nicaragua. Desde entonces los yanquis cifraban todas sus esperanzas en la guardia nacional, en sus funciones punitivas.

Sandino decidió trasladar el centro de sus operaciones al litoral Atlántico de Nicaragua, donde menos lo esperaban. Utilizando piraguas, los guerrilleros bajaron el río Coco, salieron al cabo Gracias a Dios, y luego atacaron a uno de los más importantes puertos del litoral: Puerto Cabezas. La aparición de los sandinistas en estos lugares provocó pánico en Washington, quien trasladó a las costas de Nicaragua cruceros y cañoneras, que desembarcaron destacamentos complementarios de la infantería naval en Puerto Cabezas y Bluefields. Entonces los sandinistas emprendieron una ofensiva en dirección de Managua atacando una serie de poblados en el occidente del país. La guerra contra los ocupantes prendió en todas partes con redoblada fuerza. El movimiento guerrillero se extendía... Las autoridades ocupacionistas buscaban una marioneta aceptable que pudiera sustituir a Moncada y actuar de una manera más hábil que este politicastro completamente en bancarrota. La encontraron en el líder de los liberales, Juan Bautista Sacasa, ya conocido al lector, a quien antes rechazaban los propios norteamericanos. En EE.UU. esperaban que Sacasa, líder reconocido de los liberales, fuese un presidente "aceptable" para Sandino y lograría ponerse de acuerdo con él sobre el cese de la guerra.

Entretanto, en las elecciones presidenciales de EE.UU. de 1932, triunfó el candidato por el partido demócrata Franklin D. Roosevelt, quien prometía realizar un programa de reformas en la política interior y exterior, en particular, llevar a cabo la política de "buen vecino" con los países de América Latina y retirar todas las tropas norteamericanas de los Estados de la cuenca del Caribe.

Las nuevas condiciones dictaban una nueva estrategia al movimiento de Sandino.

Error fatal

Las tropas ocupacionistas estadounidenses se preparaban para salir de Nicaragua, pero dejaban la guardia nacional, amaestrada por sus especialistas, que representaba la única fuerza armada "legal". Era, al mismo tiempo, ejército, policía, gendarmería, su mando determinaba el poder real en el país.

Sacasa comprendía que se convertiría en rehén del futuro director jefe de la guardia nacional, y propuso para este puesto al general Castro Vassmer, cercano a él; los norteamericanos insistían en la candidatura de Anastasio Somoza García, quien había realizado prácticas bajo la dirección del coronel norteamericano que mandaba la guardia nacional. Sacasa accedió a nombrar a Somoza director jefe. Jugaron su papel también los lazos familiares (Somoza estaba casado con su sobrina, Margarita Debayle Sacasa), mas lo principal era que, incluso retirando sus

tropas de Nicaragua, EE.UU. seguirían mandando en el país y sólo podría ocupar la silla presidencial quien fuera apoyado por los norteamericanos.

El mismo día en que Sacasa comenzó su período presidencial, 1 de enero de 1933, firmó el decreto nombrando a Somoza director jefe de la guardia nacional. Al día siguiente, los infantes de la marina norteamericanos, llevándose cosas robadas, se embarcaron en buques de guerra que esperaban en el puerto de Corinto y abandonaron Nicaragua.

La tarea principal planteada por los imperialistas norteamericanos ante Sacasa y su ayudante Somoza consistía en liquidar el movimiento sandinista. Lo que los yanquis no habían logrado hacer durante siete años por la fuerza de las armas, había que conseguirlo con medios políticos.

Poco después de que Sacasa subió a la presidencia y las tropas estadounidenses se retiraron, comenzaron las negociaciones pacíficas con Sandino. Este se hallaba dispuesto a concertar la paz, pero con las siguientes condiciones: el gobierno debía oponer resistencia a la injerencia de EE.UU. en los asuntos internos de Nicaragua; en las tierras de Segovia se crearía un nuevo departamento, "Luz y verdad", dirigido por los sandinistas; el gobierno reconocería públicamente que él, Sandino, y sus seguidores eran unos patriotas que se pronunciaban contra los invasores extranjeros. En cambio, el gobierno de Sacasa trataba de conseguir en las negociaciones sólo un objetivo: el completo desarme y la disolución de los destacamentos sandinistas. Lo máximo que aceptaba era conceder la amnistía a los sandinistas.

Las negociaciones se demoraban... Sandino se decidió ir a Managua para entrar en contacto con Sacasa y concertar la paz. El 2 de febrero Sandino llegó en avión a la capital. Fue recibido como un héroe por miles de habitantes de Managua. Acompañado del pueblo jubiloso, fue al palacio presidencial, se dio un abrazo con Sacasa y aquella misma tarde firmó el acuerdo de paz que preveía el cese de las operaciones bélicas entre las fuerzas armadas de las partes, la amnistía total a los insurgentes, su desarme. Se le permitía a Sandino tener una guardia personal de 100 soldados armados a los que el gobierno pagaría el salario. Se concedían a los guerrilleros tierras baldías en Vivili cerca del río Coco para crear una cooperativa agrícola; las autoridades prometían prestarles ayuda y apoyo.

Mas, de todos modos, el acuerdo de paz, que resumía, en esencia, el balance de siete años de lucha heroica, suscitó en muchos guerrilleros y sus partidarios en Nicaragua y en el extranjero un sentimiento de amargura y desconcierto. ¿No se habría equivocado Sandino? ¿No sería un acto de inocencia política? ¿No confiaría mucho a Sacasa detrás de cuyas espaldas se divisaba la siniestra figura de Somoza, director jefe de la guardia, perro de presa al servicio del imperialismo norteamericano? ¿No se tornaría este acuerdo en una tragedia para los guerrilleros?

Sandino aseveraba que había firmado este acuerdo porque no tenía otra salida, y que en reiteradas ocasiones había prometido cesar la lucha armada en cuanto las tropas norteamericanas abandonaran Nicaragua. Los guerrilleros agotaron sus recursos, estaban muy cansados, muchos de ellos gravemente enfermos. Además, no había ninguna esperanza de ayuda desde el exterior.

Aspirando a ajustar las cuentas a Sandino, Somoza afirmaba varias veces en público que los sandinistas no habían entregado todas las armas, que su mayor parte la escondieron y sólo esperaban la oportunidad para volver a izar la bandera de la insurrección, lo cual lo obligaba a tomar medidas de prevención. Poco a poco, Somoza iba trasladando los destacamentos de choque de su guardia al norte, hacia Vivili, tratando de cercarla; exigía el desarme total de los sandinistas y la liquidación del batallón de la guardia de Sandino. Somoza concentró en las montañas de Segovia a sus matones que perseguían a los antiguos combatientes del ejército guerrillero más allá de Vivili, sin tener en cuenta el "salvoconducto" expedido por el gobierno. Muchos sandinistas murieron, otros fueron encarcelados.

El 16 de febrero de 1934, Sandino llegó a Managua para discutir problemas relacionados con la colonización de Vivili. Lo acompañaban Sócrates, su hermanastro; don Gregorio, su padre; sus fieles compañeros de lucha Francisco Estrada, quien mandaba el batallón de guardia, los generales Juan Pablo Umanzor y Santos López.

El 19 de febrero tuvieron lugar las negociaciones entre Sandino y el presidente Sacasa. Este comunicó su decisión de nombrar jefe civil y militar de cuatro departamentos de Segovia al general Horacio Portocarrero, uno de los activistas del movimiento sandinista. Sacasa se comprometía a reorganizar la guardia nacional convirtiéndola en

un ejército subordinado al presidente. Es difícil decir si Sacasa era sincero adoptando esta decisión o si trataba de dar un motivo a Somoza para que este pasara a acciones resueltas contra Sandino.

Al enterarse de estas resoluciones del presidente, Somoza pidió consejo al embajador de EE.UU., con quien se encontrara dos veces. El embajador Bliss Lane manifestó a Somoza que su gobierno deseaba la liquidación de Sandino. Es dudoso que el embajador se hubiera atrevido a hacer esta declaración sin el consentimiento de Washington. En el caso contrario, su carrera hubiese terminado. Pero él estuvo en Nicaragua hasta 1936, luego se desempeñó como embajador en Colombia y después de la segunda guerra mundial en la Polonia Popular, de donde fue expulsado en 1947 como persona "non grata".

De esta manera, las ulteriores acciones de Somoza estaban condicionadas por las instrucciones recibidas de los círculos oficiales norteamericanos. Además, él no actuaría independientemente en un asunto tan importante, arriesgando no sólo perder su puesto de director jefe de la guardia nacional, el cual debía enteramente a los norteamericanos, sino dañar toda su carrera política.

En la noche del 21 de febrero de 1934, Sandino y sus acompañantes llegaron al palacio presidencial a la cena de despedida. A las 10 de la noche los invitados salieron en un auto. Adelante, iban los generales Estrada y Umanzor; atrás, Sandino, su padre y Salvatierra.

Junto al cuartel "El hormiguero" les cerró el paso un camión cuyo chofer arreglaba algo en el motor (como se supo después, era Canales, un sargento de la guardia nacional, disfrazado). En cuanto el auto de Sandino se detuvo, fue rodeado por los guardias armados, al mando del mayor Delgadillo, vestido de sargento, quienes les exigieron entregar las armas y salir del carro. Los guardias desarmaron a los detenidos y los condujeron a "El hormiguero".

A don Gregorio y a Salvatierra los dejaron en el cuartel; a Sandino, Estrada y Umanzor los llevaron en camión en dirección del campamento militar cerca del aeropuerto, a siete kilómetros de la capital, donde les bajaron en un lugar desierto. Fueron rodeados por soldados, quienes a una señal de Delgadillo, dispararon sobre ellos sus ametralladoras y los fusilaron. Los cadáveres fueron enterrados. Aún no ha sido descubierto el lugar donde fueron sepultados los héroes del movimiento liberador de Nicaragua.

Los guardias que participaron en esa nefasta acción también fueron fusilados en un bosque cercano liquidando de esta manera a los testigos indeseables.

Sandino sabía que estaba en peligro de muerte. Sus amigos se le habían advertido en reiteradas ocasiones, le solicitaban que abandonara por un tiempo Nicaragua, que no confiara en Sacasa ni en Somoza ni en los norteamericanos. El no les tenía confianza, pero no quería pasar a la clandestinidad o abandonar su país. Le parecía esto una deserción, y respondía habitualmente a sus amigos que al combatiente siempre le acecha la muerte, y si moría, no había vivido en vano, que las semillas sembradas por él, en las almas de sus compatriotas brotarían inevitablemente y reportarían frutos, y Nicaragua conquistaría la verdadera libertad e independencia.

Y así fue. La muerte de Sandino y de sus amigos los convirtió en héroes inmortales, cuyo ejemplo de vida tratan de seguir los nicaragüenses honrados. Porque los héroes dejan siempre una profunda huella en la conciencia del pueblo.

ERNESTO CHE GUEVARA: EL INTERNACIONALISTA

Sí, era argentino, combatió por la libertad y la independencia de Cuba, cayó víctima de los agentes de la CIA en Bolivia, luchó en Africa. Este fue Ernesto Che Guevara, querido por todos nosotros. Se graduó en medicina, era desinteresado, amaba la poesía, los buenos libros y no rehuía a hacer ningún trabajo: cargó sacos, laboró en las minas, cortó caña, a pesar de que padecía seriamente de asma.

Joven, apuesto, enérgico, extraordinariamente honrado ante su conciencia revolucionaria, amaba y era fiel a la Unión Soviética; un comunista, como se dice, "de pies a cabeza". Teniendo en cuenta su popularidad en todo el mundo, después de su muerte los izquierdistas y los agentes de la CIA, mediante toda clase de infundios trataron de presentarlo como un enemigo de la URSS y del comunismo.

¿Qué puede oponerse a estos absurdos infundios? Por lo visto, sólo una cosa: un relato verídico sobre nuestro héroe.

Biografía

Nació el 14 de junio de 1928 en la ciudad de Rosario (Argentina), a orillas del río Paraná. Su padre, el arquitecto Ernesto Guevara Lynch, y su madre, Celia de la Serna, ama de casa, criollos de abolengo los dos, pertenecían a la cúspide de la sociedad argentina. Su tatarabuelo, enemigo del dictador Rosas, había emigrado en el siglo XIX a California, y su bisabuelo nació

en EE.UU. Cuando cayó Rosas, regresaron a Argentina.

Entre los parientes del Che había escritores de renombre como Benito Lynch, y por la línea materna, el último comandante en jefe de las tropas españolas en la batalla de Ayacucho en 1825; la hermana de la madre estaba casada con Caetano Córdoba Iturburu, poeta bastante conocido.

El padre del Che trató de reunir alguna fortuna, pero fracasó. En Rosario tenía una pequeña fábrica de empaquetado de la hierba mate, té paraguayo muy popular en la región. Con el nacimiento de su primogénito (después tenía cuatro hijos más) don Ernesto se traslada a la provincia de Misiones, donde tenía una pequeña plantación de hierba mate.

El 2 de mayo de 1930, cuando aun no tenía dos años, el pequeño empezó a toser, y tenía dificultad para respirar. El médico le diagnosticó asma.

La familia se trasladó al norte de Argentina, a la ciudad de Alta Gracia, cerca de Córdoba, rodeada de abetales, en las montañas, a una altura de dos mil metros sobre el nivel del mar, con la esperanza de que el niño se curara. Al no apreciar ningún resultado positivo, los padres se dedicaron a fortalecer la salud del niño enfermo, quien a pesar de todo manifestaba gran interés por el deporte: el fútbol, el rugby, el tenis.

Luego el pequeño Ernesto ingresó en un colegio en Córdoba, adonde su madre le llevaba todos los días en su automóvil junto con otros compañeritos. En Córdoba se hizo amigo de los hermanos Granados. Un verano, recorrió el país en motoneta, luego se aficiona al ciclismo; se dedica también al planerismo. Los padres se lo permiten todo, porque el muchacho padece de asma...

Durante la segunda guerra mundial, cuando gobernaba en Argentina el general Perón, los padres de Ernesto simpatizaban con los aliados... Además, tenían amistad con los republicanos españoles que se habían instalado en Alta Gracia. El joven Guevara también se consideraba a sí mismo antifascista, leía mucho, le gustaba discutir sobre la política, conocía bien los asuntos internacionales sobre los cuales escribía la prensa local.

En 1946, al terminar la segunda guerra mundial, Ernesto Guevara se traslada a Buenos Aires e ingresa en la facultad de medicina de la Universidad Nacional. Trata de ser independiente, estudia y trabaja en una biblioteca pú-

blica. Después se contrata de grumete a un petrolero que visita la isla de Trinidad y Guayana Británica, lugares exóticos, por los cuales siempre sentía debilidad.

Al año siguiente junto con Alberto Granados, realiza un nuevo viaje; van a Chile, Perú, Colombia, Venezuela. Su acompañante es algo mayor que él, es médico-químico y trabaja en la leprosería cordobesa. En su viaje son invitados por distintas instituciones médicas. Sus colegas los reciben con hospitalidad, visitan clínicas y conversan con los enfermos. De los países donde estuvieron el que más impresionó a Ernesto fue Perú. Allí conocieron la vida y las costumbres de los indios quechua y aimará, que vivían en la completa miseria, embrutecidos, explotados por los terratenientes y las autoridades, emponzoñados por la coca que consumían para apagar el hambre. A los jóvenes viajeros les interesaban las huellas de la antigua civilización inca. En Cuzco, adonde llegaron después de superar varios percances, Ernesto se pasaba horas enteras en la biblioteca local enfrascado en la lectura de libros sobre el antiguo imperio incaico. Pasaron varios días entre las pintorescas ruinas de Machu-Picchu, cuyas grandiosas proporciones impresionaron tanto a Ernesto que decidió dedicarse al estudio de los incas. Alberto empezó a llamarlo en broma "arqueólogo".

¿Qué fue lo que más impresionó a Guevara en su viaje por los países del litoral Pacífico de Suramérica, visitando minas de cobre, poblados indígenas, leproserías? La completa pobreza, el atraso de los campesinos, de los indios y de los sencillos trabajadores de este enorme continente a los que se oponían la dureza, la venalidad, la amoralidad de las cúspides que explotan, saquean, engañan a las masas populares.

Alberto se casó en Venezuela y se quedó allí a trabajar. Guevara a través de Miami, EE.UU., regresó a Buenos Aires en agosto de 1952 y se dedicó al estudio. Debía preparar la tesis de grado sobre los problemas de la alergia y presentar más de doce exámenes finales. En marzo del siguiente año recibió el diploma de médico cirujano, especialista en dermatología. Ahora realmente era dueño de sí mismo y podía elegir qué camino seguir: empezar la carrera de médico en su patria o trasladarse a Caracas, donde un hospital para leprosos le ofrecía puesto. Pero él eligió otro camino...

En julio de 1953 abandona Buenos Aires y se dirige por

tren a Bolivia. A los amigos y familiares les dice que su objetivo final es Venezuela. Pero ¿por qué elige esa ruta tan rara?

Deseaba ir a Bolivia porque no había estado allí, y se había propuesto conocer todos los países latinoamericanos. Pero, de todos modos, lo que le atraía en Bolivia en aquel momento no eran las ruinas de los antiguos templos indios ni tampoco los hambrientos e indigentes indios. Estaba ardiendo de impaciencia por ver con sus propios ojos la revolución boliviana.

A Bolivia la llaman la indigente sobre un trono de oro. El subsuelo de este país es rico en petróleo, estaño, oro, pero todos estos tesoros están en manos de los monopolios extranjeros que obtenían enormes ganancias, mientras el pueblo vivía en la completa miseria e ignorancia, atemorizado, padeciendo enfermedades, embrutecido por la coca...

Antes de la década del 50 eran pocos los que se interesaban por Bolivia más allá de sus límites, a excepción de representantes de los monopolios del estaño y del petróleo. La capital de Bolivia, la ciudad de La Paz, situada a una altura de cerca de 4 mil metros sobre el nivel del mar, es casi inaccesible a los europeos, e incluso la llaman "cementerio de los extranjeros". A éstos les es contraindicado su clima, tanto físico como político. Anualmente tenían lugar allí, como término medio, dos "revoluciones" acompañadas, por regla general, de un gran derramamiento de sangre.

El 9 de abril de 1952 tuvo lugar allí la revolución de turno, la 179ª. A diferencia de las anteriores, ésta hizo avanzar realmente a Bolivia por el camino del progreso. Llegó al poder el Partido Movimiento Nacional Revolucionario. El nuevo gobierno nacionalizó las minas de estaño, pagando a las compañías extranjeras una generosa compensación; empezó a realizar la reforma agraria; organizó una milicia de mineros y campesinos. A pesar de su carácter limitado, estas medidas eran muy esperanzadoras. Muchos intelectuales y políticos de ánimos progresistas se dirigieron a ese país en busca de experiencia. Siguiendo su ejemplo, Ernesto Guevara trazó su ruta a Caracas a través de La Paz. Pero la revolución boliviana lo desilusionó, ante todo, porque la población indígena de este país, seguía al margen de la sociedad arrastrando una vida miserable, al igual que en los lejanos tiempos

cuando sus vidas eran administradas por los conquistadores españoles.

De La Paz el Che va a Guatemala, donde gobernaba el presidente Jacobo Arbenz, quien había dado pruebas de una audacia extraordinaria para un hombre de Estado centroamericano: se había atrevido a nacionalizar parte de las tierras del "monstruo verde": la United Fruit Co.

El 24 de diciembre de 1953 el joven argentino llega a Guatemala, la capital más "alta" en Centroamérica: se encuentra a la altura de 1800 metros sobre el nivel del mar. Junto a ella hay volcanes. La ciudad ha sido destruida reiteradas veces por terremotos. Las casitas, casi todas de un solo piso, se pierden entre la vegetación. En los parques hay muchas aves cantoras; entre las que descuella el tesontle, "pájaro de las cuatrocientas voces", parecido a un gorrión. El símbolo de Guatemala también es el quetzal, un ave pequeña, con larga cola de espléndido colorido, que muere en cautiverio.

A Guevara en seguida le gustó la ciudad, el aire transparente le recordaba Alta Gracia. Llevaba cartas de presentación para personalidades guatemaltecas, y un mensaje que enviaba un conocido suyo en Lima para la revolucionaria peruana Hilda Gadea. Ella era mestiza, por sus venas corría sangre española e indígena; se había graduado en la Facultad de Economía de la Universidad San Marcos, de Lima, y trabajaba en el Instituto de Desarrollo Nacional guatemalteco. Como muchos exiliados políticos de izquierda, era partidaria del gobierno de Arbenz. Se encontraron en la pensión "Cervantes", donde vivían emigrados políticos de diferentes países latinoamericanos, y él mismo se instaló allí.

Al igual que Ernesto, Hilda había viajado mucho por los países de América Latina. Le interesaba el arte y se consideraba marxista. Los criterios e intereses comunes acercaron rápidamente a los jóvenes y luego se casaron.

En Guatemala el Che conoció también a emigrados cubanos, compañeros de lucha de Fidel Castro. Entre ellos, a Antonio López Fernández, apodado "Ñico", a Mario Dalmau y Darío López. Los tres participarían más tarde en la expedición del "Granma". Ellos le relataron las hazañas heroicas de los luchadores contra el tirano Batista. Confiaban que la revolución guatemalteca modificaría la correlación de fuerzas en el Caribe a favor de los enemigos de Batista y ayudaría a derrocar al odiado tirano. Las mismas esperanzas acariciaban por entonces los exiliados de otros países de la zona, en los que dominaban tiranos, fieles servidores del imperialismo yanqui.

Diríase que Ernesto había hallado en Guatemala su dicha personal y muchos amigos políticos. Pero eso no era suficiente para él. Ansiaba participar activamente en el proceso revolucionario, quería ocupar su puesto de combatiente en la revolución guatemalteca para actuar, para dedicarse a cosas útiles y necesarias a la causa revolucionaria. Porque a eso, precisamente, había ido allá pero no tuvo suerte.

Mientras tanto las medidas adoptadas por el presidente Arbenz en defensa de la soberanía de Guatemala provocaron un ataque de rabia entre los medios gobernantes de Washington. En aquellos años, el presidente de EE.UU. era Dwight D. Eisenhower, y su mano derecha, John Foster Dulles, accionista de la United Fruit Co.

El gobierno de la Casa Blanca envió de embajador a Guatemala al conocido agente de la CIA John Peurifoy, con la misión de derrocar a Arbenz. "Me pareció —afirmó Peurifoy una vez derrocado el gobierno de Arbenz— que el hombre (Arbenz) pensó como un comunista y habló como tal, y si no directamente, lo hará más adelante. Eso le informé al señor John Foster Dulles, quien a su vez informó al presidente Eisenhower".

Peurifoy logró su cometido: Arbenz fue derrocado y en Guatemala se desencadenó un terror salvaje contra los partidarios de las transformaciones sociales, que continúa hasta el día de hoy...

El Che se ve obligado a salir con su esposa a México, donde en 1955 se encuentra por primera vez con los hermanos Fidel y Raúl Castro, revolucionarios cubanos, quienes preparaban una incursión a Cuba, con la esperanza de terminar con la tiranía del dictador Batista. El Che apoyó sus planes y accedió tomar parte en la expedición armada.

Pero los agentes de Batista y de la CIA estaban también en guardia. En una de las calles de la capital la policía arrestó a Fidel Castro, después, al Che y a otros conspiradores. Con gran escándalo la prensa comunicó sobre el arresto de los adversarios de Batista.

El 26 de junio, el periódico mexicano el *Excelsior* publicó la lista de los detenidos, entre los que figuraba el

nombre de Ernesto Guevara Serna. El periódico lo caracterizaba como a un peligroso "agitador comunista internacional", quien estuviera en Guatemala casi que como un "agente de Moscú" adjunto al gobierno del presidente Arbenz.

Sin embargo, los revolucionarios cubanos lograron superar todos los obstáculos y el 25 de noviembre de 1956, a las 2 de la mañana, su yate sobrecargado "Granma" (a bordo del cual iban 82 rebeldes armados) abandonó el puerto mexicano de Tuxpan rumbo a Cuba...

En Cuba

No nos detendremos a hablar en detalle sobre las operaciones guerrilleras del destacamento de Fidel Castro en la Sierra Maestra. Sobre eso se han escrito muchos libros buenos. Diremos sólo que el Che se distinguió no sólo como un jefe militar disciplinado sino también hábil y sabio; dos veces fue herido; el 5 de junio de 1957 recibió el máximo título guerrillero: comandante mayor, y desde el 21 de agosto del siguiente año, por orden de Fidel, realiza, encabezando la columna "Ciro Redondo", un ataque heroico a la provincia de Las Villas.

Pronto sus combatientes liberan la ciudad de Santa Clara. El 2 de enero de 1959 entran en La Habana, de donde se había fugado Batista, y toman la fortaleza de la Cabaña. Aquel mismo año el Che se casa con la cubana Aleida March con la cual se conoció en las barricadas durante los combates por la provincia de las Villas; con Hilda Gadea, con quien tuvo una hija conservó relaciones amistosas. En el nuevo matrimonio tuvo tres hijos.

Como miembro de la dirección del partido de los comunistas de Cuba, director del Banco Nacional, Ministro de la Industria, el Che fue siempre un gran amigo de la Unión Soviética, lo cual no le perdonaban los imperialistas. Desde los primeros días que siguieron a la victoria de la revolución él y otros jefes rebeldes comprendieron perfectamente que la lucha por la emancipación social del pueblo cubano provocaría sanciones por parte de EE.UU., que no escatimarían medios y fuerzas para repetir en Cuba la "operación Guatemala".

El pueblo cubano batallaría en este caso hasta la

última gota de sangre por su tierra, pero necesitaba armas, ayuda y, en ese momento, sólo la Unión Soviética podía prestarle tal apoyo.

Había también otra circunstancia que obligaba a establecer relaciones amistosas con la Unión Soviética. ¿Qué significaban las transformaciones sociales que se proponían realizar los dirigentes de la Revolución Cubana —reforma agraria, nacionalización de la gran propiedad capitalista, enseñanza y asistencia médica gratuitas—, o sea, qué significaba liberar a los trabajadores de la explotación? ¿Acaso no era socialismo o un paso que conducía al socialismo? Naturalmente, esas reformas podían llamarse de otro modo, pero no se trataba del nombre. Tanto Fidel como Raúl y el Che conocían demasiado bien las obras de los clásicos del marxismo-leninismo y comprendían que, una vez emprendida la vía de la lucha antimperialista y anticapitalista, tarde o temprano llegarían al socialismo.

Y si es así, ¿acaso se podía confiar en combatir con éxito al imperialismo y construir una nueva sociedad, en la que no habría explotadores ni explotados, sin establecer relaciones más estrechas con el primer país socialista del mundo, con el país del gran Lenin?

Es evidente que a esta interrogante sólo se podía responder negativamente, tanto más que la Unión Soviética reconoció el 11 de enero de 1959 —tan pronto triunfó la revolución cubana— al nuevo gobierno revolucionario del país. La prensa y la radio soviéticas, así como sus personalidades sociales y estadistas ofrecieron su decidido e incondicional apoyo al proceso revolucionario en la Isla de la Libertad.

Los enemigos de la revolución —los "gusanos"— acogieron los primeros acuerdos con la Unión Soviética con furia. Trataron de organizar en La Habana manifestaciones antisoviéticas, abrieron fuego contra una delegación gubernamental soviética que llegó a esa capital en febrero de 1960.

...Pero los "gusanos" recibieron un digno rechazo. El pueblo cubano, los trabajadores, aplaudieron el establecimiento de las relaciones amistosas entre la Cuba revolucionaria y la Unión Soviética. Comprendían que la firma de los acuerdos consolidaban las posiciones de la Cuba revolucionaria, permitiéndole cumplir el programa de profundas transformaciones en beneficio del pueblo.

19-01532

La CIA seguía tramando complots y provocaciones contra la Cuba libre. El 4 de marzo de 1960, en el puerto de La Habana explotó —por los efectos de una bomba de tiempo— el barco belga "La Coubre". Fueron muertas 70 personas y más de 100 heridas. En las palabras que pronunció Fidel Castro durante el entierro de las víctimas, por primera vez terminó diciendo: "¡Patria o muerte! ¡Venceremos!", consigna que pasó a ser símbolo de la revolución cubana.

En la implacable lucha contra la reacción se decidía "quién vencerá a quién": sería la Cuba revolucionaria un país auténticamente libre o se vería una vez más bajo el poder de los monopolios norteamericanos. A este tema consagró el Che una conferencia, que dictó el 20 de marzo de 1960 por TV en el programa "Universidad Popular", con el título de "Soberanía política e independencia económica".

Todo el país lo escuchaba: los amigos y los enemigos. Dijo que la soberanía nacional era inconcebible si no se conquistaba la independencia económica, y que los convenios con la Unión Soviética, en los cuales "había tenido el honor" de participar, tendían a fortalecer la independencia económica y, por consiguiente, la soberanía de Cuba.

El 8 de mayo se reanudaron oficialmente las relaciones diplomáticas entre Cuba y la Unión Soviética. La irritación de Washington llegó al extremo ante tan "escandalosa conducta de La Habana". Se impusieron nuevas sanciones, las firmas norteamericanas cesaron a exportar petróleo a Cuba y a refinarlo allí. Pero la Unión Soviética es un amigo confiable. El gobierno cubano envía una misión económica a Moscú, encabezada por el capitán Antonio Núñez Jiménez, director del INRA*, y se firman importantes acuerdos para el suministro de petróleo y sus derivados.

Washington ha sido humillado. El gobierno de EE.UU. derogó unilateralmente la cuota para la importación de azúcar cubano, con lo cual prácticamente cerró el mercado estadounidense tradicional a este producto primordial de la Isla de la Libertad. Pero ya habían pasado los días en que la ira del "tío Sam" causaba espanto a los latinoamericanos. El gobierno de Cuba decidió nacionalizar los bienes de las compañías yanquis "mediante una expropiación obligada". Washington respondió amenazando con una intervención armada. En esos días dramáticos el gobierno soviético declaró públicamente que apoyaría al país caribeño con todos los medios posibles en su lucha por la libertad e independencia, lo cual causó enorme entusiasmo en Cuba: Fidel Castro expresó su gratitud y satisfacción. El 10 de junio, el Che declaró en un mitin popular ante el Palacio presidencial: "tienen que tener cuidado esos hijos del Pentágono y de los monopolios norteamericanos, que pasearon hasta hoy su arrogancia por los campos de América; que piensen bien; Cuba ya no es una Isla solitaria en el medio del océano defendida sólo por los pechos indefensos de sus hijos y los pechos generosos de todos los indefensos del mundo. Cuba es, además, hoy una Isla gloriosa en el centro del Caribe, defendida por los cohetes de la más grande potencia militar de la historia".

* Instituto Nacional de Reforma Agraria, creado por F. Castro poco después de la victoria de la revolución de 1959.

En la URSS

El 22 de octubre de 1960, el Che —presidiendo una delegación para tratar asuntos económicos— viaja a los países socialistas. Era la primera visita oficial de uno de los primeros dirigentes de la revolución cubana a los países del socialismo triunfante. Estuvo dos meses en el extranjero, de los cuales casi uno en la Unión Soviética. En Moscú asiste a los festejos del 43 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre en la Plaza Roja, desde la tribuna del Mausoleo de Lenin observa el desfile de las tropas y la manifestación de los moscovitas. Sostiene conversaciones con los dirigentes del PCUS y del gobierno soviético. Visita fábricas, centros científicos, el Kremlin; el Apartamento-Museo de Lenin; va a Leningrado y a otras ciudades de la Unión Soviética. En este país concertó nuevos convenios económicos importantes para Cuba.

El 11 de diciembre de 1960, los moscovitas se entrevistaron con él en la Sala de las Columnas de la Casa de los Sindicatos. Allí pronunció un largo discurso. Dirigiéndose al mariscal K. Rokossovski, quien estaba en la presidencia del mitin, dijo que el nombre del mariscal, como el de los demás héroes de la Gran Guerra Patria, permanecería

para siempre grabado en la memoria de los revolucionarios cubanos. El Che aplaudió los documentos de la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú, en los cuales —acentuó—, Cuba se menciona cuatro veces y se pone de ejemplo a otros pueblos que se encontraban en condiciones análogas. "Nosotros —dijo el orador— no tuvimos arte ni parte en esa declaración, pero la apoyamos de todo corazón".

En la actualidad, indicó además el Che, Cuba se encuentra en una situación en la cual, por una parte, está permanentemente amenazada por los barcos, las bases y la infantería de marina del imperialismo y, por otra, cuenta con el apoyo inapreciable de la Unión Soviética, que es para ella una coraza defensiva, protege su integridad y su soberanía. Sabemos que Cuba es hoy, desgraciadamente — dijo el Che—, un factor neurálgico para la paz del mundo. No nos gusta esa situación ni tenemos el punto de vista del imperialismo de jugar con el fuego. Sabemos lo que puede significar un conflicto en estos momentos, si estalla en nuestro litoral, y tratamos de prevenirlo por todos los medios. Pero su evitación no está sólo en nuestras manos. Las fuerzas de los pueblos de todo el mundo que apoyan a Cuba y las del campo socialista, encabezado por la Unión Soviética —subrayó,— son las armas que, confiamos, no permitirán que los imperialistas cometan el error fatal de atacarnos. Más adelante añadió que debían permanecer alerta, vigilar las costas, el cielo y la tierra de Cuba, para rechazar al enemigo en cualquier momento... El pueblo de Cuba mirará hacia el futuro con decisión constructiva y sabe que de todas las pruebas saldrá victorioso. Se dispone a construir un mundo nuevo, aunque, lamentablemente, debe construirlo sin soltar el fusil de las manos. Así es este pueblo, dijo, a cuyos representantes ustedes reciben con tanto entusiasmo, con tanta alegría y con tanto ardor revolucionario aquí y en todas las ciudades de la Unión Soviética, en todos los rincones del campo socialista.

"Quiero decirles, prosiguió el Che, que la solidaridad demostrada por este pueblo y el entusiasmo con que nos recibió son para nosotros el sello que refrenda nuestra amistad, cada hora más sólida, la amistad que establece entre nosotros la base indestructible de nuestras relaciones.

Y a estas relaciones se puede responder con las palabras: "¡Cuba no fallará!"

El 19 de diciembre, el Che suscribió, en nombre del gobierno cubano, el Comunicado conjunto soviético-cubano, en el cual los dos países dejaban constancia de su identidad de opiniones en cuanto a los problemas internacionales, así como de su política interior. El Comunicado censuraba los actos agresivos de los círculos imperialistas de EE.UU. contra Cuba y contra otros países que defendían su independencia. La parte soviética expresaba estar de acuerdo en prestar a Cuba una amplia ayuda económica y científica, fortalecer y desarrollar las relaciones comerciales, y, en particular, comprar grandes cantidades de azúcar cubano.

En las palabras pronunciadas aquel mismo día en la recepción gubernamental ofrecida en honor de los representantes cubanos, el Che dijo que al marcharse del país del socialismo, que visitaba por primera vez, se llevaba consigo las grandes impresiones. La primera era la de honda satisfacción como uno de los dirigentes de la República de Cuba que había podido, durante su misión en la Unión Soviética, cumplir lo que se le había encomendado y, además, cumplirlo en el clima de cariño y amistad del pueblo soviético. Además, dijo, se llevaban consigo la impresión de los días pasados en el país que había hecho la revolución más profunda y radical del mundo, impresión que estaban percibiendo durante toda su estadía en la URSS.

El Che terminó su discurso haciendo la advertencia a los imperialistas de que, en caso de ser agredido, el pueblo cubano, como un solo hombre, empuñaría las armas para defender su libertad. El pueblo cubano sabe, declaró, que en esa lucha contará con el apoyo de la Unión Soviética.

Antes de partir de nuestro país, el Che hizo una declaración para Radio Moscú. No se cansaría de repetir mil veces, dijo, que desde el momento en que había pisado la tierra soviética sintió que ésta era la patria del socialismo en la tierra. Añadió que el espíritu revolucionario que originó Octubre de 1917 continuaba vivo en el pueblo soviético.

Pronto, a iniciativa de la Unión Soviética se organizó un "pool" de los países socialistas, que se comprometieron a comprar anualmente a Cuba hasta 4 millones de

toneladas de azúcar, de los cuales la URSS adquiriría 2.700.000 toneladas.

El Che informó en detalle sobre los resultados de su viaje al pueblo cubano en el discurso que pronunció por radio y televisión el 6 de enero de 1961. Recordó que un año antes, cuando Antonio Núñez Jiménez regresó de la Unión Soviética y narró sus impresiones, muchos no le daban crédito y lo llamaron "Alicia en el País de las Maravillas". Al respecto, dijo: Realmente, yo puedo decir que como he recorrido más aun, he recorrido todo el continente socialista, a mí me pueden decir: "Alicia en el Continente de las Maravillas". Pero uno debe decir realmente lo que ve, y ser honesto, y las realizaciones de los países socialistas, de los que ya han alcanzado un alto grado de desarrollo, o de los que todavía están en procesos muy similares al de Cuba, son extraordinarias. No puede haber comparación alguna, en sus sistemas de vida, en sus sistemas de desarrollo, con los de los países capitalistas. Y, sobre todo, no hay comparación ninguna entre la forma en que la gente ve un hecho como nuestra revolución, en esos países y en cualquier país capitalista del mundo. El entusiasmo es extraordinario en todos ellos. Quizás en la Unión Soviética sea donde se pueda palpar más.

El Che relató sobre las realizaciones de la Unión Soviética en las diferentes esferas de la economía, señalando en particular las posibilidades inmensas, infinitas, dadas por el Poder soviético para el desarrollo armónico del hombre.

"La verdad es que yo no creía que se llegara a eso —dijo—. Y junto con esto, la enorme espontaneidad, la alegría, el sentido de compañerismo de ese pueblo".

El Che expuso con pormenores el texto del Comunicado firmado por él y por la parte soviética en Moscú, deteniéndose en el último apartado, donde ambas partes declaran ser firmes partidarios de la coexistencia pacífica y que harían todo lo que de ellos dependiera para garantizar la paz universal. Señaló que ese aspecto de la paz no son palabras para los cubanos. Porque en este momento cualquier paso mal dado, cualquier equivocación del imperialismo, puede llevar a guerras locales grandes, que desencadenen de inmediato una guerra mundial. Y desgraciadamente, cuando haya una guerra mundial

—una guerra mundial que será de cohetes, y de cohetes atómicos— a Cuba no le va a ir bien.

Esa es la razón por la cual se debe luchar constantemente por la paz del mundo; estar dispuestos a defender esto hasta el final, y todo el mundo lo defendería, y quien pise la tierra cubana podrá saber que no le va a ir bien.

Nadie dudaba de la sinceridad y honestidad política del Che. Por eso, su testimonio acerca de los adelantos de la Unión Soviética en la edificación socialista y sus palabras de solidaridad con la línea internacional del PCUS y del gobierno soviético fueron particularmente persuasivas para aquellos cubanos, que, apoyando la política de Fidel Castro, todavía estaban atenazados por los prejuicios anticomunistas y antisoviéticos.

El Che hacía referencia en reiteradas ocasiones a las relaciones cubano-soviéticas. Después de la derrota de los mercenarios en Playa Girón, en el mitin dedicado a la memoria de Antonio Guiteras —luchador cubano contra el imperialismo norteamericano, asesinado por orden de Batista en 1935— respondiendo a quienes aseveraban que la alianza de la Cuba revolucionaria con la Unión Soviética significaría una sustitución de la influencia norteamericana por la soviética, dijo: "Nosotros respetamos y admiramos, y mientras más conocemos ¡más respetamos y admiramos a la Unión Soviética y a los otros países socialistas!; podemos decirlo así... Nunca un gobernante de los países socialistas ha intentado siquiera darnos un consejo de lo que tenemos que hacer. La Unión Soviética, poderosísimo país de la tierra, con doscientos millones de habitantes, ha estructurado sus planes con Cuba, una pequeña Isla, con seis millones de habitantes, en condiciones de completa igualdad de derechos. Cuando la Unión Soviética nos dio el primer crédito de cien millones de dólares, ni siquiera pidió el mínimo que puede pedir un país en esas condiciones, que es el reconocimiento diplomático".

Es evidente que palabras sobre la Unión Soviética no reflejaban sólo su opinión personal, sino también la de Fidel Castro y de otros dirigentes máximos de la revolución cubana, pero es preciso reconocer el señalado papel que desempeñó el mismo Che en la formación de esa opinión.

Ernesto Che Guevara prestaba no poca atención al

desarrollo industrial de Cuba, estimando —no sin fundamento—, que la creación de la industria nacional elevaría el nivel de vida de los trabajadores y los haría más conscientes en el sentido político, los forjaría desde el punto de vista moral y espiritual aproximándolos al socialismo. Estudiaba atentamente la experiencia de la construcción socialista en la Unión Soviética; la planificación y dirección de la economía nacional y, en particular, de la industria; el papel que desempeñan el Partido, los sindicatos y otras organizaciones de masas en la economía, en el desarrollo de la emulación; la correlación entre estímulos morales y materiales; los problemas concernientes a las normas del trabajo, en fin, le interesaba toda la experiencia, acumulada durante largos años de la gestión socialista.

El Che alternaba de buen grado con soviéticos de cualquier profesión: escritores, personalidades sociales, artistas y, por supuesto, ajedrecistas. Uno de los primeros soviéticos que lo visitó en Cuba, a comienzos de 1959, fue el compositor Aram Jachaturián. Particular amistad lo unía a Yuri Gagarin, primer cosmonauta.

Esta lista podía continuar en muchas páginas. El Che se ganaba el cariño de los soviéticos por su sinceridad, cordialidad y pasión revolucionaria.

1962 fue proclamado en Cuba "Año de la Planificación". Pero la actividad constructiva pacífica de la Cuba revolucionaria no era del agrado de los imperialistas norteamericanos. Y aunque la invasión de sus mercenarios a Playa Girón había sido rotundamente aplastada el año anterior, continuaban haciendo más hostil la atmósfera contra la Isla de la Libertad.

EE.UU. recrudeció el bloqueo económico de la Isla, con el propósito de asfixiar a la revolución con la mano del hambre, en tanto la CIA continuaba entrenando y enviando bandas subversivas, saboteadores y espías, con la misión de desorganizar y paralizar las actividades de las autoridades revolucionarias. Aviones espías norteamericanos sobrevolaban día y noche la Isla, infringiendo todas las leyes internacionales. En las bases norteamericanas situadas en la zona del Caribe se concentraban ingentes efectivos. Esos actos agresivos ponían en peligro la existencia independiente de Cuba, amenaza que Washington no ocultaba.

Con el cinismo típico de los imperialistas, representantes de las autoridades norteamericanas ofrecían al gobierno cubano "el amor y la bolsa", sólo con la condición de que rompiera sus relaciones amistosas con la Unión Soviética. Fidel Castro y el pueblo cubano rechazaron resueltamente esas sucias ofrendas y solicitaron a nuestro país ayuda para fortalecer su capacidad defensiva. El gobierno soviético respondió positivamente.

Pero Washington hizo aún más hostiles las relaciones con Cuba, declarándola en "cuarentena" —el bloqueo militar— y amenazó con una intervención armada. Así surgió la crisis del Caribe. Pero también en esa ocasión los agresores, luego de agitar las armas, debieron retroceder ante la férrea decisión del pueblo cubano de defender su independencia, así como ante la solidaridad de la Unión Soviética y de los demás países socialistas con Cuba.

En una charla sostenida con estudiantes norteamericanos, cuyo texto publicó el periódico *Revolución* el 2 de agosto de 1963, el Che condenó resueltamente los actos provocadores de los trotskistas, que en el período de la crisis exigieron la invasión de la base estadounidense en Guantánamo. Declaró que ese grupo nada tenía que ver con la revolución cubana, que lo integraban vagos y charlatanes, y que el gobierno no estaba dispuesto a permitirles que imprimieran su órgano de prensa, como lo reclamaban con todo descaro.

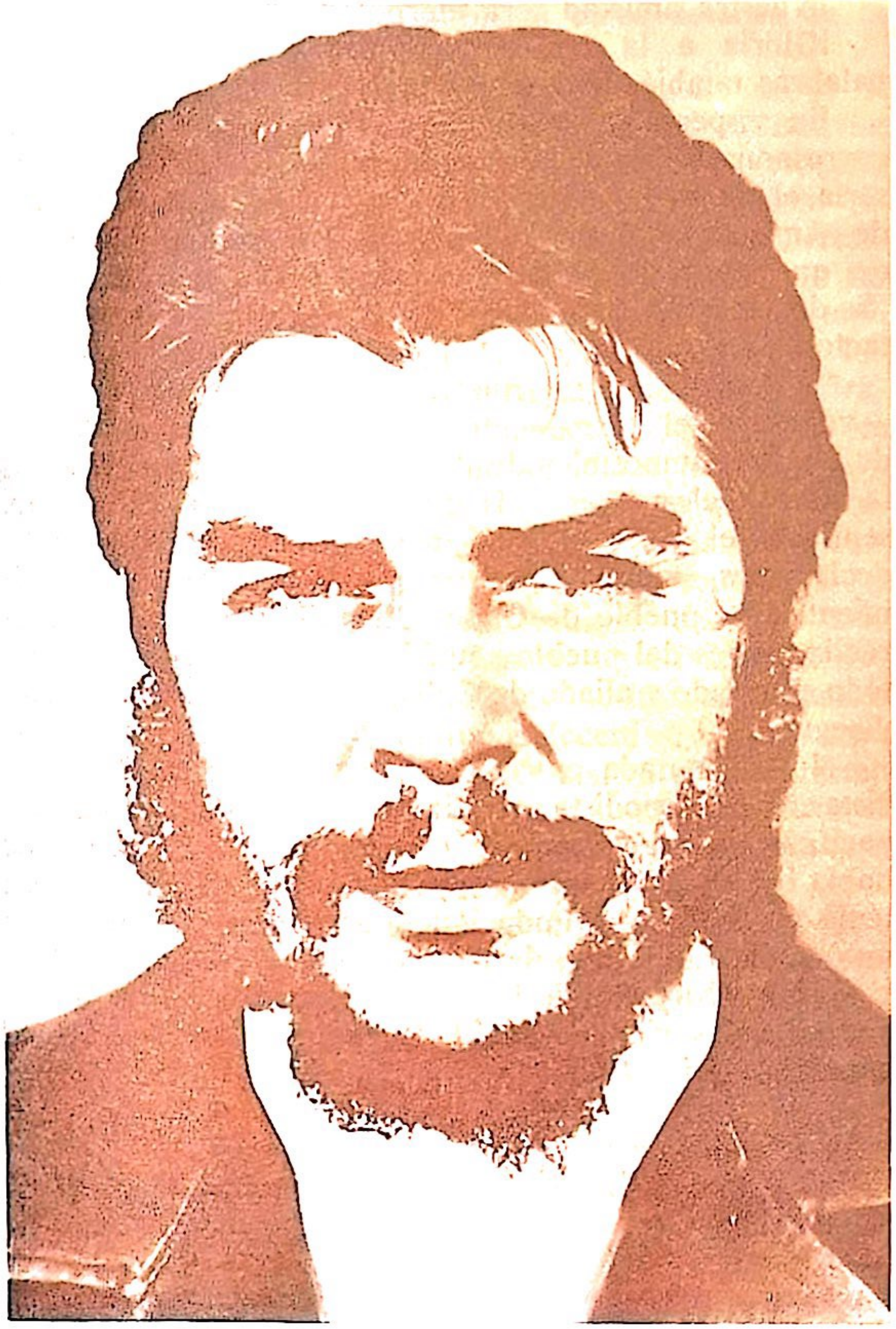
El Che asistía casi todas las semanas a la inauguración de diferentes fábricas y unidades laborales, muchas de las cuales se construían con ayuda de la URSS. En el discurso que pronunció el 3 de mayo de 1964 al inaugurarse la "Fábrica Aguilar" (de mecánica y de cojinetes), agradeció el intenso trabajo realizado por los técnicos soviéticos, que hicieron lo posible para poner en marcha la empresa a la mayor brevedad posible. Señaló que la Unión Soviética prestaba a Cuba una ayuda concreta en su desarrollo. A la Cuba revolucionaria, sometida constantemente a la amenaza del imperialismo yanqui, el gobierno y el pueblo soviético le han brindado siempre su apoyo. El Che manifestó su seguridad de que Cuba también podría contar en el futuro —en cualquier circunstancia— con la ayuda y la comprensión del Estado y del pueblo soviéticos. El Che valoraba altamente el convenio a largo plazo firmado en 1964 con la Unión Soviética para la compra de azúcar cubano. En su artículo que publicó ese mismo año la revista inglesa

International Affairs, remarcaba no sólo la enorme importancia positiva de ese acuerdo para la economía de la isla, sino también su inmenso alcance político. Ese convenio, escribía el Che, es testimonio de un nuevo tipo de relaciones en el campo socialista, en el cual un Estado altamente desarrollado presta ayuda a otro subdesarrollado, contrariamente a lo que ocurre en el mundo capitalista, donde las potencias industriales tratan de adquirir por una bagatela la materia prima de los países subdesarrollados.

En noviembre de 1964 el Che visitó la Unión Soviética por tercera vez, y estuvo dos semanas. Participó de nuevo en los festejos de la Gran Revolución Socialista de Octubre, se entrevistó con los dirigentes del partido y del Estado. El 11 de noviembre asistió, en la Casa de la Amistad, al mitin con motivo de la fundación de la Sociedad de Amistad soviético-cubana. El discurso que pronunciara en esa ocasión, fue su último en la Unión Soviética. "El pueblo de Cuba comenzó a construir el socialismo hace poco. Aun tenemos que aprender mucho. Desarrollar nuestra conciencia, desarrollar el sentimiento de amor al trabajo. Pero nuestro pueblo conoce la historia, la auténtica historia. Conoce la fuerza del ejemplo, sabe que la sangre vertida por los luchadores soviéticos en defensa de la libertad, del socialismo y el comunismo podría formar ríos. También sabe que los soviéticos derramaron su sangre en tierras lejanas a su Patria, que también en nuestro país hay especialistas militares soviéticos cumpliendo su deber internacionalista proletario. También sabe que en la actualidad un gran número de especialistas soviéticos nos están enseñando la construcción pacífica. Sabe que los especialistas soviéticos en todo el mundo están para ayudar a los pueblos subdesarrollados a manejar la técnica más avanzada, con la cual se puede construir un futuro mejor. Conoce las maravillosas hazañas para explorar el Cosmos, cuyo comienzo le pertenece a la Unión Soviética.

Nuestro pueblo, que estudió la historia y conoce la fuerza del ejemplo, siempre reconoce los sacrificios hechos por el pueblo soviético y podrá seguir vuestro glorioso ejemplo, defendiendo firmemente su revolución y el régimen del socialismo.

¡Cuba, compañeros soviéticos, jamás dará un paso atrás!



Ernesto Che Guevara

¡Nuestra amistad será eterna!
¡Gloria a la Unión Soviética!" (Pronunció estas palabras también en ruso.—*I. G.*)

En vísperas de partir para Cuba, comentó con los corresponsales su viaje a la Unión Soviética —que sería el último—, aplaudía la fundación de la Sociedad de Amistad soviético-cubana, y expresó la seguridad de que contribuiría a consolidar las relaciones entre los dos países, al intercambio cultural y a otros contactos.

"A pesar de que nuestra amistad es tan reciente —concluyó el Che—, nos atan lazos muy estrechos de amistad, imposibles de destruir. Siempre que pisamos la tierra del primer país que construyó el socialismo, sentimos el calor de la amistad. Por nuestra parte, declaramos una y otra vez que iguales son los sentimientos del pueblo de Cuba. Cuando vemos las grandes realizaciones del pueblo soviético, defensor de la paz en todo el mundo y aliado de Cuba, nos sentimos más fuertes y seguros.

No hubo nada extraño en que en su última entrevista con un periodista soviético el Che hablara del trabajo pacífico constructivo y de la paz. Porque todo lo que había hecho hasta entonces y todo lo que haría después, tenía por objeto la fundación, sobre los escombros de la autocracia capitalista, de una sociedad socialista pacífica y justa, y el triunfo de los nobles ideales del comunismo en todos los rincones de la tierra, entre ellos, en su amada América Latina.

La tragedia en Bolivia

Pasan varios años. Los imperialistas de EE.UU. no sólo continúan la política de aislamiento y derrota de todos los movimientos de liberación del continente, sino que esperan ahogar la revolución cubana. Su deseo de salvarla hace que el 7 de noviembre de 1966, el Che Guevara cambiando su aspecto, aparezca en los montes de Bolivia, en el campamento de los guerrilleros de Ñancahuazú. 11 meses más tarde, es herido y cae prisionero. El 9 de octubre de 1967, por orden de los agentes de la CIA los "reingeros" lo fusilan en el poblado de Higueras. Pronto en La Habana fue publicado *El Diario del Che en Bolivia*, y se hicieron públicos otros detalles de la tragedia boliviana...

Puede ser motivo de discusión el hecho de si el Che debió o no abandonar a Cuba para ir a Bolivia; se pueden expresar opiniones muy diferentes al respecto, pero hay algo que no se puede olvidar: obedeció al espíritu de las tradiciones revolucionarias de Latinoamérica.

En el pasado la causa de la inestabilidad y de las conmociones sociales en Latinoamérica fue la tiranía colonial española, luego llegó la larga Guerra de la Independencia, después hacían empuñar las armas los tiranos al servicio de Inglaterra, Alemania y otras grandes potencias. Ahora su lugar fue ocupado por EE.UU., que no sólo arman hasta los dientes a los "gorilas" locales, sino que envían sus tropas para aplastar el movimiento liberador, derrocando, como a marionetas, a los presidentes, imponiendo a sus vecinos del sur toda clase de pactos, acuerdos, tratados agresivos, etc. He aquí donde está la raíz de la violencia política en los países de América Latina. En los últimos decenios, EE.UU. asegura que lucha por la democracia contra el comunismo agresivo que sojuzgara a Cuba, a Nicaragua y a otros países, cuyos gobiernos son indeseables para los yanquis por diversas razones. ¿Pero quién les creerá?

Porque todo el mundo sabe que EE.UU. enviaba sus tropas a Cuba desde mucho antes de que en el mapa apareciera la URSS. Los pueblos de esta región luchaban contra la miseria a que los tenía sometidos la esclavización extranjera aun antes de este significativo acontecimiento en la historia mundial.

Pero los comunistas, los marxistas-leninistas, los verdaderos revolucionarios se pronunciaban siempre en Latinoamérica por una solución pacífica del conflicto de las situaciones políticas y sociales. Basta con mencionar la Cuba revolucionaria, que decenas de veces proponía a EE.UU. resolver los problemas litigiosos mediante las negociaciones, mas sin ningún tipo de presión, sin el cuchillo puesto en la garganta, sino sobre la base de igualdad, justicia y no ingerencia en los asuntos internos.

Entonces ¿qué tienen que hacer los pueblos que gimen bajo la bota de Pinochet, Stroessner o de los tiranos de Guatemala u otros monstruos semejantes? Porque a todo habitante de estos países les espera la muerte cualquier día y a cualquier hora, de la manera más

inesperada. Entonces ¿qué tienen que hacer estas víctimas potenciales del terror blanco: esperar la muerte o, de todos modos, agarrar el primer cuchillo que encuentren a su mano para tratar de vender, aunque sea, cara su vida?

Los autores extranjeros con frecuencia presentan al Che como partidario de acciones violentas. Esto no es verdad. El nunca fue un "ultrarrevolucionario". Más aun, en la conferencia en Punta del Este, donde se discutía y se aprobó el proyecto de creación de la "Alianza para el progreso", él dio su visto bueno aunque dudaba de su eficacia. ¿No tenía razón? ¿Acaso esta Alianza no sufriera la completa bancarrota?

En las condiciones de entonces el Che no veía salvación para los países latinoamericanos que no fuera la resistencia armada a la violencia del imperialismo norteamericano. El sufrió la derrota, pero, en cambio, otros, que siguieron el mismo camino —por ejemplo, en Nicaragua— triunfaron. Y en la propia Bolivia triunfaron, finalmente, los de izquierda, encabezados por el presidente Siles Suazo. El nuevo gobierno de Bolivia restableció en 1983 las relaciones diplomáticas con la Cuba revolucionaria, además, tanto los representantes de la Cuba revolucionaria como de Bolivia, rindieron tributo de honor al glorioso internacionalista, luchador por la causa del pueblo: Ernesto Che Guevara, quien pereciera en los montes bolivianos, luchando por la causa del pueblo.

En EE.UU. se consideraba que, asesinando al Che, asestarían un golpe mortal al movimiento de liberación en América Latina, y no sólo allí... pero esta vez también se equivocaron... En estos años América Latina pasó por muchas pruebas, pero los vientos de la revolución siguen soplando sobre sus montañas y llanuras, sus poblados y ciudades...

El pueblo honra y ama la memoria del Che, comunista-internacionalista, quien hasta el último aliento se mantuviera fiel a la sagrada consigna:

"¡Patria o muerte! ¡Venceremos!"

CARDENAS, O LA NACIONALIZACION DEL PETROLEO

Siempre es difícil ser el primero. Pero lo es aún más cuando se es el primero en la vía de la liberación de la patria de las cadenas imperialistas. Precisamente así fue Lázaro Cárdenas, el presidente de México entre 1934 y 1940.

Nació el 21 de mayo de 1895 en un pequeño poblado de Jiquilpán, Estado de Michoacán, en la familia de un mestizo, cuyos lazos familiares arraigaban profundamente en el pasado de la tribu india de los tarascos. Cárdenas era primogénito, tuvo siete hermanos. El padre, artesano, reunió con mucha dificultad algún dinero y abrió un billar en el poblado, cuyos ingresos deberían sostener la numerosa prole.

A la dictadura de Díaz ya nos hemos referido en capítulos dedicados a Emiliano Zapata y a Pancho Villa. Díaz realizaba una política doble: por una parte, defendía sólo teóricamente las leyes de la "reforma", realizada por Benito Juárez; en realidad las contradecía de manera rotunda. En el país reinaba un tiránico régimen pronorteamericano, encabezado por los ancianos "científicos", como los llamaba despectivamente el pueblo.

En 1910, cuando comienza la revolución mexicana, Cárdenas tiene 15 años; ha terminado la escuela primaria y sirve en la ciudad de Apatzingán situada cerca de Jiquilpán, en la oficina del recaudador de impuestos. En ese trabajo conoció a los indios, cuyas existencia de hambre y explotación inhumana suscitaron en él una protesta natural y el deseo de defenderlos. Pronto tiene la oportunidad de hacerlo. En 1913 el general Huerta derrocó y asesinó brutalmente, con el consentimiento de Wilson, embajador de EE.UU. en México, al presidente Madero y a sus partidarios más cercanos. Estalla en el

país una sangrienta guerra civil. Las tropas del general García Aragón, quien seguía a Zapata, liberan Apatzingán. Cárdenas se une a sus tropas y es recibido personalmente por García Aragón que al enterarse de que sabe leer y escribir, lo nombra capitán. ¡Durante una guerra civil todo es posible!

Fue un comienzo prometedor, pero poco después los soldados de García Aragón fueron derrotados por las tropas de Huerta. Junto con el coronel Genobia Moreno, Cárdenas regresa a Apatzingán ocupada por los federales, quienes dan muerte al coronel Moreno y despliegan una verdadera caza contra sus partidarios. Cárdenas huye a su poblado natal y permanece oculto durante algún tiempo. El general Zuloaga, partidario de Villa, ocupa Jiquilpán. Cárdenas sale de la clandestinidad e ingresa en su destacamento, porque, de todos modos, había sido capitán del ejército liberador. Pronto en el destacamento de los villistas hace la carrera militar. Cuando Villa y Zapata entran en la capital de México, con ellos estaba el teniente coronel Cárdenas. Sin embargo, le ordenan que avance hacia la ciudad de Agua Prieta, donde se hallaba cercado el general de los constitucionalistas Plutarco Elías Calles, a cuyo lado se pasa Cárdenas. ¿Por qué? Por lo visto, porque consideraba que los constitucionalistas eran combatientes más honrados por la justicia que los peones de Villa, campesinos anarquizantes e ignorantes.

El 27 de marzo de 1916 Cárdenas se reúne con el general Calles, ex maestro, uno de los dirigentes más importantes de los constitucionalistas encabezados por Carranza. A partir de ese día hasta su elección como presidente en 1934, Cárdenas hace su carrera como partidario de Calles, quien incluso se convierte en su padrino. En 1917 la Convención en Querétaro aprueba la constitución que, en lo fundamental, continúa vigente hasta el día de hoy. Se considera que ese año culminó la revolución. Sin embargo, esto no significaba en absoluto que en el país hubieran cesado las operaciones militares y desaparecido las agrupaciones hostiles.

Los participantes y los líderes de la revolución, en el curso de los acontecimientos cambiaban sus opiniones, sus planes políticos, sus objetivos. A ello hay que agregar que los imperialistas norteamericanos tampoco permanecían inactivos, mirando tranquilamente lo que

ocurría en México. En 1919 perece Zapata y un año más tarde, Carranza. La responsabilidad por estas muertes la tienen, en última instancia, EE.UU.

Lázaro Cárdenas conduce custodiado a la capital al asesino de Carranza. Para su asombro, éste pronto se ve en libertad recibiendo un grado más alto, y al propio Cárdenas, también le nombran general de brigada. Acaba de cumplir 25 años e incluso en el ejército mexicano, donde los grados se repartían de manera muy generosa, es el general más joven. Y él se calla. Pero cuando ocupa el cargo de presidente en 1934, uno de sus primeros actos es expulsar con el oprobio del ejército al asesino de Carranza...

Durante el gobierno del general Obregón el ministro del Interior, es el general Calles, compadre de Cárdenas. Unos años más tarde México establece relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, siendo el primer país en América Latina que se decide a dar ese paso. En 1928 Obregón es reelegido presidente, pero cae asesinado por un católico fanático. El puesto de Obregón es ocupado por Calles, quien goza de fama de radical, amigo de los obreros y campesinos y quien declara que piensa visitar la Unión Soviética, declaración audaz para aquella época.

La derecha organiza una insurrección contra Calles; con el apoyo de EE.UU. y de la Iglesia actúan en el país bandas de los "cristeros" que matan, saquean a los campesinos que apoyan al régimen. Especialmente se persigue a los maestros, propagadores de la "peste" soviética; como castigo les cortan las orejas.

En estos duros años el general Cárdenas participa en el aplastamiento de las sublevaciones contrarrevolucionarias, es el comandante de la circunscripción militar en Tampico, región petrolífera donde actúan las compañías norteamericanas e inglesas: "Esso", "Shell" y otras. Por entonces trabajaba en Tampico Augusto César Sandino, el nicaragüense que pronto encabezaría la lucha de su pueblo contra los intervencionistas estadounidenses.

En 1928 Cárdenas es elegido gobernador de Michoacán, su estado natal, recibe el título de general de división. ¡Y con sólo 33 años! Parecería haber llegado al límite en su carrera, pero resulta que aún todo le esperaba en el futuro... Realizó varias importantes transformaciones en Michoacán, con pleno derecho, uno de los

estados avanzados en el país; prestó especial atención a la realización de la reforma agraria. Durante cuatro años fueron repartidas en el país 141. 683 hectáreas de tierra entre los campesinos de 181 poblados. Era mucho más de lo que habían hecho los antecesores de Cárdenas en el puesto de gobernador del mismo estado. Allí mismo fue creada una influyente Confederación regional de trabajo que gozaba del apoyo del gobernador, defendía con éxito los derechos de los obreros, obligando a los empresarios a hacer concesiones.

Cárdenas desplegó una enérgica actividad para desarrollar la instrucción pública. Fueron construidas muchas nuevas escuelas primarias y de otro tipo. En Pátscuaro se construyó una escuela técnico-industrial para los indios, y en Morelia, una técnica especialmente para mujeres. En ambos centros docentes había internados a los cuales se aceptaban, en primer término, a los huérfanos. La labor constructiva de Cárdenas como gobernador contrastaba bruscamente con la de sus colegas en otros estados.

Cuando comenzó la gran crisis, que afectó al mundo capitalista en 1929, Calles da un brusco viraje hacia la derecha; firma un acuerdo con la Iglesia; se coloca de parte de los círculos reaccionarios de EE.UU.; México rompe relaciones diplomáticas con la Unión Soviética; las autoridades prohíben el Partido Comunista y comienza la persecución de sus activistas.

Al mismo tiempo, este viraje hacia la derecha es acompañado de declaraciones demagógicas en el sentido de que el país avanzaba hacia el socialismo, y para demostrarlo aducían el plan de seis años para el desarrollo de la economía formulado por el Partido Nacional Revolucionario, que se encontraba en el poder, y aprobado por el congreso a mediados de 1934, la enmienda a la constitución sobre la "instrucción socialista" y otros argumentos semejantes. Cárdenas es nombrado presidente del Partido Nacional Revolucionario, luego ocupa el puesto de ministro de guerra, y, finalmente, es candidatizado para la presidencia del país.

Calles consideraba a Cárdenas su seguidor, dócil y dispuesto a todo; sabía que simpatizaba más con los de izquierda que con los de derecha, pero esto no impedía que el michoacano le obedeciese en todo. Al promover su candidatura, Calles declaró: Cárdenas es un revolucionario joven y honrado, y si se lo dirige bien, puede llegar a ser un buen presidente. La insinuación la comprendían todos: si Calles dirigiría a Cárdenas... Pero, como veremos, sus esperanzas no se realizaron.

Después de una agotadora campaña, durante la cual Cárdenas recorrió todo el país pronunciando discursos literalmente en cada poblado, fue elegido presidente. Votó por él una mayoría récord incluso para México: el 98,19% de los electores. El 1 de diciembre de 1934 Cárdenas asumió la presidencia de México para un período de seis años.

El discurso pronunciado por él en la ceremonia oficial de toma de posesión, atrajo la atención de todos sus compatriotas. Declaró que durante su viaje preelectoral pudo convencerse de la enorme desigualdad social existente en el país, y de la opresión que sufrían las masas de trabajadores. Habló de las condiciones trágicas en que vivían los indios, privados de todos los bienes de la civilización moderna, tanto espirituales, como materiales. Arreglar esta situación, decía el presidente, es posible sólo a condición de que se exploten los riquísimos recursos naturales nacionales sobre la base de los principios de la socialización, como estaba previsto en el plan de seis años.

Mientras tanto, el país vivía en espera de importantes cambios políticos. Todos comprendían que la elección de Cárdenas como presidente no era un mero acto protocolario de la cúspide callista. Era obvio, los tiempos cambiaban. La situación se hacía demasiado tensa, demasiado material inflamable se había acumulado y una explosión social de enorme fuerza podía producirse en el país en cualquier momento.

No obstante, la misma composición del primer gobierno de Cárdenas llevaba una notable impronta de compromiso con el grupo de Calles. En él entraron personalidades tan progresistas como el general Múgica y Bassols. Al mismo tiempo, fueron incluidos en el gobierno reaccionarios conocidos, fieles a Calles como el cabecilla de los "blusas rojas" Garrido Cannabal, Juan Díaz Bohórquez y el hijo de Calles, Rodolfo Elías. Tal composición del gabinete hacía pensar a los callistas que lograrían conservar el statu quo político, obligando a Cárdenas y a sus partidarios a trabajar en vano. Pero el equilibrio en el gobierno resultó frágil y poco duradero.

Sin romper abiertamente hasta cierto tiempo con los callistas, los partidarios de Cárdenas empezaron a realizar, en esencia, una política que contradecía los intereses de la camarilla de Calles. Al principio esto se manifestó en cuestiones aparentemente de poca monta que, al parecer, no tenían relación directa con los problemas políticos.

El nuevo presidente ordenó cerrar las casas de juego, los casinos difundidos en todo el país, muchos de los cuales pertenecían a la gente de Calles. Posteriormente esos edificios fueron transformados en escuelas y centros de cultura popular.

Para Calles y sus partidarios tal paso representaba una especie de advertencia de que llegaba el fin de los lazos familiares y el ocultarse mutuamente los pecadillos. Ellos, que se presentaban como celadores de la moral social, de la honestidad y el desinterés revolucionarios, no podían, naturalmente, intervenir de forma abierta contra semejantes pasos del gobierno de Cárdenas. Pero por cuanto el conflicto con los partidarios del nuevo presidente se hacía inevitable, Calles y su séquito estaban obligados a ocultar, por ahora, sus verdaderos fines y realizar una política velada.

Para lograr estos fines acudían a la vieja arma probada del callismo: atizar la lucha anticlerical. Aspiraban a presentarse ante los ojos de gente poco ducha en política más "revolucionarios" que Cárdenas y sus partidarios.

Calles empezó a pronunciar discursos demoledores sobre la necesidad de hacer resurgir el espíritu revolucionario, erradicar el predominio clerical en la instrucción pública y otras esferas de la vida.

El historiador mexicano Ramón Pedrueza, hablando de la campaña anticlerical de los callistas, anota con razón que cuanto más conservadora se hacía la política socioeconómica de los círculos gobernantes, más "revolucionarios" se hacían los discursos de Calles y de sus seguidores. Es curioso que el propio Calles, en sus intervenciones, de lo que menos hablaba era de la necesidad de efectuar reformas sociales y se limitaba a hacer razonamientos nebulosos sobre el comienzo de la nueva etapa de la revolución, la revolución psicológica, que para él era la lucha contra la influencia de la iglesia.

La iglesia católica local, apoyada por el Vaticano y los eclesiásticos de EE.UU., también se puso en contra del gobierno de Cárdenas. La organización católica reaccionaria "Caballeros de Colón" exigía del gobierno estadounidense pronunciarse en defensa de la libertad del culto religioso en México. La histeria antimexicana se acentuó especialmente en el país del Norte a comienzos de 1935. El 21 de enero, una delegación de líderes de los "Caballeros de Colón" visitó a Hell, Secretario de Estado de EE.UU. exigiendo que su gobierno amenazara a México con romper las relaciones diplomáticas si no cesaban las persecuciones de los católicos.

El Congreso norteamericano se transformó en centro de una "cruzada" contra México. Allí se oían llamamientos a terminar con el terror religioso en el México "rojo", a darles una lección a esos ateos. Basta con decir que en los primeros seis meses de 1935 en la cámara de representantes fueron introducidas no menos de 14 resoluciones con la exigencia de inmiscuirse en los asuntos internos de su vecino del sur.

Al mismo tiempo, bajo la presión de los "lobistas" católicos algunas asambleas legislativas de los estados se dirigieron al gobierno de EE.UU. exigiendo sanciones contra México. Y en julio de 1935 una delegación de congresistas visitó la Casa Blanca entregando al presidente Roosevelt una petición firmada por 250 miembros de la cámara de representantes. Pedían al gobierno a iniciar una investigación oficial sobre los derechos religiosos de los ciudadanos norteamericanos en México y sobre la posibilidad de utilizar estos derechos. Los congresistas afirmaban que la investigación no significaría inmiscuirse en los asuntos internos de México.

El conflicto entre la iglesia católica mexicana y el Estado era, en cierto grado, ventajoso para los círculos gobernantes de EE.UU. como lo demuestra la correspondencia de los representantes diplomáticos en México con el Departamento de Estado, ya que en aquella época el gobierno mexicano realizaba una política social moderada, adoptaba una actitud "atenta" al punto de vista norteamericano. Sin embargo, para el Departamento de Estado ya no existía ningún fundamento para inmiscuirse en los asuntos internos del país bajo pretexto de defender los intereses de los católicos, pues la situación en México cambió sustancialmente.

Cárdenas no aceptó el frente unido anticlerical

con los callistas y empezó a realizar una política más resuelta de transformaciones socioeconómicas, lo cual dejaba sin argumentos a los partidarios de una guerra religiosa socavando las posiciones del clericalismo beligerante.

Era evidente que los partidarios de Cárdenas aspiraban a asegurarse el apoyo de las masas de católicos considerando que el atizamiento de las discordias religiosas favorecía la reacción. Esto se manifestaba no sólo en que en sus intervenciones dedicadas, por ejemplo, a la instrucción socialista, no enfatizaban en la necesidad de luchar contra el predominio clerical (consigna favorita de los callistas), sino en aspectos neutrales.

Para sustituir el radicalismo verbal de los nuevos ricos callistas se implantaba la política encaminada a mejorar la situación de las masas, que daba sus frutos, eliminando en muchos aspectos las causas que atizaban las discordias religiosas. A medida que el gobierno de Cárdenas profundizaba las transformaciones socioeconómicas, el anticlericalismo callista descubría cada vez más su completa inconsistencia, su esterilidad y carácter aventurero.

Las tentativas de Calles de agudizar la situación política interna terminaron en que el 10 de abril de 1936 él y algunos de sus partidarios fueron expulsados para EE.UU.

La expulsión de Calles significaba la ruptura con los elementos derechistas que intentaban supeditar a su voluntad la actividad del gobierno. Ello permitió a Cárdenas llevar a cabo, aquel mismo año, dos actos positivos más: la expropiación y distribución de las tierras entre los campesinos de La Laguna (durante su período presidencial dentro del plan de reforma agraria, fueron entregadas a los campesinos 17 millones de hectáreas de tierras, el doble que con los gobernantes anteriores de México) y el apoyo a la España republicana, que se expresó en el envío de fusiles y ametralladoras. En septiembre de 1936, la primera partida de armamento y de equipo militar fue enviada a Madrid; no pocos demócratas mexicanos combatieron en las filas de las brigadas internacionales, México prestó un gran apoyo moral al pueblo español con sus intervenciones contra la así llamada política de la no injerencia de las potencias occidentales.

Paso importante

Pero, quizás, el paso más revolucionario, emprendido por Cárdenas, fue la nacionalización de la industria petrolera en 1938.

Las riquezas petroleras de México empezaron a explotarse intensamente desde principios del siglo XX, cuando el capital extranjero, aprovechando las condiciones favorables, creadas por la dictadura del general Porfirio Díaz, se apoderó sin obstáculos de las posiciones clave en la economía mexicana. Para esta época la industria minera pasó a las manos de los monopolios extranjeros. Bajo pretexto de la introducción en el país de los principios del liberalismo económico, Porfirio Díaz dictó una serie de leyes según las cuales los propietarios de la tierra se proclamaban propietarios absolutos del subsuelo y de todas sus riquezas. Hasta entonces fundamentalmente se conservaba en México la legislación colonial, en el sentido de que la explotación del subsuelo del país se admitía en forma de concesiones o en cualquier otra, mas bajo la condición indispensable de que el gobierno diera su consentimiento. La legislación anterior protegía del saqueo, en cierta medida, las riquezas naturales, introduciendo un principio regulador en su explotación. En cambio después de la proclamación de los principios del liberalismo económico, no existía ningún obstáculo para apoderarse de las riquezas del país, para que unos pocos las monopolizaran. En la industria petrolera ocuparon posiciones dominantes el grupo norteamericano de Dogueni y el grupo inglés de Pearson.

La actuación arbitraria de las compañías extranjeras en México adquiría proporciones tan amenazadoras que los autores de la constitución de 1917 aplicaron no pocos esfuerzos para introduoir una serie de artículos encaminados a defender las riquezas nacionales.

No es casual que uno de los puntos neurálgicos en las relaciones entre México y las compañías pertroleras imperialistas lo ocupara la interpretación del artículo 27 de la constitución de 1917. En este artículo fundamental se subrayaba especialmente que la tierra, su subsuelo y sus aguas dentro de los límites del territorio mexicano pertenecen a la nación. Ese artículo estaba encaminado a revisar la legislación anterior, porfirista, con sus dere-

chos ilimitados de propiedad privada sobre la tierra y su subsuelo. En el artículo se hacía también énfasis en que sólo los mexicanos de nacimiento o los naturalizados, así como las compañías mexicanas, tenían derecho a adquirir tierra, aguas u obtener concesiones para la explotación del subsuelo, los espacios acuáticos y el combustible mineral. Los extranjeros tenían derecho a adquirir concesiones en el país, pero a condición de que se subordinaran a la jurisdicción mexicana. En otros términos, los extranjeros no tenían ningún derecho que los colocaran por encima de los ciudadanos mexicanos.

Además, el artículo 27 concedía al gobierno el derecho de revisar las condiciones en que fueron concertadas las concesiones a partir de 1878 y que condujeran al establecimiento de la posesión monopolizada de la tierra, las aguas y las riquezas naturales del país por personas aisladas o corporaciones. El gobierno tenía el derecho de declarar no válidas estas concesiones si perjudicaban los intereses sociales. El artículo 27 tenía una orientación antimperialista muy clara. Podía afectar seriamente los intereses de los monopolios petroleros extranjeros si se aplicaba a cabalidad.

Las tentativas de crear una especie de contrapeso a la política de saqueo desplegada por las compañías extranjeras no cambiaban en medida esencial la situación. Así, en 1934 fue creada la compañía petrolera gubernamental "Petromex", que no podía satisfacer siquiera las mínimas necesidades nacionales. Basta con decir que en 1934 extraía el 0,19% del petróleo en el país, y en 1935, el 1,75%. Las colosales sumas que México pagaba por su propio petróleo socavaban la economía del país.

El dominio económico del capital extranjero acarreaba la cínica injerencia de los magnates imperialistas en los asuntos internos de la nación. Así ocurrió en el período de la revolución, y así sucedió en el período posterior. Los imperialistas se granjearon una fama triste con su apoyo a toda clase de aventureros que, por dinero, estaban dispuestos a servir a cualquiera. En el estado de Veracruz las compañías foráneas mantenían a las bandas del general Peláez, que aplastaban las manifestaciones de los trabajadores constituyendo una especie de guardia personal de los colonizadores. La mano de dichas entidades estaba presente durante la sublevación del general Gómez en 1928. La revista norteamericana *Nation*,

hablando de las causas de la financiación por las compañías de la lucha armada contra el gobierno escribía que los amotinados prometían corregir a su favor la legislación petrolera.

Para comienzos de los años 30 las contradicciones entre las necesidades del desarrollo económico del país y la política colonizadora de las compañías imperialistas adquirieron un carácter todavía más agudo. La crisis económica mundial demostró palmariamente la fragilidad y vulnerabilidad de la estructura económica del país dependiente, deformada por el predominio imperialista.

Las insistentes exigencias de la clase obrera movieron al gobierno de Cárdenas a actuar con energía. El 18 de diciembre, la Junta Federal dispuso cobrar a las compañías 26 millones de pesos, éstas se negaron a subordinarse y apelaron al Tribunal Supremo de México. Ante los conflictos que se agudizaban, los trabajadores mexicanos se levantaban activamente a luchar contra los monopolios imperialistas influyendo cada vez más en el curso de los acontecimientos.

El Congreso de la Confederación de Trabajadores de México (CTM) mostró de nuevo la decisión de la clase obrera de luchar hasta el final contra la actividad provocadora de las compañías. En la resolución del Congreso se subrayaba la necesidad de rechazar la ofensiva del imperialismo y, si fuese preciso, tomar en sus manos la dirección de la industria petrolera.

En el Congreso intervino el presidente Cárdenas. Criticó a fondo la política de presión y chantaje que desplegaban las compañías; aseguró a los obreros que el gobierno actuaría en correspondencia con los intereses nacionales y cumpliría la decisión del Tribunal Supremo.

La posición del gobierno la demuestra el artículo de Ramón Beteta, vice secretario de Relaciones Exteriores, publicado el 3 de marzo en *El Nacional*, en el cual sometía a una crítica acerba la política de las compañías petroleras que saqueaban las riquezas del país. Beteta hablaba de la necesidad de utilizar el petróleo mexicano no para el enriquecimiento de las compañías imperialistas, sino para desarrollar la industria nacional. Declaró que la posición intransigente adoptada por dichas entidades podía obligar al gobierno mexicano a ocupar una posición más firme. Esta era una advertencia evidente a las compañías sobre la posibilidad de la nacionalización. Entre

tanto, la CTM declaró una huelga general en las regiones de extracción y refinación del petróleo.

En estas condiciones el gobierno de Cárdenas tomó las medidas decisivas. El 18 de marzo, dos horas antes del cese total del trabajo en las regiones indicadas, el presidente pronunció un discurso por la radio, y declaró la nacionalización de la industria petrolera.

Cárdenas hizo una crítica radical a la política provocadora de las compañías petroleras, censuró su falta de deseo de acatar las leyes del país. La continuación del conflicto —declaró— conduciría a paralizar la actividad financiera, todos los tipos de comercio, los trabajos sociales, las medidas de importancia primordial y la existencia del propio gobierno se verían amenazados, ya que la pérdida por el Estado del poder económico conduciría a la pérdida del poder político, lo cual provocaría el caos.

En su llamamiento al pueblo el dignatario expresó la idea, a primera vista inesperada. Declaró que la nacionalización de la industria del petróleo no cambiaba la orientación política exterior del país que moralmente se encontraba de parte de los Estados con tendencias democráticas, que libraban una lucha en la arena internacional. Cárdenas dio a entender claramente que México estaba dispuesto a seguir vendiendo petróleo a Estados Unidos y a Inglaterra y no a los Estados totalitarios fascistas.

Fueron nacionalizadas 17 compañías norteamericanas e inglesas.

En el decreto sobre la nacionalización se subrayaba que la propiedad de dichas compañías se expropiaba para el bien del pueblo y de la sociedad. Más adelante, en el decreto se enumeraban las compañías que serían nacionalizadas. En el artículo 3 del decreto se preveía el pago de las compensaciones por la propiedad nacionalizada.

El ministerio de economía, junto con el de finanzas, se declaraban administradores de la propiedad nacionalizada y se les obligaba a emprender de inmediato su trabajo. Una vez realizada la nacionalización se creó el consejo administrativo para los asuntos del petróleo integrado por nueve personas.

La expropiación de la propiedad de las compañías imperialistas fue una solución radical de las contradicciones de largos años entre el imperialismo y los intereses del pueblo mexicano y no tenía nada que ver con la explosión de pasiones y emociones nacionalistas, como tratan de afirmar los apologistas de los monopolios del petróleo. La nacionalización fue resultado de procesos objetivos que reflejan las aspiraciones liberadoras antiimperialistas del pueblo mexicano. El hecho de que el golpe fundamental haya sido asestado, en aquellas condiciones, a las posiciones de las compañías petroleras, es perfectamente explicable. La industria del petróleo parecía simbolizar lo más negativo, saqueador en el dominio imperialista. Se puede decir que en esta rama de la economía se había formado el eslabón más débil en el sistema de la opresión imperialista. En un país económicamente tan dependiente como México, esta medida asestaba un golpe a las posiciones del imperialismo contribuyendo a liberar el país del dominio de los monopolios extranjeros sirviendo de ejemplo para otras repúblicas latinoamericanas en la lucha contra el poder del capital extranjero. La nacionalización fue realizada en condiciones del auge del movimiento liberador, de enorme actividad política de las masas trabajadoras, lo cual le comunicaba un carácter de transformación radical, verdaderamente antimperialista; testimoniaba la fuerza de la conciencia nacional del pueblo, dispuesto a luchar por la completa independencia y la dignidad de su patria.

Las acciones patrióticas del gobierno de Cárdenas recibieron cálido apoyo por parte de las más amplias capas de la población. El sindicato de petroleros, en su llamamiento a los obreros, los exhortó a no cesar la labor y a apoyar por todos los medios a la nueva administración creada por el gobierno para dirigir esa industria.

El difícil suministro ininterrumpido a todo el país de derivados del crudo, lo asumieron los ferroviarios que trabajaron día y noche. Gracias a ello, el país no quedó un minuto sin los recursos necesarios para una vida económica normal.

Los trabajadores mexicanos ingresaban con entusiasmo en destacamentos obreros creados para apoyar al gobierno de Cárdenas. El 26 de abril cerca de 30 mil obreros agrupados en batallones participaron en una manifestación que tuvo lugar en la capital. Los reaccionarios pusieron de inmediato el grito en el cielo sobre el intento de remplazar el ejército regular por los bata-

llones rojos de obreros, que se convertirían en la fuerza de choque para establecer en México la dictadura del proletariado. La reacción, en su primer período después de la nacionalización, intentó provocar divergencias en las filas de las fuerzas patrióticas, azuzar al ejército contra los obreros, pero sin ningún éxito. Los círculos militares de ánimos democráticos apoyaron la creación de batallones obreros y expresaron el deseo de enseñar a los trabajadores el arte militar.

El 23 de marzo, en todo el país tuvieron lugar manifestaciones antimperialistas, en las que participaron más de 1 millón de personas; se desplegó la colecta de donaciones voluntarias al fondo destinado a pagar las compensaciones a las compañías petroleras, al cual los obreros entregaron parte de su salario. Otras capas de la población también participaron activamente en esta campaña patriótica.

La justa lucha del pueblo mexicano encontró amplio apoyo de las fuerzas progresistas de todo el mundo: en los países latinoamericanos tuvieron lugar manifestaciones de masas de solidaridad. El Partido Comunista de EE.UU., en su declaración con motivo de la nacionalización, exhortó a las fuerzas democráticas de su país a apoyar la lucha del pueblo mexicano, e intervenir contra los planes agresivos de los círculos monopolistas.

Los obreros de Inglaterra dirigieron a la CTM un mensaje solidarizándose con la nacionalización y censurando la política agresiva de su gobierno que adoptó una posición abiertamente irreconciliable respecto a la nacionalización. El mensaje fue recibido con gran satisfacción por los patriotas mexicanos.

Si la nacionalización de la industria petrolera obtuvo el cálido apoyo internacional por parte de las fuerzas progresistas, los círculos monopolistas de Inglaterra y de Estados Unidos, la recibieron con abierta hostilidad librando contra México una lucha encarnizada. Mediante la aplicación de sanciones y del bloqueo económico, pensaban poner de rodillas a dicho país, provocando la intervención de las fuerzas reaccionarias mexicanas contra el gobierno de Cárdenas.

Las compañías petroleras obstaculizaban por todos los medios la venta del petróleo mexicano en los mercados externos. México no tenía buques petroleros —solo uno que fue confiscado por las autoridades norteamericanas—, mientras que los monopolios controlaban la mayoría aplastante de esa flota. Cuando se lograba transportar crudo mexicano en otros barcos, las compañías estadounidenses, so pretexto de que era "robado", lo retenían. Así, ocurrió en Rotterdam, cuando los representantes de la compañía "El Aguila" confiscaron el petróleo mexicano que se encontraba a bordo de un buque cisterna holandés.

Se redujo bruscamente la exportación de crudo mexicano a Estados Unidos. El 1 de abril de 1938 las compañías petroleras se dirigieron oficialmente al Departamento de Estado exigiendo emprender medidas decididas para embargar la venta de dicho crudo en su país. Las agencias gubernamentales de Washington rompieron los contratos de compra con el gobierno de Cárdenas y entregaron los encargos para el suministro de petróleo a las compañías norteamericanas, aunque el crudo mexicano era mucho más barato: su exportación a EE.UU. se redujo en 1938 en un 68% en comparación con 1937.

Las acciones del gobierno de Washington fueron aprobadas por los círculos del país y en el Congreso se discutían las medidas represivas que se adoptarían contra México.

Los monopolios petroleros de EE.UU. e Inglaterra trataron de asestar un golpe al gobierno de Cárdenas financiando distintos motines y "revoluciones" contra él, pero sus planes fracasaron. Finalmente, la proximidad de la segunda guerra mundial obligó a tales Estados a aceptar la nacionalización, pero ya fue en la época del sucesor de Cárdenas, el general Avila Camacho. Durante su gobierno Cárdenas ocupó en 1942-1945 el puesto de secretario de Guerra.

Ya después de la segunda guerra mundial Cárdenas fue nombrado miembro del presídium del Consejo Mundial de la Paz, en los años 50 visitó la Unión Soviética.

El se pronunciaba siempre contra la guerra. En su ponencia presentada el 10 de septiembre de 1938 en la inauguración del Congreso proletario antifascista internacional, convocado por iniciativa del gobierno mexicano, dijo que la clase obrera era la fuerza más consecuente en la lucha por la paz. Su papel crece especialmente —señaló— en las condiciones actuales, cuando los parlamentos y los gobiernos burgueses tienen

una actitud de indiferencia ante el crecimiento de las aspiraciones agresivas del fascismo, ante la amenaza de la liquidación de la independencia que se cierne sobre muchos países.

Subrayó, además, con especial fuerza que la situación favorable para desencadenar guerras agresivas se creaba como resultado de una concentración gigantesca de riquezas y poder en las manos de una minoría, del crecimiento de los monopolios y de la propiedad privada sobre los medios de producción. Para fortalecer su dominio capitalista los monopolistas condenan a la humanidad a calamidades colosales obstaculizando su progreso.

La intervención de Cárdenas fue acogida con cálida aprobación por todas las fuerzas democráticas de México. Alfonso Reyes, uno de los más prestigiosos intelectuales de ese país, declaró que el llamamiento del presidente a la clase obrera a levantarse a la lucha contra el fascismo y la amenaza de la guerra merece el completo apoyo.

Cárdenas saludó la victoria de la revolución cubana en 1959. Cuando los mercenarios de EE.UU. desembarcaron en Playa Girón, llegó a Cuba para participar como voluntario en la lucha por la independencia y la libertad. Encabezó en México el Movimiento por la liberación nacional.

El 19 de octubre de 1970 este gran hombre falleció en la ciudad de México.

Claro está que él no era consecuente en todo, no pudo lograrlo todo, no alcanzó realizar todo lo concebido. Sin duda, cometió algunos errores. Mas, era un gran patriota, luchaba por la independencia de su país, por su camino independiente de desarrollo, era adversario del imperialismo de EE.UU. Lo demostró con sus obras y así será recordado por la humanidad.

SALVADOR ALLENDE, EL COMPAÑERO PRESIDENTE

En 1967, en Bolivia, en un poblado perdido de Higueras fue asesinado el Che. En Estados Unidos cantaban victoria, y era natural, porque lograron terminar con un adversario famoso, el "Guerrillero de América", como orgullosamente le llamaban sus partidarios. Pero la revolución en América Latina es multifacética e inconmovible. Testimonio de ello son los acontecimientos que se desencadenaron en Chile poco después de la muerte del Che.

En ese país, como resultado de las elecciones y conforme a la constitución burguesa vigente, el 4 de septiembre de 1970, fue elegido presidente Salvador Allende, socialista, líder y jefe del bloque Unidad Popular, del que formaba parte igualmente el Partido Comunista. Su elección como presidente, que nadie ponía en tela de juicio y que todos reconocían legítima, significaba que las fuerzas de izquierda llegaron al poder por vía "pacífica", y no mediante una insurrección, acciones guerrilleras o guerra civil.

Este acontecimiento suscitó pánico en los círculos gubernamentales de Washington, porque refutaba su principal argumento en el sentido de que se pronunciaba contra los de izquierda sólo porque éstos aplicaban la "violencia". ¿Cómo reaccionó la Casa Blanca a los acontecimientos chilenos? Muy sencillamente: primero ordenó impedir que Allende llegara al poder y luego, cuando no lo consiguió, tres años más tarde, derrocó y mató al presidente con la ayuda de los militares, poniendo en su puesto al tirano Pinochet...

Salvador Allende no era novato en la política chilena.

Desde 1952 presentó cuatro veces su candidatura presidencial. Nació el 26 de junio de 1908 en Valparaíso, en una tradicional familia chilena cuyos antepasados habían participado en los movimientos liberadores del país. Su padre era abogado y su tío, alcalde de la capital: Santiago.

Victoria pacífica

Chile se extiende como una franja a lo largo del litoral del Pacífico de América, desde el Perú hasta el estrecho de Magallanes. El país posee numerosas islas dispersas en el Pacífico. La mayor de ellas es Chiloé; la más conocida, la isla de Pascua. Durante muchos años el país se desarrollaba de manera relativamente pacífica: el poder lo detentaban casi siempre los conservadores. Sin embargo, la situación empezó a cambiar en la segunda mitad del siglo XIX, cuando se inició la explotación de las riquezas naturales: los abonos (guano), el cobre, etc. La explotación de las minas contribuía al crecimiento del movimiento obrero. La iglesia católica, como en todas partes, trató de tomarlo en sus manos, sin conseguirlo. Además del partido comunista existía el socialista muy influyente que se escindía periódicamente en corrientes opuestas.

En 1924 gobernaba en el país el liberal Arturo Alessandri, quien logró separar la Iglesia del Estado, pero pronto fue derrocado por el general Ibáñez, quien estableciera un régimen tiránico. La crisis mundial repercutió en Chile no sólo en forma de la ruina económica, sino con importantes acontecimientos políticos. Cayó la dictadura de Ibáñez. En 1932 tomó el poder el coronel Marmaduke Grove (pariente lejano de S. Allende), quien proclamara la "república socialista". Se rebeló la flota naval chilena que planificaba atravesar el Pacífico y "rendirse a los rusos" en Vladivostok.

Sin embargo, pronto, el poder pasó de nuevo a Arturo Alessandri, a quien apoyaban las compañías notreamericanas, cuyas inversiones crecieron en Chile decenas de veces en comparación con el período después de la primera guerra mundial.

Salvador Allende tomó parte activa en estos acontecimientos. Estudió medicina en la universidad de Santiago,

apoyó a los socialistas, fue objeto de las represiones, encarcelado y desterrado varias veces. Posteriormente sería secretario general del Partido socialista.

En 1936 se formó en Chile la coalición de partidos de izquierda denominada Frente Popular. Allende se hizo su líder en Valparaíso. En 1937 fue elegido por primera vez diputado al Congreso, y después de la victoria del Frente Popular en 1938 fue nombrado por el presidente Pedro Aguirre Cerda ministro de sanidad y de seguro social. Pronto se casa con Hortensia (Tenche) Bussi Soto, criolla de origen italiano, con quien tiene dos hijas.

A los 31 años Allende es el ministro socialista más joven en la historia de Chile y uno de los más populares. Autor de varios trabajos de medicina, consideraba que la salud del pueblo dependía en primer término de la solución de problemas socioeconómicos. Por su iniciativa fueron adoptadas medidas para mejorar el servicio médico popular y combatir las enfermedades epidémicas.

En los años de la segunda guerra mundial Allende se pronunciaba activamente en apoyo de la coalición de potencias que luchaban contra Hitler y sus aliados.

En los años 40 y 50, cuando comenzó la "guerra fría" y recorrió Chile una ola de duras represiones contra el movimiento obrero, Salvador Allende protestó decididamente contra las persecuciones de las personalidades democráticas, exigía la legalización del Partido Comunista, defendía las libertades democráticas. Participa en la creación al principio del Frente del pueblo, y luego del Frente de la Acción Popular que incluía a los comunistas, socialistas y a otras agrupaciones democráticas. Allende se convierte en líder de estas asociaciones progresistas que tres veces lo promueven como candidato a presidente.

En 1964 el líder de los clericales Eduardo Frei resultó elegido presidente, pero la "revolución en las condiciones de la libertad" que el prometía fuera sólo una farsa. Los democristianos resultaron incapa[illegible] ar acciones decididas contra el capital ext[illegible] taba la economía chilena. En 1970 [illegible] es elegido presidente del país...

Antes de él en Chile hubo gobiernos tanto de "derecha" como de "izquierda" y de "centro", pero ninguno logró solucionar los problemas del país. Chile era famoso

por sus contrastes: por un lado, "los rotos" (pobres), por otro, "los pelucones" (ricos); por una parte, los mineros semihambrientos, por otra, los monopolios norteamericanos y los millonarios locales que amasaban ganancias fabulosas...

Con la victoria de Salvador Allende por primera vez en la historia de Chile los de izquierda podían demostrar de qué eran capaces. La reacción local estaba desconcertada, en la Casa Blanca cundía el pánico. La CIA propuso a la Casa Blanca matar al general Schneider, ministro de Defensa en el gobierno de Frei, para provocar al ejército a una intervención contra Allende y no admitirlo al poder. Los conspiradores mataron al general, pero el ejército no reaccionó, parecía estar paralizado...

A las doce menos cinco de la noche, cuando las calles de la capital rebosaban de entusiastas partidarios de la Unidad Popular, el comandante militar de la ciudad, general Camilo Valenzuela, comunicó a Allende, que la mayoría de electores había votado por él y que el gobierno autorizaba un mitin de sus partidarios a las 0 horas 30 minutos.

¡Era la victoria!

Cientos de miles de partidarios de la Unidad Popular se reunieron ante el edificio de la Federación de Estudiantes de Chile. Desde sus balcones se dirigió a ellos Salvador Allende, emocionado, jubiloso, fue recibido con aplausos y gritos de victoria:

— Yo les pido a ustedes que comprendan que soy tan sólo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades que tiene un hombre y si pude soportar —porque cumplía mi tarea— la derrota de ayer, hoy sin soberbia y sin espíritu de venganza, acepto este triunfo que nada tiene personal y que se lo debo a la unidad de los partidos populares, a las fuerzas sociales que han estado junto a nosotros. Se lo debo a radicales, socialistas, comunistas, social-demócratas, a católicos de izquierda y a miles de independientes... Le debo este triunfo al pueblo de Chile, que entrará conmigo a La Moneda el 4 de noviembre... A la lealtad de ustedes responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo; con la lealtad del compañero Presidente.

La victoria de las fuerzas de izquierda en las elecciones de 1970 fue un acontecimiento de importancia

mundial, atrajo la atención de la opinión pública internacional. Por primera vez, mediante elecciones llegó al poder la unión de las fuerzas políticas cuya base eran los partidos comunista y socialista. Esta Unión se proponía realizar transformaciones sociales radicales dentro del contexto del régimen burgués, contando con la minoría en el parlamento y con un ejército y un aparato policíaco que defendiera tradicionalmente los intereses de los explotadores.

Si en estas complejas condiciones la coalición de la izquierda y su líder, el presidente Allende, lograra realizar el programa de reformas trazado, el "experimento chileno", como empezaron a llamar al nuevo gobierno, ejercería una influencia positiva en el desarrollo de los acontecimientos políticos también en otros países capitalistas. Precisamente por eso las fuerzas de la reacción trataron de impedirlo. El éxito del "experimento chileno" significaría una seria derrota de las fuerzas oligárquicas e imperialistas que negaban la propia posibilidad de "un camino pacífico hacia el socialismo" y que calumniaban a sus partidarios acusándolos de conspiradores, admiradores del terror y de métodos dictatoriales de gobierno.

En realidad, el papel de conspiradores, terroristas y elementos de zapa, desde el primer día de la llegada al poder de la Unidad Popular, lo desempeñaron las agrupaciones de ultraderecha que representaban el gran capital, a la oligarquía, y a los círculos gubernamentales de EE.UU. estrechamente ligados a ellos.

Asesinatos, complots, golpe de Estado

A mediados de 1972 el periodista norteamericano Jack Anderson publicó una serie de documentos estrictamente confidenciales y secretos del consorcio monopólico ITT. Estos documentos confirmaban lo que era secreto público, es decir, la participación de los círculos financieros y oficiales de EE.UU. en el complot contra Allende, sus vínculos con los "gorilas" chilenos, con las agrupaciones ultraderechistas y con el ex presidente Frei.

La ITT, que constituye un Estado dentro de otro en los propios EE.UU., es el octavo monopolio interna-

cional por el volumen de su capital, con filiales en 70 países. Harold Sidney Geneen, director de la ITT, recibe el sueldo mayor del mundo: 812.000 dólares al año, cinco veces más que el Presidente de EE.UU. En Chile la ITT tiene, desde 1930, una concesión monopolista por un plazo de 50 años, invirtió en ese país 28 millones de dólares habiendo recibido para entonces 360 millones de dólares de beneficio.

Las corporaciones filiales de la ITT —"Standard Electric", "Compañía de Teléfonos de Chile", "All American Cables" y la "ITT World Communications"— ocupaban el segundo lugar en la producción de equipos de radio y televisión en Chile controlando el 95% de los aparatos telefónicos y dirigiendo las comunicaciones telegráficas y telefónicas del país.

Las 24 páginas de memorándums y cartas publicadas por Anderson se refieren sólo al período comprendido entre mediados de septiembre y comienzos de noviembre de 1970. Muestran con siniestros detalles cómo los representantes oficiales de la ITT examinaban, junto con destacadas personalidades de la CIA y del Departamento de Estado, los medios que podían impedir la llegada de Allende a la presidencia.

La lectura de dichos documentos permite deducir que, en septiembre J. Neal, funcionario de la ITT, por indicación del presidente de la compañía, Geneen, se entrevistó con los representantes de la administración washingtoniana a los que comunicó que la "ITT estaba dispuesta a conceder sumas hasta de siete cifras" para financiar las maniobras políticas o un golpe de Estado destinado a obstaculizar la llegada de Allende al poder.

Neal declaró que en 1969-1970, EE.UU. asignó para "prevenir el comunismo" en Chile, más de 200 millones de dólares. Se quejaba de que estos millones no pudieron "salvar" a Chile de la victoria de Allende. Consideraba que el Departamento de Estado debía tomar una "posición más activa y resuelta" contra las fuerzas de izquierda en Chile.

Por aquella misma época, Merriam, otro funcionario de la ITT, informó a MacCone, miembro del directorio de esta organización y ex director de la CIA, que, en opinión de un funcionario responsable del espionaje norteamericano, la Casa Blanca pensaba adoptar una línea

muy dura, si Allende, al ocupar el sillón presidencial, empezaba a nacionalizar la propiedad de las compañías norteamericanas. En tal caso, se congelarían todos los créditos a Chile. El mismo agente informaba que proseguían los contactos con los militares chilenos en torno a la organización del golpe de Estado y que continuaban "los esfuerzos para provocar desórdenes de la extrema izquierda, lo que produciría el ambiente necesario para una intervención militar".

La dirección de la ITT confeccionó un memorándum exigiendo al gobierno de su país la adopción de medidas drásticas contra países latinoamericanos como Perú, Bolivia y Chile, que "ofenden" al capital norteamericano y se muestran "desagradecidos" hacia EE.UU. Los autores del memorándum exigían que en caso de que Allende llegase al poder, se le aplicaran sanciones económicas y políticas de manera que "no pudiera mantenerse los seis meses decisivos que siguieran a su elección". El programa de la ITT incluía: actividad subversiva en las fuerzas armadas chilenas, sabotaje diplomático y guerra económica contra Chile.

El memorándum de la ITT, que por su forma terminante parecía más bien una orden categórica, fue enviado el 23 de octubre de 1970 para que lo analizara Henry A. Kissinger, a la sazón asesor del Presidente para Asuntos de Seguridad Nacional.

El 9 de noviembre de 1970, Henry A. Kissinger, en carta al vicepresidente de la ITT William R. Merriam, le agradecía así las proposiciones formuladas: "Las he leído cuidadosamente y las he transcrito a aquellos miembros de mi plana mayor que se ocupan de la situación en América Latina. Es una gran ayuda contar con sus ideas y recomendaciones y, por cierto, las tomaremos en cuenta...".

Merriam envió de inmediato la carta de Kissinger a Gerrity con la siguiente nota: "Créame que ésta no es una respuesta formal. Las cosas se están poniendo borrascosas en los asuntos chilenos y posteriormente volveré al tema".

Los funcionarios del servicio de inteligencia, los diversionistas, los financieros de la ITT y sus protectores de las esferas más altas sufrieron entonces una derrota. No lograron impedir la llegada de Allende al poder. Pero no rindieron las armas, para ellos la

guerra contra el presidente no hacía sino empezar...

La permanencia de tres años del gobierno de la Unidad Popular en el poder pese a la complicadísima situación política interna, a las acciones hostiles y al bloqueo económico, por parte de EE.UU., se señalaba con grandes logros en todas las esferas de la vida social. El gobierno de izquierda pudo realizar el antiguo sueño del pueblo chileno: devolver al país el cobre que se encontraba en manos de los monopolios extranjeros; se llevó a la práctica una reforma agraria radical, se nacionalizaron los grandes bancos, se abrió el acceso a la universidad a los hijos de los trabajadores, se introdujo el sistema de sanidad nacional, se resolvía con éxito el problema de vivienda, se elevó de modo considerable el nivel general de vida de los obreros y campesinos, por primera vez en la historia de Chile los trabajadores obtuvieron acceso a la dirección del Estado.

Un obstáculo para la exitosa actividad del gobierno de Allende era que a las espaldas de la reacción local se hallaba el imperialismo norteamericano que trataba de lograr por todos los medios la caída del presidente para frenar el desarrollo del proceso revolucionario no sólo en Chile, sino en todo el "cono sur" de Latinoamérica. La CIA y otros servicios especiales de EE.UU. planificaban, financiaban y dirigían la actividad subversiva contra el gobierno de la Unidad Popular. La CIA controlaba los medios de comunicación masiva que exhortaban a derrocar a Allende, y a realizar el sabotaje económico. El golpe fascista de Pinochet fue organizado y llevado a su fin con el apoyo directo de Washington.

El gobierno de Allende cayó víctima de las acciones concordadas de la contrarrevolución interna y de sus protectores norteamericanos a los cuales el agradecido Pinochet, después de tomarse el poder, volvió a entregar todas las empresas y los capitales nacionalizados anteriormente concediendo asimismo nuevos privilegios y concesiones.

Murió como un héroe...

Salvador Allende sabía que se preparaba un golpe de Estado contra su gobierno. Sin embargo, ni él ni sus aliados se imaginaban hasta qué grado era ramificado

el complot y qué crímenes tan monstruosos se proponían realizar sus cabecillas al obtener el poder. Como resultado de ello, los trabajadores estaban cogidos por sorpresa por el terror fascista.

Salvador Allende declaró en reiteradas ocasiones que nunca abandonaría voluntariamente su cargo y que, en caso de un golpe de Estado reaccionario, lucharía por los intereses del pueblo hasta el último aliento. ...Defenderé a la revolución chilena, —decía él— y defenderé al gobierno popular, ya que esta tarea me la ha encomendado el pueblo. No hay otra alternativa: sólo acribillándome a balazos podrían impedir que se realice mi voluntad, y ésta consiste en alcanzar la realización del programa del pueblo. Allende cumplió su promesa: murió defendiéndose de los amotinados fascistas. En su último llamamiento por radio al pueblo chileno desde el palacio presidencial —La Moneda — sitiado, el 11 de septiembre de 1973 dijo:

Compatriotas... Quizás sea ésta la última oportunidad en que me pueda dirigir a ustedes. La Fuerza Aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación.

Mis palabras no tienen amargura, sino decepción y serán ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieron:... comandantes en jefe y titulares.. el almirante Merino..., el general Mendoza, general rastrero que sólo ayer manifestara su solidaridad y lealtad al gobierno, también se ha denominado director general de carabineros.

Ante estos hechos sólo me cabe decirles a los trabajadores: ¡Yo no voy a renunciar! Colocado en un tránsito histórico pagaré con mi vida la lealtad del pueblo. Y les digo que tengo la certeza que la semilla que entregáramos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente.

Tienen la fuerza, podrán avasallarnos, pero no se detienen los procesos sociales ni con el crimen ni con la fuerza.

La historia es nuestra y la hacen los pueblos.

¡Trabajadores de mi patria!

Quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la constitución y la ley, y así

Salvador Allende

lo hizo. Es este momento definitivo, el último en que yo pueda dirigirme a ustedes. Pero que aprovechen la lección. El capital foráneo, el imperialismo, unido a la reacción, creó el clima para que las Fuerzas Armadas rompieran su tradición: la que les señaló Schneider y que reafirmara el comandante Araya, víctima del mismo sector social que hoy estará en sus casas esperando con mano ajena conquistar el poder para seguir defendiendo sus granjerías y sus privilegios.

Me dirijo, sobre todo, a la modesta mujer de nuestra tierra: a la campesina que creyó en nosotros; a la obrera que trabajó más, a la madre que supo de su preocupación por los niños.

Me dirijo a los profesionales de la patria, a los profesionales patriotas, a los que hace días están trabajando contra la sedición auspiciada por los colegios profesionales, colegios de clase para defender también las ventajas de una sociedad capitalista.

Me dirijo a la juventud, a aquellos que cantaron y entregaron su alegría y su espíritu de lucha.

Me dirijo al hombre de Chile, al obrero, al campesino, al intelectual, a aquellos que serán perseguidos, porque en nuestro país el fascismo ya hace muchas horas estuvo presente en los atentados terroristas, volando los puentes, cortando las vías férreas, destruyendo los oleoductos y los gasoductos, frente al silencio de los que tenían la obligación de proceder...* La historia los juzgará.

Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa. Me seguirán oyendo. Siempre estaré junto a ustedes, por lo menos mi recuerdo será el de un hombre digno que fue leal con la patria.

El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede humillarse.

¡Trabajadores de mi patria!

Tengo fe en Chile y en su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición pretende imponerse. Sigan ustedes, sabiendo que mucho más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas

* A causa del ruido de las explosiones, es imposible escuchar la grabación en este sitio.

por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor.

Tengo la certeza de que el sacrificio no será en vano. Tengo la certeza de que, por lo menos, habrá una sanción moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición.

¡Viva Chile!

¡Viva el pueblo!

¡Vivan los trabajadores!

Estas son mis últimas palabras.

El golpe fascista de Estado en Chile, el asesinato de Salvador Allende y de muchos miles de otros demócratas, la transformación del país en una cárcel, la liquidación de todas las conquistas políticas y sociales de los trabajadores provocaron la indignación y la censura de todo el mundo civilizado. La solidaridad internacional con las víctimas del terror fascista en Chile cobró proporciones inauditas. La Unión Soviética y muchos Estados rompieron toda clase de relaciones con la junta sangrienta de Pinochet.

El Comité Central del PCUS publicó una declaración caracterizando al presidente Salvador Allende como un valeroso luchador por la causa del pueblo chileno, por la democracia y la paz, como una destacada personalidad del movimiento liberador, antimperialista de América Latina.

En aquella hora difícil para los chilenos, haciéndose eco de los sentimientos que alentaban los comunistas y, en general, todos los soviéticos, el CC del PCUS expresó su íntegra solidaridad con el fraternal Partido Comunista, con el Partido Socialista de Chile, con los otros partidos políticos que integraban la Unidad Popular y con todos los trabajadores, quienes, a pesar de los golpes asestados por la reacción, seguían luchando por la independencia, la democracia y el progreso social, los mismos objetivos nobles por los que lucharon con toda entereza Salvador Allende, el gobierno de la Unidad Popular y todo el pueblo trabajador del país.

El CC del PCUS expresó su convencimiento de que ni las represiones ni el terror podrían doblegar la voluntad del pueblo ni cerrar el camino al progreso económico y social.

La lucha continúa

Después del asesinato de Allende y la toma del poder por Pinochet, el Congreso de EE.UU. creó una subcomisión que debía investigar la responsabilidad de Washington por estas acciones. El 22 de abril de 1974, ante la comisión intervino Collbey, el entonces jefe de la CIA. "De las 48 páginas de testimonios de Collbey —decía posteriormente el senador F. Cherch— casi un tercio se reducen a la narración de la incesante penetración de la CIA en la política interna de Chile entre 1962 y 1973. La parte restante atañe preferentemente a los métodos de la CIA en operaciones de este tipo. Collbey hizo énfasis en las medidas adoptadas por la CIA para obtener éxito en su actividad en Chile."

En el período comprendido entre 1962 y 1973 el Comité 40 (establecimiento secreto adjunto al presidente de EE.UU. que dirigía las operaciones de inteligencia) permitió a la CIA gastar cerca de un millón de dólares para impedir la elección de Allende y, según Collbey, "desestabilizar" el gobierno de la Unidad Popular. La actividad de la CIA en Chile se consideraba un prototipo o experimento de laboratorio para perfeccionar la técnica de dichas operaciones, como resultado de las cuales, si se acompañaban de considerables asignaciones en metálico, se podría desacreditar y derrocar a los gobiernos indeseables.

Sumas considerables fueron entregadas a personas aisladas, a partidos políticos y a los medios masivos de comunicación de Chile por intermedio de diferentes países, tanto europeos como latinoamericanos. Collbey describe todo el complejo de medidas sin aducir ni nombres de individuos involucrados ni de las organizaciones intermediarias.

En agosto de 1973 EE.UU. asignaron 1 millón de dólares más para financiar nuevas operaciones encaminadas a desestabilizar el gobierno de Allende. Este último paso fue dado sin tener en cuenta, en lo más mínimo, las advertencias que se desprendían de la investigación realizada por el parlamento sobre la actividad de la ITT en Chile o las denuncias sobre el papel de la CIA en el asunto Watergate.

Durante cierto tiempo después del golpe de Estado se continuaron gastando en Chile fondos monetarios

de la CIA. Por ejemplo, 25 mil dólares fueron entregados a una persona que debía comprar la estación de radio, y 9 mil dólares se destinaron al viaje de una personalidad chilena por las capitales de los países latinoaméricanos donde debía caracterizar de la mejor manera a los nuevos líderes militares.

Debemos agregar que por interpelación de la comisión del Senado para investigar la actividad de los órganos de inteligencia, el ex presidente R. Nixon presentó un informe por escrito sobre el papel de EE.UU. en los acontecimientos de Chile en 1970-1973, en el que confirma lo anterior.

Informa que en la Casa Blanca se discutió sobre las asignaciones directas para apoyar a los adversarios de Allende dentro de Chile, el cese de la ayuda estadounidense financiera y de otro tipo a este país con el fin de socavar su economía y cohesionar a las diferentes fracciones alrededor de otro candidato.

Después de que estos esfuerzos de EE.UU. fracasaron y el bloque de la Unidad Popular encabezado por S. Allende obtuvo la victoria en las elecciones, el gobierno norteamericano fortaleció aun más la ayuda secreta a la reacción chilena.

En las operaciones, rodeadas de profundo secreto, para sabotear y desacreditar el gobierno de la Unidad Popular, participaron la Casa Blanca, la CIA, el Departamento de Estado, el Pentágono y la embajada de EE.UU. en Santiago.

R. Nixon afirma que "no recuerda" si la CIA recibió la orden directa de organizar el golpe militar en Chile. Sin embargo, como estableciera la comisión del Senado, la Casa Blanca dio a la CIA esta disposición. En el informe de la comisión figuraba el fragmento de un telegrama secreto enviado por dicha agencia a su representante en Santiago, subrayando la necesidad de tender a solucionar el problema por vía militar. Para ello fueron asignados de los fondos federales de EE.UU. aproximadamente 13 millones de dólares.

Las confesiones del ex presidente demuestran a la opinión pública que Estados Unidos, para asegurar sus intereses, utilizan los medios más sucios que se encuentran en contradicción flagrante con las normas internacionales comunmente reconocidas.

¿Por qué Washington se ensañó con tanta ferocidad

contra el soberano y democrático (¡incluso desde el punto de vista de los círculos gobernantes de EE.UU!) gobierno de Allende? En la prensa se indicaban causas distintas: la proximidad del gobierno de Allende a la Cuba revolucionaria, a la Unión Soviética, al Vietnam en lucha, la participación en él de los comunistas. Todo ello tenía lugar, pero la causa principal de ese odio residía en que el presidente hubiese atentado contra la "sancta sanctorum" nacionalizando las compañías norteamericanas que poseían las minas de cobre; elevó el salario de los trabajadores y trató de mejorar su situación; aspiró a transformar a Chile en un Estado realmente independiente.

Esto no se lo podían perdonar en Washington. He aquí por qué utilizaron su influencia en el ejército chileno, en cuyo medio encontraron a cómplices como Pinochet con cuyas manos perpetraron el malvado golpe el 11 de septiembre de 1973.

En los días del golpe, junto con Salvador Allende murieron miles de personas; cientos de miles fueron enviadas a los campos de concentración y a las cárceles. Pereció el admirable poeta Pablo Neruda; en Buenos Aires, el antiguo comandante del ejército chileno Carlos Pratz y su esposa fallecieron al explotar su auto; en Washington, Orlando Letelier, ex ministro de Asuntos exteriores en el gobierno de Allende, democristiano de izquierda, su secretaria, ciudadana estadounidense, y muchos otros.

Pero el pueblo chileno no se rindió, no se arrodilló, continúa su lucha contra la dictadura ultraderechista de Pinochet. En uno de los mítines antifascistas celebrados en el centro de la capital chilena, un grupo de participantes lanzó exclamaciones saludando a los reunidos y desplegó la bandera con la imagen de Salvador Allende.

Han pasado más de diez años desde que Salvador Allende fue asesinado por los adversarios del régimen durante el golpe militar que condujera al derrocamiento del gobierno. Pinochet presentaba al presidente Allende como a un monstruo que aspiraba a implantar en el país la dictadura comunista.

Ahora en Chile es posible ver la imagen de Allende literalmente en todas partes. En Santiago fueron organizadas decenas de mítines públicos en memoria de su vida y actividad; en la ciudad costera de Viña del Mar, donde en el cementerio de Santa Inés Allende había sido

enterrado en una tumba anónima, tuvieron lugar actos conmèmorativos con la participación de miles de personas.

En síntesis, el destino de Chile lo va a decidir el pueblo chileno y no sus verdugos. Sin duda no está lejana la hora cuando este pueblo, que diera a la humanidad a luchadores por su futuro luminoso como Bernardo O'Higgins, Luis Recabarren, Pablo Neruda y Salvador Allende, derrotará al fascismo, creará un nuevo régimen democrático y emprenderá de nuevo el camino que conducirá al socialismo cuyo umbral logró pisar con el Presidente Allende.

CARLOS FONSECA, DIRIGENTE DE LA REVOLUCION SANDINISTA

El nombre de Carlos Fonseca es conocido ampliamente no sólo en Nicaragua, sino mucho más allá de sus fronteras. Jefe de la revolución nicaragüense y fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), así determinó el papel de ese patriota Daniel Ortega, actual presidente de Nicaragua. Desde su juventud Carlos se consagró a la lucha a fin de derrocar la dictadura de Somoza, lucha que encabezó durante casi 20 años. Pereció el 8 de noviembre de 1976 en uno de los combates contra los guardias del dictador. Los promotores del sangriento régimen pensaban que la muerte del secretario general del FSLN detendría las acciones armadas del pueblo nicaragüense contra el somocismo. Pero éstas seguían extendiéndose y terminaron con la histórica victoria de la revolución popular sandinista el 19 de julio de 1979.

El pueblo de la nueva Nicaragua guarda sagradamente la memoria de Fonseca. Sus cenizas fueron enterradas con honores nacionales, póstumamente fue condecorado con la orden suprema de la república, la de Sandino, y se ha instituido también la orden de Fonseca. Sus trabajos —artículos y libros— se reeditan en grandes tiradas; en la casa donde nació y creció, en la ciudad de Matagalpa, se ha inaugurado un museo.

Nuestro relato está dedicado a la corta, pero gloriosa vida de Carlos Fonseca, luchador por la libertad de Nicaragua.

Bajo la opresión de la tiranía

La revolución triunfante en Nicaragua lleva el nombre del héroe nacional, general Augusto César Sandino. Hay cierta similitud entre los destinos de Sandino y Fonseca: ambos se opusieron al imperialismo norteamericano y a sus protegidos, ambos murieron sin alcanzar a ver su causa triunfante. Pero en todo lo demás son personalidades diferentes que representan épocas distintas. La madre de Fonseca era parienta de Blanca Araús, esposa de Sandino. Sin embargo, esta circunstancia por sí misma no podía haber programado el destino de Carlos. Nicaragua es un país pequeño, donde prevalecen las familias numerosas y puede oírse con frecuencia que todos los nicaragüenses son parientes, claro que es una broma, pero, al mismo tiempo, se encuentran con frecuencia grandes clanes cuyos miembros combaten en lados opuestos de las barricadas. Como veremos, así ocurría en la familia de Fonseca.

Carlos Fonseca Amador nació el 23 de junio de 1936 en la ciudad de Matagalpa, al noroeste del país, donde los campesinos se dedican a la ganadería y al cultivo del café. Aunque la ciudad cuenta con tan sólo 20 mil habitantes, no es provincia: fue fundada por los españoles a comienzos de la época colonial, y allí se halla la residencia del obispo, hay escuelas primarias y colegios, un teatro, se publican periódicos locales y hay varias librerías.

La madre de Carlos, Justina Fonseca, criolla, trabajó toda su vida de cocinera en una familia acomodada. Tuvo cinco hijos: cuatro niños y una niña. El padre de Carlos, Fausto Amador, hombre de bien, tenía una familia "oficial", y no manifestaba ningún interés por sus hijos ilegítimos. Carlos expresó la ruptura con su padre utilizando, contrariamente a la tradición española, primero el apellido de la madre y luego el de él.

Fonseca crecía y maduraba en una atmósfera impregnada de recuerdos sobre la heroica lucha de Augusto César Sandino contra los ocupantes norteamericanos, de relatos sobre los numerosos crímenes perpetrados por el general Somoza y su camarilla.

Anastasio Somoza García, o "Tacho" como lo llamaban, llegó al poder apoyado por las bayonetas de las tropas estadounidenses que ocuparon Nicaragua en 1927-1933. Somoza recibió instrucción comercial en

Philadelphia, hablaba con soltura el inglés y durante la ocupación trataba de ganarse los favores de los yanquis; en 1933, por recomendación del mando militar y del embajador de EE.UU., fue nombrado director jefe de la guardia nacional de Nicaragua. Se trataba de un cuerpo punitivo cuya misión era aplastar cualquier movimiento liberador. Precisamente por orden de Somoza fue asesinado Sandino.

En 1936, Somoza, quien se convirtiera de hecho en dictador de Nicaragua mediante un fraude electoral, subió a la presidencia.

Al igual que otros tiranos de los países de Centroamérica (Maximiliano Martínez en Salvador, Tiburcio Carias en Honduras, Jorge Ubico en Guatemala), Somoza llegó al poder después de aplastar el movimiento revolucionario de comienzos de los años 30. El presidente Franklin D. Roosevelt, pese a la política, proclamada por él, de "buena vecindad", financiaba y armaba a estos dictadores, ya que éstos aseguraban los intereses comerciales norteamericanos en la región del Caribe.

Somoza gobernó indivisiblemente el país durante 20 años. Era un politicastro hábil que no despreciaba ningún medio para conseguir sus objetivos. Luchaba contra la oposición no sólo mediante la fuerza, sino también el soborno. Logró atraer a su lado a muchos líderes de los partidos liberal y conservador, pero, por algún tiempo, cuando le convenía, permitía que la oposición también existiera. Adepto de Hitler, Mussolini y Hiro-Hito, quienes le regalaron sus retratos con "tiernas" dedicatorias. Con la entrada de EE.UU. en el conflicto mundial se transformó pronto en "demócrata" declarando la guerra a Alemania, al Japón y a Italia, vendió en aucción y compró muy barato la propiedad alemana.

Somoza tenía a su servicio miles de informantes de distinto tipo, instruidos por personal del BFI y de la CIA. El parlamento integrado por sus partidarios cumplía cualquier deseo del dictador.

El joven poeta y periodista nicaragüense Rigoberto López Pérez decidió terminar con el dictador aun a precio de su propia vida. El 21 de septiembre de 1956, en León, la segunda ciudad en importancia de Nicaragua, en un club obrero local tuvo lugar una solemne recepción en honor del mandatario con motivo de la presentación de su candidatura a la presidencia para un nuevo

período. En plena recepción, cuando se hacía el brindis de turno por el próximo éxito en las elecciones, el joven poeta hirió gravemente de cuatro disparos a Somoza. Rigoberto cayó allí mismo abatido por las balas de los guardias de Somoza.

La muerte de Somoza produjo en los nicaragüenses una impresión aturdidora. Pero no se vieron justificadas las esperanzas de que la liquidación del tirano provocaría una explosión revolucionaria en Nicaragua haciendo que el pueblo empuñara las armas y derrocara el régimen creado por él. Para sustituir a "Tacho" llegaron sus hijos Luis y Anastasio ("Tachito") que continuaban la política del padre.

Mas, de todos modos, el asesinato de Somoza por López Pérez, "hijo de Sandino", como lo llamaría Carlos Fonseca, no pasó sin dejar huella. A primera vista, en América Latina todo estaba tranquilo: los "gorilas" tenían tomado con fuerza en todas partes el timón del poder. Sin embargo, había muchas señales que anunciaban acontecimientos amenazadores. En 1956, cuando Rigoberto disparaba contra Somoza, en México, los patriotas cubanos Fidel Castro, su hermano Raúl, el argentino Ernesto Che Guevara y sus partidarios se preparaban para partir en el yate "Granma" a fin de alzar en armas al pueblo cubano contra Batista, otro sátrapa de Washington.

Pasarían sólo unos años, y en 1959, el joven nicaragüense Carlos Fonseca ingresó en la columna "Rigoberto López Pérez", creada para la lucha contra la tiranía del clan Somoza.

Luz desde Moscú

Cuando sonaron los disparos de Rigoberto, Carlos Fonseca cumplía 20 años, era estudiante de la Universidad Nacional en Managua.

Era enfermizo, tenía una miopía acentuada, pero en la escuela siempre fue el mejor alumno. La madre decidío trabajar abnegadamente para que aunque fuese uno de sus hijos recibiera buena instrucción. Carlos terminó la primaria e ingresó en el Instituto nacional del Norte en Matagalpa. Para ayudar a su familia, trabajó de mensajero en los telégrafos y por las noches vendía periódicos en la calle. En la escuela hizo amistad con Tomas Borge, quien se convirtiera en su mejor amigo y compañero de

armas, en el movimiento sandinista. Carlos y sus allegados leen a los clásicos de la literatura mundial: Tomás Moro, Shakespeare, Balzac, descubren a escritores como Pablo Neruda, Ernest Hemingway, John Steinbeck. Especialmente le atrae a Carlos la literatura rusa: las inmortales obras de León Tolstói, las novelas de Máximo Gorki y, entre ellas, *La Madre*, vertida al castellano por el famoso poeta nicaragüense Rubén Darío.

Rusia, lejana y enigmática, la Rusia de Lenin y del Gran Octubre que tanto odian Somoza y sus protectores yanquis, atrae como un imán al joven Fonseca y a sus amigos. Tratan de conocer más sobre los movimientos de liberación, sobre el comunismo. En Matagalpa el poeta Samuel Mesa tiene una librería; entre los habitantes pancistas tiene fama de ser un estrafalario, y desde hace tiempo la guardia dejó de prestarle atención, porque "la gente que se respeta no se compra libros serios". Sólo visitan de vez en cuando al viejo los escolares de la localidad. En esos estantes cubiertos de polvo, Carlos encuentra algunas ediciones de las obras de Marx, Engels, Lenin. ¡Un hallazgo valioso! Así tuvieron el primer conocimiento directo, el joven nicaragüense y sus amigos, de las inmortales obras del marxismo-leninismo, que luego se convertirían para ellos en la fuente eternamente joven de sabiduría política que los alimentaría e inspiraría para la lucha por una Nicaragua nueva y libre.

Carlos era buen estudiante y le elogiaban su talento. Pero los conocimientos no lo interesaban por sí mismos, sino como un medio para resolver los problemas perentorios de su partia. Y sólo se podían solucionar liberándose de la tiranía de la familia Somoza. Esto era imposible de conseguir mediante la vía pacífica. Quedaba sola una vía: la revolucionaria, por medio de la violencia.

Año 1953. A Nicaragua llega la noticia de que en Santiago, en la isla de Cuba, un grupo de jóvenes encabezados por Fidel Castro, trató de tomar por asalto el cuartel Moncada para liberarse de la tiranía de Batista. Los rebeldes fracasan, son derrotados; lo mismo ocurre con los revolucionarios guatemaltecos: los mercenarios instruidos por especialistas de EE.UU. y apoyados por Somoza, derrocan en 1954 el gobierno democrático del presidente Arbenz. Al parecer, sobre el Hemisferio Occidental cayeron de nuevo las profundas tinieblas. ¿Significaba que no había ninguna esperanza de libera-

ción? Carlos y sus amigos están convencidos, pese a los hechos alarmantes que el imperialismo y sus hechuras son fuertes, pero el pueblo lo es más. La consigna del joven es: hay que trabajar en aras de la liberación nacional, de la revolución popular pese a las víctimas.

Después de terminar la escuela media en Matagalpa, Fonseca se traslada a la capital, Managua, e ingresa en la facultad de Derecho de la Universidad Nacional, y para ganarse el pan simultáneamente trabaja de bibliotecario en el seminario local de maestros. En julio del mismo año Fonseca ingresa en el Partido Socialista Nicaragüense que era ilegal, (partido de los comunistas, creado en 1944). Edita la revista estudiantil de izquierda *El universitario* y pronto cae en el campo visual de la omnipresente guardia. Se establece tras él una vigilancia secreta.

Después de la muerte de Somoza sus hijos desplegaron violentas acciones de terror contra los enemigos del régimen. No sólo se vengaban de su padre, sino que trataban de fortalecer sus posiciones mediante el miedo. La guardia arrestaba a todo el mundo: tanto activistas obreros como a los oposicionistas burgueses. Cuando las torturas no ayudaban, los arrestados eran lanzados a las jaulas con tigres, panteras y jaguares regalados a Somoza el padre por sus "colegas" Batista y Trujillo.

Aunque los herederos del dictador lograron ajustar las cuentas con sus adversarios reales y potenciales y mantener el poder en manos del clan por más de 23 años, con la muerte de Anastasio Somoza el régimen creado por él entró en una época de crisis. Cada vez con más frecuencia surgen en el país los complots, nacen nuevas agrupaciones clandestinas dispuestas a empuñar las armas, se sublevan los estudiantes, los empleados; ora aquí, ora allí estallan las huelgas, se ponen en movimiento los viejos combatientes de Sandino, protestan los servidores de la Iglesia. "La herejía" penetra en la sancta sanctorum del somocismo: en las filas de los guardias que periódicamente sufren la "limpieza" por parte de los herederos de "Tacho".

Carlos es arrestado. Mas, al comprobar que no tenía relación directa con el atentado, después de cuatro meses de cárcel, las autoridades lo ponen en libertad. Después de salir, se marcha a la vecina Costa Rica. Los camaradas del Partido Socialista Nicaragüense lo envían como su delegado al VI Festival mundial de

la juventud y los estudiantes, celebrado en Moscú.

El primer país socialista que visitara Fonseca camino de Moscú fue Checoeslovaquia. Desde Praga escribe a su madre una carta entusiasmada: "Estoy casi feliz, mamá, rodeado de muchachos alegres, palabras nuevas; de ciudades bellas, inmensas, cordiales; nos llamamos unos a otros compañeros, aunque yo quisiera llamarlos hermanos. Casi feliz digo, porque usted no está a mi lado para abrazarla y compartir estos momentos de claridad y asombro".

El joven pasó más de un año en los países del socialismo. Sus impresiones sobre este viaje las escribió en el libro *Un nicaragüense en Moscú* publicado por primera vez en su país en mayo de 1958 y desde entonces fue reeditado en reiteradas ocasiones.

Este libro fue un importante hito no sólo en la vida de Carlos Fonseca, sino en las relaciones entre Nicaragua y la Unión Soviética. ¡Cuántos infundios malignos y calumnias sobre el País de los Soviets difundió durante decenios en Nicaragua la propaganda norteamericana que dominaba en este país! Si los estadounidenses mienten cínicamente sobre lo que nosotros sabemos, escribía Fonseca, mentirán aun más cínicamente sobre lo que no sabemos. Antes de él ni un solo nicaragüense, que hubiera visitado la Unión Soviética (y eran unos pocos) había intervenido en la prensa. El primero en escribir sobre nuestro país refutando la mentira antisoviética fue Carlos Fonseca.

Su libro comienza con una conversación sostenida por el autor con los alumnos de los grados superiores de una de las escuelas moscovitas, en la que se analizaba la situación internacional, y hoy día no es menos actual que cuando vio la luz por primera vez: "Nosotros no queremos la guerra —declara Vladímir, uno de los alumnos, dirigiéndose a Fonseca—. Cuente la verdad sobre nosotros".

"Al escribir este folleto —afirma Fonseca— no hice más que satisfacer los deseos del niño soviético Vladímir, que son también los deseos de millones de muchachitos soviéticos".

Carlos Fonseca refuta con firmes argumentos los infundios sobre la Unión Soviética; cuenta que en este país no hay mendigos, desempleados, no hay capitalistas y otros explotadores, que aquí todos los niños van a la escuela, y los estudiantes reciben becas, que la asistencia

médica es gratuita. Escribe sobre la valentía de los soviéticos en la segunda guerra mundial, sobre la enorme cantidad de víctimas que tuvo el pueblo soviético en la lucha contra los fascistas. Sobre el papel del dinero en el socialismo, la igualdad de la mujer y del hombre en el trabajo, de las repúblicas nacionales que forman la Unión Soviética, sobre el desarrollo y la popularidad del deporte y sobre muchas otras cosas.

Fonseca estuvo no sólo en Moscú, sino también en Kíev y Leningrado. Vio por doquier gigantescas obras, se encontró y conversó con jóvenes, con trabajadores. Participó en el festival mundial de la juventud y los estudiantes en Moscú, en el Congreso Mundial de la Juventud Democrática en Kíev y en el Congreso Mundial de los sindicatos en Leipzig, asistió a la celebración del 40 aniversario de la Gran Revolución Socialista de Octubre. El pueblo soviético censura la guerra y vota por la paz universal, y, junto con él, todos los trabajadores de la Tierra, concluye Carlos Fonseca su libro sobre la Unión Soviética.

"Hace 25 años —dijo Daniel Ortega, jefe de la delegación de la República de Nicaragua, en mayo de 1982, en Moscú— en el VI Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes el Jefe de la Revolución y fundador del Frente Sandinista de Liberación Nacional, Carlos Fonseca Amador, plantó un árbol en un parque de Moscú, como signo de la amistad fraternal entre el pueblo de Sandino y el pueblo de Lenin. Hoy podemos decir que ese árbol creció y se transformó en símbolo indestructible de las relaciones entre nuestros pueblos, gobiernos y partidos."

El libro de Carlos Fonseca *Un nicaragüense en Moscú* constituye la primera piedra puesta en los cimientos de la amistad entre las dos naciones.

A fines de 1957, Fonseca regresó a Nicaragua. En el mismo aeropuerto de Managua fue arrestado, encarcelado y su equipaje, confiscado. Pero, esta vez, no duró mucho tiempo en la cárcel. La revisión del equipaje no daba fundamento para acusarlo de "actividad subversiva". Además, Luis Somoza Debayle, "elegido" presidente el 2 de febrero de 1957, trató de jugar a la democracia, y pusieron a Fonseca en libertad. Pero en 1958 lo arrestan de nuevo en dos ocasiones. En estas condiciones es inútil seguir estudiando en la universidad y el joven se dedica por entero a la actividad política.

El frente sandinista

Con la victoria de la Revolución Cubana la situación política en Nicaragua se intensifica. La oposición burguesa al somocismo crea la Unión Nacional de la Oposición (UNO). Sin embargo, la tentativa de sus líderes de comenzar una insurrección armada contra la dictadura termina con el completo fracaso y el arresto de sus participantes.

A principios de abril de 1959 las autoridades destierran a Fonseca del país. Pronto aparece en Honduras, en la frontera con Nicaragua, en la localidad de El Chaparral, donde se crea la columna "Rigoberto López Pérez" para liberar a Nicaragua.

La perspectiva de "perder", después de Cuba, también a Nicaragua produce pánico en Washington. Todos los agentes estadounidenses en Honduras están en acción. Los "gorilas" hondureños, con el apoyo de las unidades somocistas, enviaron tropas a El Chaparral. El campamento guerrillero fue rodeado y muchos de los que se encontraban en él, muertos, otros, heridos o arrestados. Durante el ataque Carlos Fonseca fue gravemente herido: una bala atravesó su pecho.

En un camión, desangrándose, lo llevaron a Tegucigalpa, capital de Honduras. Luego, los amigos lo trasladaron a La Habana y recibía tratamiento médico en el hospital "Calixto García". Así, por primera vez, Carlos se vio en tierra de la Cuba revolucionaria.

En enero de 1960, salió del a Habana con destino a San José, capital de Costa Rica, para encontrarse con sus compañeros de lucha. Deciden convocar en Caracas una conferencia para crear una nueva organización revolucionaria: el Frente Unido Nicaragüense. En esa ocasión Fonseca y su compañera de lucha Silvia Mayorga presentan un informe sobre la lucha popular nicaragüense contra la dictadura de Somoza.

En Venezuela Fonseca fue arrestado y deportado a México; de allí se dirigió de nuevo a La Habana y pronto regresó ilegalmente a la patria. Denuncia la participación de Luis Somoza en la preparación en territorio nicaragüense de mercenarios para desembarcar en Cuba; publica una serie de manifestaciones antimperialistas de Sandino. En la primavera de 1961 Fonseca va a Tegucigalpa, donde en compañía del viejo combatiente sandinista,

coronel Santos López, de su compañero de escuela Tomás Borge y de Silvia Mayorga, proclama la creación del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN). Después de varias tentativas de crear un amplio frente de lucha contra la dictadura se formó, finalmente, la organización que, con el tiempo, reuniera todas las fuerzas verdaderamente revolucionarias y avanzadas de Nicaragua uniéndolas para luchar contra el somocismo. Sin embargo, hasta la victoria quedaban aun más de 18 largos años de combates, de víctimas sangrientas, derrotas y éxitos.

La creación del FSLN sólo fue un anticipo de la inminente lucha contra el régimen somocista. Después de ello había que reforzar la oposición democrática en las ciudades, crear bases de apoyo en las montañas para el futuro movimiento guerrillero.

En Honduras se concentran los nicaragüenses dispuestos a tomar las armas contra Somoza. Fonseca y el coronel Santos López investigan en "pimpantes" los ríos de Patuca y Guanaca, llegan hasta las orillas del río Coco y escogen los lugares más adecuados para las futuras bases guerrilleras.

Pronto Fonseca va de nuevo a Managua, donde comienza a salir *Trinchera,* el primer órgano clandestino de prensa del FSLN. Por entonces, la tarea principal del FSLN consistía en superar la influencia de los partidos burgueses tradicionales —el liberal y el conservador— que a veces jugaban a hacerle oposición a Somoza, pero, en esencia, lo apoyaban y lo seguían con docilidad en el curso de la política norteamericana.

Anastasio Somoza, que como su padre mandaba la guardia para rechazar la creciente ola de acciones antigubernamentales, en las elecciones de turno de 1963, decidió presentar a René Shick, como candidato a la presidencia. Se trataba de un hombre de su confianza quien fuera durante varios años secretario personal de su difunto padre y quien demostrara en más de una ocasión fidelidad lacayuna a la familia del tirano.

En la Casa Blanca, después de la derrota de los mercenarios en Playa Girón, suscitaba una preocupación cada vez mayor la concentración de las nubes de tormenta de la lucha liberadora sobre América Latina. Para dejar salir "el vapor de la caldera", en Washington proclamaron el programa "Alianza para el Progreso", prometiendo financiar "las reformas sociales" en los países latinoamericanos. Precisamente de ello habló con sus colegas —jefes de las repúblicas de Centroamérica— en el encuentro de San José (Costa Rica) el presidente estadounidense John F. Kennedy en marzo de 1962. A estos mismos fines sirvió el "Cuerpo de paz", creado en EE.UU., cuyos agentes aparecieron pronto en Nicaragua como "expertos" de la AFL—CIO, quienes trataron de crear un movimiento sindical dócil al gobierno.

Las fuerzas revolucionarias en Nicaragua luchaban contra estas maniobras del imperialismo y sus protegidos locales. En marzo de 1962 un grupo de sandinistas tomó en Managua la "Radio Mundial" y transmitió un mensaje desenmascarando los verdaderos fines del encuentro de Kennedy con los presidentes de América Central en San José. En mayo, otro grupo de guerrilleros asaltó a la filial del "Banco de América" en Montoya, cerca de Managua. Simultáneamente los guerrilleros emprendieron acciones activas en las zonas limítrofes con Honduras. La guardia responde a estos actos con duras represalias: las cárceles están repletas, muchos guerrilleros han muerto, otros se ven obligados a huir a Honduras, donde las autoridades locales los hacen objeto de las represiones.

En 1962 Fonseca cayó por octava vez en las garras de la guardia. Antes de ello había sido arrestado seis veces en Nicaragua y una, en Honduras. Fue condenado a seis meses de prisión. En la cárcel "Aviación", mazmorra somocista, lo visitó por primera vez una joven —María Haydée Terán—, activista del movimiento sandinista, quien se convertiría pronto en su esposa y compañera de lucha y con quien tendría dos hijos: Carlos (1966) y Tania (1969).

Cuando cumplió la condena Fonseca fue enviado a Guatemala donde lo encarcelaron de nuevo: las tiranías en Centroamérica son solidarias y se prestan servicios mutuos. Tanto en Nicaragua como en Guatemala actuaban las misiones militares de EE.UU., a las que se subordinaban los militarotes locales. Sin embargo, en sus filas, que se mantuvieron cohesionadas hasta hacía poco, empezaron a aparecer excepciones, como lo veremos más tarde. Una de esas excepciones fue el teniente guatemalteco Luis Turcios Lima, uno de los carceleros de Fonseca en el campamento militar situado en la jungla de la provincia Peten. Fonseca conversa con él largamente por las noches, le habla sobre la lucha del pueblo contra

la tiranía somocista. La sinceridad, el carácter de sacrificio del nicaragüense produce enorme impresión en Turcios Lima, quien se convierte en partidario suyo y le ayuda a huir a México.

En Nicaragua siguen creciendo las activas operaciones de los patriotas contra el régimen. Se declaran en huelga los panaderos y los constructores, se sublevan los campesinos exigiendo la realización de una verdadera reforma agraria; los estudiantes organizan manifestaciones antigubernamentales; los sandinistas crean sindicatos en los departamentos de Matagalpa, Jinotega, Estelí. Sus agitadores llevan a cabo una propaganda diaria en las regiones pobres de Managua y León.

Se despliegan las acciones guerrilleras. En los montes de la parte central del país, así como en la zona cafetera y de pequeñísimas parcelas campesinas, a partir de 1966, con la participación directa de Fonseca, actuaba la guerrilla del FSLN.

La guardia sometía a los habitantes de esta zona al terror: a los campesinos sobre quienes se sospechaba de simpatizar con los guerrilleros les quitaban la piel, los apaleaban hasta matarlos, los arrojaban a los cráteres de los volcanes. Todo ello obligó a la dirección del FSLN a cesar temporalmente las acciones guerrilleras en Pancazán.

A fines de los años 60 Fonseca lleva a cabo una labor clandestina en Nicaragua. Participa en las acciones guerrilleras, trata de fortalecer la dirección del FSLN, atraer a él a nuevos aliados, hacer más activo el movimiento revolucionario estudiantil*.

En 1969, Fonseca escribe la proclamación del FSLN *A los hermanos nicaragüenses*. La revolución popular sandinista, declara él, significa la aspiración al socialismo y a la liberación nacional. Y aclara más adelante: "En lo fundamental el socialismo ha respondido a las esperanzas que la historia y la humanidad han depositado en él".

Luego, presenta un programa sandinista de 15 puntos: "1.—Combate Popular Guerrillero. 2.—Poder Popular. 3.—Plan especial para la Costa Atlántica y región

* En Nicaragua había entonces 5 mil estudiantes y 20 mil alumnos de las escuelas medias. Fonseca consideraba que muchos de ellos podrían ser participantes activos del movimiento antisomocista.

en máximo abandono. 4.—Tierra para los campesinos. 5.—No más explotación ni miseria. 6.—Emancipación de la mujer. 7.—Honestidad administrativa. 8.—Ejército Patriótico Popular. 9.—Revolución en la cultura y en la enseñanza. 10.—Respeto a las creencias religiosas. 11.—Política exterior independiente. 12.—Abolición del Tratado Chamorro-Bryan. 13.—Unidad Popular Centroamericana. 14.—Solidaridad entre los pueblos. 15.—Veneración hacia los mártires."

Nosotros cumplimos los legados de Sandino y de Ernesto Che Guevara —escribía para terminar—. "El inexorable rumbo de la Historia Universal demuestra que la victoria definitiva pertenece a los explotados y oprimidos."

Aquel mismo año de 1969 Fonseca fue elegido secretario general del FSLN y bajo su dirección se desarrollaba la lucha de todo el pueblo contra el somocismo. Los miembros de los destacamentos de combate chocaban con la resistencia armada de los guardias, perecían bajo sus balas. Los verdugos somocistas instruidos por "especialistas" norteamericanos, recurriendo al espionaje, a las torturas, al soborno, al chantaje y a las amenazas seguían la huella de los dirigentes sandinistas y los exterminaban cruelmente. Así murieron el poeta Leonel Rugamba, Julio Buitrago y otros dirigentes y activistas sandinistas.

Las crecientes represiones suscitaban indignación general. Incluso los jerarcas de la iglesia empezaron a criticar al gobierno. En respuesta, los agentes de Somoza agredieron y golpearon, en la calle, al arzobispo Obando y Bravo.

Los luchadores nicaragüenses contra el régimen de la tiranía se veían obligados a utilizar cada vez con mayor frecuencia sus puntos de apoyo en la vecina Costa Rica donde se conservan las libertades democrático-burguesas. Pero, mediante los estadounidenses, Somoza ejerce presión sobre las autoridades costarricenses y éstas encarcelan a un número cada vez mayor de sus adversarios. El 21 de agosto de 1969, en la ciudad de Alhajuela, fue arrestado Fonseca, quien se encontraba en Costa Rica desde el principio del año. En la segunda mitad de diciembre del mismo año un grupo de combatientes sandinistas, entre ellos su esposa, trata de liberarlo, pero sin éxito. La opinión pública mundial progresista exige su puesta en

libertad, pero las autoridades costarricenses no acceden, aunque tampoco lo entregan a Somoza, quien trata de conseguirlo.

Un año después, otro grupo de combatientes sandinistas se apodera del avión de la compañía local "Laxa", a cuyos pasajeros, en particular al director del trust bananero norteamericano "United Fruit", canjearon pronto por Fonseca y otros tres activistas del FSLN: Umberto Ortega, Rufo Marín y el costarricense Plutarco Hernández, quienes parten para La Habana.

La traición de los intereses nacionales, señalaba Fonseca en el panfleto *Nicaragua, hora cero* indignó a la población nicaragüense. Entre 1929-1936 en combates contra los traidores y los intervencionistas norteamericanos han perecido miles de patriotas. Enumera decenas de acciones militares contra el somocismo y concluye que precisamente como resultado del auge del movimiento de la resistencia surgió el FSLN. Fonseca subraya que el objetivo final del movimiento antisomocista es la revolución socialista, la única capaz de liberar a Nicaragua del dominio del imperialismo de los EE.UU., de sus agentes locales, de los falsos oposicionistas y seudorrevolucionarios.

En La Habana, Fonseca sigue estudiando la historia del movimiento comunista y obrero internacional, la experiencia del PCUS, de la Revolución Cubana, el pasado de América Latina. Escribe un mensaje a sus compatriotas, en el que agradece a los combatientes que los liberaron, a él y a sus compañeros. En este documento Fonseca subraya de nuevo que la tarea principal del FSLN es la liberación de la patria no sólo del somocismo, sino también del atraso secular, de las supervivencias sociales. Exhorta a crear en todo Nicaragua comités y grupos sandinistas clandestinos y a desplegar una lucha sin cuartel contra el régimen.

Fonseca mantiene los vínculos con la dirección del FSLN en Nicaragua, redacta desde La Habana el periódico *Frente Sandinista de Liberación Nacional,* escribe varios trabajos sobre Sandino, sobre la lucha del pueblo nicaragüense contra el dominio norteamericano, la vida de Rigoberto López Pérez, héroe nacional, la obra de Rubén Darío y Máximo Gorki.

El año 1970 es una especie de hito en el movimiento liberador de Latinoamérica. Este año en Chile, por primera vez de acuerdo a la constitución, llega al poder, por vía pacífica, el bloque de las fuerzas de izquierda —socialistas, comunistas, radicales y católicas—, cuyo líder, Salvador Allende, es elegido presidente del país. Pero la vía pacífica de liberación es inaceptable para Nicaragua, porque aquí no existen ni siquiera libertades burguesas restringidas. Todo está en las tenazas de la Guardia Nacional. El jefe de la guarnición departamental de la guardia es, por lo general, un reyecito local. Las autoridades civiles sirven sólo de biombo, con el cual se encubren Somoza y sus guardias. Sí, en efecto, en Nicaragua se celebran elecciones, pero habitualmente las "ganan" Somoza y sus protegidos. De aquél sólo derrocándolo era posible liberarse.

Más aún, como señalara Fonseca, los participantes del movimiento de liberación, por el propio carácter específico nicaragüense, se ven ante la necesidad de luchar con las armas para lograr los fines revolucionarios. El FSLN exhorta precisamente a operaciones combativas de este tipo. Realiza la expropiación de los medios para las necesidades de la revolución, organiza huelgas, manifestaciones de protesta, toda clase de actos de oposición. Los creyentes cada vez levantan más activamente su voz contra Somoza, y los jerarcas católicos lo critican en público.

Para completar los sufrimientos del pueblo, el 23 de diciembre de 1972 ocurre en Managua uno de los terremotos más fuertes en su historia: casi todas las casas se derrumbaron, bajo sus ruinas perecieron 100 mil habitantes, 50 mil quedaron heridos, y 200 mil sin hogar.

Los vivos padecen de hambre, comienzan las epidemias. El Palacio presidencial se salvó de milagro. Anastasio Somoza Debayle, quien encabezara el clan después de la muerte de su hermano Luis, organiza bajo su presidencia el Comité extraordinario nacional gubernamental para prestar ayuda a los damnificados, que se convirtió en gobierno dentro del gobierno. El Comité no rinde cuentas a nadie. Es dirigido por el propio "Tachito" Somoza. A sus manos fluyen medios provenientes de todo el mundo para ayudar a las víctimas y Somoza se apropia una parte leonina de estos ingresos.

Nuevas intervenciones conmueven al país. Se sublevan los campesinos. Crece el movimiento guerrillero. En Caracas, en la conferencia de los jefes de estados mayores

de los ejércitos del Hemisferio Occidental Somoza declara jactanciosamente que ¡liquidó 23 tentativas de invadir a Nicaragua! Mas los principales combates contra la dictadura están aun por delante...

En la ofensiva

Llegó el año 1974, que había de ser crucial en la historia del movimiento sandinista. Las acciones del FSLN se manifestaron de la manera más clara en el acto, sin precedentes por su audacia, de liberación de los activistas arrestados.

El 1 de diciembre, Anastasio Somoza, afirmándose como presidente para el nuevo período de seis años, decidió descansar en España donde lo esperaba Franco, su amigo y protector. En Managua lo sustituía su hermanastro José Somoza, hijo ilegítimo del viejo "Tacho", jefe del primer batallón especial de la guardia.

Poco antes, los dirigentes del FSLN, al examinar la situación del país, concluyeron que era necesario reunir en Managua a combatientes más firmes, preparar la toma de importantes funcionarios somocistas como rehenes para cambiarlos por los sandinistas que llenaban las casamatas. Esta acción debía inspirar al pueblo para desplegar acciones aún más enérgicas contra el somocismo.

La tarde del 27 de diciembre de 1974, en "Robles", distrito aristocrático de la capital, en la villa de José María Castillo, millonario, comerciante de algodón, ex ministro de agricultura, director del Banco Nacional, conocido, además, por sus nexos con los gangsters, se esperaba a los invitados: ministros, diplomáticos, agentes de la policía secreta, destacados funcionarios. El dueño ofrecía una recepción en honor de Turner B. Shelton, embajador de EE.UU. en Managua.

Este día, a las 11 de mañana, en la casa donde se reunieron los combatientes del FSLN que se habían entrenado bajo la dirección de Tomás Borge, miembro de la directiva del FSLN, se da la señal de alarma. Se crea un grupo de choque, integrado por los más preparados y resistentes, al que se da el nombre de Juan José Quezada, sandinista muerto el 18 de septiembre de 1973 en un combate contra los guardias en Nandaima. Se designa

jefe del grupo a "Marcos" (Eduardo Contreras, muerto en Managua en noviembre de 1976 en un tiroteo contra los guardias). Se revisan las armas que no son muchas: fusiles de distinto calibre, seis granadas, varias pistolas.

A las 19.30, desde el punto de observación comunican que en la residencia de Castillo había cerca de 40 invitados protegidos por unas 12-14 personas. Los sandinistas —son sólo 13— se dirigen en dos carros hacia la casa de Castillo. Llegan al mismo tiempo. El reloj da la hora, 22.50. En un instante los combatientes bajan del auto, avanzan hacia la casa abriendo fuego, y tumban a golpes la puerta.

No pasaron sino dos minutos desde el comienzo del asalto. Los sandinistas ya se encuentran en el interior de la residencia donde reina un gran alboroto; ocupan todas las salidas de la casa, las posiciones junto a las ventanas, hacen la lista y desarman a todos los presentes. Resultó que el embajador Shelton había abandonado la fiesta media hora antes. Pero estaban presentes otras personas de importancia. Entre ellas, Guillermo Sevilla Sacasa, cuñado del propio "Tacho", quien fuera durante muchos años embajador de Nicaragua en EE.UU.; Alejandro Montiel Argüello, ministro de Relaciones Exteriores; Guillermo Lang, cónsul en Nueva York; el ex alcalde de Managua, conocido dilapidador de fondos públicos y ladrón Luis Valle Olivares, uno de los allegados del régimen, quien amasara con las especulaciones después del terremoto una enorme fortuna; Filadelfo Chamorro, director del "Banco América"; Noel Palacios Debayle, primo de "Tachito"; David Carpenter, empresario norteamericano; Alfonso Denecán Día, embajador de la junta chilena. Todos ellos resultaron en las manos de los guerrilleros.

Mientras tanto, la policía abrió el fuego contra las ventanas. A la una de la mañana, o sea, el sábado 28 de diciembre, un batallón de 500 guardias encabezado por el general José Somoza, rodeó la villa Castillo.

El jefe del destacamento "Marcos" declaró por teléfono a José Somoza que el frente sandinista se apoderó por asalto de la casa tomando a los rehenes.

En un vuelo especial desde Miami llega a Managua Anastasio Somoza. Toma en sus manos las negociaciones con los rebeldes, tratando febrilmente de ganar tiempo. La presencia del embajador de la junta chilena

entre los rehenes da fundamento para que el nuncio del Papa y los embajadores de México y España en Managua inicien negociaciones con Somoza. "Presionan" sobre Somoza también su hermana Lilian, esposa de Guillermo Sevilla Sacasa, y otros familiares de los rehenes.

Sólo en la noche del lunes quedó claro que el tirano estaba dispuesto a aceptar las exigencias de los sandinistas.

El martes por la mañana los medios masivos de comunicación en Managua comenzaron a transmitir dos llamamientos a los nicaragüenses por parte del FSLN y de los guerrilleros del grupo "Juan José Quezada". En estos documentos se analiza la actividad antipopular del régimen somocista, se ponen de manifiesto hechos de corrupción, terror, torturas y vejaciones sobre los presos políticos, se muestra la completa subordinación de la cumbre gobernante a los intereses de EE.UU. Se proclamaba, además, la firme aspiración del FSLN a derrocar, por todos los medios, el régimen somocista y a sustituirlo por un régimen democrático. La publicación de los documentos dio a conocer por primera vez a los nicaragüenses no sólo el cuadro completo de los crímenes somocistas, sino igualmente los objetivos del FSLN.

El 31 de diciembre, a las 8, llega un autobús a la residencia de Castillo. De la casa salen el arzobispo Obando, el nuncio, los embajadores de México y España, con ellos los sandinistas armados custodiando a los rehenes. Todos suben al autobús que se encamina al aeropuerto "Las Mercedes" y se acerca directamente a un avión que ya tiene los motores prendidos. Junto a la pasarela están 18 presos políticos liberados. Algunos de ellos, habían pasado en las cárceles cerca de seis años. Se dan un abrazo con los amigos, suben a la nave, donde reciben inmediatamente las armas. El avión toma el rumbo a La Habana.

Así terminó con éxito esa acción, sin precedentes, de los sandinistas que duró 84 horas. En La Habana fueron recibidos por Carlos Fonseca y los compañeros cubanos.

Efectivamente, para derrocar la dictadura, se necesitarían aun muchos esfuerzos y víctimas. El FSLN trata de fortalecerse en las regiones montañosas desarrollando el movimiento guerrillero. Serios combates tienen lugar en los alrededores de los poblados

de Río Blanco, Cuscavas, Ducunli, Ocotal. Aumenta el número de "expertos" norteamericanos, colombianos, brasileños, centroamericanos en la labor subversiva, desempeñando el papel de consejeros de la guardia.

El pueblo nicaragüense seguía luchando. Fonseca y otros líderes del FSLN no dudaban de que la victoria final pertenecerá al pueblo.

Su último combate

A fines de 1975, después de casi cinco años de ausencia, Fonseca regresa a la patria. En estos años maduró, las facciones de su rostro se hicieron más agudas. Algunos de sus antiguos amigos no lo reconocían, pues había cambiado mucho físicamente. Los agentes somocistas tampoco reconocerían en este "gafudo", que vestía como la mayoría de los nicaragüenses —camisa blanca y pantalón negro—, al temible secretario general del FSLN.

El 4 de febrero de 1976, en Managua la guardia nacional arresta a Tomás Borge, uno de los dirigentes del FSLN. La policía sabe que fue precisamente él quien preparó el asalto a la villa de Castillo. Borge es sometido a monstruosas torturas, pero él no dice nada. No da un sólo nombre, ni una dirección.

Fonseca decide unirse al destacamento de los guerrilleros que actúa en las selvas del departamento de Zelaya, al oriente. Con grandes dificultades se traslada de Managua a una región apartada; llega al campamento guerrillero que está al mando del sandinista Modesto. Aquí, el 8 de octubre de 1976, Fonseca escribe su último trabajo *Notas sobre la situación en el movimiento guerrillero y otros temas*. Como él señala, "Estas notas se preparan en la intemperie de la mañana, lo que obliga en una medida mayor a expresar lo que se considera más urgente, aprovechando la que consideramos pronta oportunidad de comunicarnos con algunos de nuestros hermanos".

En este trabajo recuerda que la guerra revolucionaria es la continuación de la política revolucionaria. Escribe sobre el atraso de Nicaragua que se deja ver igualmente en el bajo nivel ideológico de los revolucionarios. Actuamos, escribía en "...un país en el

23-01532

que es a la altura de las décadas del 60 y del 70 del siglo 20, cuando por primera vez se inicia cierta difusión de los principios revolucionarios científicos, algo distinto a la posesión por algunas poquísimas manos de algún libro marxista. Hay ejemplos que denotan el atraso político heredado. Es un atraso vinculado al sistema socioeconómico arcaico en extremo. En lo tradicional más que la explotación económica por parte de los agresores yanquis, ocupó un lugar preferente la opresión encaminada a convertir a Nicaragua en mera pieza del engranaje estratégico norteamericano... Alguna vez dijo el Che que antes de la victoria revolucionaria cubana América Latina era el continente olvidado. ¿Y Nicaragua? No podemos menos que decir que Nicaragua bajo Somoza se convirtió en el más olvidado de los olvidados".

Este documento importante puede considerarse el legado político de Carlos Fonseca.

Sabemos muy poco sobre los últimos días de su gloriosa vida. La mayor parte de los combatientes, que lo acompañaban entonces, perecieron. Se sabe que los guerrilleros reiniciaron la marcha a comienzos de noviembre de 1976. Iban acompañados por el guía, le seguía Carlos con la carabina "M-I", después otros siete combatientes, Claudia, la compañera de combate del dirigente sandinista Carlos Agüero. La noche anterior, alguien dispara contra el grupo. Carlos decide ocultarse en la espesura y esperar el día para evitar complicaciones. Pasaron un día y una noche, y no ocurrió nada sospechoso por lo cual en la madrugada el destacamento continuó su marcha.

Esto ocurrió el 8 de noviembre de 1976. En cuanto los sandinistas abandonaron el campamento, sonó un disparo. Carlos ordenó a sus compañeros replegarse hacia el bosque y él mismo decidió protegerlos disparando su carabina. En cuanto los combatientes se retiraron, en el lugar donde quedó Carlos, se oyeron unas explosiones. Luegó reinó el silencio. Todo indica que Carlos Fonseca murió a causa de las explosiones de las granadas que tiraban los guardias que organizaron allí una emboscada para los guerrilleros.

Pronto llegaron en helicópteros al lugar del combate los altos mandos de la guardia. Al convencerse de que tenían ante ellos el cadáver del secretario general del FSLN, le cortaron la cabeza a Fonseca para presentársela a Somoza. Con grandes titulares la prensa somocista informó sobre la muerte del guerrillero. En la cárcel de Tipitapa, donde se encontraba preso entonces Tomás Borge, el comandante les mostró triunfante a los presos políticos el periódico *Novedades*, que tenía esta noticia.

—Está equivocado, coronel —le dijo Tomás Borge—. Carlos Fonseca es de los mortales que nunca mueren.

La revolución a la que él consagró su vida, triunfó. El 19 de julio de 1979 la tiranía de Somoza dejó de existir. Llegaron al poder las fuerzas revolucionario-democráticas. En la vida de Nicaragua ha comenzado una nueva etapa.

La revolución no sólo liberó a Nicaragua del somocismo, sino también de la injerencia extranjera. Esto no lo pueden aceptar los círculos gubernamentales de Washington, que no desean reconocer el hecho real: la victoria de la revolución sandinista, y utilizan contra ella los métodos del terror político y económico, ejercen toda clase de presiones, organizan ataques bandidescos de mercenarios contrarrevolucionarios, amenazan con una intervención militar.

Mas el pueblo nicaragüense, templado en los duros combates contra el somocismo, avanza seguro, encarnando en la vida los legados de Sandino y Fonseca, pleno de decisión de defender las conquistas revolucionarias.

MARINELLO: LA VIDA ENTREGADA A LA LUCHA

Era hijo único. Procedía de una familia cubana acomodada, que dio al país no pocos hombres gloriosos, entre ellos su primo, Zoilo Marinello, conocido cirujano, ex presidente de la Academia de Ciencias de Cuba, presidente de la sociedad de la amistad Cuba—URSS, y miembro extranjero de la Academia de Ciencias soviética.

El hombre

El hombre, consideraba Marinello, o don Juan, como lo llamaban los amigos soviéticos, se mide por las dificultades que supera, y el escritor, por las influencias que absorbe y que transforma en algo suyo. Ya que él era lo uno y lo otro, es posible imaginar fácilmente cuántos esfuerzos debió superar. No sólo era comunista, sino un luchador, uno de los dirigentes del Partido Comunista de Cuba. Nació el 2 de noviembre de 1898 y murió el 27 de marzo de 1977, a la edad de 79 años. Había pasado por la república burguesa y logró vivir hasta la victoria del socialismo en Cuba. Si a ello se agrega que en los años en que gobernaban en Cuba los venales politicastros burgueses, fue 12 veces arrestado, estuvo recluido no sólo en la fortaleza "Príncipe", sino tambien en la isla de Pinos, sufrió el destierro, la clandestinidad, escribía libros, fue senador y diputado, durante la segunda guerra mundial formó parte del gobierno (ministro sin cartera), encabezó el Partido Popular Socialista de Cuba (Partido Comunista), fue vicepresidente del Senado y, cuando triunfó la revolución en 1959, se le asignaron cargos de gran

responsabilidad, quedará claro quién fue nuestro protagonista.

Nació en la provincia Las Villas, en la pequeña ciudad de Jicotea, cuando EE.UU. iniciaron las operaciones bélicas contra España convirtiendo la guerra entre los mambises* y los españoles en un conflicto cubano-estadounidense-español. Su padre era gerente del ingenio "Pastora" en su provincia natal, donde pasó su juventud. Si se toma en cuenta qué tiempos eran aquéllos, recordaba posteriomente Marinello, me sentía casi como un príncipe heredero viviendo en la única casa de ladrillo de dos pisos, apartado de los obreros y los empleados del ingenio. Pero como la comprensión del mundo circundante se despertó en mí en el viejo ingenio de Las Villas, tenía que conocer el tradicional carácter feudal de las relaciones que dominaban en las empresas de este tipo. Claro que ya no existía la esclavitud y nosotros vivíamos en los tiempos de la república "ambigua"**. Pero se sabe bien que la formación social existente durante siglos deja para mucho tiempo una huella profunda difícilmente borrable.

En el ingenio "Pastora" el dueño tenía poderes ilimitados, y los antiguos negros esclavos obedecían por completo su voluntad. Todo ello engendraba en el corazón del susceptible niño la indignación y la protesta. Más aun que crecía bajo el cuidado de su nodriza, la negra Herminia Martínez, cuya muerte constituyó para él un duro golpe.

Después de terminar la escuela primaria, Marinello se traslada a Santa Clara, capital de la provincia, donde ingresa en el Instituto provincial, establecimiento de enseñanza media, y luego se dirige a La Habana donde termina las facultades de Derecho y de Filosofía de la universidad local.

Pasaron tres años después de la victoria de la revolución socialista en Rusia. Las simpatías de Marinello estaban del lado de la izquierda. Se pronuncia en contra de la venalidad de los funcionarios, ministros, presidentes. En estos años goza de gran influencia El Movimiento de los veteranos y patriotas, del cuyo Comité Ejecutivo Marinello es uno de los miembros más jóvenes. Otro miembro —Rubén Martínez Villena—, poeta y revolucionario, sería

* Así se llama en Cuba a los participantes de las guerras liberadoras del siglo XIX.

** Así llaman en Cuba a la república burguesa.

en la segunda mitad de los años 20 secretario general del Partido Comunista de Cuba. Mella también participó en este movimiento.

En esta época surge también en Cuba la Liga antimperialista que empieza a editar la revista *Masas,* Marinello es su presidente y el director de la publicación. El gobierno prohíbe pronto la revista, y su director es condenado por trabajo "subversivo" a 6 meses de reclusión que pasa en la fortaleza "Príncipe" construida por los españoles.

En los años 20, que en Cuba llaman "década crítica" tuvieron lugar acontecimientos importantes: la protesta de los "trece", el Manifiesto del grupo de los minoristas, se editaban la *Revista de Avance, América Libre, Social.* En todos estos acontecimientos Marinello participaba activamente. En aquella época escribía versos, que fueron publicados en Madrid, en 1927, en la recopilación titulada *Liberación* y desde entonces no se reeditaron. Cada vez se dedicaba más a la política, y ésta, cual una mujer celosa, lo alejaba de la poesía.

Marinello era muy apuesto: esbelto, de estatura alta, elegante, refinado y cortés, inspiraba no sólo simpatía, sino también admiración. Amó sólo una vez en la vida: a su prima María Josefa Vidaurreta, o simplemente Pepilla como la llamaban él y sus amigos. A ella dedicó todos sus versos y libros. Los padres de María Josefa no aprobaban el matrimonio, pero los jóvenes se casaron en los años 20 y fueron inseparables desde entonces. No tenían hijos y su matrimonio se consideraba ejemplar, casi siempre viajaban juntos. Ella era su sombra viva. Se mantenía al tanto de sus asuntos, recibía siempre con una sonrisa afable a los amigos de su esposo. Ni una sola vez la vi disgustada. Si don Juan logró hacer tantas cosas durante su vida, en ello le corresponde bastante mérito a Pepilla.

Volvamos, sin embargo, a los acontecimientos de 1923. Era presidente de Cuba Zayas, gran especulador, delapidador del tesoro público. Hizo un negocio ilegal comprando el monasterio de Santa Clara y apoderándose de una suma elevada. El 18 de marzo de ese año, en uno de los restaurantes se reunieron 13 intelectuales, entre otros, Rubén Martínez Villena y Juan Marinello. Estos resolvieron protestar contra los negocios que hacía el presidente Zayas, materializando de inmediato su decisión. Del restaurante fueron directamente a la Academia de Ciencias

donde intervenía el Ministro de Justicia. Allí, a nombre de los 13, tomó la palabra Rubén, desenmascarando la venalidad y la falta de principios del presidente y de sus partidarios. Como es evidente el gobierno entabló un proceso contra los inconformes. Sin embargo, la cosa no llegó al juicio porque el presidente temía que debiera devolver al tesoro el dinero que se había apropiado.

El grupo "minorista" surgió en 1927, encabezado igualmente por Rubén Martínez Villena y Marinello, y agrupaba a todas las personalidades progresistas de aquella época. En el Manifiesto publicado los "minoristas" (o sea, la minoría, ya que la mayoría de intelectuales cubanos permanecía al margen del grupo) por primera vez expresan la solidaridad con la lucha de los pueblos latinoamericanos contra las dictaduras pronorteamericanas ocupando una posición positiva respecto a la lucha de los obreros y campesinos cubanos, condenan al imperialismo estadounidense, exigen la creación de un gobierno verdaderamente popular.

En 1932 Marinello pasó 6 meses en la cárcel en la isla de Pinos. En su celda estaban también dos destacados literatos cubanos: Pablo de la Torriente Brau y Raúl Roa. Pablo pereció en 1937 combatiendo como voluntario en España. Raúl Roa fue ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Fidel Castro.

Es difícil enumerar a todos los amigos de don Juan en estos años; era un gran lector de la revista *Amauta* dirigida por Mariátegui, tenía amistad con el marxista argentino Aníbal Ponce, quien emigrara a México; mantenía correspondencia con la poetisa chilena Gabriela Mistral; era amigo del puertorriqueño Pedro Albizu Campos. Asistió al entierro de Rubén, llevó de México a Cuba los restos mortales de Mella.

En 1935 Marinello fue director de *Palabra*, el primer periódico partidista. En la isla levanta cabeza la reacción que se pronuncia en contra de la nacionalización de las escuelas, lo cual privaría a la Iglesia no sólo de los elevados ingresos, sino también de la influencia sobre la juventud.

Marinello es nombrado miembro del Consejo para los asuntos culturales y encabeza el movimiento laico Por una escuela cubana en la Cuba libre. A los reaccionarios no les gustó su conducta y exigieron que

abandonase el puesto. Pero Ma[illegible]llo, contando con el apoyo de los obreros y los campesinos, se negó a hacerlo.

En 1932 y 1935 vivió como exiliado en México, donde enseñó literatura en la universidad. Más tarde da clases de esta asignatura en el colegio de profesores de La Habana.

Durante la guerra civil en España Marinello participa en 1937 en el Congreso de defensa de la cultura que sesionaba en Valencia, Madrid, Barcelona, París. Por entonces conoció a muchos escritores soviéticos —Ehrenburg, Alexéi Tolstói, Fadéev, Stavski—, al poeta peruano César Vallejo, a los españoles Antonio Machado y Rafael Alberti.

A fines de 1953, al regresar de Europa, fue nuevamente encarcelado en la fortaleza "Príncipe". Batista dio indicaciones al tribunal que juzgaba a Marinello, y lo trata sin miramientos. En 1954 y 1955 fue juzgado una vez más, y un año después sale en libertad.

En los años de la clandestinidad don Juan publicó trabajos como *Martí en Moscú, Imperialismo y socialismo, Independencia nacional o sumisión al imperialismo, Caminos del léxico de Martí, Defienda la juventud cubana su más alta bandera, La penetración imperialista en la enseñanza cubana, El Instituto Nacional de Cultura y el libre debate intelectual* y otros. Por esa misma época escribió un libro sobre José Martí, el trabajo *Conversación con nuestros pintores abstractos*. Las dos obras fueron traducidas al ruso. En 1918 se editó el libro *Apuntes sociológicos* en cuya portada por primera vez apareció el nombre de Juan Marinello. Desde entonces escribió muchas obras sobre problemas más variados, pero muy importantes para el pueblo y para el país.

Marinello hizo un gran aporte al desarrollo y fortalecimiento de la amistad entre Cuba y la Unión Soviética. El 14 de octubre de 1942 se establecieron las relaciones diplomáticas con la URSS, la cual, como se subrayaba en la declaración del Partido Comunista de Cuba, luchó con el incomparable heroísmo para derrotar por completo a nuestros enemigos comunes. El pueblo cubano tomó con gran seriedad la hazaña del Ejército soviético, de los pueblos de la Unión Soviética que salvaban a toda la humanidad de la amenaza

del fascismo. Los cubanos expresaban su sincera admiración, sus sentimientos de amor y solidaridad, trataban de prestar apoyo material: los directivos del Frente nacional antifascista de Cuba entregaron a M. Litvínov, embajador soviético quien llegara a La Habana en abril de 1943, un cheque por 25 mil dólares reunidos por los obreros y campesinos de Cuba para el fondo de ayuda a la Unión Soviética. Los cubanos festejaron con un grandioso mitin en La Habana la victoria de la Unión Soviética sobre el fascismo hitleriano que trataba, como decía Marinello en esa ocasión, de detener con la violencia y los crímenes el progreso, quitar a los hombres la cultura, la libertad, todo lo que constituye la dignidad humana.

Después de la segunda guerra mundial Marinello visita por primera vez la Unión Soviética, y desde comienzos de 1959 cuando triunfó la revolución visita con frecuencia nuestro país en compañía de Pepilla.

Don Juan consideraba que había adquirido una riquísima experiencia de este permanente contacto con la URSS. "Me ha enseñado con la invalorable fuerza de los hechos —escribía él—, que no existe situación ni problema que no puedan ser resueltos y superados por el socialismo. En mi primera visita a la Unión Soviética eran visibles las huellas de la II guerra mundial, que costo veinte millones de muertos y una destrucción incalculable a la tierra de Lenin.

La resurrección —que así debe llamarse— de la URSS fue una de las empresas gigantes del siglo. La conciencia y la abnegación de las masas respondieron cumplidamente al dictado de los gobernantes. Mientras se hacían considerables esfuerzos por conservar lo dañado, se estudiaban fórmulas y procedimientos para crecer mejor; es decir, que en la incorporación por mitigar el desastre se encontraban modos y medios de levantar nuevas empresas. Cuando se piensa hoy que aquel país deshecho alcanzó en pocos años un primer lugar en el desarrollo industrial y científico del mundo, es fuerza admitir la honestidad invulnerable de sus dirigentes y el heroísmo de sus masas.

La modernidad y eficacia de las construcciones recientes en la URSS constituyen una realidad impresionante. La transformación de la ciudad de Moscú es,

sin posible duda, uno de los hechos más relevantes de los últimos tiempos europeos, y la calidad y el vuelo de la educación y la cultura soviéticas no encuentran paralelo.

Saludamos hoy en la Unión Soviética el baluarte invencible de la paz y la cooperación internacional. Para los que conocen la entraña real de la organización socialista no hay en esto ni asombro ni sorpresa. Así como el imperialismo no puede responder sino a su naturaleza agresiva y opresora, el campo socialista con la URSS al frente, no puede sino propiciar la liberación de los pueblos y el entendimiento pacífico entre todos los estados."

Triunfo de la revolución

Poco después del triunfo de la revolución en Cuba, Marinello es nombrado rector de la Universidad de La Habana, centro docente que siempre había sido foco de preocupación para los círculos gobernantes de Cuba. Pero después de la revolución, todo lo administraban los "eternos estudiantes" que trataban de gobernar el país sin contar con Fidel Castro. Había que limpiar la universidad de estos "izquierdistas". Este trabajo requería mucho tacto, comprensión y experiencia. Precisamente estas cualidades las poseía Marinello. Su credo lo expresó en el libro *La revolución y la universidad.*

Después de que él realizó su trabajo en la universidad el gobierno cubano lo nombró representante permanente adjunto a la UNESCO en París.

En 1963 el Departamento de filología de la Academia de Ciencias checoeslovaca le concedió el título de doctor "Honoris causa"; más tarde, la Universidad de La Habana lo condecora con el título honorífico de profesor emérito. Sus 75 años fueron celebrados en Moscu en la Biblioteca de Literatura Extranjera. Con este motivo, fue condecorado por el Presídium del Soviet Supremo de la URSS, con la orden de "Amistad de los pueblos" y cuando cumplió los 80, la orden de la "Revolución de Octubre".

El año 1963 fue, en cierta medida, decisivo en su vida. Organiza la facultad de obreros y campesinos adjunta a la Universidad de La Habana. El 7 de junio

de este año es elegido presidente de la Sociedad de amistad Cuba-México, un año más tarde, miembro del CC del Partido Comunista de Cuba.

Es preciso hablar sobre la actividad que Marinello desplegó por la paz. Fue uno de los fundadores de este movimiento. En 1934 preside el Congreso contra la guerra, la intervención y el fascismo, convocado a iniciativa de la Liga Antimperialista de Cuba. En 1937 participa en el Congreso de defensa de la cultura, sobre lo cual ya hemos hablado. En 1949 encabeza la delegación cubana en el primer Congreso mundial en defensa de la paz, celebrado en París. Allí es elegido miembro del Consejo Mundial de la Paz. Aquel mismo año preside la delegación cubana en el Congreso Continental en defensa de la paz en México. Al año siguiente, se halla al frente de la delegación de su país en el Congreso de los partidarios de la paz que sesiona en Varsovia. En 1951 encabeza nuevamente la delegación cubana en el congreso mexicano de la paz, etc. No pasa año, literalmente, sin que don Juan participe en un gran acto en defensa de la paz. Era perseguido por la policía cubana, pero las persecuciones no hacen sino templarlo.

Después de la victoria de la Revolución en 1959, don Juan se pronuncia todavía más enérgicamente en favor de la paz. Aquel año, por su larga lucha en favor de la paz, es condecorado con la medalla "Joliot-Curie" y elegido miembro del Comité Internacional para la adjudicación de los premios Lenin "Por el fortalecimiento de la paz entre los pueblos". En 1962 preside la delegación cubana al Congreso Mundial por el desarme universal y la paz, celebrado en Moscú y dirige el Movimiento por la paz y la soberanía de los pueblos, cubano; en 1970 recibe la medalla de Lenin de la Paz, etc.

Marinello valoraba muy en alto la experiencia de la Revolución Cubana. La revolución socialista en Cuba, decía, que tomó el rumbo a la edificación del comunismo, terminó con la humillación de la personalidad humana, inevitable en la sociedad capitalista, permite que el talento del hombre se manifieste en toda su plenitud; antes de 1959 las posibilidades para ello eran escasas. Al "pintor puro", este engendro monstruoso de la sociedad de consumo, le es muy difícil comprender

la dependencia entre la instrucción universal y el desarrollo de la cultura —escribía él—. Nuestra campaña para la liquidación del analfabetismo, que en todo el mundo se valoró como progresista, es el logro más importante en la esfera de la cultura en Cuba después de la revolución. Conduce, a medida que se desarrolla, a la instrucción universal que constituye la premisa para la manifestación de las capacidades creadoras de las masas.

Hablando sobre los logros de la Cuba revolucionaria en la rama de la cultura, Marinello llamaba a partir siempre de un criterio marxista, realista. Las grandes transformaciones sociales no cambian instantáneamente las vías de desarrollo del arte —afirmaba—, y una conmoción revolucionaria no es capaz de eliminar de una vez todos los clichés en la concepción del mundo, artísticos y estilísticos que se iban formando durante mucho tiempo. Mas hay que ser ciego para no ver en lo creado en el último decenio los indicios de una renovación amplia y multilateral, que augura un nivel nuevo y más alto de creación artística. Y este proceso de renovación no puede ni detenerse ni agotarse porque es engendrado por las transformaciones que aseguran la completa libertad y las ilimitadas posibilidades para la creación.

En uno de sus libros, editados también en ruso, Marinello dio una respuesta exacta a la cuestión de qué significa ser una personalidad progresista moderna. "Desde luego que en héroe político —escribía en *Contemporáneos*— lo primordial es su mensaje, es decir, la interpretación de los hechos que lo rodean y la ambientación y el mandato frente a ellos. El mejor Mella es, naturalmente, el de los artículos y manifiestos, el de los diagnósticos y los pronósticos, el que nos deja un pensamiento a la vez poderoso y dinámico, hondo y andador como los grandes ríos caudalosos—, que lo sitúa entre los más altos guías de su tiempo cubano y americano. No se olvide que un verdadero líder, y mucho más si posee magnitud continental, como en el caso que nos ocupa, es una personalidad compleja y profunda; un hombre llamado a una rara tarea de percepción y consecuencia, de entendimiento y realización. La profesión más difícil, nos lo recuerda Martí alguna vez, es la del hombre; y el líder es el hombre en su más

ancha medida y destino. El guía verdadero ha de penetrar la realidad en todas sus magnitudes (si le falta uno solo de sus elementos yerra sin remedio); pero, al mismo tiempo, ha de descubrir en los hechos que lo cercan los factores determinantes de la transformación superadora que propugna... Pero no quedan en las apuntadas, con ser numerosas y complejas, las virtudes que construyen al dirigente entero y verdadero. Junto a todo ello, además de todo ello, el guiador pleno ha de convocar con su acción y lograr con su ímpetu la movilización de los factores que confluyen en la ejecución de su pensamiento."

El 2 de diciembre de 1976 muere Pepilla. No obstante, aquel mismo día, don Juan, como el diputado más antiguo de la Asamblea Nacional inauguraba la primera Sesión Constituyente de este órgano supremo de poder popular de la Cuba socialista. Al señalar la importancia de este acontecimiento —las primeras en la historia del país elecciones democráticas y la formación del parlamento popular—, recordó a los que como Martí, Baliño, Mella, Martínez Villena y otros héroes de la Revolución cubana encabezados por Fidel Castro, condujeron al pueblo a la victoría. En su tiempo Lenin defendía el derecho del revolucionario a soñar, ahora el sueño de los revolucionarios cubanos se hizo realidad. "¡Hemos vencido!"

Don Juan no sobrevivió por mucho tiempo a su esposa. Murió el 27 de marzo de 1977. En el discurso de despedida Raúl Castro lo llamó ejemplo de conducta comunista.

Ahora en la casa donde vivió en La Habana funciona el Centro Cultural Juan Marinello; su director es el joven poeta Valdo Leiva. El Centro no sólo cuenta con una rica y variada biblioteca, con los cuadros regalados a don Juan por conocidos pintores de Latinoamérica y de otros continentes, sino también con 10 mil cartas y documentos que tienen relación directa con su actividad. Se está preparando una edición de muchos tomos de las obras de Marinello que terminará para el 90 aniversario de este destacado luchador por la libertad de Cuba. Se celebró ampliamente también su 85 aniversario. Con este motivo tuvo lugar, en la Habana, un Seminario Internacional con la participación de 100 destacados intelectuales de distintos países y continen-

tes. El evento culminó con una Declaración en la que se hace un llamamiento a crear un amplio frente de escritores, artistas, científicos contra el imperialismo en defensa de los valores culturales del socialismo y de los países que habían sacudido el yugo del colonialismo. El ministro de cultura de Cuba, Armando Hart, miembro del Buró Político del PC de Cuba, quien interviniera en el simposio, dijo que Marinello vivió y luchó por el triunfo de los ideales que glorificarán su nombre para todos los tiempos.

EL ARZOBISPO ROMERO: ASESINADO DURANTE LA MISA

EE.UU. sigue su injerencia

Los acontecimientos en la República de El Salvador desde hace varios años centran la atención de la prensa. ¿Por qué atraen el interés general? Es que a partir de junio de 1979, cuando triunfó la Revolución sandinista en Nicaragua, en El Salvador tiene lugar una guerra civil entre los militares armados y apoyados por EE.UU., y la oposición democrática que interviene bajo la bandera del Frente de Liberación Nacional Farabundo Martí (FLNFM). En estos acontecimientos desempeña un papel significativo la Iglesia Católica, que está escindida en esa nación: una parte de los eclesiásticos apoya a las autoridades, y la otra, está en contra. Lo mismo ocurre a los democristianos: unos apoyan a los yanquis, otros luchan contra su influencia. Las autoridades exterminan decididamente a estos últimos, lo mismo, que a los sacerdotes y monjes indeseables, y no sólo a los salvadoreños, sino también a los norteamericanos, canadienses, italianos, franceses e ingleses. En tercer lugar, en los últimos años El Salvador y otros países de la región fueron visitados por el Presidente Reagan, por sus numerosos representantes, por el Papa Juan Pablo II y otras destacadas personalidades internacionales. El Presidente Reagan trata de derrocar al gobierno sandinista en Nicaragua y a la vez infligir una derrota al FLNFM. El Grupo Contadora integrado por representantes de Venezuela, Colombia, México, Panamá propone una solución política del conflicto.

El país es bañado sólo por el Pacífico; sus vecinos son Honduras y Guatemala. Aunque el Estado salva-

doreño no tiene frontera común con Nicaragua, está situado cerca de ella. El Salvador, Honduras y Nicaragua dan a la Bahía de Fonseca, donde al primero le corresponden cinco pegueñas islas.

La lucha por la democracia en El Salvador tiene una larga historia —dice el jefe de la oposición Guillermo Ungo. Las causas principales de esta lucha tienen carácter interno, pero desde el comienzo del conflicto ha influido en él una poderosa fuerza exterior: el gobierno de EE.UU. La oligarquía militar en El Salvador apoyaba durante mucho tiempo las injustas instituciones nacionales y realizaba una política que impedía a la mayoría del pueblo participar en la solución de los asuntos sociales, económicos y políticos. La democracia burguesa se tornó en un engaño duro y doloroso para los salvadoreños; su realización en la práctica se considera peligrosa, socava los pilares. Cualquier declaración en apoyo del cambio social, se sobrentiende, es castigada con violencia. Los reaccionarios suponen que la doctrina social de las iglesias católica y otras, la realización de los derechos sindicales de libertad de conciencia, así como la crítica del gobierno sirven al comunismo internacional. Las consecuencias de este modo de pensar están claras. Se persigue a los activistas eclesiásticos, se liquidan los sindicatos, se hace explotar los locales de los periódicos y las estaciones de radio oposicionistas. Más de 40 mil salvadoreños han sido asesinados a partir de 1980, incluidos corresponsales, maestros, estudiantes, gentes de profesiones libres, dirigentes políticos, el arzobispo y varios sacerdotes, además de miles de obreros y campesinos. De esta manera, la historia de la práctica democrática en El Salvador está escrita con la sangre.

Con el correr de los años, dice Guillermo Ungo, la mayoría desposeída y las personalidades políticas, sociales y religiosas chocaron con el dilema: dar un combate de respuesta aun con el riesgo de muerte durante la resistencia, o subordinarse y morir a causa del hambre, la miseria y las represiones políticas. En El Salvador es imposible tratar de hacer respetar por vía pacífica los derechos humanos y las libertades políticas. En esto reside la verdadera causa de la guerra actual. Las tentativas de EE.UU. de enseñar a los oficiales salvadoreños a realizar operaciones militares contra el así llamado enemigo interno se basan en la siniestra teoría de la "seguridad nacional", enfoque que cuesta la vida a centenares de miles de hombres, mujeres e incluso niños en toda Latinoamérica. So pretexto de luchar contra el comunismo y mantener la ley y el orden, tiranos como Anastasio Somoza Debayle en Nicaragua, Alfredo Stroessner en Paraguay y Augusto Pinochet en Chile han llevado a este continente sólo la muerte, la perturbación, la inseguridad y la inestabilidad.

Los gobiernos de EE.UU., uno tras otro, se han guiado por la misma concepción: amigo o enemigo que utilizan los dictadores latinoamericanos. El epíteto "elemento subversivo" o "comunista" lo aplican para todo el que no se subordina a ellos.

Pese a las fuerzas desiguales de las dos partes beligerantes, el gobierno salvadoreño no gana la guerra, aunque la ayuda que recibe de Washington no es, en absoluto, modesta ni insuficiente: en 1981-1983 alcanzó a casi 1 mil milliones de dólares. En un pequeño país como El Salvador, donde el ingreso per capita anual de la gran mayoría no llega a los 250 dólares y donde en 1979 el gobierno asignó sólo 9 dólares por persona para la sanidad y 24 dólares para la instrucción, el mantenimiento de cada soldado salvadoreño cuesta al contribuyente estadounidense 10 mil dólares. En otras palabras, admitiendo las apreciaciones del propio Pentágono de que los grupos de guerrilleros cuentan con no más de 7 mil soldados, EE.UU. gastó por cada rebelde más de 135 mil dólares.

Las fuerzas guerrilleras representan un ejército popular que actúa en un pequeño territorio donde no hay grandes cadenas de montañas ni otras condiciones geográficas que propicien la guerra de guerrillas. Este ejército popular carece de aviones, helicópteros, camiones, tanques y de artillería pesada. Sin embargo, es capaz de oponer resistencia, desarrollarse y avanzar llevando la lucha contra unas fuerzas mucho más grandes y mejor equipadas.

Los anticomunistas atribuyen el éxito de los guerrilleros a causas externas, y no internas: al apoyo de Cuba, Nicaragua y la Unión Soviética, aunque El Salvador no tiene acceso directo a estos países. Limita, como ya hemos señalado, con Guatemala y Honduras

que tienen gobiernos militares, subordinados a los deseos de los EE.UU. y que se pronuncian contra los guerrilleros.

Los eclesiásticos contra el imperialismo

En El Salvador, como en otros países, la iglesia actuaba desde tiempos remotos de parte de las autoridades. Mas en los últimos años la situación ha cambiado: muchos representantes del clero oponen creciente resistencia a los regímenes reaccionarios.

Arzobispo Romero y Galdames O.A.

En 1960 había en El Salvador 156 sacerdotes católicos y 200 predicadores protestantes. Estos últimos cuentan con 40 mil feligreses, practicantes de distintas corrientes protestantes, fundamentalmente de los cincuentistas. Los eclesiásticos ejercen influencia no sólo en las ciudades, sino también en el campo. A diferencia de los países vecinos, la Iglesia Católica salvadoreña está encabezada por prelados que pertenecen a una corriente reformista, renovadora. Correspondientemente, cambió la actitud hacia ellos de la cúspide gobernante.

Estas transformaciones están representadas de manera verídica en la novela del escritor salvadoreño Manlio Argueta *Días de su vida*, publicada en su patria en 1980, que mereció el Premio Nacional de la universidad católica local.

En octubre de 1979, un grupo de oficiales, encabezados por el coronel Arnoldo Mojano se tomó el poder derrocando al dictador Romero, quien, a su vez, se viera en el Palacio presidencial como resultado de un golpe de Estado hacía dos años y medio. Mojano prometía realizar elecciones libres y permitir la actividad de los partidos. La nueva junta era apoyada por los democristianos. Sin embargo, temiendo el desarrollo del proceso revolucionario y el ejemplo seductor de la revolución popular en Nicaragua, las fuerzas de derecha desplegaron un terror feroz contra las fuerzas democráticas salvadoreñas. En la junta cobraban cada vez más influencia los de derecha apoyados por Estados Unidos, cuya injerencia en los asuntos del país centroamericano se hacía cada vez más evidente.

En 1980 fue proclamado presidente el anticomunista José Napoleón Duarte, pero quien domina la situación, es el coronel Jaime Abdulio Gutiérrez, representante de los círculos derechistas del ejército, cuyo terror aumentó aun más.

Con mayor frecuencia los verdugos de la junta empezaron a reprimir a los curas que protestaban contra las atrocidades cometidas por ellos. Entre otros sacerdotes han perecido el jesuita Rutilio Grande, el colaborador más cercano del arzobispo Oscar Arnulfo Romero, Rafael Palacios, Alfonso Navarro Oviedo, Octavio Paz, Alirio Masías, el superior de la parroquia San Vicente, Ernesto Barreira Moto, Apolinario Serrano, el fundador de la Federación cristiana de campesinos salvadoreños Jesús Chacón, dirigente de los Cursillos de Cristiandad, y muchos otros. Fue destruida la estación de radio perteneciente a la Iglesia, se amenazaba con replesalias, en reiteradas ocasiones, al arzobispo Romero, quien condenara decididamente las sangrientas represiones desplegadas por la derecha. El arzobispo nunca se distinguía por el radicalismo; llegó a ser jefe de la jerarquía siendo un eclesiástico moderado. Como salvadoreño (nació en 1917 en la Ciudad-Barrios) y persona honesta, no podía observar tranquila-

mente las arbitrariedades que se cometían a su alrededor.

En el sermón "La iglesia y la organización política popular", del 6 de agosto de 1978, el arzobispo y su suplente Arturo Rivera y Damas defendían el derecho de los trabajadores a la creación de sus organizaciones, incluidas en el campo. Censuraron el hecho de que este derecho fuese violado en El Salvador, a pesar de la constitución vigente y que mediante dádivas el gobierno y los magnates trataban de escindir a los campesinos incorporándolos a organizaciones represivas progubernamentales. Para salir de la miseria, decía el mensaje, la gente no resiste a la tentación por parte de las organizaciones gubernamentales. Por pequeñas ventajas que se les conceden los obligan a dedicarse a las represiones, e incluso a delatar, eliminar, detener, torturar y a veces matar a sus hermanos campesinos. Se defendía el derecho de los braceros y de los trabajadores del campo a presentar sus exigencias y organizarse para este fin.

Esta posición del arzobispo de San Salvador alborotó a la oligarquía y a la camarilla militarista, que exigieron de la jerarquía eclesiástica solidaridad con las autoridades. Rápidamente encontraron lenguaje común con el coronel José Eduardo Alvarez, vicario de las fuerzas armadas, obispo de San Miguel, y con ayuda de él, con otros obispos y con el nuncio del Papa, Emmanuele Gerada.

Participante de la conferencia de CELAM en Puebla en 1980, Romero declaró que la teología de la liberación tenía fundamento, que la lucha de clases no era inventada por los sacerdotes renovadores, sino que constituía un producto del sistema que surgía como resultado de las contradicciones entre diferentes grupos sociales. Después de Puebla, el arzobispo Romero regresó a El Salvador y en los sermones semanales empezó a enumerar el asesinato de personas inocentes y a exigir a las autoridades la responsabilidad por estos crímenes.

El arzobispo dirigió una carta al entonces presidente de EE.UU. Carter exhortándolo a cesar el apoyo de la junta gobernante en El Salvador. Escribía que en los últimos días en la prensa había aparecido la noticia de que el gobierno norteamericano estudiaba la posibilidad de facilitar ayuda económica y militar a la junta de gobierno.

Más adelante manifestaba su gran inquietud ante la circunstancia de que la Casa Blanca enviara pertrechos bélicos y consejeros a su país. Si esta noticia de la prensa correspondiese a la realidad, el gobierno estadounidense, en vez de coadyuvar al reforzamiento de la justicia y la paz en El Salvador, ahondaría la injusticia y estimularía a las fuerzas represoras del pueblo que muchas veces se había alzado ya a la lucha por sus derechos humanos fundamentales. Advertía que sería inmoral y dolorosa la injerencia de una fuerza extranjera que impidiese al pueblo salvadoreño elegir por sí mismo las vías de desarrollo económico y político de su propio país. Ello significaría "infringir el legítimo derecho —proclamado abiertamente por todos los obispos de los Estados latinoamericanos— de nuestros pueblos a organizarse en consonancia con su propio espíritu y la marcha de su historia y a colaborar en el nuevo régimen internacional".

A la carta del arzobispo Romero respondió C. Vance, entonces secretario de Estado, quien afirmaba que la ayuda norteamericana, militar y de otro tipo a la Junta se realizaba a partir de los intereses de la "defensa de los derechos humanos" y de los "principios de la democracia". En la entrevista concedida al periódico venezolano *Diario de Caracas*, el arzobispo Romero censuró acerbamente de nuevo la injerencia de Washington en los asuntos internos de su país y valoró positivamente el programa elaborado por el Organo coordinador de las organizaciones revolucionarias de masas. Después del asesinato de Romero esto no impidió que la propaganda estadounidense lo presentara como adversario no sólo de las fuerzas derechistas, sino, supuestamente, de las de izquierda, insinuando de esta manera que su asesinato hubiera podido ser asunto tanto de los de derecha como de los de izquierda. Aquí se percibe el estilo de la CIA que trata de borrar las huellas que conducen a su cueva.

El 23 de marzo de 1980 el arzobispo Romero, en un sermón, exhortó a los soldados salvadoreños a no disparar contra el pueblo: "Soldado, no estás obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios. Una ley inmoral nadie tiene que cumplirla. Date cuenta que es

tiempo de que recuperes tu conciencia. En nombre de Dios, pues, en nombre de este sufrido pueblo, cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: cesen la represión".

Poco antes de su muerte, el "pastor de los pobres", como le llaman a Romero sus compatriotas, decía a sus parroquianos: "He sido frecuentemente amenazado de muerte; debo decirles que como cristiano no creo en la muerte sin resurrección; si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño. Se los digo sin ninguna jactancia, con la más grande humildad. Como Pastor estoy obligado por mandato divino a dar la vida por quienes amo, que son todos los salvadoreños. Aun por aquellos que vayan a asesinarme. Si llegaran a cumplirse las amenazas, desde ya ofrezco a Dios mi sangre, por la Redención y Resurrección de El Salvador".

La popularidad del valeroso arzobispo Romero crecía tanto dentro del país como fuera de él. Los diputados del parlamento inglés —conservadores, laboristas, liberales—, promovieron su candidatura para el Premio Nobel de la Paz. La universidad de Georgetown (EE.UU.) le confirió el grado de doctor en ciencias "Honoris causa" por las valientes intervenciones en defensa de los derechos humanos, etc.

Todo ello impulsó a los ultraderechas a acelerar la realización de sus criminales acciones. Destruyeron la radio católica que transmitía los sermones semanales de Romero, quemaron su biblioteca personal, publicaron una octavilla exhortando a matar a los servidores de la iglesia que censuraban a los verdugos. La octavilla decía: "¡Sé patriota, mata al cura!"

Asesinato a sangre fría

He aquí que el 25 de marzo de 1980, en pleno día, durante una misa en San Salvador en la capilla de "Santa Providencia" del hospital local, en presencia de numerosos feligreses, fue asesinado por francotiradores el arzobispo Romero. Había cumplido sólo 56 años. Los asesinos de este digno pastor y auténtico patriota no fueron descubiertos oficialmente, aunque sus nombres son bien conocidos por las autoridades y la opinión pública. Los detalles de ese homicidio fueron publicados en la prensa de muchos países y continentes.

La muerte del arzobispo Romero provocó una explosión de indignación en todo el mundo civilizado. A sus funerales acudieron personalidades oficiales de muchos países, entre ellos el ministro de relaciones exteriores de Nicaragua el sacerdote Miguel D'Escoto Brockman, quien describió así lo ocurrido durante el entierro: La Junta se había comprometido a retirar de los alrededores de la catedral a la Guardia y al ejército, para permitir que el pueblo pudiera asistir pacíficamente a los funerales de Monseñor Romero.

Luego de varios minutos de haberse iniciado la misa, comenzó a entrar la manifestación popular de miles de salvadoreños con pancartas, banderas y afiches repudiando el crimen y reclamando la justicia... Momentos antes de que se iniciara la homilía, recibí una nota, en la cual se me hacía saber que en un edificio de la plaza había varios elementos civiles provistos de armas largas.

Monseñor Corripio empezó a leer los mensajes recibidos con motivo de la muerte del Monseñor Romero cuando, en medio del silencio fervoroso, se dejó sentir un estallido fuerte como de bomba. Después supimos que una tanqueta del ejército, situada a una cuadra de allí, había disparado sobre no menos de 200 hombres, mujeres y niños indefensos. Después, varias bombas estallaron en las esquinas de la catedral y abrieron fuego los francotiradores apostados en los edificios altos de alrededor del parque y la catedral.

Entre la gente cundió el pánico. La multitud corría, muchos con niños en sus brazos, se oían los gritos de los heridos, muchos desfallecían... Este horrible panorama lo observamos desde las gradas de la catedral, en cuyo local buscamos la protección. Tras nosotros la multitud comenzó a entrar en la catedral. Al principio todos estábamos tendidos en el suelo. Se escuchaban gritos, llantos y rezos. El aire estaba sofocante. A través de las ventanas y las puertas abiertas se oían las explosiones de las bombas y los disparos de los francotiradores contra la catedral. Permanecimos en esta situación más de una hora.

...Ninguna autoridad se presentaba. Más o menos como

a la 1.30 de la tarde logré establecer comunicación telefónica con Napoleón Duarte, haciéndole ver la necesidad de evacuar a miles de personas que estaban en la catedral. Una media hora después se presentaron unidades de la Cruz Roja e iniciaron el desalojo de los cadáveres, los heridos y, posteriormente, en grupos de cinco, con los brazos en alto sobre la cabeza, salió el pueblo de la catedral.

En estas condiciones dimos sepultura al cadáver de Monseñor Romero, en la catedral.

Abandonamos San Salvador aquel mismo día observando desde el avión densas columnas de humo que se levantaban de diversos puntos de la capital salvadoreña. Dejábamos atrás un pueblo valiente y decidido a todo por conquistar su libertad.

Este y los días posteriores, en El Salvador, perecieron bajo las balas de "asesinos desconocidos" centenares de habitantes más, entre ellos mujeres y ancianos. Los asesinos irrumpieron en el local de la Comisión salvadoreña para los derechos del hombre ametrallando a sus dirigentes. La misma suerte la corrieron los líderes de la oposición asesinados en el edificio del obispado salvadoreño. El número de víctimas del sangriento terror, sólo en los primeros cuatro meses de 1981, superó 10 mil personas.

La embajada de EE.UU. en El Salvador estaba enterada de los detalles del asesinato de Romero, informó al departamento de Estado y mencionaba el nombre del jefe de los confabuladores, el mayor Roberto D'Aubuisson, cabecilla de los "escuadrones de la muerte". Washington no reaccionó. Al asesino patológico, como llamara a D'Aubuisson el entonces embajador de los EE.UU. en El Salvador Robert White, con la llegada de Reagan a la Casa Blanca empezaron incluso a adularlo por todos los medios, y en marzo de 1983 se le encargó encabezar la llamada "asamblea constitucional", o sea ocupar el puesto № 2 del régimen títere. A comienzos de 1984, ante las insistentes acusaciones hechas incluso por el propio R. White de que el gobierno de su país estaba enterado de la participación de D'Aubuisson en el asesinato del arzobispo Romero, Alana Romberg, representante del departamento de Estado reconoció que la Casa Blanca disponía de esta información aunque llevaba un carácter "secreto". R. White seguía insistiendo en

sus acusaciones. Declaró que la sentencia de muerte al arzobispo Romero había sido formulada en una reunión de confabuladores en uno de los apartamentos que utilizaban los conspiradores en San Salvador.

¿Por qué se apresuraban tanto en "quitar" al arzobispo Romero los ultraderechas y sus protectores de Washington? Temían más que a la muerte que el clero salvadoreño siguiera el camino de Nicaragua, donde después de la victoria de la revolución antisomocista en 1979, en el gobierno sandinista entraron tres sacerdotes: Miguel D'Escoto, ministro de Relaciones Exteriores; Ernesto Cardenal, ministro de Cultura, y el hermano de este último, Fernando Cardenal, ministro de Instrucción Pública. Es natural que el arzobispo Romero les pareciera "La encarnación del mal", a quien se debía ajustar las cuentas cuanto antes.

Sobre el particular el periódico *Los Angeles Times* escribía que cerca de una docena de militares salvadoreños al mando de Roberto D'Aubuisson, en marzo de 1980, echaban suerte para ver a quién le correspondería el "alto honor" de matar al arzobispo de San Salvador, Oscar Arnulfo Romero. Según el periódico, el departamento de Estado estadounidense dispone de dos cables cifrados que hablaban del sorteo, y se menciona a D'Aubuisson como dirigente del complot, y al autor material: Antonio Alvarez de 27 años, uno de los compañeros de lucha de D'Aubuisson.

La junta salvadoreña se dedicaba igualmente a encubrir a los asesinos de cuatro monjas norteamericanas y de dos especialistas washingtonianos en cuestiones sindicales muertos a disparos, como escribía la revista *Time* por las fuerzas represivas armadas por EE.UU.

Muchos congresistas estadounidenses están convencidos de que a ellos se les mantiene oculta conscientemente la información sobre la actividad de los ultraderechistas "escuadrones de la muerte". Sin embargo, en el transcurso de los últimos tres años la administración trata de ocultar estos hechos. He aquí por qué no puedo callar más —enfatizó durante las audiencias en una de las subcomisiones del Congreso el antiguo embajador de EE.UU. en El Salvador R. White—, declaración que resonó como el estallido de una bomba.

Porque durante su visita a El Salvador G. Shultz, secretario de Estado de EE.UU., al prometer aumentar de manera considerable la ayuda militar, hablaba de un supuesto progreso en la esfera de los derechos del hombre en este país. Y consideró pertinente sentarse a una misma mesa, durante una cena oficial, con el propio D'Aubuisson. El jefe del departamento político exterior aseguró al reaccionario salvadoreño que EE.UU. no tendría nada en contra de su elección para el puesto de presidente.

También censuraron las atrocidades de la junta salvadoreña y la política de injerencia de Washington en los asuntos de El Salvador los sacerdotes de América Latina, los dirigentes de la Conferencia católica nacional de los obispos de EE.UU., los obispos de Canadá, Irlanda, los dirigentes de la Iglesia Anglicana de Gran Bretaña. Igual actitud se adoptó en el encuentro de las comunidades cristianas de base en la ciudad de Panamá, la asistencia jurídica del arzobispado en El Salvador, en la conferencia internacional "Oscar Arnulfo Romero", en el Centro Ecuménico Regional (CRIE) de América Latina, los partidos cristianos de los países de la región, así como otras organizaciones.

No obstante, la administración Reagan continúa apoyando a la Junta terrorista en El Salvador, aumenta los créditos, envía a sus especialistas militares y a los "boinas verdes". El incremento de la injerencia norteamericana en los asuntos de El Salvador es un hecho evidente. EE.UU. trata de convertir a El Salvador en un segundo Vietnam. La administración Reagan publicó un informe falso, preparado por la CIA, sobre la injerencia comunista en los asuntos salvadoreños, que debía justificar su intervención en este país.

Incluso el órgano del gran capital norteamericano, como lo era entonces el *New York Times*, estaba obligado a rechazar las absurdas calumnias de su gobierno señalando que la política de Washington engendra inquietud entre nuestros aliados. La preocupación fue expresada en Bonn, París, Londres y Ottawa. Y en los últimos días ha quedado claro que las acciones en El Salvador suscitan la preocupación en muchos estadounidenses.

En El Salvador, el asesinado arzobispo Romero fue

remplazado por Arturo Rivera y Damas, cuyo sobrino, Porfirio Damas, fue asesinado por las autoridades el 8 de mayo de 1980. Aunque Rivera y Damas no criticaba tan acerbamente los crímenes de la junta como sus predecesores, los asesinatos de sacerdotes indeseables a las autoridades continuaban. Esta suerte la corrieron el italiano Cosme Spezotto y muchos otros religiosos.

A la luz de estos hechos aparece, por lo menos, extraña la posición del Papa Pablo II, quien censurara el asesinato del arzobispo Romero, pero no dijo una palabra sobre los crímenes en masa que comete la reacción en El Salvador, como si no existieran, pero si estaba perfectamente enterado de la situación real en el país. Poco antes de su muerte a fines de febrero de 1980, el arzobispo Romero había entregado a Juan Pablo II un memorándum con la lista de los nombres de 896 personas asesinadas por los verdugos derechistas en El Salvador en 1978-1979, así como los de 1.531 arrestados y 205 desaparecidos; entre las víctimas del terror se mencionaban 11 curas, incluidos 3 jesuitas.

A comienzos de febrero de 1984 la Ayuda Jurídica Cristiana, organización que actuaba en El Salvador, comunicó a la prensa que, según datos que tenía en su poder, en 1983 fueron asesinados por las bandas derechistas 5.569 civiles, "no militares".

En sus intervenciones dedicadas a los acontecimientos de El Salvador el Papa Juan Pablo II consideró más favorable hablar más de los supuestos sufrimientos de los creyentes en los países comunistas que de crímenes concretos, incluidos los asesinatos de los sacerdotes allí donde gobiernan el dólar y los "gorilas" armados por el Pentágono. Porque era claro que el arzobispo Romero no había sido asesinado por los comunistas, sino por sus enemigos acérrimos: los terroristas al servicio del imperialismo norteamericano.

A principios de febrero de 1983 Juan Pablo II visitó América Central, en particular a El Salvador. Al gobierno de ese país no le agradaba esa visita y menos aun por cuanto la víspera fue anunciado que el jefe del obispado salvadoreño —Arturo Rivera y Damas— había sido elevado al rango de arzobispo, y este sacerdote criticaba los crímenes cometidos por la reacción.

La víspera de la llegada del pontífice, los "gorilas" declararon que habían descubierto un "complot" de los

izquierdistas contra Juan Pablo II anunciando la adopción de medidas especiales para "protegerlo". La visita del Papa a El Salvador coincidió con la exigencia del presidente Reagan al Congreso de conceder 110 millones de dólares de "ayuda" complementaria a El Salvador y para pagar el creciente número de consejeros militares estadounidenses en este país. Esta exigencia suscitó una brusca crítica por parte de los amplios círculos de la opinión pública norteamericana e internacional, en particular de los representantes de la Iglesia Católica.

James Hicki, arzobispo de Washington, declaró ante una de las comisiones del Congreso norteamericano, que el principal problema de El Salvador residía en las atrasadas estructuras políticas y económicas y no en la influencia de la Unión Soviética o Cuba en Centroamérica. La jerarquía católica considera, indica *Monde*, que EE.UU. debe impedir la violencia en vez de aumentar la ayuda militar a los "gorilas". En respuesta siguió la réplica del secretario de Estado George Shultz manifestando su asombro porque personalidades eclesiásticas trataran de aumentar la influencia soviética en este país. Declaraciones similares hizo el vicepresidente George Bush. El secretario militar de Estado Caspar Weinberger, a su vez, expresó la indignación porque el obispado católico de EE.UU. censuró la guerra atómica como amoral y pecaminosa.

John Roche, arzobispo de Saint Paul y Minneapolis y presidente de la Conferencia Nacional de obispos de EE.UU., dirigió al presidente Reagan una carta abierta exigiendo explicaciones respecto a estas declaraciones. Pero Reagan no sólo le negó la audiencia, sino que repitió sus ataques a las organizaciones religiosas acusándolas de haberse convertido en víctimas de las sirenas pacifistas.

No obstante, los propios reaccionarios salvadoreños valoran su futuro de una manera muy pesimista. Así, un representante de alto rango del ejército salvadoreño declaró en vísperas de 1984 al corresponsal del periódico norteamericano *Christian Science Monitor:* Estamos perdiendo la guerra y la única salida para salvar la situación es hacer que las tropas tengan por qué luchar. Hasta que no les aseguremos semejante objetivo, no nos salvaremos independientemente de

la cantidad del equipo militar que nos pueda suministrar Estados Unidos.

Al parecer, el representante del ejército salvadoreño tiene razón, porque, según comunica el FLNFM, sólo en 1983, este ejército perdió 7.169 soldados, de los cuales 1.778 fueron hechos prisioneros. Los guerrilleros se apoderaron de 4.008 unidades de armamento.

La atmósfera existente en El Salvador contribuye a que incluso el cuidadoso arzobispo Arturo Rivera y Damas empezara a expresarse con mayor énfasis contra la Junta. A comienzos de 1984 contó lo siguiente sobre las represiones en su país:

— Los últimos actos terroristas muestran que en su organización están mezcladas las autoridades. Los miembros de los servicios de seguridad y los grupos paramilitares relacionados con ellos cometieron asaltos a los centros docentes, los centros sociales... No cabe duda de que estos crímenes fueron cometidos con la anuencia de los que quieren hacernos callar. Existen serios fundamentos para suponer que el asesinato atroz de cuatro misioneros norteamericanos, así como de los líderes de las organizaciones democráticas de masas de San Salvador también había sido organizado con la participación de los servicios de seguridad. Testimonian esto igualmente las "desapariciones" de los sacerdotes Ernesto Abrego y Marcial Serrano. A éste último lo vieron en un camión custodiado por los militares. Más tarde este camión fue descubierto en una parada cerca del puesto de la guardia nacional. Sin embargo, las autoridades se negaron a reconocer el hecho del arresto del sacerdote. Que crímenes de ese tipo se cometen con la anuencia de las autoridades y con su participación lo atestigua el siguiente hecho; hasta ahora no se ha hecho nada para descubrir y castigar a los asesinos del arzobispo Romero.

* * *

Los acontecimientos en El Salvador confirman el carácter heterogéneo de la Iglesia Católica y del campo católico en su conjunto, el crecimiento de las fuerzas progresistas en el catolicismo. Como señalara en su tiempo Juan Rosales, ensayista argentino, los adversarios del imperialismo deben necesariamente tener en

cuenta la aparición de las nuevas fuerzas en el campo católico que profesan los sentimientos de solidaridad y humanismo, que desean apasionadamente participar en los acontecimientos que tienen lugar, pero que no tienen una idea exacta sobre ellos y se guían por ideas utópicas. La reacción trata de utilizar estas fuerzas que se encuentran bajo la influencia de la Iglesia para llevar la escisión al movimiento democrático de masas. El deber de los comunistas es ayudar a los creyentes a superar su inconsecuencia y los prejuicios, elevar su conciencia política y elaborar su propia línea unitaria de acciones gracias a lo cual podrían incorporarse activamente en sus países a la lucha antimperialista y revolucionaria.

Esta tarea la tienen como antes planteada las fuerzas progresistas de los países de Latinoamérica.

OMAR TORRIJOS, O EL CANAL DE PANAMA

¿Qué representa la República de Panamá? He aquí la primera pregunta a la que trataremos de contestar.

Un poco de historia

Panamá es una pequeña república centroamericana (su territorio es de 74,5 mil kilómetros cuadrados), bañada al Sur por las aguas del Océano Pacífico, al Norte, por el mar Caribe; al Oriente limita con Colombia, y al Occidente, con Costa Rica. La longitud de sus fronteras terrestres es de 500 kilómetros; la línea del litoral mide cerca de 2.200 kilómetros. Panamá es la parte más estrecha de Centroamérica, tiene entre 190 y 50 kilómetros. El serpenteante litoral del Pacífico y del mar Caribe tiene numerosas bahías pintorescas. Pertenecen a Panamá cerca de 1.600 pequeñas islitas diseminadas en las aguas ribereñas.

Panamá de hoy es un país agrario semicolonial, en ese renglón están ocupados el 59,1% de los habitantes (la población total es de unos 2 millones de personas; 65%, mestizos y mulatos; 14%, negros, y cerca del 10%, indios). El país se caracteriza por la combinación de grandes plantaciones con pequeñas economías campesinas seminaturales. El cultivo de la tierra, en la mayoría de los casos, se realiza con métodos primitivos. El suelo fértil y el clima tropical permiten recoger de una sola parcela varias cosechas al año, pero estas posibilidades no se aprovechan. El campesino paname-

ño no dispone ni de medios monetarios ni de implementos para labrar la tierra.

Los indios son utilizados en trabajos nocivos de preparación de mezclas, empleadas para combatir enfermedades frecuentes en los que trabajan plantaciones bananeras.

Es trágica la situación de los niños panameños privados de todas las alegrías de la infancia. No son raros los casos cuando las familias ricas de los latifundistas locales y de los capitalistas norteamericanos toman a sus casas a los hijos de los pobres de las lejanas provincias, prometiendo darles educación, y luego los transforman en sirvientes sumisos que trabajan para ganarse el pan. De hecho se convierten en esclavos.

Panamá no tiene ejército. Pero en 1936 EE.UU. ayudaron a la oligarquía panameña a crear una policía parecida a la que organizaron en Nicaragua y en otros países ocupados por ellos, con la esperanza de que fuera su apoyo. Y así ocurrió durante muchos años. Los oficiales de la policía se preparaban en las bases militares de la zona del canal de Panamá, en particular en el Fort Gulick, encontrándose en realidad, a disposición del Pentágono. Estas unidades policíacas se hicieron más activas especialmente después de la segunda guerra mundial, cuando en 1953 se les dio el nombre de guardia nacional. La guardia panameña se convirtió en una fuerza decisiva que determinaba el desenlace de los acontecimientos más importantes, no tenía en cuenta ni al gobierno ni a los partidos cumpliendo sólo las directrices que recibía de Washington. Los jefes supremos de la guardia se emparentaron con las familias más ricas de Panamá, junto con ellas cumplían la voluntad de sus patrones en EE.UU. influyendo en el nombramiento de presidentes, jueces, diputados.

* * *

La ciudad de Panamá fue fundada el 15 de agosto de 1519 (en la lengua de los aborígenes la palabra "panamá" significaba "lugar abundante en peces") convirtiéndose en centro de la colonia española del mismo nombre.

Después del descubrimiento de América por Cristóbal Colón muchos navegantes trataron de encontrar el camino que uniera los dos océanos: el Atlántico y el Pacífico.

Magallanes estableció que este paso existía sólo al extremo sur del continente; después de él siguieron con redoblada fuerza las búsquedas de una nueva vía de comunicación entre los dos océanos, más cómoda, corta y menos peligrosa que el camino alrededor del Cabo de Hornos, pero sin éxito. Fue entonces cuando surgió la idea de abrir un canal en el lugar más estrecho del continente americano. Los que opusieron especial resistencia a esa idea fueron los eclesiásticos, pues consideraban que ello perturbaría el orden dado por Dios.

La Guerra de la Independencia de Hispanoamérica a comienzos del siglo pasado repercutió en Panamá cual un poderoso eco. En 1840 estalló allí una nueva sublevación al mando del coronel Tomás Herrera, que se planteaba separar a Panamá de la Nueva Granada. Pero fue aplastada.

En 1838, el gobierno de la Nueva Granada concedió el derecho de construir el canal a una compañía mixta francogranadina. El gobierno francés, que tenía sus planes respecto a Hispanoamérica, manifestó gran interés hacia el proyecto. Por encargo de París, se inició la elaboración del proyecto previo que se dio a conocer en 1845. Cinco años más tarde se emprendió la construcción del ferrocarril Colón-Panamá. En esta obra, que duró 5 años, murió mucha gente.

En 1869 con extraordinaria pompa, al son de la marcha "Aída" fue solemnemente inaugurado el canal de Suez. La exitosa culminación de su construcción aceleró los trabajos en el de Panamá. Luciano Napoleón Bonaparte Viza y Armand Reclus, hermano del famoso geógrafo Elisée Reclus, elaboraron una variante del proyecto.

En 1879 fue creada una compañía para la construcción del Canal de Panamá, presidida por Ferdinand María Vizconde de Lesseps, y su hijo: Charles de Lesseps, como vicepresidente. El nombre de Lesseps dio especial prestigio a la empresa porque había sido precisamente él quien construyera el canal de Suez.

Según los expertos, para la construcción del canal de Panamá se necesitaban 600 millones de francos. Comenzó la venta de acciones rodeada de un gran alboroto propagandístico. El dinero de los granjeros medios y pequeños que soñaran con grandes ingresos y que veían en Lesseps la garantía completa de sus inversiones, fluyó como

un río a las cajas de la compañía. En Colón y París se construían con ritmos febriles los edificios sede de la compañía, sin escatimar dinero: el de París costó 2 millones de francos, y el de Colón, 1 millón. Cuando los ingenieros trataron de utilizar el ferrocarril éste resultó inservible.

El 26 de noviembre de 1887 los periódicos parisienses anunciaron solemnemente que el barco de la compañía recorrió 18 kilómetros por el canal partiendo de la bahía de Limón, pero silenciaron que los fondos monetarios de la compañía estaban casi agotados. Para terminar las obras había que sacar otros 75 millones de metros cúbicos de tierra. En las cajas fuertes quedaban menos de 100 millones de francos, mientras que el presupuesto previo para terminar los trabajos constituía más de 800 millones.

Lesseps y sus socios no tuvieron en cuenta otra circunstancia que contribuyó al fracaso: la fiebre amarilla. En algunos tramos de la línea, especialmente en Cerro Culebra, morían a diario centenas de trabajadores. De cuarenta europeos —jefes de las estaciones ferroviarias— murieron 32. De 500 ingenieros regresaron a Europa sólo 8. Pero la que más sufría era la población local. Los dirigentes de la compañía se vieron obligados a dirigirse al gobierno pidiendo una moratoria, la cual fue negada. Entonces la compañía cesó el pago de los dividendos. Entre los pequeños accionistas cundió el pánico.

Ante los hechos la procuraduría se vio obligada a dar la orden de arresto del joven Lesseps y de otros funcionarios de la compañía. El juicio se inició en febrero de 1893.

Ferdinand y Charles de Lesseps fueron condenados a 5 años de prisión, los demás, a 2 años. Los diputados y los políticos involucrados en el escándalo, no pasaron sino unos meses en la cárcel. La mayoría de los acusados fueron absueltos.

La construcción del canal se detuvo. Francia hacía el triste balance del derrumbamiento de la "gran ilusión panameña": después del triunfo de Suez llegó el bochorno de Panamá. Pero la más terrible fue la tragedia humana: en la construcción murieron miles no sólo de obreros locales, sino de franceses.

En 1894 éstos trataron de crear una nueva compañía del Canal de Panamá para continuar los trabajos. Sin

embargo, aunque cinco años más tarde, esa segunda compañía también fracasó, despertó interés hacia el canal en los EE.UU. Al declarar su acuerdo de participar en el negocio, los norteamericanos insinuaron claramente a los franceses que la participación sobre principios iguales no les convenía y que exigían se les entregasen todos los derechos. La dirección de la compañía cedió ante la presión, mas el gobierno de Colombia protestó.

En septiembre de 1903, el senado de Colombia votó en contra de un proyecto de acuerdo entre EE.UU. y Colombia, y pasados 2 meses, el 3 de noviembre de 1903, estalló en Panamá la "revolución". Precisamente durante la insurrección de los panameños, en el puerto de Colón apareció "casualmente" un buque de las fuerzas navales estadounidenses. El capitán informó a las autoridades colombianas, que trataban de aplastar el motín, que se proponía intervenir "en caso de ser amenzados los intereses norteamericanos".

El 4 de noviembre, la provincia panameña se separó de Colombia. El complot terminó con éxito. El 6 de noviembre, el gobierno de EE.UU. reconoció al nuevo Estado de Panamá. El nuevo gobierno panameño cedió de inmediato a EE.UU. su derecho a la concesión. Estos pagaron a los franceses la enmienda y recibieron el proyecto del canal y toda la técnica. Además pagaron de una vez a la república recién nacida 10 millones de dólares, y desde 1912 pagaban anualmente el "arriendo" por una suma de 250 mil dólares.

EE.UU. obtuvieron de Panamá no sólo la concesión a la realización de trabajos y el derecho para dirigir el canal, sino un "arriendo permanente" de carácter antijurídico y en condiciones leoninas de la zona del canal. El artículo 3 del convenio rezaba que Panamá le cedía a perpetuidad todos los derechos, toda la potestad y plenos poderes... Se excluía por completo cualquier posibilidad de realización de estos derechos, potestad y plenos poderes por Panamá o cualquier otro Estado". "El arriendo permanente" significó para el país centroamericano la completa pérdida de soberanía sobre la zona del canal.

En 1904 se reanudaron los trabajos. 10 años más tarde las unidades de zapadores del ejército estadounidense terminaron la construcción del canal, que fue inaugurado para la navegación el 15 de agosto de 1914. Sin embargo, sólo el 11 de junio de 1920 tuvo lugar la

ceremonia oficial de inauguración, aplazada en vista del comienzo de la primera guerra mundial.

En 1955, Estados Unidos empezó a pagar a Panamá ya no 250 mil dólares anuales, sino cerca de dos millones. En vísperas de la firma del nuevo acuerdo, el 2 de enero de 1955 mataron a J.A. Remon, presidente de Panamá. Todo el mundo decía que el atentado había sido organizado por los imperialistas norteamericanos y la oligarquía panameña que se pronunciaban contra la revisión del acuerdo de 1903.

El vicepresidente J. Ramón Guisado subió a la presidencia, pero poco después se descubrió que él fue uno de los organizadores del crimen; lo destituyeron y condenaron a 8 años de prisión. Ricardo Arias Espinoza, segundo vicepresidente, fue nombrado presidente, desempeñó ese cargo hasta 1968.

Ascenso difícil

El protagonista de nuestro relato —Omar Torrijos Herrera—, quien tomara el poder en el mencionado año, nació el 13 de febrero de 1929 en la ciudad Santiago de Veracruz, provincia Veraguas, en la familia de maestros. Su padre era colombiano, y la madre, panameña.

Torrijos ingresó en la escuela Juan Demóstenes Arosemena; allí daban clases los maestros que tenían experiencia de lucha contra el fascismo en Europa. La escuela constituía un centro ideológico y cultural de la provincia de Veraguas, donde los jóvenes se educaban en un espíritu revolucionario-patriótico. Fue entonces cuando nació la progresista Federación de Estudiantes de Panamá (FEP). Torrijos era uno de sus activistas.

Después de terminar la escuela, el joven panameño asiste durante algún tiempo a uno de los colegios de su país, y después de recibir una beca, continuó su educación en la academia militar en El Salvador, adonde se sumió en la atmósfera de la lucha social. La estadía en ese país ejerció gran influencia en su conciencia; contribuyó a fortalecer la convicción de que era necesario tomar parte en la justa lucha del pueblo panameño.

En 1952 Torrijos inició su servicio en la policía nacional llamada guardia poco después. Esa labor le

General Omar Torrijos

permitió conocer la vida de los barrios pobres de la capital. Posteriormente prestó servicio en la provincia de Chiriquí, donde fue testigo del trabajo penoso de sus compatriotas en las plantaciones de las compañías bananeras norteamericanas y en la ciudad de Colón, importante puerto del país, donde chocó con los problemas de desempleo, hambre e injusticia social.

Omar vio de cerca la difícil vida del pueblo panameño, se interesó por los problemas sociales. Desempeñándose en el puesto de secretario ejecutivo de la Guardia Nacional, entabló relaciones con muchos políticos formándose una idea sobre sus creencias y actividad. En aquella época se convenció de que alguna fuerza política debía encabezar la lucha popular, tratar de mitigar la desigualdad y liquidar las causas que obligaban a los jóvenes a dejar los estudios e ingresar en los destacamentos guerrilleros.

Mas, quizás, en la concepción política de Torrijos resultó decisivo el año 1964, a principios del cual Panamá se convirtió en la arena de un sangriento crimen perpetrado por los militares norteamericanos. La causa de estos acontecimientos fue la obstinada falta de deseo de la administración de Washington de reconocer la soberanía panameña sobre la zona del canal. Un año antes, los gobiernos de EE.UU. y Panamá firmaron un acuerdo por el cual el primero se obligaba a izar en los lugares oficiales las dos banderas, pero inmediatamente empezaron a infringir esta obligación, quitando en la zona del canal todos los mástiles en los que comunmente ondeaba la bandera estadounidense para no permitir que apareciera la bandera panameña. La gran potencia se portaba como un ladronzuelo. Los estudiantes panameños decidieron celebrar el primer aniversario de la entrada en vigor del acuerdo izando la bandera nacional ante una escuela media que se encontraba en la zona del canal, en la ciudad de Balboa. La manifestación pacífica de los jóvenes se realizaba con el permiso de las autoridades, pero fueron detenidos por la policía y los enfurecidos yanquis, habitantes de la zona del canal, quienes los apalearon, rompieron la bandera estatal y los expulsaron por la fuerza de la zona.

La noticia sobre la represión se extendió rápido por todo el país, y por la noche, grupos de jóvenes panameños portando la bandera nacional se dirigieron hacia la línea

divisoria de la zona de ocupación para expresar su protesta contra la arbitrariedad de la administración. Esta vez los manifestantes fueron recibidos con disparos sin ninguna advertencia. No fueron las bombas de agua ni granadas de gas ni los garrotes sino las balas la respuesta a su marcha. Durante dos días la policía y el ejército de EE.UU., con el apoyo de los cazas, bombarderos en vuelo raso y los helicópteros de combate disparaban contra el territorio panameño. Más de 20 personas fueron muertas y cerca de 300 heridas. Esta agresión conmovió a todo el mundo dando un poderoso impulso al movimiento de liberación nacional en Panamá, cuya tarea principal fue liquidar la "quinta frontera", reintegrar la zona y el propio canal, terminar con el enclave colonial que corrompía cual una úlcera el interior del país. El sentimiento de patriotismo unió a representantes de las capas sociales más variadas; se apoderó por igual del cuerpo de oficiales de la guardia donde empezó a formarse el núcleo revolucionario cuya figura central fue Omar Torrijos.

A fin de desbrozar el camino para el renacimiento nacional había que eliminar los gobiernos oligárquicos que cumplían obedientemente la voluntad de la Casa Blanca. La intervención de la Guardia Nacional el 11 de octubre de 1968 puso fin a la interminable sucesión de tiranos panameños. El último "presidente", Arnulfo Arias, siguiendo la tradición de los lacayos de Washington, se fue desterrado a EE.UU. Encabezó la nueva administración Omar Torrijos, de 40 años, quien se proponía entregar el canal a su legítimo dueño. Dedicó su corta pero brillante vida a la realización de este programa. Bajo la influencia del movimiento popular que se había desplegado, él y sus partidarios llegaron a la conclusión de que el país no podía desarrollarse sin transformaciones políticas y socioeconómicas radicales.

Sobre ello habló Torrijos en una conferencia de prensa especial. A la pregunta del periodista soviético de cuál era la política exterior de su gobierno, contestó:

— Usted ve dónde estamos sentados, en un istmo, en el cruce de los caminos del mundo. Siempre y de todas partes nos enviaban a "casamenteros". Pero es mejor que no contraigamos matrimonio con nadie. Pero sí tendremos amistad con todos los que nos respeten.

— ¿Qué camino ha elegido para Panamá: el cubano,

el chileno, el peruano, el chino?— preguntó un periodista occidental.

—El panameño —contestó Torrijos—. Para combatir nuestra enfermedad tomaremos nuestro remedio. Ayudaremos a las capas más pobres de la población, ante todo a los campesinos, daremos de comer a los hambrientos, daremos trabajo a los desocupados, atraeremos a los trabajadores a la dirección de la economía... Al igual que en otros países de América Latina, en Panamá está planteado de manera aguda el problema agrario. El "pedazo" más grande y rico está en manos de los latifundistas y de las compañías extranjeras. El cultivo y la exportación de plátanos —el principal producto agrícola— están monopolizados por la "United Fruit Company" (aquí se llama "Chiriquí Land Company").

El gobierno de EE.UU. exigió de Panamá la aprobación de tres proyectos de acuerdos sobre el nuevo status del canal de Panamá que en 1966, como resultado de la indignada protesta del pueblo panameño contra su aprobación, ni siquiera se presentaron a discusión a la Asamblea nacional. Si Torrijos los aprobaba perdería automáticamente el apoyo de las masas populares, y la nueva dirección de Panamá se vería obligada a basarse en la fuerza y en la ayuda de EE.UU.

Torrijos convocó a reunión extraordinaria a los militares en el hotel "Internacional" en la cual se expresó categóricamente en contra de las exigencias de EE.UU. Declaró: "Prefiero ser derribado a aceptar tan humillante exigencia".

Washington, que desde el principio comprendió el peligro que representaba el enérgico líder, apoyado en las amplias masas populares, emprendió la tentativa de apartarlo del poder mediante un nuevo golpe militar realizado por el ala derecha de los oficiales de la Guardia Nacional. En el otoño de 1969, cuando O. Torrijos se encontraba en visita oficial en el extranjero, la cúspide de los militares fieles a la Casa Blanca realizó el golpe declarando la destitución de Torrijos. Este conocía bien los ánimos reinantes en el país y en la Guardia Nacional. Decidió volver a la patria, lo cual resultó suficiente para hacer fracasar el complot. La Junta derechista cayó, sus cabecillas huyeron al extranjero, Torrijos se convirtió en dirigente indiscutible del proceso nacional revolucionario que se iniciaba.

Nuevamente en el poder, ocupó una posición precisa y clara respecto a Washington; el problema del canal tenía que ser resuelto en consonancia con los intereses legítimos del pueblo panameño. Esta posición, apoyada ampliamente en América Latina y fuera del continente, era estrictamente realista. Tenía en cuenta la importancia del canal para la navegación mundial, incluidas las comunicaciones marítimas de EE.UU. Era flexible en el aspecto táctico, pero firme en una cosa: el régimen colonial de la zona del canal debía ser liquidado.

Pronto Torrijos se dirigió con una carta abierta al senador Edward Kennedy, quien en una conferencia pública criticó el régimen militar en Panamá. En el mensaje subrayaba que hasta ahora había en Panamá gobiernos que presentaban una especie de matrimonio entre las fuerzas armadas y la oligarquía consagrada por eclesiásticos poco honestos, y por cuanto el matrimonio eclesiástico no puede ser disuelto, esta alianza antipatriótica triple parecía indestructible. La vanidad y el afán de lujo de algunos representantes de las fuerzas armadas, escribía más adelante, ayudan a la oligarquía a echarles mano: ante ellos se abren las puertas de los clubes aristocráticos, reciben su parte en las ganancias de las compañías. A su vez, los militares tienen apuntalado al pueblo.

Interviniendo ante los dirigentes del FEP, Torrijos decía:

"Y lo primero que quiero decirles es que la revolución es una trocha, no una carretera pavimentada... La revolución panameña no transita por una carretera. Estamos abriendo una trocha. Y algún día esta trocha será una avenida ancha que conduzca al bienestar y la felicidad del panameño... La revolución es cosa de hombres, pero no de hombres que están dispuestos a pelear como carne de cañón y como instrumento de intereses mezquinos... Cuando algunos dirigentes de la oligarquía me llaman comunista, y algunos ultraizquierdistas me llaman oligarca, en el fondo están coincidiendo... Esto quiere decir que soy realista... Nuestra revolución se vigoriza con el tiempo. Se hace más joven en cada cumpleaños. Yo espero que pronto tenga la edad de ustedes, porque ustedes son el futuro. Señores: De pie o muertos, nunca de rodillas!"

En otra ocasión el general dijo que la Guardia

panameña irrumpió en la vida política con el propósito de realizar la dirección política del país apoyándose en su potencia de fuego y su capacidad combativa.

Con Torrijos en Panamá se aprobó una nueva constitución que jurídicamente refrendó la creación de la Asamblea Nacional de representantes de los corregimientos (comunidades). En la nueva Asamblea Nacional la iniciativa partía de los sectores inferiores: los corregimientos. Las pequeñas comunidades gozaban de la misma atención por parte de los órganos estatales que los grandes poblados. La oposición política se pronunció por el restablecimiento del sistema de dirección tradicional: la Asamblea Nacional de viejo tipo, en la cual los diputados de las provincias se elegían según el número de electores en los poblados. En virtud de ello, a las regiones poco pobladas prácticamente no se les concedía antes atención alguna, porque no podían influir en la elección de los diputados.

Para garantizar los intereses de las comunidades en el órgano legislativo fue establecido el sistema de votación directa en las elecciones. El candidato a diputado debía asimismo vivir como mínimo un año en el corregimiento dado antes del comienzo de la campaña electoral. Con el viejo sistema muchos diputados de las ciudades de provincia nunca visitaban su corregimiento. Mientras que ahora los puestos de diputado estaban ocupados directamente por sus habitantes.

La creación de la Asamblea Nacional de representantes de los corregimientos no tenía precedentes. Esta fue una iniciativa de Torrijos, resultado de su contacto con las masas del país. Antes, en Panamá existía la división de poderes: legislativo, ejecutivo y judicial. El legislativo lo ejercía la Asamblea Nacional disuelta por el presidente después de 1968.

La política de Torrijos respecto al campesinado pronto empezó a reportar resultados exitosos. En el campo empezaron a crearse juntas agrarias, cuya tarea principal consistía en elevar la productividad. Se aceleró el proceso de asimilación de las tierras baldías; comenzó la distribución de parcelas entre los campesinos sin tierra. Se concedieron créditos a los corregimientos para crear empresas industriales pequeñas y medianas, para construir viviendas, empezaron a crearse juntas de sanidad y de deporte. La construcción de carreteras,

de acueductos, de empresas para la transformación de la caña de azúcar, así como la realización de otras medidas para desarrollar la agricultura cambiaron la faz del campo panameño.

En una de sus cartas Torrijos señalaba que había surgido un tipo nuevo de militar, sacerdote e intelectual, que las nuevas gentes deseosas de progreso, van ocupando paulatinamente las posiciones clave en los países de América Latina.

Al recordar que más de una vez se encontraba en el auge de los acontecimientos, cuando el pueblo veía la salida en transformaciones efectuadas de modo violento, Torrijos decía que él se había convertido en un militar convencido de la necesidad de transformaciones pacíficas que debían cambiar las antiguas estructuras estatales.

Al final de esta misma carta indicaba que las fuerzas armadas de Panamá, en unión con la joven intelectualidad, librarían una guerra contra la miseria, la ignorancia, el desempleo, la falta de viviendas, de caminos y de establecimientos médicos. En esto residen los objetivos del proceso revolucionario panameño al que se dio inicio con su llegada al poder.

En agosto de 1970 su gobierno entregó a Washington una nota en la que se exponía la posición oficial respecto a los proyectos de nuevo acuerdo entre EE.UU. y Panamá referentes al canal. En la nota se indicaba que, en vista de que estos acuerdos no eliminaban ni una sola de las causas del conflicto entre los dos Estados, se declaraban inaceptables ni siquiera en calidad de base para futuras negociaciones. En la misma época, Torrijos se negó a prolongar el acuerdo sobre el arriendo por EE.UU. de la base aérea militar en Río Ato. Los norteamericanos se vieron obligados a evacuarla, mas, antes, en un ataque de rabia, destruyeron todos los edificios e incluso llenaron de tierra los pozos. A propósito, pronto Torrijos adquirió una pequeña casa en un poblado de pescadores cerca de Río Ato, donde estaba dislocada una unidad blindada de la guardia. Este lugar se convirtió en importante Estado Mayor de reserva de las fuerzas democráticas revolucionarias panameñas. El decía con frecuencia a sus amigos: En la ciudad de Panamá es difícil trabajar, no se puede liberarse por completo de la idea de que las fuerzas armadas norteamericanas se

encuentran a unos cuantos kilómetros y de que los soldados yanquis necesitan unos cinco minutos para cercar cualquier casa. El nuevo Estado Mayor, que obtuviera el nombre de "Farallón", se encontraba a unos cien kilómetros al norte de la capital, en el litoral del Pacífico.

Torrijos estableció relaciones amistosas con los países vecinos, después de lo cual se dedicó a recorrer el mundo difundiendo la verdad sobre la lucha de Panamá por su soberanía. Allí se filmó y luego se distribuyó en muchos países el documental titulado "Panamá es más que un canal". Panamá rompió el aislamiento en que se hallaba.

Entre otros Estados Torrijos visitó a Cuba, donde fue calurosamente acogido por el pueblo. En la tierra de Martí se celebraron numerosas manifestaciones de solidaridad con la lucha de los panameños. En Europa se encontró con el presidente de Yugoslavia José Broz Tito, estuvo en España, en Vaticano, Francia, la RFA, Finlandia. Luego, la esfera de su actividad internacional se extendió al Cercano Oriente. En marzo de 1973 en Panamá se celebró una sesión especial de Consejo de Seguridad de la ONU, en la que se discutía la cuestión del canal de Panamá. Estados Unidos, según el periódico *New York Times*, fueron puestos en el banquillo de los acusados. La mayor parte de los miembros del Consejo de Seguridad confirmó la legitimidad de las exigencias del pueblo panameño, exhortó a Washington a revisar radicalmente el arcaico acuerdo bochornoso. En respuesta, el representante estadounidense hizo uso de su derecho a veto y torpedeó la resolución propuesta sobre el canal de Panamá.

El planteamiento de la cuestión sobre la convocatoria del Consejo de Seguridad en Panamá es un importante hito en la política de Torrijos. Ahora su lucha por el canal de Panamá cobró una amplia escala internacional. Por primera vez en la historia ese país estableció relaciones diplomáticas con los países socialistas.

En agosto de 1976 Torrijos tomó parte en la conferencia de jefes de Estado y de gobiernos de los Países No Alineados celebrada en Colombo, logrando que allí se decidiera prestar a Panamá ayuda múltiple y contribuir a todas sus iniciativas en los foros internacionales, especialmente en los organismos de la ONU para el establecimiento de la soberanía nacional sobre el canal.

Torrijos seguía con atención el curso de las negociaciones sobre el canal. El, personalmente, y sus representantes convencían a los políticos de EE.UU. de la necesidad e inevitabilidad de hacer concesiones, ya que estaba demasiado caldeada la situación en Panamá, el pueblo estaba dispuesto, sin escatimar víctimas, a entrar por la fuerza en la zona del canal para poner fin a la ignominia colonial.

Las largas y extenuadoras negociaciones con EE.UU. se acercaban, por fin, a su etapa culminante. En la Casa Blanca, para aquella época ya habían cambiado tres administraciones. Lo que comenzó con Nixon terminó con Carter. En la lucha contra un adversario experimentado, insolente y tenaz el mandatario panameño logró defender las exigencias fundamentales de su pueblo. En septiembre de 1977 en Washington, Torrijos y Carter firmaron un nuevo Acuerdo sobre el canal de Panamá y uno sobre la neutralidad permanente y el régimen de dicha zona. A partir del 31 de diciembre de 1999 el canal será propiedad plena e incondicional del pueblo panameño. Claro que no todo se consiguió defender. El acuerdo fue un compromiso.

Sin embargo, resultó que la firma del acuerdo no constituía sino la mitad del asunto. Había que ratificarlo también en el Senado de EE.UU., donde existía un poderoso grupo que estaba en contra de entregar "su canal". Y otra vez, Omar Torrijos, maldiciendo para sus adentros el sistema político de Washington, se tomó la ardua tarea de trabajar a los vanagloriosos senadores norteamericanos, 50 de los cuales, en un breve tiempo, visitaron Pamaná. Casi a todos el general los acompañó personalmente en su viaje por el país. Los viajes eran amargos para gobernante panameño porque le tocaba escuchar sermones de poco tacto, moralejas, aguantar la altanería y la insolencia.

Por fin, después de largas negociaciones, con una serie de cláusulas y enmiendas, el 18 de abril de 1978, el Senado norteamericano, por una mayoría de solo dos votos, ratificó los Acuerdos sobre el canal de Panamá. Aquel mismo día Omar Torrijos intervino en una conferencia de prensa haciendo el balance de la importantísima etapa de la lucha de muchos años que comenzara cuando aún no se secó la tinta con que fue escrito

el Acuerdo de 1903 y que terminara con la firma del Acuerdo Torrijos-Carter.

Pasaría muy poco tiempo, y la noticia de que el canal de Panamá estaba al borde de la ruina, se difundió entre la opinión pública mundial. En respuesta, desde EE.UU. se oyó la amenaza:

—Si el general Torrijos no cambia su conducta y no colabora con nosotros —declaró en público el veterano de la CIA Howard Hunt— debe ser liquidado.

El crimen

El presidente Nixon creyó que a Torrijos se le podía comprar, y le ofreció un millón de dólares a cambio de la traición a la patria.

El negocio no se realizó y se decidió matar a Fidel Castro y a Omar Torrijos. Para asesinar al líder cubano se utilizaron emigrantes de ánimos anticomunistas de ese país. La acción contra Torrijos era más complicado realizarla. Los organizadores no querían que apareciera como una acción política: por una parte, EE.UU. llevaban a cabo las conversaciones con Panamá, y por otra, era evidente que Torrijos no era marxista, sino que se atenía a una ideología nacionalista. Por eso se decidió primero comprometer al general panameño acusándolo de contrabando de narcóticos. De esta manera, se pensaba debilitar la resonancia internacional que provocaría el atentado contra su vida, y también ocultar la causa principal del crimen: el odio feroz hacia la persona que trataba de lograr la justicia para su pueblo. Después de que el plan empezó a ponerse en la práctica, Torrijos fue advertido de los propósitos de sus enemigos y tomó las correspondientes medidas. Como resultado, los planes de los confabuladores sufrieron un rotundo fracaso.

El presidente de Panamá trató de invalidar la sentencia de la CIA y por eso se trasladaba de un lugar a otro en avión, cambiaba frecuentemente las residencias y de lugar donde se quedaba a pasar la noche. Pero el peligro mortal lo acechaba casi por todas partes. Ya en verano de 1973 el agente de la CIA Manuel Artime, contrarrevolucionario cubano fugado a EE.UU., por encargo del servicio de inteligencia norteamericano contrató a tres francotiradores, asesinos profesionales,

a los que encargaron a matar al mandatario, en su palco gubernamental, en el estadio de la capital, durante unas competiciones deportivas. Sin embargo, el atentado fracasó, y en 1977, la CIA envió a Panamá a su mercenario de turno: José Celso. En la base militar estadounidense de la zona del canal de Panamá le entregaron el esquema de traslados de Torrijos por el país, le dieron un fusil de largo alcance con mira óptica, cartuchos, le suministraron una lancha motora y prometieron pagar medio millón de dólares si se las ingeniaba para matar al general durante la pesca. En vez de ello, el criminal fue arrestado.

Finalmente, fue del dominio público e hizo escándalo la tercera confabulación. Michael Difio, pequeño funcionario, revisor del departamento de Justicia de EE.UU., descubrió, dentro de la dirección para el contrabando de narcóticos, subordinada a ese departamento, una nueva y misteriosa "sección de operaciones especiales". Después de investigar la labor presentó al jefe un informe por el cual recibió una seria amonestación, y su informe fue prohibido terminantemente. En respuesta, el ofendido revisor hizo que los periodistas, ávidos de materiales sensacionales, recibieran una copia de su documento, en el cual se afirmaba que los colaboradores del departamento para la lucha contra el contrabando de narcóticos Philip Smith y William Darkin y sus jefes participaron en la discusión de proyecto de asesinato del presidente panameño Omar Torrijos.

El Departamento de Justicia de Washington se alborotó tratando de borrar las huellas: al comprometido Darkin se le envió urgentemente a la pensión, mientras que Smith fue trasladado a una agencia privada de detectives. En cambio su jefe —el coronel Lucien Conane—, fue elevado en grado.

El canoso, arrugado y obeso coronel Conane es, quizás, el experto más viejo de la CIA en lo que se refiere a asesinatos. Durante muchos años trabajó en Indochina. En los años 50 se dedicó a enviar diversionistas a Vietnam del Norte para matar a traición a los representantes locales de la administración de la joven república. Más tarde, en 1963, cuando la CIA necesitó sustituir en Saigón al dictador títere Ngo Dinh Diem, preparó el golpe de generales survietnamitas que mataron a su cabecilla. Luego, desde mediados de la década del 70, en el período

de la sonada investigación de las maquinaciones de la CIA para liquidar a políticos extranjeros, fue retirado a Washington con la orden de seguir preparando los atentados a los políticos extranjeros indeseables.

Así, formalmente al margen del aparato de la CIA, surgió al mando de Conane, "la sección de operaciones especiales" para luchar contra el contrabando de narcóticos, subordinada al Departamento de Justicia de EE.UU. La sección cuenta con emisarios en 60 Estados, lo cual aseguró a los agentes de Conane el horizonte necesario. Sus agentes en Uruguay, Venezuela, Bolivia, México, Costa Rica, habían raptado y asesinado a más de diez ciudadanos extranjeros. Su víctima de turno debía ser Torrijos.

Poco antes del ataque Conane reunió en Washington los modelos más eficaces de armas del arsenal de las suministradoras de la CIA: la firma norteamericana "Fox Company" y otras. Estas le suministraron ametralladoras silenciosas, y bastones y cigarros que disparaban. En el catálogo de la firma "Fox Company" figuraban cámaras fotográficas, linternas eléctricas, teléfonos, paquetes de cigarrillos, tabacaleras que explotaban como bombas por una señal electrónica dada a larga distancia. Un "regalo" de estos bastaba para terminar con la persona condenada, esté donde esté: en el avión, en el automóvil o en el gabinete.

El 31 de julio de 1981 Torrijos realizaba uno de sus numerosos viajes por el país. Salió en un pequeño avión bimotor del aeródromo de Penonome en la provincia Cocle con el propósito de visitar el poblado montañoso de Coclecito en la provincia de Colón. La salida estaba planificada para la segunda mitad del día, cuando en verano, en las latitudes tropicales se espesan siempre nubes de tormenta. Junto con el general iban seis personas: la tripulación y la guardia personal. La comunicación con el avión se perdió durante unos minutos después del despegue, y a la hora fijada los que esperaban en Coclecito, escrutaban en vano el cielo nublado. Un grupo de helicópteros de búsqueda que se levantó por señal de alarma pronto descubrió a sólo 50 kilómetros del punto de partida los restos del avión y los cadáveres de los pasajeros. Quedó claro: el general Torrijos ya no estaba vivo. Panamá perdió a su jefe, líder incomparable que no había tenido en toda su historia.

Por decisión del Consejo Estatal en Cuba fueron declarados tres días de luto (2, 3 y 4 de agosto) por la prematura muerte del general Torrijos. En toda la Isla de la Libertad, las banderas ondeaban a media asta. La noticia sobre la muerte de Omar Torrijos repercutió con dolor en los corazones de los nicaragüenses. El ministro del interior Tomás Borge, miembro de la dirección nacional del FSLN, quien se encontrara con el líder panameño sólo dos días antes de los trágicos acontecimientos, en una entrevista para el periódico *Barricada* declaró que la muerte de Torrijos no sólo es una tragedia para Panamá y para toda Centroamérica, sino un factor que socavaba la correlación de fuerzas en esta región.

De una manera completamente distinta fue recibida la trágica noticia en EE.UU., donde la prensa reaccionaria no ocultaba su júbilo. ¿Cabe asombrarse entonces de que su hermano, Monchi (Moisés) Torrijos, acuse abiertamente en la prensa a la CIA de ser culpable en la muerte de Omar? Afirma que la CIA, antes de ello, en reiteradas ocasiones trató de matar al general, pero siempre los panameños lograron prevenir las acciones de los terroristas norteamericanos. Con la llegada de Reagan al poder, Torrijos para no agudizar las relaciones con EE.UU., rechazó el cargo de presidente de Panamá reservándose sólo el título de comandante de la Guardia Nacional (otoño de 1978). No ayudó siquiera el permiso concedido al fugitivo Sha de Irán de instalarse en la isla de Contadora, donde más tarde se reunieran los presidentes de México, Panamá, Venezuela y Colombia resolviendo intervenir como intermediarios por una solución pacífica del conflicto Nicaragua—EE.UU.

Cuando el 4 de agosto de 1981, el féretro con los restos de Omar Torrijos, cubierto con la bandera nacional y acompañado de centenares de panameños enlutados, emprendió su último camino, el sombrero de campaña, la cantimplora y la pistola —permanentes compañeros de viaje en la vida del general— estaban en la tapa del féretro cual fieles amigos inseparables. El cortejo fúnebre se acercó al pie de la colina Ancón en la antigua zona del canal, en cuya cúspide ahora ondea orgullosa la bandera panameña arriada ese día. La orquesta y el coro ejecutaron el himno, después de lo cual, en el cemente-

rio central, bajo las salvas de la artillería, el cadáver de Torrijos fue enterrado.

En una ocasión, interviniendo ante los panameños, Omar Torrijos afirmó: El que dedica su vida a la lucha contra la injusticia social, debe sopesar como es debido su elección. Debe tener conciencia de que dudosamente morirá de viejo en su cama. El general Torrijos sabe que morirá de muerte por la violencia... lo sé, esto está previsto y no me preocupa. Pero quisiera que el día que esto suceda, ustedes levanten la bandera, la besen y sigan adelante.

Panamá es uno de los países más pequeños del mundo. Pero, como decía el general Omar Torrijos, tiene "una garganta de gigante". Y que en la Casa Blanca no olviden esto...

Indice de nombres

Alperóvich M. 107
Alvarez J. 170, 372
Alvear C. 118, 119
Allende S. 319-327, 330-334, 349
Apodaca J.R. de 162
Arbenz J. 286-288, 339
Areche J.A. de 25-27
Arriaga J.A. 23, 24
Artigas J.A. 29, 109-119, 121-127
Augier J.-V. 52

Balmaceda J.M. 196
Barthélemy J.-J. 80
Batista F. 192, 287, 288, 295, 338-340
Belgrano M. 114
Bello A. 89
Bezborodko A. 74, 75, 77, 79
Bolívar S. 26, 65, 84-86, 89-108, 160, 274
Borge T. 338, 344, 350, 353, 355, 401
Boves J.T. 91
Bulgákov Ya. 71

Cabral P.A. 12, 13
Cajigal J.M. 71
Calleja F.M. 153-155, 157-159, 161, 162
Calles P.E. 227, 304-308, 310
Cárdenas L. 195, 303-311, 313-318
Carpentier A. 50
Carranza V. 207, 212-217, 221, 223, 305
Carrera R. 133-136, 139
Carter J. 372, 397, 398
Castro F. 5, 192, 193, 205, 286-291, 295, 297, 338, 339, 359, 362, 365, 398
Catalina II 71-81
Celaya J.S. 198-200, 258
Cienfuegos C. 249
Colón C. 4, 10, 13, 48, 309, 384
Coolidge K. 255, 256, 260
Cornejo J.M. 131
Cortés H. 167
Crane B. 107
Chatfield F. 136

Chernishevski N. 174, 175

Darío R. 194-204, 242, 339, 348
D'Aubuisson R. 376-378
Dessalines J.-J. 63, 64
Díaz A. 200, 256, 260, 265, 272
Díaz P. 164, 199, 207, 209, 212, 216, 219, 303, 311

Eisenhower D. 287
Eliot F.J. 114
Engels F. 106, 154, 156, 242, 339

Fonseca C. 275, 335, 336, 338-349, 352-355
Foster W. 26, 170
Francia J.G. 125
Frei E. 321, 322, 323

Gávrikov Yu.P. 30
Gómez M. 181, 191, 312
Gorki M. 201, 243, 244, 339, 348
Guerrero V. 163
Guevara E. (Che) 193, 249, 282-302, 319, 338, 347, 354

Hidalgo y Costilla M. 142, 145-153, 160, 162-165, 169, 178, 180
Hoover H.C. 272, 275
Huerta V. 205, 209, 210, 213, 216, 221, 303, 304

Irigoyen H. 273
Iturbide A. 163

Jefferson T. 36-38, 59, 143
Juárez B. 165-180, 303

Karzhavin F. 50
Kelin F. 107
Kennedy J.F. 345
Kutúzov M. 74

Leclerc V.E. 60-63
Lenin V.I. 6, 221, 223, 232, 237, 238, 254, 255, 289, 291, 339, 342, 361, 363, 365
Leónov N. 141
Lesseps Ch. de 385, 386

Lewin B. 27
Lincoln A. 172
López C.A. 126

Macanas P. 77
Maceo A. 182, 191
Maciel J.A. 37, 38, 42
Machado G. 249, 250, 252, 253, 256, 257
Madero F. 205, 209, 210, 213, 217, 221, 304
Maia J.J. da 36-38
Mariátegui J.C. 201, 241-248, 274, 359
Marinello J. 252, 257, 356-366
Marmontal J. 80
Marshall F. 107
Martí J.M. 29, 105, 151, 181, 182, 184-193, 196, 242, 252, 360, 364
Marx C. 105-107, 154, 156, 168, 173, 184-185, 232, 245, 339
Mella J.A. 193, 249, 250, 252-257, 273, 359, 364, 365
Mijáilov S. 123
Mina F.J. 142, 161-164
Miranda F. de 28, 29, 68, 69, 71-85, 88, 90, 91
Miroshevski V. 30, 75
Mitre B. 127
Moncada J.M. 260, 261, 264-266, 272, 277
Monteverde D. de 84, 85, 90, 91
Morazán F. 128-136, 138-141
Morelos J.M. 142, 155-164, 180
Moreno M. 114

Napoleón I 16, 56, 59-65, 74, 82, 84, 143, 144, 156, 160, 161
Napoleón III 16, 172, 177-179
Neruda P. 66, 107, 333, 334, 339
Nixon R. 332, 397, 398

O'Higgins B. 83, 274, 334
Ortega D. 335, 342

Páez J.A. 92, 97, 102, 103
Pérez J.M. 252
Petion A. 63, 65, 92
Pinochet U.A. 301, 319, 326, 330, 331, 333, 369
Pitt W. 29, 82, 83, 84
Polk J. 167, 168
Pombal 32, 33, 35, 36, 43
Portocarrero H. 273, 279
Potiomkin-Tavrícheski G. 71-78
Prado M. 131, 132

Reagan R. 367, 378, 380, 401
Recabarren L.E. 229-234, 236-240, 334
Reed J. 205, 224
Rivera D. 164, 180, 273
Rodríguez S. 86, 88-90, 99

Rola-Skibitski M. 94
Romero O.A. (Romero y Galdames O.A.) 367, 371-379, 381
Roosevelt F. 277, 309, 337
Roosevelt T. 198, 204
Rosas J.M. 125, 282, 283
Rousseau J.-J. 86, 107, 129, 195

Sacasa J.B. 259, 263, 264, 272, 277-279, 281
Samárkina P. 30
Sandino A.C. 250, 255, 256, 258, 261-281, 305, 336-338, 340, 342, 343, 347, 348, 355
Siqueiros D.A. 164, 180, 273
Slidell J. 168
Sliozkin L. 107
Somoza A. 277-281, 336-340
Somoza Debayle A. 344, 347, 349-352, 354, 355, 369
Sózina S.A. 30
Stroessner A. 301, 369
Suárez P. 205
Sucre A.J. de 97-99, 102

Tiradentes (Silva Xavier J. da) 31, 33-46
Tison J.F. 59
Torrijos Herrera O. 383, 388, 390-402
Toussaint L'Ouverture 47, 52-67
Túpac Amaru (Condorcanqui J.G.) 4, 19-30, 33, 114

Ulloa A. de 20
Ungo G. 368

Villa P. 205, 207, 210-219, 221, 223-228, 303, 304

Villena R.M. 254, 357-359, 365

Washington G. 59, 65
White R. 376, 377
Wilson H.L. 205, 210

Zapata E. 205, 207, 209-218, 223, 228, 303-305
Zubritski Yu. 30

Indice de materias

Acuerdo Bryan — Chamorro 259, 347
Agencia Central de Inteligencia (CIA) 18, 282, 287, 289, 296, 300, 322, 324, 326, 331, 332, 337, 373, 378, 398-401
"Alianza para el Progreso" 302, 344
Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA) 243, 247, 255
"Año de la planificación" 296
"Areopag Itambé" 45
Asamblea general constitucional de 1813 117, 118
Asociación de nuevos emigrados cubanos 255

"Código negro" de 1685 49
Comisión salvadoreña para los derechos del hombre 376
Comité "IManos fuera de Nicaragua!" 255, 273, 274
Confederación de trabajadores de México (CTM) 313, 314, 316
Confederación general de trabajadores 246
Conferencia panamericana de 1906 199
Congreso antimperialista de Bruselas 254, 255
Congreso continental en Panamá en 1826 100
Congreso de la Internacional sindical roja 237
Congreso Nacional Supremo (Chilpancingo) 155, 156
Congreso proletario antifascista internacional 317
Consejo administrativo para los asuntos del petróleo 314
Consejo de las Indias 10, 23, 156
Consejo Mundial de la Paz 127, 317, 363
Conspiración en Bahía en 1798 45
Constitución de las Cortes de Cádiz de 1812 154, 156, 161, 163
Convenio de Londres de 1861 173, 174

"Cuerpo de Paz" 345
"Derrama" 33, 38, 39
"Disposición constitucional sobre la libertad de la América Mexicana" 156
Doctrina Monroe 100, 101, 199

Federación de las Provincias Unidas de Centroamérica 130, 132, 135-136, 139-141
Federación obrera chilena 237
Federación obrera regional (Perú) 246
Frente de Liberación Nacional Farabundo Marti (FLNFM) 367
Frente Popular (Chile) 321
Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) 335, 342, 344, 346-350, 352-354

Gran Colombia 83, 95, 97, 98, 102, 103, 139
Gran Guerra Patria (1941-1945) 107
Gran Revolución Francesa 15, 33, 37, 45, 47, 51, 81, 82, 84, 88, 129, 172
Gran Revolución Socialista de Octubre 6, 16, 17, 213, 215, 221, 236, 242, 245, 291, 298, 357
"Grito de Dolores" 147, 153, 156, 164, 165-166
Guerra de la independencia de los EE.UU. 20, 23, 143
Guerra del Pacífico 229, 242

"Inconfidencia mineira" 33, 39-44
"Instrucciones del año XIII" 117
Intervención francesa en México 175-177
"ITT" 323-325, 331

Liga anticlerical 252, 255
Liga antimperialista panamericana 253, 254, 273, 274, 358
Liga mundial contra el imperialismo 254

"Noche de septiembre" 102

Partido Comunista de Cuba 288, 356, 358, 362
Partido Comunista de Chile 232-233, 237, 238, 240, 321
Partido Comunista de El Salvador 274
Partido Comunista del Uruguay 127
Partido Comunista Mexicano 250, 253, 273, 306
Partido Comunista Peruano 247
Partido Movimiento Nacional Revolucionario (Bolivia) 285
Partido revolucionario cubano 181-182
Partido Socialista de Chile 321
Partido Socialista Obrero de Chile 232, 233, 234, 236, 237
Partido Socialista Obrero-Campesino de Perú 247
Partido Socialista Nicaragüense 340
"Petromex" 312
"Plan de Ayala" 210
"Plan de Iguala" 163
Política "del buen vecino" 277
Política "del gran garrote" 194, 198, 200, 261, 273
Primera guerra mundial 201, 234, 235, 242, 250, 259, 261, 320

Reforma agraria de Artigas 122-124

Reformas de 1835 132
"República falsa" 192
Revolución Cubana de 1959 192, 205, 289, 318, 343, 363
Revolución mexicana de 1910-1917 205-215, 242, 274, 303, 304, 312

Segunda guerra mundial 283, 317, 321, 342, 356, 361
"Sentimientos de la nación" 155
"Sociedad de Amigos de Piel Negra" 51, 52

Tratado de Methuen de 1703 15
Tratado de Tordecillas 13, 14

Unidad Popular (Chile) 319, 322, 326, 330-332
Unión Nacional de la Oposición (UNO) 343
"United Fruit Co" 194, 200, 263, 286, 287, 348, 392

Sumario

Introducción 3
Continente desconocido 8
Túpac Amaru: el gran rebelde 19
Tiradentes, adelantado de la independencia de Brasil 31
Toussaint L'Ouverture, autor de la independencia de Haití . . 47
Francisco de Miranda: el precursor 68
Simón Bolívar: El Libertador 86
Artigas: jefe de uruguayos libres 109
Francisco Morazán, luchador por una Centroamérica única . 128
Hidalgo, Morelos, Mina, héroes de la Guerra de la Independencia 142
Benito Juárez: el transformador 165
José Martí. Luchó por la libertad de Cuba 181
El insurrecto Rubén Darío 194
Zapata y Villa: generales del pueblo 205
Recabarren, el fundador 229
Mariátegui, creador 241
Mella, revolucionario cubano 249
Sandino, general de hombres libres 258
Ernesto Che Guevara: el internacionalista 282
Cárdenas, o la nacionalización del petróleo 303
Salvador Allende, el compañero Presidente 319
Carlos Fonseca, dirigente de la Revolución Sandinista . . . 335
Marinello: la vida entregada al pueblo 356
El arzobispo Romero: asesinado durante la misa 367
Omar Torrijos, o el canal de Panamá 383
Indice de nombres 403
Indice de materias 405

Siglos y hombres

El libro está dedicado a los mártires de la Independencia de América Latina que izaron la bandera de la libertad entregando sus vidas en aras del triunfo de este noble ideal. El lector conocerá el dramático destino de Tiradentes, quien fue el primero en lanzar un reto al colonialismo portugués en Brasil; de Toussaint L'Ouverture, jefe del movimiento por la liberación de Haití; conocerá asimismo a los héroes de la lucha por la Independencia de Hispanoamérica. El volumen termina con biografías de destacados revolucionarios de nuestra época: Sandino, Salvador Allende.

El libro, acompañado de ilustraciones, está destinado al amplio público lector.

Editorial Progreso

ISBN 5-01-000632-4